

Bilogía LIBÉLULA  Libro 1

LIBÉLULA

Cuando mis besos acariciaron tus alas...



GLP

Cyenne L. Paris



LIBÉLULA

Libro 1

Quando mis besos acariciaron tus alas...

Libélula

Libro 1



*Cuando mis besos acariciaron
tus alas...*

Genne L Paris

Los nombres, hechos y lugares que aparecen en esta obra son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es producto de la casualidad.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea por fotocopia o cualquier medio electrónico. Grabaciones o cualquier otro más todo sin el permiso previo del autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito.

Registro United State Copyright National Office: 16882550275 CN

Registro de la obra en Safe Creative: n° 1808218098203

Registro de portada en Safe Creative: n° 1802135770839

Diseño de cubierta: China Yanly

Registro del logotipo de autor en Safe Creative: n° 1802135770778

Diseño del logotipo de autor: China Yanly

Registro del logotipo de la biografía en Safe Creative: 1808218098210

Diseño del logotipo de la biografía: Lidia S Balado

©Genne L. Paris 2018

Primera edición: octubre de 2018

genparis2017@yahoo.com

<https://www.facebook.com/gennel.paris>

©Todos los derechos reservados

A mi ángel en el cielo...

Cada amanecer imagino que tus ojos me miran desde algún lugar hermoso, en paz, y eso es suficiente para repetirme: Yo debo continuar...

A mi madre...

Por tu perseverancia, paciencia y fe en el futuro. Por esconderte las lágrimas, enterrar al dolor y vestirte de guerrera. Por las veces que necesitaste orar a escondidas, por tu sacrificio, por la vida, por la libertad...

A mis tres tesoros...

Mi mayor bendición y los verdaderos dueños de cada una de mis sonrisas.

Y a ti, mi amor...

Por no rendirte, por dejarlo todo atrás, por seguir mis pasos y mis sueños, atesorándolos como tuyos; y por creer en nuestro amor más allá de grandes sacrificios...

Y a todos aquellos que creen en que:

«El hombre ama la libertad, aunque no sepa que la ama, ¡y anda empujando de ella y huyendo de donde no la haya...!»

(José Martí)

Sinopsis

Ante los ojos del mundo puede creerse que lo tenemos todo: inteligencia, belleza sin igual, una vida confortable y buena posición social; pero... ¿qué hay detrás de esos difíciles retos con los que nos golpea la vida sin diferencias ni compasión alguna? ¿Damos paso a la amargura, o nos mantenemos fuertes a pesar de todo?

Romina Sanfield es capaz de robarle el aliento a cualquier mortal; no solo por su aspecto angelical, sino por su maravillosa personalidad, aunque lleve sobre sus hombros lo que muchos considerarían un doloroso castigo. Risueña, dulce, tierna y con una valentía sin par, así la describen quienes la conocen. Nacida y criada entre dos culturas, rodeada de un cariño sin límites y resignada a que su corazón no conozca ese amor que le haga desplegar las alas y volar.

Hay seres que vienen al mundo con una triste misión y que viven ajenos a secretos desgarradores. En ese espinoso camino, el rencor y la maldad serán las afiladas lanzas que apuntarán al más noble de los sentimientos, provocando actos *¿imprevisibles?* y decisiones *¿erróneas?* en nombre de la libertad.

Sin embargo, nuestro destino lo escriben las estrellas, y para Romina serán las de un mágico valle y sus redondeadas montañas las que marcarán su existencia.

Mientras, una frase quedará suspendida en el viento, retando al tiempo y a la vida misma para hacer nacer con ella la más sublime y eterna historia de amor...

«Cuando mis besos acariciaron tus alas...»

Hay besos que pronuncian por sí solos
la sentencia de amor condenatoria,
hay besos que se dan con la mirada
hay besos que se dan con la memoria.

Hay besos silenciosos, besos nobles
hay besos enigmáticos, sinceros
hay besos que se dan solo las almas
hay besos por prohibidos, verdaderos.

Hay besos que calcinan y que hieren,
hay besos que arrebatan los sentidos,
hay besos misteriosos que han dejado
mil sueños errantes y perdidos.

Hay besos problemáticos que encierran
una clave que nadie ha descifrado,
hay besos que engendran la tragedia
cuantas rosas en broche han deshojado.

Hay besos perfumados, besos tibios
que palpitan en íntimos anhelos,
hay besos que en los labios dejan huellas
como un campo de sol entre dos hielos.

Hay besos que parecen azucenas
por sublimes, ingenuos y por puros,
hay besos traicioneros y cobardes,
hay besos maldecidos y perjuros.

Judas besa a Jesús y deja impresa
en su rostro de Dios, la felonía,
mientras la Magdalena con sus besos
fortifica piadosa su agonía.

Desde entonces en los besos palpita

el amor, la traición y los dolores,
en las bodas humanas se parecen
a la brisa que juega con las flores.

Hay besos que producen desvaríos
de amorosa pasión ardiente y loca,
tú los conoces bien son besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Besos de llama que en rastro impreso
llevan los surcos de un amor vedado,
besos de tempestad, salvajes besos
que solo nuestros labios han probado.

¿Te acuerdas del primero...? Indefinible;
cubrió tu faz de cárdenos sonrojos
y en los espasmos de emoción terrible,
llenáronse de lágrimas tus ojos.

¿Te acuerdas que una tarde en loco exceso
te vi celoso imaginando agravios,
te suspendí en mis brazos... vibró un beso,
y qué viste después...? Sangre en mis labios.

Yo te enseñé a besar: los besos fríos
son de impasible corazón de roca,
yo te enseñé a besar con besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Besos, de Gabriela Mistral

Prólogo



Houston, Texas. Noviembre de 2016

El gris era un color triste, de esos que dejan un palpito de hastío y desolación en el alma haciéndola indiferente a cada emoción.

Desde los impresionantes ventanales, todo parecía una alucinación ese día, como estar viendo una película antigua sin color ni brillo alguno. Respiraba lento, podía sentir esa espeluznante quietud que hacía detener el tiempo amordazándole el más recóndito de sus sentimientos. En cada centímetro que le permitía alcanzar su mirada a lo lejos, se sumergía en recuerdos y vivencias, para volver a preguntarse si aquella angustia albergada en su ser le dejaría algún día.

Año tras año era como una secuencia de dolor, ese que no se iba, que no daba tregua a pesar del tiempo y de las respuestas vacías y absurdas que siempre encontraba al rememorar todo lo ocurrido. La vida seguía su paso a toda prisa; cada amanecer se insinuaba ante sus ojos con prepotencia y altanería, cada anochecer le recordaba que era inútil confiar en que todo

marcharía mejor que el día anterior, que llegaría el olvido y la resignación. ¡¿Cómo podía ser tan iluso con semejante cruz a cuestras?!

Cerró lentamente los ojos intentando que, esta vez, ese hueco de frialdad que laceraba duro y preciso su pecho lleno de incertidumbre y agobio pasara, pero... ahí continuaba, seco, latente, tal y como le había acompañado por más de una década, y cada vez se hacía más hondo, más doloroso, más pesado y difícil de sobrellevar.

Se perdía con los gruesos hilos de agua helada que se perfilaban tenues por el cristal, como fantásticos surcos brillantes que resplandecían con los pequeños rayos de luz que aún agonizaban. Entre la fuerte lluvia y la tarde cayendo sobre un horizonte invernal, le regalaban un escenario irónicamente perfecto para una fecha como aquella.

Parecía que la naturaleza también jugaba en su contra y se riera en su oído de su desasosiego, haciendo más intolerable su depresión. Mientras, afuera, el viento balanceaba los pequeños arbustos de la avenida levantando algún que otro torbellino en los pequeños charcos que ya se acumulaban, y haciendo fiesta con las faldas de las féminas que intentaban esquivar sin éxito al clima, tratando siempre de mantener sus posturas de elegancia al ir de una tienda a otra; especialmente aquellas que, con pareja o solas, se bajaban de sus lujosos coches para dirigirse al Bayou Place, uno de los lugares más concurridos en esa época gracias a su amplia gama de opciones de restaurantes, y a La Galería, famosa por su variedad de tiendas y exclusiva atención a los clientes.

Podía verlo todo desde su oficina; como si pasaran una de aquellas comedias del programa *Veinticuatro por segundo*, de las que tanto le hablaba su abuelo y que describía con verdadero fervor de fanático. Casi las tenía escenificadas en su mente gracias a sus extensos relatos.

Los edificios que le rodeaban los observaba ahora totalmente indiferente. Ya no le provocaban tentación alguna, y ninguno le servía para huir en busca de esa paz del alma que no había podido conseguir y que tanto necesitaba justo en ese momento. Eran emblemáticos, con historias increíbles, de las cuales siempre se sintió tentado a conocer cuando llegó a vivir allí. Recordaba con nostalgia cómo se refugió y perdió en museos, centros arquitectónicos y de arte en sus primeros años lejos de su tierra, buscando consuelo, embargado por aquella necesidad de poder sobrellevar tanta tristeza y... tanto dolor. ¡Nunca lo logró! Una parte de él, demasiado grande, se quedó atrás; mientras que una profunda angustia se instalaba en su corazón para toda la vida.

«¡¿Cómo pueden pedirme que olvide?! ¡Cómo!».

Continuaba observando la ciudad, que siempre mantenía ese movimiento cotidiano y tradicional de las fiestas decembrinas. Familias con grandes paraguas, o cubiertos con abrigos y gabardinas impermeables, se podían divisar entrando y saliendo de los suntuosos y muy ocupados comercios en esa fecha; llenos de paquetes, bolsas, o alguno que otro chico colgado del brazo de sus padres y armando un berrinche. Parecían pequeños ejércitos de transeúntes en busca de la mejor oferta, del mejor regalo y la más jugosa oportunidad para comprar.

Era el famoso *Black Friday*, o viernes negro, el día después de Acción de Gracias, que se había convertido en una controvertida tradición de compras navideñas, y que en realidad provocaba olvidar el verdadero significado de la navidad.

«*Todo me parece tan trivial y... carente de sentido*».

La lluvia continuaba afuera con su esfuerzo de querer ser rápida, precisa y fuerte para acabar con el intento de muchos de seguir sus compras; algo que sin duda lograría, pensó, al conocer la información dada por Meteorología para la próxima semana.

Se abrumó de tanto silencio, se viró hacia el escritorio para recoger su gabardina azul marino y ordenar su portafolio con el trabajo que llevaría a casa. Quería, por fin, terminar su día en la soledad que necesitaba cada vez que llegaba esta fecha; por eso, a pesar de ser un tiempo en el cual casi era pecado capital trabajar, él se aislaba en la tranquilidad de su oficina y se saturaba de carpetas pendientes de revisión, era su mecanismo de defensa personal hacia aquella vulnerabilidad que lo embargaba por el significado especial de ese día. Convirtiéndose en una triste rutina que repetía cada año...

No pudo evitar un suspiro profundo y doloroso al acercarse al escritorio. Luego de sacar un pequeño llavero de su bolsillo izquierdo, abrió la última de las gavetas y la encontró... Ahí estaba desde que decidió guardarla, intentando aminorar el sufrimiento que le causaba tenerla colgada a su cuello. Intacta, en su pequeña cajita forrada de terciopelo azul desteñido; no por la falta de cuidado, ni siquiera por los años que hacía que estaba en su poder, sino por las tantas veces que la mantuvo en sus manos y, entre roce y roce, había recordado junto a ella una vez más aquella escena.

Al cogerla, volvió a afligirse y a cerrar los ojos, era inevitable que sus manos temblaran, con el tiempo se había acostumbrado a sentir ese

imperceptible hormigueo cuando la sostenía; como si ese sencillo objeto le volviera a recordar todo de golpe y, así también, el gran desconsuelo que afligía su vida.

Sacudió a ambos lado la cabeza tratando de espantar los recuerdos.

«¿Por qué si siempre me ha dado miedo y dolor recordar, aun así, no puedo ni quiero evitarlo?».

Extendió en su mano el pendiente; rozó con la yema de los dedos la libélula que colgaba con dos pequeñas alas abiertas y piedras azules en lugar de los ojos y... ¡No pudo evitar ese nudo lacerante que trancaba su respiración al punto, incluso, de sentirse desfallecer! El calor de las lágrimas en sus ojos apareció arrasador. Como siempre, era el momento en que esa mirada tan profunda como el océano, y que le hizo creer y decir siempre que le había robado su color más sublime a las profundidades, volvía a su memoria. La llevaba tatuada en su corazón y podía traerla a él con tan solo un minuto de sus recuerdos, inundarse de su olor a violetas hasta languidecer entre sus memorias era su adicción y revivir su sonrisa inocente, hermosa y sincera, su doloroso consuelo.

Todo se reflejaba una y otra vez en su mente; todo era como si hubiese ocurrido el día anterior, y no doce años atrás... Miraba a todos los lados de su oficina con la mirada vacía, perdida; intentando buscar un solo motivo o razón para agarrarse con fuerza a una mínima fe o esperanza en el futuro.

«¡Como si entre estas paredes eso fuera posible!».

Cada objeto o mueble allí era impecable, impoluto, decorado con el más estricto gusto, elegancia y ostentación. Viéndolo, todo caía de golpe, asimilaba quién era, cuál era su vida ahora; pero la sensación de desesperanza, a pesar de todo aquello, lo envolvía en una ola de amargura y rencor.

El timbre del teléfono interrumpió brevemente su letargo; pensó en no contestar; sin embargo, al percatarse de quién era, no quiso hacer más torturante la espera y preocupación de ella.

—Dime, madre, ¿cómo estás?

—Estoy bien, hijo, ansiosa por verte. Anoche... —la escuchó tomar aire— no nos acompañaste a cenar, y este Día de Acción de Gracias prometiste hacerlo. Tu padre se molestó al ver que no llegaste, y no terminó la cena junto a la familia. —Dejó escapar una exhalación...—. Por favor, hijo, ¿hasta cuándo será esta situación? Es como si en esta época específica del año decidieras evadirnos a todos y fuéramos tu peor opción de compañía.

Las palabras de su madre le dolían tanto que se bloqueaba y no podía a veces manejar la situación. Ella nunca llegaría a entender su carga, su dolor, su sufrimiento de años, y eso ya lo había aceptado desde hacía mucho tiempo, sabía que ninguna explicación de su parte tendría sentido.

—Madre, no caigamos en reproches, por favor; deberías entender el significado de estas fechas, en especial... hoy. —Él mismo se escuchó deprimido al hablar—. No son ustedes, soy yo el que no necesito ni quiero compañía alguna. Te lo repito, es algo superior a mí que deberías tener asumido aunque... no logres comprenderlo aún. —La escuchó nuevamente respirar fuerte, y prosiguió—: Siempre les he pedido que lo respeten; con mi padre perdí todo intento de diálogo al respecto y ¡juro...! he intentado buscar el perdón que, según él, necesita de mí; más contigo, mamá... —Hizo un esfuerzo para seguir—. Contigo he tenido paciencia y la callada esperanza de que un día logres darme ese espacio que tanto necesito, pero... veo lejana esa posibilidad.

—¡Por Dios! ¡Han pasado doce años! ¡Doce! ¡Y seguimos batallando con lo mismo! —dijo desesperada su madre—. ¿Dime cuánto más tendremos que soportar? ¡Dímelo! ¿Acaso nosotros no contamos como prioridad para ti? ¡Estas fechas son para estar en familia! ¡No lejos de ella! Si entendieras eso, bajaría la intensidad de esa carga que te empeñas cada vez más convertirla en tu calvario personal. ¿Crees que no sufro por eso? ¿Que no lo padecemos todos? ¡¿Que también no recibimos una buena parte de sufrimiento?! ¡¿Hasta cuándo debemos pagar por el daño que, según tú, te hicimos?!

—¡Madre! —expresó más alterado de lo debido, así que suavizó la voz—. Esta conversación, como siempre, no nos llevará a ningún lado. Tú tienes, al igual que toda la familia, una opinión en la cual mis sentimientos carecen y carecerán de valor siempre, por eso busco la soledad en días como hoy, ¡al menos eso necesito que lo respeten! —remarcó contrariado, pasándose una mano por la frente—. Mañana nos vemos; pero ahora, ¡por favor, no sigamos con este tema en el que no vamos a ponernos de acuerdo jamás!

Del otro lado de la línea se escuchó un lamento profundo; aunque no parecía de resignación absoluta, al menos significaba que darían aquel tema engorroso por saldado... quizás de momento.

—Está bien, hijo —habló más calmada—. Te esperaré mañana, ¡por piedad!, no vuelvas a dejar a la familia esperando por ti. Espero que vengas, y el resto de los días navideños también. Hazlo por tus abuelos si es que no

deseas hacerlo por nosotros. ¡No les hagas esto a ellos y no te lo hagas tú! Cúdate y... Dios te bendiga. Te quiero...

—También la quiero, madre, haré todo lo posible por estar ahí..., lo prometo —concluyó, resignado, la llamada.

Finalmente, recogió su gabardina con lentitud y luego volvió a guardar aquella minúscula caja aterciopelada, junto a su pendiente de libélula, cerrando el cajón que tanto tiempo la había resguardado. Después de mirar en torno suyo, en su lujosa oficina, y sentirse más solo y vacío que nunca, pensó que era hora de irse. Masajeó sus ojos con evidente cansancio y se dirigió al pasillo, cerrando la puerta tras él. No pudo evitar una sonrisa irónica, triste y desolada al leer el grabado de letras doradas ribeteadas en color negro con su nombre:

ALCÁZAR BELMONTE Enterprise, LLC
Gael Alcázar Belmonte
Presidente

Se giró y observó el largo pasillo silencioso y en calma, donde siempre se escuchaba la salida y entrada de los empleados, así como los murmullos de sus conversaciones, ahora era solo el sonido de sus propios pasos lo que hacía eco allí.

Al final, este terminaba en una amplia pared de cristal ambarino con pequeños hexágonos de vitrales rojizos. A los lados, las puertas metálicas de los ascensores daban la impresión de poder abrirse en cualquier momento, como sucedía en un día normal; mientras, la humedad de la lluvia se entrelazaba con imperceptibles rayos de luz dando la impresión visual de un camino hacia un lugar... ¿mejor?

Echó a andar y entre cada respiración profunda intentaba sentirse más tranquilo y en paz, pero era consciente de que al menos ese día, a esa hora precisamente, era algo que... definitivamente no lograría.

«¡Veinticinco de noviembre del...! ¡El mismo día en el que doce años atrás mi vida cayó en un abismo y se hizo pedazos...!».

No lejos de allí...

—¿Estás seguro?! —Con la voz temblorosa, la mujer prestaba atención al otro lado de la línea mientras su rostro pasaba de la sorpresa a la absoluta ira...—. ¡No sé cómo lo haremos, pero nunca puede enterarse! ¡Sería el fin de todo! ¡Haz lo que tengas que hacer, pero encuéntrala ya!

Tiró el teléfono con furia y comenzó de forma acelerada a estrujar sus manos una con otra. Se sentía en un trampolín de incertidumbre y, a la vez, no quería que el miedo le ganara la batalla. La información recibida, sin duda, no la esperaba. Sabía que debía actuar rápido si quería que todo aquello por lo que había pacientemente esperado y luchado se lograra.

No había tenido sosiego alguno desde aquella noche en que escuchó la conversación entre su padre y Rolando Alcázar. Desde ese día, dio rienda suelta a todos sus recursos para llegar a la verdad; esa misma verdad que ahora la golpeaba y la ponía al borde de un precipicio de inseguridades.

—¡No hay tiempo que perder! —dijo mientras sacaba un frasco de píldoras del bolsillo de su chaqueta cachemir y se tomaba dos de una vez con temblorosas manos.

Había solo una persona que podía ayudarla, y haría lo que fuese porque se pusiera de su lado aunque tuviera que regresar al infierno al cual perteneció durante años. Se acercó al sillón donde estaba su teléfono y, sin más, marcó ese número que sería su gloria o... su perdición.

—Necesito verte... ¡Y es urgente! —calló esperando atentamente una respuesta—. Saldré para allá mañana. Si puedes, envíame el *jet*, y tendré otra deuda contigo. OK, gracias, y espérame...

Se quedó varios segundos mirando su móvil después de colgar, apretándolo en un puño.

—Te lo he repetido muchas veces y aún no lo crees... ¡Eres tú o nadie! ¡Soy yo o ninguna! —Su voz era baja pero cortante. Su mirada desorientada y perdida se volvió perversa...

Tras arrojar nuevamente con evidente furia el aparato dorado y llamativo, golpeándose este con el espaldar de la cama, se empezó a rascar casi inconsciente, pero con total desenfreno, los antebrazos hasta lograr que sus uñas largas y muy arregladas ocasionaran finas marcas ensangrentadas en ellos.

—¡No seré yo quien pierda esta vez...! ¡Eres tan solo un fantasma!

Se dijo con énfasis y amargura observando fijamente y con detenimiento obsesivo la fotografía al lado de su cama...

Capítulo 1



Valle de Viñales, Cuba. Mayo de 2004

El olor a la recién colada inundaba toda la casa y se mezclaba con el aroma de las frescas hojas de tabaco, que acababa de traer de la plantación bien temprano, para preparar su *piríngo*, como llamaba al pequeño tabaquillo que se hacía cada mañana con las hojas recién curadas.

Manuela amaba la tranquilidad de su rincón, ubicado en la misma vuelta del camino Sujumi, como sus antepasados habían llamado siempre a aquel terraplén construido por los esclavos africanos sobre el 1800, y que terminaba justo en la tan conocida Poceta del Cimarrón. Allí, su familia había decidido, hacía décadas, levantar su modesta y típica vivienda cubana, hecha de tabloncillos y tejas de barro horneadas. Una casa pintoresca, amplia y fresca por los numerosos ventanales que la recorrían. Disfrutaba mucho del amplio ranchón de guano, del aire inquieto que cada día traía de pasajero los olores inconfundibles de la maduración y secado de las hojas del habano. «¡Olor de dioses!», escuchó muchas veces decir al *tatico* Ventura cuando se sentaba a fumar su buen puro acabado de cortar y enrollar por sus ásperas manos de tabacalero. Los años también habían hecho su buen estrago en Manuela, sus callosas manos oscurecidas dejaban ver sin duda la huella del trabajo que por

generaciones cargó su familia en esa tierra.

Sus padres murieron hacía ya más de seis años, se fueron juntos uno casi detrás del otro, como tanto le habían profetizado a ella y a su hermana Clarita; a la cual, por cierto, no veía desde el funeral de ellos; solo una que otra llamada al Centro Agente Telefónico de Mireya para escucharla decir: «¡Necesitaba saber si te habías muerto entre los mogotes de Viñales, *mijita!*!».

¡Ay, los mogotes!... Allí estaban, como guardianes inmutables del valle que encerraba tanta historia, los mirabas y sentías que te podían decir: «¡*Eh, Míranos! ¡Somos la sabiduría absoluta de este lugar!*!».

Se sorprendió riendo de lado con aquel pensamiento, mientras saboreaba su café y soltaba una bocanada de puro aroma cubano, sin dejar de sentir cómo quería a esa tierra, a ese verdor y a ese valle...

Sabía que se moriría allí; su cabello blanco, ya por la edad y recogido como el antiguo moño de la abuela, le recordaba la vida larga que le había regalado a ese rincón que, hoy, era esa compañía quieta y fiel en su solitaria vejez. Nunca más se casó después de perder a su Ramiro en Angola, ni siquiera recibió la bendición de quedarse con un hijo suyo, solo el nacimiento de su ahijado y luego cuidar de sus padres habían dado sentido a sus días.

¡Su querido Gael a punto de cumplir dieciocho años! Le parecía mentira y recordó el día que Adela lo diera a luz y lo pusiera en sus brazos, fue tanta la emoción de verlo que no pudo evitar llorar al mirarse en aquellos ojazos verdes como los de su abuela, y aquella cabecita cubierta de pelo negro haciendo contraste con sus «cachetes de picudo». Así dijo el *tatica* Ventura cuando lo vio: «¡Es un picudo cachetón!». Al recordarlo, soltó una pequeña carcajada.

En aquella ocasión, su prima Teresa revoloteaba en la sala del hospital, orgullosa de tener aquel nieto tan hermoso y repitiendo mil frases contra el «mal de ojo». Lástima que las circunstancias familiares empañaran un poco la felicidad de aquel nacimiento... ¡Ese Martín Belmonte, genio y figura hasta la sepultura!

Manuela siempre presintió, desde que lo vio, que en los ojos de Gael existía un brillo especial, como si con él llegara también una historia y un destino ya escrito que cambiaría el curso de muchas vidas... En aquel momento no dijo nada, ¡total!, siempre la habían tildado de loca en la familia; más aún, desde el día que se echó a llorar diciendo que su esposo no regresaría de Angola. Todos pensaron que estaba mal de los nervios por la

separación, y diez días después recibió la triste y cruel noticia de boca de aquel capitán del Ministerio del Interior, y... su vida dejó de sonreír hasta la llegada de su Gael...

Hoy tuvo un augurio de esos a los que siempre les hace caso, de los que le helaban la sangre y hacían sudar sus manos. Como si el viento trajera con él una pesada carga o una premonición hasta el mismo valle. No sabía a ciencia cierta por qué se sentía tan intranquila, no se atrevía a consultar aún su *orisha*, menos a sus *dilogún* o caracoles. Pero ese temor a no querer saber la tenía en vilo desde que despertó cuando apenas aparecieron los primeros rayos de sol por el final del horizonte, no lo entendía. ¿Por qué...?

—¿Madrina, dónde anda?! —Manuela saltó, absorta en sus pensamientos, y se encaminó a la puerta delantera de la casa apurando sus viejos pasos, sabía quién era, esa voz resultaba inconfundible para ella.

—¡Aquí estoy, mi muñeco! ¡Ya voy, estaba fumando un purito! —repetía con su ya trabajoso andar hacia la parte delantera de la casa.

Al abrir, se encontró con la perfecta y sincera sonrisa de aquel joven de mirada esperanza, como ella le decía. Siempre se sintió orgullosa de él; no era solo su perfecta belleza masculina, por la que muchas chicas de la región perdían la cabeza, sino esa nobleza, modestia y educación de la que no presumía, pero que conformaban su personalidad.

Gael Alcázar Belmonte era el joven con el que toda muchacha de su edad querría soñar. Su corpulenta figura a veces no hacía juego con su rostro angelical, su sonrisa juguetona y aquellos cabellos castaños y lacios que siempre andaban revueltos. De músculos bien trabajados, no por gimnasios sofisticados, sino por verdadero y arduo trabajo en el campo ayudando siempre a su abuelo en la cooperativa. Con cejas perfectas, dando resguardo a unos hermosos ojos verdes, y su dorada piel por el sol eterno de la isla hacía entender a su madrina por qué era el chico más admirado por las jóvenes de Viñales. Todo aquel que lo conocía sabía que su integridad y valores, unidos a su maravilloso y solidario carácter, lo hacían un muchacho especial para sus seres queridos y para todo el pueblo. Era amable, jovial y alegre; su gallardía no pasaba desapercibida nunca, y muchos lo consideraban un gran amigo sin importar la edad que tuvieran. Gael, sin duda, era esa alma vieja en un cuerpo joven y enérgico.

—¿Qué andabas haciendo, mi viejita? ¿Eh? —dijo con el apodo que siempre usaba con ella al abrirle la puerta, mientras le llenaba de besos la

cara.

—¡Quédate quieto, caray! ¡Me babeas de tan remilgoso! —le contestó entre carcajadas, pero complacida por recibir tanto cariño de su parte—. ¡¿De dónde vienes a esta hora y apestando a oso viejo?! —preguntó mientras lo veía acercarse en busca de un jarro con agua fresca, todo sudoroso.

—De la escuela, tuve clases de Educación Física hoy, luego fui a montar un rato a *Patrón*. ¿Sabes?, lo estamos entrenando para las fiestas del diecisiete de mayo.

A Manuela se le erizó la piel de solo escucharlo mencionar el nombre de aquel caballo; desde el día que apareció en la vida de su ahijado, le causó un mal presentimiento y no terminaba por gustarle.

—¡Ay, *mijo*! ¡Por favor, ten precaución con ese animal! Mira que es arisco y endiablado. ¡Deberían haberlo dejado para arrear cargas! —dijo con evidente enojo—. ¡¿Cómo fue que a tu abuelo se le ocurrió permitir que tú lo entrenaras para las actividades de la cooperativa?! ¡Ese animal siempre me produce escalofríos, *mijo*!

El chico levantó una ceja y no dudó en mostrarle su sonrisa más tierna, para luego abrazarla y decirle con dulzura:

—Deja tus supersticiones, mi vieja, que tú sabes que soy todo un jinete, *Patrón* se entiende conmigo. —Y le dio otro beso en su arrugada mejilla—. Ahora te dejo, tengo que regresar a la escuela más tarde, a clases de Biología, y voy por una ducha. ¡Tienes razón! ¡Huelo a oso viejo! —exclamó luego de hacer un mohín con la cara tras olerse la camisa y soltar la carcajada.

Le dio un abrazo más bien apretado a su madrina. Ya se iba cuando ella lo llamó, y se giró desde la puerta para escucharla decir...

—¡Que Ochún y Obátala te guíen, mi cielo!

Levantó la mano y le dio la bendición haciéndole la señal de la cruz, a lo que Gael, sonriente, contestó tirando el siguiente beso con la mano...

—¡*Aché*, madrina! ¡*Aché*! —Y salió cerrando la puerta tras él...

En la ciudad de La Habana...

Había comenzado a preparar el equipaje para enviar a su hija a la casa de sus suegros.

No dejaba de analizar que su regreso la había tomado por sorpresa, y no

sabía personalmente si reprocharse su actitud duramente por atentar contra su dignidad, pero no pudo resistirse a él. Terminaron con la noche de pasión más intensa que recordaba haber tenido juntos en los últimos años, aunque todo se quedó en un limbo de silencio cuando entre sus brazos, y aún con el calor de sus besos impregnados en su piel, las preguntas que clamaron tener sus respuestas durante meses de incertidumbre terminaron por manifestarse, haciendo que la tensión volviera a imperar entre ellos.

Era consciente de que el tiempo se había convertido para los dos en su peor enemigo y que las misiones, que constantemente se empeñaron en asignarle, abrieron un abismo entre ambos; pero, no obstante, tenía que reconocer que Armando no era el mismo que se había vuelto a ir hacía mucho tiempo atrás. Algo en él resultaba diferente ante sus ojos, pero aún no sabía con exactitud qué esperar de esta nueva etapa que comenzarían a vivir. Le había asegurado que no existirían más viajes ni misiones en el extranjero, y que había aceptado finalmente la propuesta de trabajar administrativamente en el Ministerio. Al escucharlo, quedó perpleja no solo por la decisión que según él había tomado, sino por la calma y la resignación con la que se lo comunicaba.

—*¿No dirás nada? Pensé que al decírtelo sería otra tu actitud.*
—*preguntó con un acento decepcionado en la voz. Continuaban desnudos bajo las tibias sábanas después de hacer el amor y quedar extasiados una vez más, él se abrazaba a su espalda hundiendo el rostro bajo sus cabellos.*

—*No sé qué decir. Sé lo difícil que ha sido, pero no quiero que tomes decisiones de las cuales te puedas arrepentir luego.*

—*No lo haré, es algo que debí decidir hace mucho.*

—*¿Qué es lo que te ha hecho que sea ahora?* —*lo escuchó respirar profundo, tomándose unos segundos para responder.*

—*Solo puedo decirte que tú y mi hija serán a partir de hoy mi total y más absoluta prioridad...*

Recordaba sus palabras, repitiéndoselas en la mente una y otra vez, como si con ello pretendiera asegurarse de no olvidarlas, o para descubrir algún trasfondo en ellas. No era que dudara de su amor, por el contrario, desde que llegó lo sentía librar una batalla interna entre el Armando acosado nuevamente por las dudas y la desconfianza que hacía meses le había dejado una fría nota,

supuestamente porque partía para una misión, y este que apenas había regresado sorprendentemente hacía diez días. No se cansaba de observarlo; en ocasiones lo notaba taciturno, como si meditara cada acción o actitud a seguir, y... le preocupaba, pues intuía que algo más allá de su decisión de abandonar el área militar lo atormentaba. La profundidad de su mirada no mentía, lo había sorprendido en varias ocasiones con sus ojos clavados en ella, ojos de amor infinito y... ¿veneración? Esto, lejos de ocasionarle ansiedad como en los primeros años de su retorno a la isla, ahora le transmitía paz y un profundo deseo de que le permitiera acompañarlo y consolar a su lado cualquier angustia.

«¿Es por nuestra hija? ¿Acaso su nueva condición te ha sumido en ese estado de desolación?»

Ella, mejor que nadie, sabía lo doloroso que había sido enfrentar tantas pruebas difíciles como padres. A veces, olvidó hasta su educación ortodoxa y le reclamó a la vida y a cualquier providencia existente, divina o no, el porqué de todas las vicisitudes que su niña estaba condenada a pasar. ¡Había llorado a solas tantas veces! ¡Se había enojado tanto con el mundo, con la vida, con el destino marcado hasta el momento para su hija! Y ahora él...

—¡Necesito me digas la verdad! ¡Lo necesito, por favor! ¡Es nuestra última oportunidad! —repitió en voz alta.

—¿Mamá, está todo bien?

La chica entró preocupada a la habitación de su madre. Había oído sonidos provenientes desde allí y, al acercarse, la escuchó decir algo con aparente énfasis. Ivanna se forzó en modificar de inmediato su tono de voz y dulcificarlo delante de su hija. Ella era la razón principal de todo lo que día a día se obligaba a soportar desde los últimos meses. Era su luz, su gloria, su reconciliación con Dios y la vida a pesar de sufrir tanto sus designios; pero no podía perder la fe, menos ahora, y nunca permitiría que nada le hiciera daño a la persona que más adoraba en el mundo.

—No, querida mía, todo está bien, solo que no podía acomodar algunas cosas dentro del equipaje y me frustré un poco. Dime... ¿Cómo te sientes? ¿Algún malestar nuevo? No te debiste levantar tan temprano, Romina, recuerda lo específico que fue tu cardiólogo. Además... ¿Dime si ya te aplicaste las gotas en tus ojos e hiciste el ejercicio que es necesario?

Romina se adelantó moviendo de un lado a otro su bastón blanco para

llegar hasta donde estaba su madre. Sabía de memoria cada centímetro de aquella habitación, pero no quería provocar otro disgusto o temor, como siempre pasaba cuando la veía sin aquel utensilio que para ella era una cadena social, mientras que para su madre era un escudo de protección ante cualquier accidente.

—Mami... —le dijo con dulzura mientras tocaba su rostro—, quiero que estés bien y no te sientas mal por la decisión de papá, estaré a gusto con los abuelos. Si tu tranquilidad depende de mi promesa de cuidarme, desde ya te prometo que así será y cumpliré al pie de la letra todo lo que el doctor me ha indicado.

Ivanna la miró con adoración, sus ojos se empañaron al punto de dejar salir las lágrimas, así que para que no se percatara de la angustia que la abrumaba en aquel momento, inmediatamente secó su rostro con la manga de su blusa antes de abrazarla. Suspiró buscando la fuerza necesaria, jamás permitiría que percibiera algún motivo que le causara preocupación o angustia, menos aún cuando su condición cada día era más delicada.

—Mi pequeña —le habló mientras la envolvía entre sus brazos—, no quiero que ni por un segundo te preocupes o inquietes, todo está bien, te extrañaré, pero tampoco estamos tan lejos. Con tus abuelos estarás estupendamente. Sé, además, que el cambio te beneficiará mucho, sin duda ir a Viñales será un inmenso adelanto para tu salud, y eso es lo único que a tu padre y a mí nos importa más que nada en este mundo.

Besó su frente mientras sentía que su corazón se encogía; un nudo en el estómago le recordaba nuevamente que el principal deseo de ella y Armando era terminar con aquella pesadilla y ver finalmente a su muchacha recuperada.

¡Dios! ¡Era tan difícil! La impotencia de no poder hacer nada más los llevaba al límite de su dolor y de sus emociones como padres.

Romina Sanfield era la única hija de Ivanna y Armando, exembajador de Cuba en Rusia y miembro de la fuerza militar cubana hasta el momento, en la cual contaba con el grado de coronel.

Era una preciosa jovencita de diecisiete años, con una belleza angelical e idílica tanto por fuera como por ser dueña de nobles y dulces sentimientos. Alta como su madre, heredó sus proporcionadas curvas, más otras de su muy provechosa genética caribeña. Sus cabellos castaños y lacios rozaban sus caderas, sus ojos almendrados eran de un azul intenso y casi doloroso a la vista, dándole un aire de inocencia inigualable y provocando a la vez un

llamativo misterio al mirarla. A pesar de sus espejuelos de gruesos lentes, que debía llevar solo en ocasiones específicas para contrarrestar su grave deficiencia visual; era una chica que con solo mostrar su sonrisa blanca y perfecta te hacía sentir paz ante cualquier circunstancia. No se equivocó su abuela Svieta cuando le dijo a su madre que Romina era: «Pureza y armonía en un mismo estuche».

Ella era de esas personas que brillan por sí mismas, que emanan paz, felicidad y... vida. Ante la mayor de las vicisitudes siempre veía la parte positiva. Reía muchas veces, aunque fuera desde la cama de un hospital, y encontraba una noble y sensata explicación para todo. Se refería siempre al perdón como la forma más genuina de liberar el alma, y escucharla razonar de aquella manera, dada sus muy difíciles condiciones personales, le hacía a muchos replantearse su actitud ante la vida.

Humildemente resignada ante el nuevo reto, que esa misma vida que amaba le lanzaba al azar, decidió aprender el idioma braille, ante los ojos de dolor de sus padres, cuando se dio cuenta de que su problema visual avanzaba y no podían hacer nada al respecto, al menos, por el momento. Lo hizo con una entereza, alegría y optimismo envidiable para cualquiera.

Su madre, Ivanna, provenía de una familia rusa comerciante de un área residencial a las afueras de Moscú. Conoció a Armando en sus prácticas universitarias de Ciencias de la Información en una institución gubernamental rusa cuando apenas estaba por cumplir los veinte años, y sintió entonces que había encontrado al hombre con el que pasaría el resto de su vida, y a pesar de enfrentar más de una situación difícil a su lado, aún su corazón le pertenecía con la misma, o quizás mayor, intensidad de tantos años atrás. Todo fue tan especial en esa época que a solo pocos meses de salir juntos se casaron en el consulado cubano, y comenzaron a vivir a poca distancia de la embajada en Moscú. Enamorados y confiando en su relación decidieron hacer planes como pareja, hasta que poco tiempo después llegó la luz de sus vidas: Romina, y las cosas comenzaron a volverse complicadas.

Su hija nació con una insuficiencia cardíaca congénita, y cuando fue diagnosticada los médicos aseguraron que podía llevar una vida normal, pero siempre con cuidados extremos, aconsejando que durante su desarrollo debería someterse a revisiones con regularidad. A ciencia cierta, era reservado cualquier pronóstico a futuro, ya que en cada paciente era diferente la evolución de la enfermedad; por lo tanto, se centraron más que nada en

priorizar su calidad de vida. No obstante, su pequeña Romina pasó gran parte de su niñez entre hospitales en Rusia y posteriormente cubanos, era casi un milagro que su condición se mantuviese estable a través de los años, aunque en gran parte se lo debían a la buena suerte, y era irónico llamarlo de esa forma por contar con muy buenos especialistas que tratando su situación, aun así, esta seguía siendo difícil.

Como si la vida quisiera presionarlos más, a todo ello se unió un problema de sus córneas, supuestamente de carácter hereditario, aunque nunca pudieron dar una clara explicación. Tan solo tenía nueve años cuando llegó este nuevo reto a enfrentar juntos, el cual con el tiempo se fue agravando al punto de ir haciéndola perder más de un setenta por ciento de su capacidad visual y llegar a necesitar una cirugía. Esta pudieron haberla realizado desde que cumplió los doce años, pero se hizo imposible por la afección cardíaca, sus constantes crisis y el peligro que suponía someterla a una intervención quirúrgica.

Pero la vida era terca, indomable y a veces cruel, y se empeñaba en quererlos presionar y llevarlos al límite. Hacía ya un año y seis meses que el cardiólogo les había comunicado de la necesidad de someter a Romina a un trasplante de corazón en el futuro, o en cuanto existiera dicha posibilidad no dudar en hacerlo de una vez. Desde su última hospitalización, hacía casi dos años, su respiración y capacidad motora eran un poco más débil, decaían levemente con el día a día, por lo que no se debía ya descartar más esa decisión ni confiar en su aparente estabilidad. Recordó que esa fue la razón principal que la hizo seguir a su marido a Cuba definitivamente, después de que se desencadenara toda aquella vorágine en la embajada y él dejara el servicio diplomático para regresar a las oficinas del ejército, o al menos... eso creyó entonces. Había muchos indicios que durante años le revelaron que aquel conflicto interno fue más allá de lo ocurrido en la sede cubana en su país natal.

La isla contaba no solo con un gran equipo médico especializado en cardiología, sino también con uno de los hospitales más reconocidos en Latinoamérica para este tipo de operaciones: el hospital CIMEQ. En este centro solo tenía acceso la clase social selecta dentro del gobierno, personalidades a nivel mundial, o cualquier otra persona del exterior que pudiese pagar los altos precios en moneda extranjera que costaba el servicio hospitalario allí. Su hija estaba en lista de espera, era muy bien atendida y monitoreada según las necesidades de su condición, y gozando de ciertos

privilegios por ser hija de un alto funcionario militar cubano; algo que, probablemente, en su país no le sería posible ofrecerle, hoy comprendía eso más que nunca, dado que ni con el apoyo de su familia hubiese podido contar allá, a no ser que... Mejor no hacer suposiciones de lo que en su momento ni siquiera fue una opción para ella.

—Mami, me parece escuchar que papi llegó y se encerró en su oficina, deberíamos agilizar todo antes de que se convierta en un gruñón —le expresó su hija sonriente, interrumpiendo su meditación, mientras ella cerraba con pesar el último maletín de viaje.

—Sí, Romi, ya está todo listo. Solo pongo un frasco extra de tus medicinas en la bolsa de mano y ya podemos decirle a tu padre que puede llamar al chófer. —Con un gesto de alegría más que fingido por aquella separación entre ellas, se acercó y le dio un beso—. Ve, anda, no dejes que, como bien dices, el gruñón de tu papi se impacienta.

—Vale, mami, ya estoy lista. ¿Cómo me ves? —Ivanna, al observar a su niña detenidamente, con aquella trenza de lado que llegaba hasta su cintura y sus maravillosos ojos azules rodeados de largas y espesas pestañas, casi llora de ver lo hermosa y maravillosa que era ese pedazo de su corazón. Con un pantalón entallado y una camiseta blanca, se veía tan sencilla como sofisticada a la vez—. Estás preciosa, hija. ¡Tan bella como una diosa eslava! —le dijo con todo el amor del mundo, sintiendo que aquellas últimas palabras le arañaban de nostalgia el alma.

—¡No eres imparcial, señora Sanfield! —contestó su hija entre risas y dio la vuelta con lentitud para dirigirse al encuentro de su padre, que ya las debía estar esperando.

«¡Ay mi niña! Que el futuro a partir de hoy solo te depare sorpresas hermosas y que la vida decida, por fin, poner en tu camino la oportunidad de lograr ser completamente feliz...»

Fue el silencioso pensamiento con el que rogó para que su deseo se hiciera realidad muy pronto...

Capítulo 2



La tarde hacía su entrada entre oleadas de matices amarillentos cubriendo todo el valle. A lo lejos, desde la pradera, se distinguía el camino a San Vicente y hacia la Gran caverna de Santo Tomás como si fuera una pintura al óleo, detallando cada color del trópico entre las bailarinas palmas reales al viento en su máximo esplendor. No había a esa hora muchas personas andando por ese trayecto, algo habitual cada día, la tranquilidad imperaba y no se coincidía con casi nadie como a horas tempranas, especialmente turistas o tabacaleros.

Gael regresaba exhausto y algo hambriento de su última clase del día, deseaba llegar a la casa para darse un buen baño y comerse de un tirón el rico arroz con gallina que le anunció su madre que haría. Ese día se había sentido algo ansioso, no logró concentrarse por la tarde, llegó incluso a pensar en pedirle permiso al profesor para regresar antes a la casa, pero... lo analizó mejor luego de recordar que la semana siguiente estarían en exámenes, no podía ser inconsciente y faltar a clases.

—¿En qué piensas, galancito? —Le salió al paso su prima Lourdes, la única chica entre los nietos Belmonte.

Una jovencita dulce, alegre y vivaracha como un ave silvestre. No era muy alta, de cabellos algo rizados castaños y con su cara redonda cubierta de

pequeñas pecas. Tenía tan solo dieciséis años, y no solo la consentían sus abuelos y sus padres, sino también primos y hermanos que, al verla tan pequeña y revoltosa, siempre andaban tras ella protegiéndola de sus propias travesuras y caprichos de niña mimada.

—No me pasa nada, parlanchina sabanera —le contestó, frunciendo la boca—. Solo algo agotado de tantas cosas durante todo el día, y este calor no ayuda. ¡Quiero llegar ya!

Su prima lo miró algo incrédula poniendo en blanco los ojos, y luego de arrugar su nariz pecosa y levantar su cola de cabello toda rizada y húmeda por el sudor de la caminata, le dijo:

—¿Ya te enteraste de que regresan los Sanfield? Lo supe hoy por Hortensia, la señora a quien le mandan dinero para que le dé una vuelta a su casa y se la mantenga limpia. La verdad... ¡No sé yo a qué vienen! Los viejos se fueron a La Habana hace como un año; desde que Esther se puso mala de la diabetes y necesitaba estar cerca de un buen hospital, según decían —expresó dudosa—. ¡Pienso que es un desperdicio! ¡Tanta gente sin techo en este país, y ellos teniendo esa casa ahí cerrada casi todo el... Hummm... ¡¿Me estás escuchando, Gael?!

Gael brincó, saliendo de sus pensamientos, y se retorció por el pellizco que su querida prima le acababa de dar en el brazo al no prestarle atención.

—¡Sí te escuché, jiribilla insoportable! ¡Que me has torcido el brazo con ese pellizco, chica! —Lourdes soltó una carcajada al verlo con cara de dolor, los ojos achicados y sobándose el brazo donde, sin duda, le quedaría un buen moretón.

—¡Eso te pasa por no atenderme como merezco, *galancito*! —repitió aquel mote para molestarlo, sabía cuánto lo enojaba que le llamara así.

—Recuerda... ¡Soy la chica más importante de los Belmonte y merezco respeto! —le respingó, empujando la nariz en gesto de altanería y broma.

—¡Sí, claro! ¡La más importante! Porque para pesar de Adrián, Tomás y mía, sin contar a los otros dos mayorcitos... ¡Eres la única chica!

Su prima le hizo una mueca al escuchar el nombre de sus dos hermanos y le sacó la lengua, luego se echó a reír con esa vocecilla de niña traviesa y le dio un beso a su primo, para colgarse de su brazo y seguir camino hasta la casa.

Los Belmonte eran una familia conocida por todo el valle de Viñales, y vivían relativamente cerca unos de otros. El viejo Martín Belmonte siempre se había encargado de mantener juntos en aquel lugar a todos sus hijos, e inculcó

un amor y apego a la región tan grande en ellos que al final todos de mayores construyeron sus casas allí, en Viñales, donde tenían sus hogares.

El hijo mayor, Felipe Belmonte, se había convertido en el ingeniero agrónomo más reconocido en el cultivo del tabaco, que era la producción especial de toda aquella zona. Un hombre con muchos conocimientos y preparación en esa rama, específicamente en lo referente al famoso habano cubano reconocido mundialmente como el mejor tabaco. Él era el orgullo de Martín; casado con Alina Méndez y padre de los dos nietos mayores: José, de veinticuatro años, y Darío, de veintidós, ambos estudiantes de carreras militares en la capital cubana.

El segundo hijo, Jacinto, amaba el campo y los cultivos, era el administrador de la cooperativa de la zona tabaquera. Un hombre sencillo y pacífico; aunque muchas veces no concordaba con su anciano padre y sus ideas, el respeto que sentía por él le hacía siempre mantener las distancias y callar. Junto a su esposa, Sofia, habían procreado tres hijos, Tomás, de diecinueve años: Adrián, de diecisiete y, finalmente, la intranquila Lourdes y la única mujercita entre nietos y sobrinos de toda la familia.

Por último, estaba Adela, su única hija, casada con Rolando Alcázar y padres de su nieto Gael.

Martín nunca vio con buenos ojos la unión de su hija con Rolando. Hacía más de veinte años que la familia de este había abandonado Cuba hacia los Estados Unidos y, su ahora yerno, decidió en aquel momento que no se iría porque no quería dejar atrás a Adela, que para entonces ya andaban enamorados. Pero esto era algo que espinaba a Martín... Nunca pudo aceptar que su hija se enamorara de un individuo que provenía de ¡«una familia de gusanos»!, como despectivamente se les llamaba a los que se oponían al Régimen. Él amaba y defendía a la Revolución con su sangre; que su Adela fuera la esposa de Rolando y ligara su vida a esa familia que traicionó a su patria con el imperio del norte fue, es y será, imperdonable a su juicio. Ese era el conflicto que había seguido a los Belmonte durante más de dos décadas: el controvertido matrimonio de la única hija de Martín y Teresa con Rolando, el miembro de una familia de disidentes que había abandonado Cuba.

—¡Tenemos que tomar la decisión ya, Adela! ¡No puedo seguir dándoles largas a mis padres y a mi hermano! Él tiene todo listo, ya lo habíamos

hablado, y... ¡estabas de acuerdo, caray! ¡¿Qué rayos pasa ahora!?

—Observaba con enojo y alteración a su esposa, la amaba más que a su vida, tenía claro que jamás podría vivir sin ella a su lado, renunció a todo hacía más de veinte años, y no sería ahora cuando la perdiera.

—Por favor, Roly, debes entender... ¿Cómo le diremos esto a Gael? Tiene sus sueños, quiere ir a la universidad, estudiar Veterinaria o Biología ¡Este es su mundo, Rolando! Es un hombre que ya tiene planes en su vida...

Su esposo la miraba serio, con la decepción reflejada en sus ojos claros. No podía creer que ella lo pusiera entre la espada y la pared, se estaba jugando la vida de su hijo, su libertad a decidir, a decir y creer en lo que quisiera en la vida, su derecho humano a pensar y desear un futuro mejor lejos de cualquier doctrina política impuesta. ¡¿Cómo era posible que le fuera tan difícil entender eso, por Dios?!

—Adela, tú y mi hijo sois lo máspreciado de mi vida... —comenzó despacio, buscando sosiego al hablar—. Lo que me ha mantenido en este país y bajo este gobierno dictatorial por casi veinte años ¡Y no me arrepiento, conste! —dijo de inmediato, levantando las palmas de las manos al ver que su esposa replicaría, quizás pensando que era un reproche de su parte, culpándola por no haberse ido junto a su familia hacía más de dos décadas—. Sabes que hemos pospuesto esta decisión por largo tiempo. —Respiró fuerte—. Primero, esperando que Gael creciera; luego, por la enfermedad de tu padre. Siempre buscando alguna justificación. ¡Basta! ¡¿Entiendes?! ¡BASTA! ¡Primero muerto antes de que Gael termine adoctrinado en una escuela militar como sus primos! ¡Antes me desgracio la vida yo!

Soltó el aire al ver el rostro demacrado de la mujer que era su vida, y bajó la voz.

—Te repito, eres... mi alma entera —continuó—; pero, antes que tú y yo, está el futuro de nuestro hijo. Su libertad verdadera, un futuro que solo debe ser decidido por él y no porque le diga nadie que para ir a la universidad debe primero pasar tres años en el ejército. —Respiró profundamente para continuar.

»Voy a llamar y avisar a mi familia para que preparen todo, tendrás que tomar tu decisión porque..., aunque me duela en la vida, la mía está tomada y... ¡voy a salvar a mi hijo! —enfaticó severamente, pero sabía que no era suficiente para lograr convencerla, y ante el silencio de ella decidió insistir—. Sabes que mis padres han creado un futuro para él y para nosotros en los más

de veinte años allá. Hay un negocio familiar esperándonos, mi padre y mi hermano me necesitan. ¡Nos necesitan! ¡No voy a privar a Gael de esa oportunidad!

Adela escuchó desencajada y en silencio a su marido, había temido por aquel momento durante años, ahora sentía que se le desmoronaba la vida de tanta angustia y... temor.

—Sabes que Gael no se irá sin mí, y yo... —Rompió a llorar, su esposo corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. Le dolía en el alma hacerla sufrir, ella era su luz y razón de existir. Claro que se ponía en su lugar por todo lo que dejaría atrás, a sus padres, su gente, su cultura... Era mucho más, sin duda, de lo que sacrificaría él, pero Gael era la prioridad, su hijo no sería pisoteado como había sido su caso durante más de dos décadas.

—No llores más, mi cielo... Lo haremos juntos, todo estará bien, te lo prometo —le decía entre sus brazos, besando su cabeza mientras la escuchaba ahogada por los sollozos en su pecho, como hacía tiempo no la veía sufrir.

—¿Mamá, papá? ¿Pero qué sucede?!

Gael entró a la sala de su casa y de inmediato soltó en el sillón la mochila, acercándose a sus padres tras mirar la escena que se estaba dando entre ellos. Abrazó a su madre por detrás, al virarla frunció la frente al ver su rostro bañado en lágrimas y sus ojos rojos.

—¿Qué está sucediendo, mami?! ¿Es la madrina?! —exclamó asustado, recordando el último infarto de su tan querida nana Manuela.

—¡No, hijo, tranquilo, todo está bien con Manuela y los demás! —dijo rápidamente al verlo tan contrariado, mientras ella secaba sus lágrimas con las manos.

—Debes de venir con hambre, mi niño. Ven al comedor, que te hice tu arroz preferido con gallina y le agregué bastante cilantro, como te gusta. —Cambió rápido el tema, mirando de reojo a su esposo para advertirle con la vista que no hablaran más del asunto, y menos en aquel momento.

—Bueno, mamá, debes entender que tú eres de las que siempre sonríen y difícilmente lloran, algo debió pasar para que te pusieras así, ¿no? —replicó sujetándola antes de que ella se fuera, esquivando el tema que la había hecho llorar de aquella forma, y mirando a la vez a su padre buscando una respuesta.

—Cosas mías, mi niño, nostalgias del pasado, recuerdos que... Ya ves, soy una romántica empedernida, y a tu padre hoy le ha dado por sacarme la veta sensible de nuestros buenos tiempos —dijo forzando una sonrisa, y haciéndole

otro gesto a su esposo que más que cómplice parecía de temor por lo que él pudiera decir.

Rolando permanecía callado y bastante serio al lado de ellos, pero también decidió calmar a su hijo.

—Sí, Gael, es así, tu madre y yo nos pusimos a recordar y bueno... ya la conoces, se le salieron las emociones —contestó Rolando apabullando las palabras y tratando de poner la mejor cara posible para tranquilizarlo. Sabía que, aunque de una dolorosa manera, ya su esposa había aceptado la decisión de irse del país en cuanto todo estuviera listo. No la presionaría por ahora, intentaría ir a su paso para no desesperarla, y si eso también incluía la forma en la que ella quería darle a conocer la noticia a su hijo, lo aceptaría.

Para Gael, era más que evidente que algo sucedía con sus padres, pero lo que fuera lo averiguaría más tarde para no mortificar más a su mamá. Entendía que podían ser cosas entre ellos; sin embargo, no le gustaba nada verla llorar, pronto sabría qué estaba sucediendo.

—Está bien, madre —terminó por decir cansado—. Vamos por ese arroz con gallina que llegué loco del hambre —le dijo finalmente dándole un beso, tirándola del brazo y llevándosela a la cocina.

Rolando miró la escena, estaba abrumado con todo lo que tenía planeado hacer con la ayuda de su familia desde Houston, sabía que ya no había marcha atrás. Habían sido veinte largos años de frustraciones, de pasar una vida de vicisitudes y carencias, muchas veces a pesar de su inquebrantable esfuerzo por salir adelante, pero nada valía la pena.

Todo era tolerable si no fuera porque se sentía reprimido, acosado, señalado por pensar diferente, por querer hablar, reclamar y exigir todo lo que consideraba sus derechos. Siempre bajando la mirada, apretando en su garganta un sinnúmero de ideas que era justo que se le permitieran decir. Dos décadas que de nada le servían, a pesar de ser un ingeniero en Sistemas, profesión que nunca pudo ejercer porque con eso no podía darles una vida digna a su mujer y a su hijo. Críticas, desprecios, humillaciones, incluso de aquellos que un día consideró sus amigos, y especialmente de la familia de su esposa, eran solo una pequeña parte de esa carga de dolor que llevaba. No quería eso para su hijo, un adoctrinamiento de ideas, que fuese manipulado y dirigido como un títere por una política totalitaria y un egoísmo social asfixiante.

—¡Te llevaré a tierra de libertad, *mijo*! ¡Eso no lo dudes! —pensó en voz

alta, y finalmente los siguió, callado, hasta la cocina...

En otro lugar...

—¡Sé que lo intentarán! Lo que no he logrado averiguar es cómo ni cuándo será todo. Necesito que contactes y averigües qué fue lo que hablaron el viernes pasado. ¡Es importante!

Con una mano en la nuca, el hombre caminaba intranquilo por la oficina, respiraba ofuscado, muy contrariado. A pesar de tener a un interlocutor al otro lado hablándole, su mirada demostraba que no estaba atendiéndolo en su totalidad, no podía dejar de maquinarse mil ideas y... comenzaba a sentir que la paciencia se le agotaba.

—Estaré esperando tu llamada, recuerda no perderlo de vista, estoy seguro de que intentará ponerse en contacto para dar más detalles o indagar más... Lo dejo en tus manos.

Tras finalizar la llamada, se apretó las sienes fuertemente y sacó una píldora de su bolsillo para tomarla con el vaso de agua que minutos antes le trajera su secretaria. Cerró los ojos por un largo rato mientras continuaba masajeadando su frente, al abrirlos los fijó en la foto y carpetas que tenía encima de su escritorio...

—No te saldrás con la tuya fácilmente... Cuando dije que te arrepentirías, ¡lo dije muy en serio...!

Capítulo 3



Romina sentía en su rostro el fresco viento a través de la ventanilla del jeep, estaba relajada y tranquila. Delante, su padre revisaba varios documentos y no paraba de hablar de asuntos de trabajo con el chófer.

La despedida de su madre fue un poco triste, sabía que no le gustaba la separación entre ellas; pero, aunque seguramente la extrañaría, tenía que reconocer que este tiempo junto a sus abuelos, Rigo y Esther, sería un remanso de paz a lo sofocada que era su vida entre tantos cuidados y prohibiciones; además, sus padres necesitaban tiempo para ellos y a solas. El último año de bachillerato, irremediablemente, lo había tenido que estudiar en casa, gracias a los contactos de su padre en el Ministerio de Educación; así que este corto tiempo de «independencia», por llamarlo de una forma que no se escuchara egoísta, sabía que sería maravilloso para ella.

Se detuvo a pensar en cómo le hubiese gustado apreciar aquel paisaje en su totalidad. Los pocos recuerdos que tenía de cuando aún su visión no la abandonaba del todo se desvanecían con el tiempo. Su abuelo Rigo le hablaba siempre de la belleza de aquel sitio, y disfrutaba rememorar sus palabras sintiendo la brisa acariciar su piel, y aspirando el olor a vegetación que tanto extrañaba siempre viviendo en la ciudad.

Viñales era una de las zonas más emblemáticas de Cuba. Su belleza

paisajística era maravillosa, también sus especies endémicas de aves y animales silvestres. Era la casa del tocororo, la carta cuba y el zunzún, estaba nominada la jutia conga como dueña de aquel lugar, y para terminar de hacerlo paradisiáco contaba con sus cavernas; como la de José Miguel, *el Indio*, conocida turísticamente y que contaba con cientos de años.

Sus ríos y los tan místicos mogotes llenaban de magia todo el territorio. Estos últimos eran montañas con las cimas redondeadas, donde incluso en una de ellas se podía observar la forma de un rostro humano llamado Martí Yacente, en honor al héroe nacional cubano.

Su abuelo le narraba todas las historias que podía desde que era una niña, como si la pudiera hacer ver a través de sus ojos y de sus cuentos. Sonrió recordando cuando le dio a probar un poquitín del famoso licor Guayabita del Pinar, una bebida típica y únicamente producida allí, ya que la fruta es solo en Cuba donde se encuentra. Sonrió de solo recordar cómo su madre pegó el grito en el cielo.

¡Cómo se divertía con su abuelo Rigo!, pensó.

—¿Romi? —la voz de su padre la sacó de sus imaginaciones y recuerdos haciéndola regresar al presente. Volvió la cara al frente para que supiera que estaba atenta.

—Ya llegamos, nena, estamos a diez minutos de la casa de los abuelos.

—Sí, papi, ya puedo sentir el olor del tabaco, el aire de este lugar es el mayor cómplice de su aroma —dijo Romina arrugando la nariz. No era de su agrado ese olor característico del puro cubano, como le decían su abuelo y su padre, era lo único que le reprochaba a Viñales, e irónicamente se trataba de lo que más abundaba en aquel lugar.

Armando soltó una carcajada al verle el rostro fruncido y apretándose las fosas nasales. Desde niña, Romina había rechazado el olor del tabaco, y por su condición médica nadie en la familia permitía que se fumara cuando estaba presente, incluso a ella le agradecían que Rigo Sanfield hubiese dejado su gran vicio después de muchos años deleitándose con este.

—¡No te preocupes, nena! —le dijo risueño—. Ya sabes que la casa de tus abuelos está alejada de las tabacaleras.

Dicho aquello, dieron la vuelta a la última curva que los introducía en el pequeño poblado donde estaba ubicada la casa de los Sanfield.

Era una propiedad muy al estilo cubano campestre; pero en un lugar increíblemente bello y natural. Amplia, con una fachada que era recorrida por

un gran pórtico salteado de cómodas mecedoras de color mostaza. La casa llamaba la atención desde lo lejos cuando accedías por el ancho camino de piedra que llevaba hasta ella. Las tejas oscuras, y el estar toda pintada de blanco, la hacían lucir más llamativa aun. Con una enorme entrada que daba paso a un muy cuidado jardín donde la flor mariposa cubana, las margaritas, amapolas, girasoles y orquídeas hacían gala de la buena tierra y te daban la bienvenida, llenando aquel rincón de un maravilloso perfume. Definitivamente, la residencia Sanfield parecía sacada de un cuento colonial cubano del siglo diecinueve.

Al escuchar el ruido del auto, Esther se levantó de inmediato de la mecedora desde donde había esperado por casi una hora la llegada de su amada nieta. Salió enérgica y feliz hacia el pequeño portón a recibirla, viendo que ya habían aparcado. Era una mujer un poco pasada de peso para su estatura y con un cabello lacio, canoso y brillante. Su piel blanca rosácea y sus ojos claros y facciones afiladas dejaban ver sin lugar a dudas la descendencia de sus ancestros españoles, como su abuelo, de quién en innumerables ocasiones contaba su historia al embarcarse hasta la isla desde la madre patria, en busca de un porvenir próspero como dueño de ingenios azucareros. Era una señora muy culta y de una ternura innata, que sin necesidad de decir palabra alguna se dejaba ver en su mirada noble y ademán pausado.

—¡Mi niña hermosa! ¡Al fin ya estás aquí! —La abrazó con deseo, con infinito amor de abuela seguido de besos y mimos en su rostro—. ¡No sabes con cuánta ansiedad te hemos esperado, mi muchacha! ¡Qué dicha tan grande! —continuaba emocionada—. Llegamos hace tres días de Matanzas para preparar la casa. Tu abuelo, ahora mismo fue a buscarte unas guayabas para hacer tu jugo favorito. ¡Ah!, ya te hice arroz con leche y tu pollo frito con platanitos, mi preciosa —le decía sin dar descanso en sus palabras un segundo aquella abuela enamorada de su nieta.

Romina era el centro de la familia, la vida de todos y cada uno de ellos, única hija de sus padres y única nieta hasta el momento, ya que su tío Arturo era reacio al matrimonio, a pesar de sus casi cuarenta y siete años, y una muy interesante historia como casanova. Vivía únicamente dedicado a su trabajo dentro del Gobierno y a sus múltiples viajes, apenas se le podía ver compartiendo con la familia y muchos comentaban que un desengaño del pasado era la causa de su irracional y esquivo carácter.

—¡Ay, abuela! Mira que eres consentidora, y a mí que no me gusta que me

complazcan, ¿verdad? —respondió entre risas, mientras sujeta de un brazo de su abuela, tras un fuerte y amoroso abrazo, movía con la otra mano su inseparable bastón y se adelantaban a la casa, dejando que su padre y el chófer descargaran el equipaje.

La vivienda de sus abuelos en aquel lugar le transmitía una paz increíble; desde que entró sintió esa tranquilidad y dejó escapar un profundo suspiro. Era como abrir una puerta de memorias que la hacían recuperar la alegría robada por cada momento difícil enfrentado a lo largo de su corta edad.

Según le habían dicho siempre, todo se mantenía tal y como ella lo recordaba, por lo general, muy sencillo y cálido. Los muebles eran de mimbre en tonos claros, acompañados de almohadones de colores. Era espaciosa, rodeada de grandes ventanas coloniales que se abrían hacia afuera, adornadas con cestas tejidas de hebras de guano llenas de macetas de malanguitas y plantas silvestres, que la hacían lucir elegante y muy familiar a la vez. Le llegaban con nostalgia los pocos recuerdos que de niña tenía de aquel lugar, cuando aún su vista le permitía disfrutarlo, por eso los rememoraba con amor en aquel momento.

La abuela le pidió que se sentara a la gran mesa de la cocina, no paraba de hablar nerviosa y maravillada de tenerla allí, su voz era como un susurro de adoración para la joven que seguía dedicándose a atesorar esa sensación de tranquilidad, seguridad y apego que le regalaba aquel sitio.

—¡Ay, mi vida! Me ha parecido una eternidad desde que no te veía... Primero, por mi dichosa diabetes; luego, porque debíamos esperar a que terminaras de estudiar y pasaras el año de colegio desde tu casa, como nos explicó tu papá —dijo comprensiva—. Pero bueno... ¡Ya te tenemos aquí y verás lo bien que lo pasaremos!

—Yo los extrañé mucho, abuela, pero no podía perder la posibilidad de terminar mi bachillerato, aunque fuera con ayuda desde la casa y algo aburrido, quería lograrlo.

—Lo entiendo, mi corazón, y no sabes la alegría que nos causó que pudieras terminarlo a pesar de los contratiempos, además ...

—Pero... ¡¿Dónde está la reina de esta familia, caray, que quiero comerla a besos?!

La conversación de Esther con su nieta se interrumpió por la llegada de su marido, que entraba con dos cestas de frutas, deseoso de abrazar a Romina, como así lo hizo.

Rigo Sanfield era un hombre robusto y alto que pasaba los setenta en edad. A pesar de los años, emanaba energía y fuerza. Su mirada clara y su rostro surcado de arrugas se dulcificaron idolatrados al ver a su nieta.

—¡Abuelo, qué gusto! —le decía ella mientras se levantaba de la silla, para recibir aquel abrazo sincero de quien consideraba como un segundo padre.

—Mi Romina... ¡Pero qué hermosa estás! Y qué felices haces a estos viejos el que estés aquí. ¡Te vamos a raptar! ¡Ya se lo dije a tu padre allá afuera! ¡Que ni se le ocurra venir a por ti pronto! —Acto seguido soltó una carcajada, esa era la mejor prueba de felicidad que sentía aquel abuelo, y su nieta reía con todo deseo junto a él.

Al terminar la cena los cuatro, su padre salió de regreso a La Habana.

Romina se instaló en su bonita habitación, la cual estaba segura que habían conservado siempre intacta para ella entre colores blancos y rosas. Se mantenía allí callada, como esperando que llegara la magia que siempre le transmitía aquel lugar. Parecía que el tiempo se había detenido, y tranquilo y perezoso se empeñaba en que nada cambiara a como ella lo recordaba. ¡Cómo le fascinaba poder escuchar los murmullos nocturnos que le llegaban de la noche campestre de Viñales, y el olor a jazmines que entraba por su ventana! Una sensación de ternura suave se le instaló en el pecho, como una intuición de que su vida, por alguna razón, daría un giro total allí. No podía explicarse la causa de aquella plenitud de dicha que la embargaba, y sin darse cuenta la sonrisa en su rostro apareció sin proponérselo. La verdad era que... se sentía feliz, una felicidad inesperada e invasiva que le llegaba hasta el fondo mismo de su alma, como no creía haberla sentido antes...

Los días pasaron entre escuchar anécdotas de su abuelo, ayudar a la abuela con su jaula de pájaros, el invernadero de orquídeas y sentarse bajo los árboles del patio a leer en la edición braille su libro de poesías favorito: *Desolación*, de Gabriela Mistral, la poetisa chilena.

Ahí estaba ese día, en uno de los cobertizos que daban al jardín, sentada un rato disfrutando del sol de la mañana y del agradable viento, escuchándolo mover los árboles y provocando un verdadero ritual de melodías. ¡Qué serenidad le provocaba estar allí! Extrañaba a su madre, pero no podía dejar de agradecer el haber venido y además...

—¿Hola? ¿Eres la nieta de La Habana de los Sanfield...? Me llamo Lourdes... Lourdes Belmonte, vivo al otro lado de la calle...

Romina escuchaba hablar a aquella chica; según se orientaba por el eco de su voz, seguramente estaba en la verja de la entrada o muy cerca de allí.

—Bueno... Si no quieres hablarme, disculpa la molestia, solo quería ser amable... —Se dio la vuelta, dispuesta a marcharse por no recibir contestación, cuando...

—¡NO! Perdóname tú, solo estaba ubicando dónde estabas exactamente para... acercarme —dijo Romina mientras, apoyada en su bastón y moviendo este a ambos lados, bajaba con cuidado los escalones y se iba acercando a la muchacha.

Lourdes se quedó anonadada, nunca imaginó que la nieta de los Sanfield fuera... ¿ciega? Según la veía llegar hasta ella, con cuidado, la observó con detenimiento...

«¡Dios! ¡Pero si esta chica parece sacada del cuento de Las mil y una noche! Ni la misma Sherezade le haría competencia. ¡Es preciosa!», reconoció con sinceridad y se prometió a sí misma que lograría hacerse su amiga.

Pensó en lo duro que sería para ella su discapacidad, dándose cuenta de inmediato en cuánto había que agradecer a la vida quienes no se enfrentan a retos tan difíciles.

«¡Y yo siempre quejándome de mi cara pálida y pecosa! ¡Qué vanidad la mía!», se reclamó.

—¡Hola! Yo soy Romina —se presentó, llegando hasta ella y sacándola de sus reproches internos—. Discúlpame que no te respondiera rápido, pero como notarás no me permiten ciertas circunstancias ser lo ágil que quisiera a veces —comentó con su eterna sonrisa dulce y auténtica.

—¡Oh, no te preocupes! —contestó alegre Lourdes, tomando una de sus manos—. Pasaba por aquí de camino a casa de mis abuelos y te vi sentada en el portal, e imaginé que eras la nieta de Esther y Rigo. Ellos te esperaban desde hace días, ya sabes, en los pueblos pequeños las noticias vuelan.

—Sí, llegué hace una semana, para pasar las vacaciones con ellos.

—¿Vacaciones? ¿No estudias? Hummm... ¿Acaso no eres de mi edad? —se extrañó, dado que las clases todavía no terminaban y apenas corría mediados de mayo.

—Bueno, cumpliré pronto dieciocho, pero con la ayuda de colaboradores

de educación terminé el año unos meses antes, estudiando desde mi casa, y presenté los exámenes en el Ministerio hace dos semanas, por algunos problemas de salud.

—¡Ah, entiendo!

«*Tal vez sea que por ser cieguita tenga una educación especial*», pensó Lourdes.

—¿Y no te gusta salir? Aquí en el pueblo tenemos muchos lugares bonitos. Por cierto, es semana de la cultura y habrá un festival en la plaza, que han organizado por el diecisiete de mayo, que es este lunes, Día de Los Campesinos Cubanos. Si quieres, podemos ir juntas —preguntó con franqueza y enormes deseos de llegar a entablar una amistad con ella.

—¡Claro que me gustaría! —Se mostró ilusionada por la invitación—. Se lo diré a mi abuela, es un poco desconfiada; pero sé que me permitirá salir contigo. ¿Cuándo es?

—Mañana es la apertura, pero durará toda la semana —dijo una entusiasmada Lourdes—. Casi todo el pueblo asiste, yo siempre voy con mis hermanos, Adrián y Tomás, y mi primo Gael, te caerán bien. Son buenos chicos, medio intensos... ¡pero buenos! —Se echó a reír, como siempre hacía cuando hablaba de sus *tres mosqueteros*, así les decía a escondidas.

—Está bien, hablaré con mis abuelos. ¿A qué hora pasarías a por mí?

—Más o menos... a las seis de la tarde, ¿te parece?

—Sí, claro que me parece, te estaré esperando lista —le dijo llena de alegría—. Me ha encantado conocerte, Lourdes, ya comenzaba a convertirme en ostra de tanto aburrimiento —le confesó sonriente.

—Nos vemos entonces mañana, Romina. —Se acercó, le dio un beso amistoso y se fue alejando de ella camino a la casa de sus abuelos.

Comentarle Romina a los suyos su deseo de ir al Festival de la Cultura con su nueva amiga fue... ¡caótico! Ellos, al igual que su madre, si pudieran la encerrarían en un cuarto de cristal sin que ni el aire la tocara.

Con la paciencia que la caracterizaba, logró que entendieran que lo único que quería era hacer una vida lo más normal que sus posibilidades y condiciones le permitieran, y cuando les habló de Lourdes, sus abuelos se quedaron más tranquilos al conocer la procedencia de la chica. Sabían que los Belmonte eran una familia respetable y de buenas costumbres, a pesar de no tener una relación muy cercana con ellos.

Por fin, con algo de recelo, Esther se sentó en la mecedora a esperar que

llegaran a por su nieta. Necesitaba conocer a los chicos con quien saldría y estar segura de que ella estaría bien. Cuando Romina salió arreglada y vestida como toda un hada, su abuela no pudo dejar de decírselo eufórica.

—¡Pero mi Romina! ¡Pareces un ángel! ¡Estás bellísima, mi niña! —le expresó con cariño y admiración, mirando lo hermosa que se veía su nieta en aquel vestido blanco con trabajos manuales a crochet que caían suave sobre su esbelta figura.

Un vuelo superior rodeaba sus hombros bordado con pequeñas gardenias en tonos pastel, dándole un toque muy elegante. Se había hecho una gruesa y larga trenza que había adornado con unos pequeños prendedores de perlas blancas, regalo de su otra abuela, Svieta. Las sandalias de finas tirillas plateadas y plataforma muy baja corrida completaban el atuendo junto a un brillo natural en los labios color rosa, haciendo contraste con sus largas pestañas y sus ojos almendrados azules. Pero era aquella piel fresca y perfecta como porcelana la que le obsequiaba a su imagen la similitud exacta a cualquier aparición divina... ¡Sencillamente, estaba preciosa!

—Gracias, abuela, tus ojos de amor que son mi premio. Dime, ¿me quedó bien el peinado? —Y se giró para que Esther apreciara mejor su cabello.

—¡Perfecto, princesa! No sé cómo logras hacerlo tan bonito —le contestó con dulzura.

—Es solo práctica y también...

Interrumpieron su charla cuando escucharon voces que se acercaban, advirtiéndole que era Lourdes con los otros chicos que venían a por ella. Esther caminó hacia la esquina del portal y los vio llegar muy correctos e impecablemente vestidos para la ocasión. Eran dos muchachos y una joven conversando entre risas los que cruzaban el portón de la entrada.

—Hola, Romina. ¡Pero qué linda, mujer! —exclamó enseguida Lourdes, para luego presentarse con Esther—. Quizás no me recuerde, pero si lo hace, seguro que es al insoportable terremoto que era hace unos años —soltó risueña, seguida por sus dos hermanos tras besar y abrazar a la señora.

»Soy Lourdes Belmonte, la nieta de Martín, y ellos son mis hermanos Adrián y Tomás —dijo señalando a sus acompañantes, que ni caso le hacían porque miraban embobados a Romina, se habían quedado en *shock* con aquella joven tan linda—. ¡Ey! ¡Ustedes! ¡Cierren la boca de una vez que les entrará una mosca! ¡¿Qué pensará la señora de su educación?!

Los chicos reaccionaron enseguida.

—Mucho gusto, señora, soy Tomás —habló el primero de forma rápida ante el grito de su hermana.

—Y yo Adrián, también somos nietos de Martín —se presentó medio tartamudeando el siguiente.

Esther sonrió, se veían buenos chicos, y se sintió orgullosa de ver como admiraban lo linda que era su nieta.

—Bueno, muchachos, les pediré un favor, cuídenme a esta princesa como el tesoro más grande y...

—¡Abuela! —no pudo evitar protestar Romina. ¡Ahí iba de nuevo con su manía de sobreprotección con ella! —. ¡Que no tengo cinco años, y a pesar de mis dificultades sé valerme por mí misma! —reprochó avergonzada.

—Solo es... que no conoces bien la zona, hija —disimuló Esther, ante el mohín de labios de su nieta—. ¡No te enojés! Quería asegurarme de que estos jovencitos tan amables supieran guiarte —les dijo mirándolos y guiñándoles un ojo, ante lo cual estos asintieron sonrientes.

—¡Bueno, vámonos ya!, que nos perderemos la primera presentación del festival, en ella actuará mi otro primo, Gael, con su caballo, *Patrón* —recordó Lourdes, ubicándose al lado de Romina para que esta se apoyara en su brazo. Ella se lo agradeció y salieron las dos hacia el camino con dos chicos como custodios detrás, dejando a una Esther observándolos tras besarla y despedirse cariñosamente de ella con una sonrisa tenue desde el portal, y pidiéndole hasta último momento que no dejaran de cuidarla y cuidarse todos.

Después de caminar unos diez minutos entre sonrisas y preguntas que Romina contestaba agradecida y feliz, se comenzaron a escuchar las voces y algarabías de lo que parecía ser una gran aglomeración de personas.

Siempre apoyada del brazo de su ahora nueva y muy apreciada amiga, se dejó guiar por ella y, alguna que otra vez, por la servicial e insistente ayuda de sus acompañantes, que entre bromas se disputaban poder hacer algo para impresionarla o complacerla.

—Quédense aquí, niñas, iré por unos guarapos y a ver dónde está Gael, seguro que preparándose para la presentación —dijo un Tomás muy expresivo y protector, sentando a su hermana y a Romina en una parte menos concurrida, antes de alejarse junto con Adrián hacia el centro de la plaza.

Lourdes creyó adivinar cuánto le gustaría a su amiga poder ver todo el

alrededor, y comenzó a detallárselo con verdadera dedicación.

La plaza estaba engalanada con banderillas multicolores de un lado a otro prendidas de cordeles. Los llamados kioscos vendían todo tipo de platos característicos de la zona: el guarapo, pan con lechón, las chicharritas de plátanos verdes, tamales en hojas y en cazuela, ajiaco, algodones de azúcar, los caramelos de colores o pirulís; en fin... Variedad de golosinas y de recetas típicas de la región.

Habían rodeado todo de banquetas amplias y largas a diferentes niveles de altura, al estilo de las gradas de un estadio de béisbol para que todo el pueblo pudiera disfrutar de los eventos que se desarrollarían en el centro de ella, como demostraciones con caballos entrenados, tiro al blanco, artes circenses, etc. De fondo, la buena música salsa invitaba sin duda a mover los pies, incluso a aquel que no era ni remotamente buen bailarín, y para mejorar aún más el ambiente, el clima estaba fresco y muy agradable, dándole de lado al habitual calor de la temporada.

—Tus hermanos son muy amables, Lourdes, gracias por hacerme esta invitación —le dijo Romina, tras escuchar cada descripción que la joven, pacientemente, le había hecho para que imaginara el lugar donde estaban, algo que en un tímido silencio ella agradecía y apreciaba mucho.

—Sí, lo son, ¡aunque a veces me sacan de mis casillas, te lo juro! —dijo con voz exagerada—. Pero la verdad, los quiero mucho. ¡Ah! ¡Deja que conozcas a Gael! Además de superbueno y amable, te advierto que es el guapetón de la familia, cuando lo veas verás que... ¡Ay! —Se cubrió con las manos la boca al percatarse de sus inadecuadas palabras—. Perdón, no debí decir eso —dijo frunciendo el ceño y sintiéndose avergonzada por aquella indiscreción; cayendo en la cuenta de que obviamente su amiga no podría saber si su primo era o no lo bien parecido que ella alegaba.

—Tranquila, Lou, puedo llamarte así, ¿verdad? —le preguntó con cariño.

—Por supuesto, y yo a cambio te llamaré Romi. ¿Sí?

—¡De acuerdo! Te decía que no te angusties por lo que dijiste antes, no me hace sentir mal. Hace mucho tiempo acepté mi falta de visión y... otros tipos de cosas más que... un día seguro te cuento —dijo con recelo, no quería hablar de sus múltiples problemas todavía—. Además, para que sepas, cuando quiero saber cómo es físicamente una persona, solo con que me deje tocar su rostro puedo imaginar su fisonomía —afirmó muy segura—. Digamos que... otros sentidos se desarrollan mucho al faltarte uno de ellos.

—¿En serio? —contestó Lourdes incrédula—. Inténtalo conmigo.

Romina se acercó más a ella y comenzó con sus dedos levemente a pasarlos por su rostro. Perfiló la nariz, pómulos, frente y, por último el contorno de la barbilla de su amiga.

—Eres muy bonita, de cara redonda y cejas anchas, tus pómulos sobresalen un poco, así que tu sonrisa creo que es muy expresiva y tus ojos brillantes. Imagino tus ojos son achinados, y tus pestañas algo curvas. Humm... ¿Voy bien? —preguntó.

Lourdes la miraba azorada, la verdad es que sí lograba ver a través de sus manos.

—¡Superbién! Solo... te equivocaste en algo... —Al oírla, ella le levantó una ceja interrogante—, aquí la que sí es verdaderamente linda... ¡eres tú!

Romina se carcajeó al escuchar la afirmación de su amiga, y la abrazó con verdadera emoción. La sencillez de Lourdes le encantaba; su forma de ser ella misma, sin poses ni palabras a medias; su espontaneidad y esa manera de hacerle ver que no la compadecía ni hacía diferencias entre ellas le llenaba el alma de una energía maravillosa. Era como si entre más cerca estuviesen las dos algo muy dentro le dijera que aquella amistad iba a llevarla impregnada en su vida, y... quería creer que así sería... Había necesitado una amiga siempre, y todo su ser le afirmaba que la acababa de encontrar.

—El ser precioso eres tú, Lou, quiero pensar que seré merecedora de tu amistad siempre. ¡Gracias! —dijo emocionada.

Su ahora amiga vio que aquellos impresionantes ojos azules parecían cristales brillantes por las lágrimas asomándose, y la abrazó con afecto, también segura de que aquella recién nacida relación de sincero cariño las uniría eternamente.

—¡Lourdes, Romina! —escuchó que venían corriendo sus hermanos—. Ya casi empieza. ¡Gael abrirá el festival cabalgando a *Patrón*. Solo faltan cinco minutos, y la banda de la escuela está ahí también. ¡Parece que quedará todo súper! —dijo entusiasmado Adrián mientras Tomás le daba un vaso a cada una de guarapo bien frío y refrescante para el calor de la tarde.

A los pocos minutos, se escuchó al organizador del evento anunciar por un altavoz la apertura del vigésimo Festival de La Cultura en Viñales, y acto seguido apareció la banda de música de la escuela preuniversitaria de la zona y sus llamativas porristas al frente, que lucían vestimentas en azul y amarillo como símbolo del equipo de béisbol. Les siguieron los jugadores, de dicho

deporte, de la región, que ya habían ganado dos campeonatos provinciales e iban directos a disputar los nacionales; luego entró, al fin, la caballería de la cooperativa.

Delante iba majestuosamente, con su tan afamado caballo *Patrón*, Gael Alcázar Belmonte. Se le veía muy masculino, con la camisa blanca y el pantalón de mezclilla, sujetando con ímpetu la cincha, un sombrero blanco de ala ancha completaba su gallardo y atractivo atuendo. Los músculos se le marcaban traicioneramente seductores y su mirada segura, pero a la vez intensa y profunda, no podía ser ignorada por las chicas, a quienes les era imposible controlar sus emociones al verlo.

Todos se cerraron en un fuerte aplauso, dando la bienvenida al muy bien organizado desfile. Las jóvenes chillaban y palmoteaban, más que nadie, al ver al chico más atractivo de todo Viñales mostrando su mejor desempeño como jinete, mientras él disfrutaba una de sus grandes pasiones y buscaba con la mirada a su familia; sabía que estaban allí, ellos también eran patrocinadores y habían colaborado en la organización de aquel evento.

De un lado encontró a sus abuelos y a sus tíos, sentados un poco más arriba de ellos a sus padres, y vio que juntos lo saludaban desde lejos, rápidamente les respondió levantando la mano. Más adelante, en la última grada, encontró al trío de sus incansables primos con dos banderitas rojas, agitándolas efusivos como si se les fueran las energías en ello, algo que le hizo reír y... ¡Todo sucedió tan rápido!

El corazón se le hizo un nudo que provocó que se llevara la mano al centro del pecho... Se vio envuelto en una nube de confusión cuando, según se acercaba a la grada, aquel rostro se le revelaba con más detalle haciéndolo estremecer. ¡Dios! Sus ojos... ¿eran azules? «*Sí..., como el océano. Son azules*», entonces se viró hacia él y el tiempo se detuvo...

Según continuaba acercándose a ellos, le parecía aquella una mirada tan perdida como hermosa, y que llegaba a dolerle sin explicación alguna. Fue como... si todo se colapsara y dejara de existir. Voces, gritos, música, silencio y... Ella... Solo ella, con mechones finos revoloteando por su cara como aves al viento, escapando de aquel cabello trenzado, haciéndole pasar de los temblores que sentía en la piel a la ansiedad más desesperante de su vida.

«*¿Quién eres, por piedad?*», se preguntaba a gritos su mente.

Dejó de escuchar a su alrededor, ni personas, ni sonidos, ni llamadas de indicaciones; era una absoluta bruma en calma, un desierto inmenso con una

sola visión paralizándolo. Tragó en seco, y notó cómo los latidos de su corazón se arremolinaban hasta hacerse uno, potente y único, acunado en su garganta...

«*Si los ángeles son reales, tú debes de ser uno de ellos. Necesito llegar a ti*». Sonrió nervioso por lo que acababa de pensar.

¡Todo empezaba y terminaba en esos ojos! No tenía control de nada más o... ¿acaso quería controlarse? Desde el preciso momento que la vio, solo quería llegar hasta ella. Le asustaba aquel sentimiento que de golpe se le hacía tan necesario, tan verdadero. ¿Era posible lo que sentía? ¿Era una locura!

Podía creer que era un impulso, una ilusión, pero no.... No sabía cómo, ni por qué, pero necesitaba tenerla cerca; asegurarse de que era real, de que existía y no era su imaginación la que se burlaba de él.

«*¡Es absurdo sentirse así!*», se cuestionó.

Estaba aterrado ante la posibilidad de que se perdiera en la multitud y, por estar en medio de la actuación, no pudiera encontrarla, pero al ver a su prima conversándole al oído, un soplo de tranquilidad y esperanza lo invadió.

«*¡Por favor! Quien seas... ¡No te vayas aún!*», suplicó desde muy dentro.

Se sorprendió pensando esto; sin embargo, no le importó, aquel volcán de emociones que despertaba en su interior era lo suficientemente persistente, y no lo dejaría pasar porque...

—¡¡GAEL!!!

Un grito llamándolo desde lejos alarmó a todos...

Capítulo 4



La atronadora voz de alguien desde las gradas lo sacó de su inconciencia. Fue cuando se dio cuenta de que había apretado de más la rienda de su caballo, y este ya se levantaba en dos patas, molesto. Rápidamente logró con destreza controlarlo, y aunque el incidente no pasó a mayores, sabía que aquel descuido, tratándose de *Patrón*, no era para tomarlo a la ligera.

Bajó de un salto de él; con dedicación y paciencia pudo apaciguar al animal, no sin antes volver a mirar hacia el lugar donde sus ojos se habían quedado prendados, y ver que la causante de ello aún conversaba con Lourdes; esto tranquilizó su temor de perder la oportunidad de encontrarla.

—Eso es, preciosa, no te muevas de ahí..., por favor. —Esta vez se lo dijo firme y en voz alta.

No lo pensó más, al dar por terminada su presentación, le llevó a su tío Jacinto el ejemplar, que antes fue premiado con un terrón de azúcar por comportarse bien y de manera dócil, a pesar de lo ocurrido.

—Tío, ¿llevas a *Patrón* por mí al establo con Martínez, por favor? —pidió en tono suplicante—. Debo resolver algo, díselo a mis padres.

Su tío le devolvió una mirada curiosa, pero solo contestó:

—Está bien, pero tú y tus primos se comportan. ¡Nada de juergas!

—¡Lo prometo! —le respondió Gael ya alejándose a la carrera al otro lado

de la plaza, pidiendo en silencio que sus primos y su acompañante todavía siguieran allí.

—¡Al fin llegas! —dijo una Lourdes eufórica cuando lo vio acercarse—. ¿Qué le pasó a *Patrón*? —preguntó de inmediato—. Lo vimos que se alteró, y nos preocupamos.

Gael pasaba de los apretones de mano y palmadas en la espalda de sus primos, al final de la banquetta, sin apenas escuchar, con la vista fija en aquel rostro.

Allí estaba, al alcance de su mano. Su corazón empezó a latir tan de prisa, y su respiración se mostró tan entrecortada, que creyó marearse... ¿Qué le sucedía?

«¡¿Quién eres, por Dios?!», continuaba preguntándose constantemente, como si no supiera que recibir la respuesta, ahora, sería simple...

—¡Oye! ¡Te pregunté algo! —se enojó Lourdes al ver que la ignoraba.

—¿Qué sucedió con el caballo? ¿Perdiste el control? —En esta ocasión fue Adrián quien preguntó, adelantándose e interrumpiendo a su hermana.

—No, solo un pequeño incidente con la rienda, que lo desconcentró un poco; pero todo bien —respondió sin siquiera volverse para mirarlo.

Al escuchar esa voz, Romina, que parecía ajena a todo, no pudo evitar estremecerse y buscar con su mirada carente de luz desde dónde provenía. Fue ahí..., justo en ese momento, que lograron quedar frente a frente, como plan previo del destino. Ella, sintiendo levantar en vuelo cada una de sus emociones, recorriéndole el cuerpo, y dejándose embriagar por el cercano olor masculino de él, una mezcla de aroma a vainilla y madera, tan sensual que inconscientemente la hizo mordisquearse el labio inferior.

Él enmudeció al verse reflejado en aquel azul cristalino, la observó temblar imperceptiblemente y, sin saber por qué, se contrajo su estómago en un puño cerrado con solo mirarla... El viento movió sus cabellos y, a pesar del lugar, de las voces de personas y de todo a su alrededor en completo movimiento, sus almas se reconocían...

La de él, anhelante, guiándose solamente por el compás de su pecho inquieto y perdida en eternizar aquel rostro...

La de ella, en penumbras, enfrentándose por primera vez a una honda, desconocida y maravillosa sensación que la abrumaba e inexplicablemente la hacía sentir... ¿feliz?

«*Esa voz...*», pensaba ella.

«*Esos ojos...*», se repetía él.

—Te presento a Romina —habló por fin Lourdes—, es la nieta de Rigo Sanfield, llegó hace unos días de la capital —agregó, observando atenta cómo su primo no dejaba de mirarla y ella, a pesar de no poder ver, se sonrojaba.

—Encantada, Romina Sanfield —logró balbucear finalmente.

—Como una... libélula —dijo Gael en voz baja, ensimismado.

—Perdón... ¿Qué dijiste? —preguntó mostrándose confusa.

Él sacudió la cabeza lentamente, entrecerrando los ojos mientras sonreía y le extendió la mano.

—Tú y... tu voz, suave y melodiosa como los aleteos de las libélulas —afirmó sin dejar un segundo de contemplar aquellos hermosísimos ojos que le hacían recordar tanto a esos insectos azules que le gustaba ir a ver al valle. Se anidó en él una añoranza de ella tan grande como si le hubiese faltado una parte de sí mismo y... acabara de encontrarla.

—Me llamo Gael Alcázar Belmonte, un placer —se presentó, y le extrañó ver que ella demoraba en extenderle su mano.

Fue entonces cuando su prima, que estaba en medio de los dos, lo miró fijamente, como queriendo explicarle sin palabras, mientras alcanzaba los finos dedos de Romina, guiándolos hasta los de él. ¡El corazón quiso hacerse pedazos en el pecho! Más aun viendo cómo ella, del otro lado, palpaba insegura hasta dar con su bastón de color blanco marfil, para luego dejarse guiar la mano por su amiga y finalmente saludarlo.

—Todo un gusto, Gael. Gracias por la hermosa comparación que haces de mí. —Sonrió tímidamente.

«*¡Esta mano! ¡No quiero soltarla! ¡No quiero ni siquiera alejarla medio centímetro de mí! ¿Qué me sucede? ¡No puede ser que esos ojos carezcan de luz para el mundo! ¡NO!*», se negaba una y otra vez en su mente mientras se aseguraba, cada segundo que pasaba, que él podía ser la vida y la protección para esos ojos que se le habían clavado bajo la piel desde el mismo instante que se cruzó con ellos. ¡¿Sería posible tanta locura?!

Siempre tuvo la certeza de que cuando encontrara el verdadero amor sería arrollador, impetuoso, inexplicable y... ¡único! Romina Sanfield le provocaba eso y más. Su espíritu, todo él, se lo gritaba dentro. Si amar era creer que podrías caer de rodillas ante alguien desde el primer instante, estaba seguro en aquel momento de ser capaz de hacerlo sin dudar, y no quería que le explicaran nada, solo quería sentir... Solo sentir...

La intranquilidad que la embargaba y aquel calor sin límites que cada segundo la envolvía más, rasgaban su pecho. No era capaz de entender lo que le provocaba aquella presencia que, incluso dentro de una total niebla ante sus débiles ojos, la hacía sentirse tan inexplicablemente dichosa...

—Ya debo irme, Lourdes —dijo Romina, deslizando su mano de entre las de Gael, sin explicarse por qué le dolía hacerlo—. Hay cosas que por más que quiera no puedo forzar a hacer, y prometí en casa que llegaría antes de las nueve.

Gael se inquietó, no quería perderla de vista aún. Necesitaba mucho más, era una angustia envuelta en temor lo que sentía. Como si al no estar cerca perdiera la posibilidad de asegurarla, protegerla... ¿Amarla? Volvió a cerrar los ojos, encontrándose... ¿asustado?

—¡Yo puedo llevarte! —precisó sin pensarlo, pasándose la mano por la barbilla, ansioso.

Sus tres primos lo miraron a la vez. Adrián entre sonriente y sarcástico, Tomás, perplejo, y Lourdes con el labio fruncido y los brazos cruzados a la altura del pecho, con los ojos en blanco.

—Lo siento, primo, pero la señora Esther nos hizo custodios personales de Romina. No podemos transferir esa encomienda a nadie más —sentenció un muy bromista Tomás, virándole los ojos e intentando poner su cara más seria posible, fracasando totalmente en el intento de molestar a su primo. Sabía que allí acababa de estallar una tormenta de emociones a la altura de un ciclón tropical.

Gael lo taladró con la mirada que le lanzó, y mirando a Romina dijo:

—Dejemos que lo decida Romina. ¿No lo creen? —pidió, mientras su corazón intranquilo rogaba porque la chica aceptara caminar hasta la casa a su lado.

«Dime que sí, preciosa, por piedad, o juro que tendré que rogártelo», pensaba.

Ella se perdía en el sonrojo que sentía en su rostro, sin duda alguna podía percibir que este ardía. Inclino un poco hacia abajo la cabeza tímidamente. Todo seguía pareciéndole tan abrumador y especial a la vez... No quiso cuestionarse cuando todo su ser le imploraba aceptar, y finalmente le contestó:

—Será un placer que me acompañes, Gael. Gracias por tu amabilidad. —Le pareció escuchar un suspiro de él o... ¿serían ideas tuyas...?

—Bueno, chicos —comenzó a decir Gael con rostro de triunfo y la

felicidad más grande de su vida, después de soltar todo el aire que sin darse cuenta tenía retenido tras escucharla aceptar—, diviértanse, y no se preocupen que esta *libélula* llegará sana y salva a casa.

Ver aquella sonrisa en ella al escuchar cómo la llamó nuevamente, lo hizo estremecer y le aceleró el corazón a un ritmo placenteramente doloroso.

«*¿Puede acaso existir algo más bello que tú?*», se preguntó.

A partir de ese momento, para él sería imposible hacer comparación alguna. Se le acercó y se embriagó de su olor a colonia de violetas, y comprendió entonces... que estaba perdido, y que su existencia acababa de cambiar para siempre...

—¿Nos vamos? —Al escucharlo preguntar, le regaló una sonrisa y se sujetó a su brazo, casi temblando de la emoción que le seguía provocando su voz; aquel calor de su toque le alteró cada fibra de su sensible cuerpo.

—Nos vamos... —afirmó segura.

—Permíteme ayudarte, por favor, está un poco complicado bajar desde aquí. —No esperó su respuesta y la aferró fuerte a su lado derecho sujetándola por la cintura, protegiéndola como su bien más preciado.

No sabía si el universo conspiraba en aquel momento para hacerla la más feliz de las mujeres. Quizás podía estar delirando, o dejándose arrastrar por la más inaudita y también maravillosa ilusión de toda su vida..., no le importaba. Todo se reducía, en aquel instante, a esa mano tibia, fuerte y segura que se adueñaba de su cintura guiándola con bendito cuidado, haciéndola flotar en un mundo de corazonadas idílicas y hermosas que crecían atrevidas en todo su ser, y ella las dejaba que hicieran su santa voluntad, total... ¿Cuánto podría costarle soñar?

—Ven, te ayudo a bajar este último peldaño, está un poco movediza la madera. —Lo escuchó decirle, mientras que su mano la sentía tensarse en su cintura, al tiempo que las mariposas en su estómago se empeñaban en hacer acrobacias.

—Gracias, yo...

—¡Cuidado!

«*Sí... vainilla y sándalo... Ahora sí lo puedo definir bien, un aroma digno de un hombre extremadamente sensual. Bendito traspié que me ha arrojado a sus protectores brazos*». Sus mejillas quedaron pegadas y las pieles se erizaron al contacto, como si se reconocieran, acompañando el ritmo de dos corazones que se daban un sí rotundo entre latidos desesperados que no

pedían permiso para hacer de aquel momento uno perfecto e inolvidable...

—Discúlpame... No me percaté con mi bastón que faltaba el último escalón, si no fuera porque tú...

—Shsss... —Apenas salía sosegada su respiración después de tenerla entre sus brazos, así que Gael solo puso la yema de su dedo en sus labios, tranquilizándola, ardiendo él con tan solo aquel roce y a la vez... adorándola al perderse en su rostro—. Todo está bien, preciosa. Jamás hubiese permitido que te hicieras daño... —Sujetó su mano firmemente, esta vez sería más precavido—. ¿Seguimos? —Ella asintió de esa forma que derretía su cordura: sonriendo.

Jamás en la vida Gael se había sentido como en aquel instante, mientras caminaban juntos era como llegar al lugar que había esperado siempre. No sabía explicárselo; no encontraba respuestas ni palabras precisas a tantas interrogantes, solo era algo tan real, tan único... Un escalofrío recorría su piel solo por el contacto de aquella pequeña y delicada mano que, abrigada con la suya, le parecía que las dos se acoplaban como si fueran una sola, mientras una perpetua y traviesa sonrisa se negaba a alejarse de su rostro.

«*No olvidaré este momento nunca...*», se repetía en sus pensamientos.

—¿Entonces ya terminaste el bachillerato? En eso me llevas ventaja —comentó Gael, que andaba lo más lento posible para alargar más los minutos juntos. No imaginaba cómo le agradecía aquello su tierna acompañante, más porque ya llevaba media hora pasada de tomar su píldora para el corazón.

—Bueno, a veces tenía que perder muchas clases por problemas inevitables, así que mi padre logró que me pasaran las materias en casa, con ayuda de una profesora amiga que está ya retirada. Luego me hicieron exámenes especiales fuera del ciclo, y conseguí terminar unos meses antes. —No quiso dar más detalles, no era absolutamente necesario, no hablaría de su condición cardíaca, suficiente era con su evidente discapacidad visual para agregar un problema más que la hiciera parecer débil e insignificante.

Le pareció curioso a Gael, sabía que existían en La Habana muy buenas instituciones educacionales para débiles visuales, o jóvenes con diferentes discapacidades. No entendía por qué ella necesitó terminar en su casa las materias, pero no quiso indagar más.

—Si lo vemos positivamente, ahora tendrás muchos más días de vacaciones que todos nosotros; todavía nos falta más de un mes para terminar

el año.

—Sí, creo que tienes razón —contestó sonriendo, y se le iluminaron aún más sus ojos, esos que podrían estar sin luz; pero... «*no carentes de vida reflejada en ellos*», pensó él...

—Cuéntame de ti... ¿Qué quieres estudiar? —preguntó curiosa por saber más o... ¿sería por escuchar su voz hasta grabarla en su mente para siempre? Cerró los ojos sonriendo ante aquella secreta interrogante.

—Quisiera estudiar veterinaria, aunque... la biología marina me apasiona. Amo también poder saber e investigar acerca de las aves, o incluso los insectos —explicó con verdadera emoción—. Creo que me encantaría ser un biólogo y explorar ese campo en general. ¿Y tú? ¿Qué te gustaría a ti, hermosa libélula?

Otra sonrisa más tierna que la misma poesía le vio renacer en sus labios, esos que... le provocaba besarlos y beberlos hasta rendirse a ellos, como si de cada beso dependiera su último minuto de vida.

—Bueno... No lo sé —contestó calmada pero pensativa—. Digamos que... tengo una afición que muy pocos conocen, excepto mi familia, por supuesto. —Se atrevió a decirle—. Amo la música, desde niña comencé con clases de piano y, aunque últimamente lo he dejado de lado un poco, es algo que... me complementa siempre, y a lo que me gustaría dedicarme. Quizás... profesora de música, solo... quizás... —Esto último lo dijo casi dolorosamente, y no pasó desapercibido para Gael.

—¿Quizás? ¡Estoy seguro de que lo lograrás! Y también me dejarás escucharte tocar, ¿por favor? Eso sería... —Se quedó sin palabras porque la imaginó, por un breve segundo, interpretando en un piano su canción favorita: *Entra en mi vida*, del grupo Sin Bandera. Volvió a sonreír al recordar la letra y darse cuenta de que le describía sin duda ese momento. Eso precisamente quería, que entrara en su vida y se quedara para siempre en ella...

Sin percatarse, llegaron frente a la casa de los Sanfield. Esther venía a su encuentro un poco agitada.

—¡Hija, por Dios, me tenías con el pendiente! Además, ¿cómo olvidaste que hace casi una hora debías tomar tu píldora para...?

—¡Abuela! —la interrumpió de inmediato Romina—. Te presento al otro primo de Lourdes, él es Gael, fue muy amable al acompañarme a casa.

Esther se dirigió al joven y esbozó una sonrisa de gratitud.

—Gracias, *mijo*, a ti sí creo recordarte mejor. ¿El pequeño ojito verde que

se le escapaba a su mamá para las plantaciones, verdad? —manifestó risueña.

—Pues... ¿qué puedo decirle, señora Esther? Ese mismo soy yo —confirmó Gael un poco rojo de vergüenza ante una muy atenta y sonriente Romina, que no pasó de largo la anécdota.

—Bueno, corazón, despídete de tu amigo, te espero dentro. Otra vez gracias, muchacho, por acompañarla, saludame a tu familia —se despidió amablemente dándole un abrazo.

—De su parte, señora Esther, y ha sido todo un gusto volver a verla —respondió, mirando a la muchacha de nuevo, que como si lograra ver la expresión de la mirada de él, volvió a ponerse como la más sonrosada flor.

Esther regresó a la casa y los dejó en el portón para que se despidieran, ya respiraba tranquila con su nieta de regreso sana y salva.

—Bueno, debo ya entrar, parece que mi abuelo todavía no llega de su juego habitual de dominó en casa de su amigo —comentó para dar conversación en algún tema, dado el silencio de los dos, sin imaginar siquiera con la intensidad casi desesperante que él la miraba.

—¡Quiero volver a verte! ¡Di que sí!... Por favor. —No pudo aguantarse de pedir Gael—. Podemos ir a visitar lugares muy hermosos que seguro no conoces aún. Prometo que estarás más que a salvo, y te los describiré con esmero, juro que los podrás ver sin importar que tus ojos no te lo permitan —afirmó seguro, sin poder evitar una dolorosa punzada al expresarlo.

Romina volvió a sentir ese aleteo abrasador en el estómago. Subió su mano hacia el pecho con temor a que su débil corazón le ganara la partida en aquella batalla de emociones... ¿Cómo explicarle que no podía extenderse mucho en caminatas sin confesarle su condición?

Por una vez en toda su vida de enferma... odió estarlo, y sintió verdadera desdicha de eso por primera vez.

—No lo sé... A mis abuelos no les gusta que me aleje mucho, y temo que si desobedezco llamen a mis padres y me regresen a casa; me siento bien aquí. —Fue la explicación más aplicable que encontró a la situación para no tener que revelar sus verdaderas razones. Sabía que por nada de este mundo Rigo y Esther pondrían en riesgo la posibilidad de poder tenerla con ellos, pero no encontró otra salida.

—Entonces no iremos más allá de la pequeña arboleda, está solo al doblar unas pocas cuerdas, hay un riachuelo muy bonito. Nada como para bañarse, pero sí para refrescar; la humedad del lugar es muy buena, lo llaman

Riachuelo Paraíso, por la hermosa vegetación que lo rodea; además, gracias a las sombras de los árboles, podríamos hacer un buen picnic, ¿qué dices? —insistió con miedo y ansiedad, al suponer que podía negarse.

Su voz... la paralizaba, la dejaba en un limbo de sentimientos en plena batalla por el poder. Por un lado, temía, y por el otro... quería dar rienda suelta al torbellino de anhelos que se le agolpaban dentro al escucharlo. Era como estar dividida en dos mientras escuchaba una voz interior que le gritaba desesperada que se aferrara a esa ilusión, y comenzara a despertar de un sueño que creía sería imposible, pero que pedía a la vida fuera eterno...

—Está bien, hagamos eso. Solo dime cuándo y me pongo de acuerdo en avisarle a mi abuela.

¡Gael sintió que tocaba cada nube de aquel puñetero paraíso que decían que existía! Si era tan solo parecido a lo que le ocurría, entonces no cabía duda de que estaba justo allí mismo, y que el mismo Dios lo perdonara por compararse con él en aquel minuto, al escucharla aceptar pasar tiempo juntos.

—Cada tarde, después de mis clases, vengo a por ti, ¿de acuerdo? —le afirmó con la voz cargada de una infinita emoción.

—¿Cada tarde?! —exclamó ella asombrada—. Pero... no te quiero robar tu tiempo, seguro tienes compromisos, no sé... cosas importantes —alegó apenada.

«¿Cosas importantes? —se dijo él—. *Ahora tú eres lo más importante en mi vida y la mayor prioridad en ella*». Se alarmó mucho con tal afirmación personal; no lograba entender cómo en pocas horas sus sentimientos hacia aquella chica lo desarmaban tan... apasionadamente, pero era así, lo más genuinamente verdadero y real que había tenido hasta ahora. Prefirió no confesárselo para no asustarla y... para no temer él. Era una mezcla de felicidad y miedo que le hacía vulnerable y bendecido a la vez.

—No te preocupes, ya he terminado materias, y créeme, disfrutaré mucho ese tiempo explicándote los detalles hermosos que tiene Viñales —le aseguró—. Paso por ti mañana poco después del mediodía, ¿te parece?

Romina asintió con un movimiento de cabeza. Las palabras no le salían, era como un manojo de nervios y revoloteos internos incontrolables que casi la hacen estallar. Como pétalos deshojándose al viento se encontraban los latidos de su corazón; no podía verlo, era cierto, pero lograba increíblemente percatarse de que los ojos de Gael estaban fijos en los suyos.

Gael no pudo contenerse más... Llevó sus dos manos a ambos lados de

aquel bello rostro para acercarlo a él. Luego de apartar de su frente unos pequeños mechones de cabello, que provocadoramente jugueteaban y la cubrían, posó con la mayor de las ternuras posibles sus labios en ella, dejándolos allí por unos segundos, sintiéndose adolorido al tener que apartarlos...

—Buenas noches, Libélula, que tus sueños sean tan hermosos como tú, algo que... me es difícil creer —le susurró al oído, dejando que su cálido aliento la acariciara, al punto de sentirla estremecerse.

Le tomó la mano lentamente, y ella se dejó llevar hasta los escalones del portal, por donde en ese momento aparecía desde dentro de la casa su abuela.

—Hasta mañana, señora Esther. Le daré sus saludos a la familia —dijo, y miró a Romina por última vez con devoción, tras irse alejando hacia el camino.

—¡Me gusta ese muchacho! ¡Y por todos los dioses, es un pastelito de jengibre de *belozote*! ¡Y qué trasero, querida! ¡Como para perder el bote!

—¡ABUELA! —le reclamó riendo su nieta.

—¡Ay, hija, qué tú quieres! Aquí la vieja soy yo, la que no puede ver... ¡todavía, conste!, eres tú; así que debo darte mi impresión moderna —dijo estallando en una carcajada tras pedirle entrar a la casa por su medicina y prepararse para cenar.

Romina la siguió, sabía que lo que decía su abuela en cuanto a su visión era una posibilidad, pero por la que nunca se había hecho ilusiones hasta... ¿ahora? Recordó la voz de Gael, el tacto de su piel y, por primera vez en mucho tiempo, deseó poder ver más que bultos nublados, aunque... fuese por pocos minutos. Una decisión cruzó su mente fugaz e intempestiva, y caminó hacia la cocina para preguntarle a su abuela.

—Abuela..., ¿dónde está el piano que el abuelo compró para mí hace años?

Esther dejó de servir la comida para quedar atónita mirándola. Aquel piano se había guardado en la antigua habitación de su hijo Arturo, que no se ocupaba desde hacía más de cinco años, cuando Romina perdió casi en su totalidad la visión y ella misma pidió que lo guardaran porque decidió que no tocaría más. Los ojos de la abuela se llenaron de lágrimas... Aquello significaba el encuentro de la esperanza perdida para su nieta, y ella... no podía sentirse más dichosa...

Capítulo 5



El tiempo pasaba rápido, apasionado, lleno de mágicas alboradas y nacientes sentimientos que inundaban cada segundo que Gael y Romina estaban juntos.

Cada día salía directo a buscarla al terminar las clases, era consciente de que pasaba todo el horario de escuela mirando el reloj, y la ansiedad por llegar a su encuentro era tanta que siempre merendaba algo en la pequeña cafetería cercana a la escuela para no perder tiempo llegando a su casa, por lo que ya había recibido más de un reproche de parte de su madre.

Sus padres habían notado su desasosiego diario, él solo había contestado que tenía muchos pendientes escolares; no quería que nadie metiera la nariz en aquella unión maravillosa que iba logrando junto a ella, al menos... no por ahora.

No tenía dudas, estaba completamente enamorado; Romina era todo lo que había soñado. Aún no se atrevía a confesarle sus sentimientos, temía a las barreras que pondría entre ellos debido a su discapacidad visual, y no soportaría que lo alejara, debía hacerle entender que no le importaba en lo más mínimo su condición. Estaba dispuesto y encantado de ser ese puente entre sus ojos y el mundo; quería protegerla, atesorarla y amarla por el resto de su vida... Había incluso llegado a sentir un temor lacerante que a veces se

apoderaba de él ante la sola idea de no estar cerca o llegar a perderla.

En las últimas seis semanas, pasearon por todo Viñales; conociendo lugares y escogiendo siempre los más cercanos. Disfrutaban durante horas en el jardín de la casa de sus abuelos, hablando de todo aquello que les gustaba compartir y descubriendo juntos que eran muchas las cosas que tenían en común. Cada instante a su lado era único, mágico e incomparable.

Le había hablado de muchos paisajes hermosos de Viñales, siempre le daba las mejores descripciones posibles de cada lugar, y verla tan atenta escuchando sus explicaciones, e incluso observarla cerrar los ojos para imaginarlas mejor, lo volvía tan vulnerable a ella que muchas veces necesitó hacer un esfuerzo casi torturante para no besarla hasta fundirse juntos los dos. Romina le provocaba un amor tan grande, tan invasivamente hondo que le aterraba a veces sentirse así. Sabía que ya no podría existir felicidad si no era a su lado... ¡Ya no! Y esta afirmación que le repetía su alma cada día, desde que la conoció, lo torturaba ante cualquier posibilidad que amenazara con poner distancia entre ellos...

Caminando pensativo, recordó la salida del sábado anterior a la arboleda de las libélulas, tal como él nombraba aquel lugar era como el hábitat de ellas en todo el valle. En las noches, con la luz de la luna y los fondos de colores de la vegetación, el sitio se volvía un verdadero paraíso en tonos azules. Ese día fue especial, marcó un antes y un después en ellos; deseaba todo el tiempo recordarlo porque... definitivamente lo hacía sentir inmensamente bendecido...

—Dime algo que te guste mucho, que ames hacer siempre —le pidió Gael, observando cómo ella se perdía con sus pensamientos a lo lejos del valle...

Habían ido a hacer un picnic hacía ya tres horas, aprovechando el frescor del final de la tarde. Llevaron frutas, y la abuela Esther les había preparado unos emparedados y jugos. Romina le había dicho hacía unos días que le estaba preparando una sorpresa, por la cual estaba más que intrigado y ansioso, pero le quería dar tiempo porque él notaba que era importante para ella. También le habló de las visitas de Lourdes cada día a su casa, se habían hecho muy buenas amigas, inseparables, y ya su prima la quería como a la hermana que tanta falta le hacía; además, su cariño era correspondido por aquella dulce chica de ojos azules como el mar.

—Bueno, gustarme como tal, me gustan muchas cosas —respondió, y él no podía ocultar su sonrisa eterna cuando la tenía cerca y la veía morderse el labio inferior, eso... ¡lo enloquecía!—. Disfruto mucho leyendo, sobre todo poesía; Gabriela Mistral, por ejemplo, me gusta mucho.

Gael no hablaba, solo la escuchaba perdido entre el camino de sus ojos a su boca... «¡Bendita creación de Dios! ¡Celestial boca!». En momentos como aquel, era cuando le tocaba hacerse del dominio más sobrehumano para no apoderarse de ella y besarla con desesperación; una y mil veces... sin dejar fuera aquellos ojos, para recordarles... que él estaba allí. Con gusto sería para ellos la vida y el mundo que no podían apreciar por sí solos.

—¿Gael? —lo llamó ella.

Justo en ese momento se dio cuenta lo absorto que estaba en sus pensamientos, y rápidamente le dijo:

—¡Perdón, perdón! Me distraje... Lo siento, me hablabas de tu gusto por la poesía, ¿verdad? —le afirmó tomando sus manos y frotándolas, mientras continuaban sentados bajo aquella ceiba sobre el mantel de cuadros rojos y amarillos que le había dado Esther.

—Creo que te estoy aburriendo, Gael. No te preocupes, si quieres que...

—¡NO! ¡¿Cómo dices que me aburres, mi libélula?! —le dijo exaltado.

Oírlo decirle así, causó un calor lleno de aleteos en el débil pecho de Romina. Se había empeñado en llamarla de esa forma todos los días: Libélula, y ella no podía evitar sentir un palpito infinito al escucharlo.

—No sé... Quizás en realidad no estaba hablándote de un tema que te interesara. La poesía a veces no es el tema fuerte o de interés para un chico —le comentó un tanto apenada, y Gael sintió incontrolables ansias de besarla al ver su cara sonrojada haciendo contraste con el celeste de sus ojos.

—¿Eso... crees? —le preguntó dulcemente—. Así que te gusta leer a Gabriela Mistral...

—¡Entonces, sí me escuchaste! —aseguró con voz divertida y aliviada por no haberlo aburrido.

—Mi silencio jamás será sinónimo de no prestarte atención, preciosa, esa siempre la tendrás... ¡Siempre! —enfaticó la última palabra.

Romina volvió a creer que el mundo le pertenecía. A pesar de sus temores y sus difíciles retos, Gael era el remanso de sus tantas mareas embravecidas en la vida. Para ella, él representaba esas aguas mansas y

apacibles que la mantenían a flote y a salvo. Era su ancla a tierra, el soplo de esperanza que muchas veces en silencio le pidió a Dios. Temía con todo su ser que fuera un espejismo de ilusiones en el que resguardar sus inseguridades, y no una hermosa realidad. Aun así, no le importaba soñar, ilusionarse y amar, mientras durara aquella dicha infinita...

—Me gusta mucho, colecciono algunos de sus poemas y...

—Hay besos perfumados, besos tibios que palpitan en íntimos anhelos. Hay besos que en los labios dejan huella... como campo de sol entre dos hielos... —recitó para ella, sin dejarla terminar de hablar, y cada palabra se la dedicó con veneración...

Romina se quedó sin argumentos con aquella interrupción. El nudo que se instaló en su garganta dio paso a dos lágrimas que, sin previo aviso, rodaron de sus ojos al escuchar en su voz aquella estrofa de su poema favorito de Gabriela Mistral: Besos..., y las cuales Gael recibió con la yema de sus dedos y la más sublime ternura.

Intentó hablar y no podía, se le acumularon de golpe todas y cada una de las ansias de amor reprimidas convertidas en fuertes estremecimientos internos. Había estado frenando miles de impulsos y emociones durante esas semanas a su lado; casi comete la locura de lanzarse a sus brazos con la sed de amar sin límite que le consumía despacio todo su ser, pero... nuevamente la sensatez ante la realidad cruel que era su vida, le recordó que Gael merecía a una chica que no solo lo amara tanto como ella ya lo hacía, sino que llenara todas esas expectativas de una vida feliz, segura y plena; algo que obviamente no podría brindarle; así que... respiró profundo y con toda la naturalidad que pudo ser capaz de fingir... habló:

—Hermoso y admirable que conozcas y... además memorices la poesía de amor de Gabriela Mistral. Es poco común que un chico guste de ella —balbuceó con dificultad, ya que era casi una tortura lidiar con tanta conmoción y, a la vez, buscar las palabras precisas cuando el dolor le carcomía el alma...

Gael observó extrañado el cambio de actitud en su rostro... Lo desconcertó. Había pasado de una emoción auténtica, mientras escuchaba la estrofa, a una desolación casi hiriente. Ver su rostro frío y hasta un tanto... ¿indiferente?, le dio pesar. Creyó que al recordar ese poema que, de hecho a él también le gustaba mucho, iba a causar otro estado de ánimo en ella y no uno de... ¿fastidio? La sola idea de que Romina no sintiera ni una

pequeña parte de lo que a él ya lo rebasaba por dentro le martilleó con fuerza el corazón y le provocó un temor indescriptible e insoportable.

—También... he disfrutado la buena poesía —dijo y carraspeó, tímido, la garganta—. Mi madre gusta mucho de ella, es... profesora de Literatura, aunque no ejerza. Desde niño me leía libros de Mistral, Neruda, Gertrudis Gómez de Avellaneda, etc. De ahí que tenga algunos favoritos —explicó entrecortadamente, con un frío vacío que le ahogaba las palabras y levantaba un muro de nostalgia al mirarla. Sus lágrimas nunca habían sido fáciles para asomarse a sus ojos, pero en aquel momento... las podía sentir tibias y decididas a bañar su rostro, como muy pocas veces en su vida.

Desde su lado, Romina agonizaba de dolor; sabía que si lo que pretendía era demostrarle indiferencia por aquella maravillosa manera de regalarle su lado más sensible, sin dudas lo había logrado, peor aún, lo había herido. Ni cuando le dijeron que con rapidez y en pocos meses perdería casi completamente la visión, se había sentido tanto morir como ahora...

No pudo aguantar y se acercó...

—¿Me permites hacer algo, Gael? —Al escucharla, él levantó la mirada.

—¿Qué quieres hacer? —Se escuchó decaída su voz, y Romina se sintió languidecer al notarlo.

—Quiero que me permitas... ver con mis manos tu rostro —contestó ella con voz baja y un poco ahogada por el llanto que amenazaba con salirse de control, demostrando cuán arrepentida estaba de su absurda e hiriente actitud.

Gael abrió sus ojos y el brillo de la esperanza regresó a ellos como candil de noche. Movía la cabeza afirmando, sin darse cuenta de que ella no lo podía ver. Cuando se percató de su tonta forma de responderle, dio un paso al frente y, sujetando las finas manos de su querida libélula, las ubicó suavemente a ambos lados de su rostro, estremeciéndose, amándola, entregándose completo ante su tacto; y le dijo:

—Veme, mi libélula...

Ella, con manos temblorosas pero con mucha ilusión, comenzó a recorrer con la yema de sus dedos aquel rostro que, sin haberlo visto nunca, ya amaba con verdadera idolatría. Reconoció con delicadeza la frente; los ojos, que él mantenía cerrados, los rodeó lentamente tocando cada línea. Le siguió su nariz, sus pómulos y barbilla le iban ayudando a idear una imagen que ya iba teniendo forma, y no pudo evitar enamorarse más... ¡Como si eso

fuera posible!

Revolvió su abundante cabello, tocó con deleite su textura, para, luego, dedicar tiempo a sus pequeñas orejas que al rozarlas causó algunas cosquillas que los hicieron sonreír a los dos, mientras llegaba al lugar favorito de Gael en su imaginación y sueños de cada noche: sus labios. Los contorneó y dibujó en su mente; entre tanto, con su dedo índice marcaba con suavidad esa piel carnosa y tibia. Un deseo se arropó en ella, un calor desconocido se adueñó de sus entrañas recorriéndola con un placer tortuoso y concentrándose bajo su vientre como volcán anunciando su erupción... Ahí estaba nuevamente esa ansiedad por sus besos, ese desespero por sus brazos, y ese olor a sándalo que la convertía en un manantial desnudo, implorando dejar libre su cauce... Era una sensación abrumadora que la debilitaba, pero... se contuvo.

—Eres un hombre muy guapo, Gael Alcázar... —dijo con un toque de picardía y ternura en la voz.

Gael abrió los ojos, que mantuvo cerrados todo el tiempo mientras disfrutaba de aquel bendito reconocimiento. La observó sonreír tras esas palabras, y pasó espontáneamente, sin casi darse cuenta, su mano por la mejilla de ella, provocándole un estremecimiento que supo percibir de forma instantánea y lo hizo enorgullecerse.

—Gracias —dijo al fin—, pero cualquier belleza se vuelve efímera e insignificante si tú estás cerca, hermosa libélula...

—¿Además...? —insistió ella al ver que dejaba inconclusas sus palabras, sintiéndolo con la respiración agitada.

—Es que el roce de tus suaves manos en mi rostro es como... —Dos gotas de lluvia cayeron inoportunas en su brazo, anunciando avecinarse la lluvia, impidiéndole confesarle lo que tanto deseaba, y terminó sonriendo, cerrando los ojos sin poder evitar el acercarse más y besarle su frente—. Te juro que existirá un día, un momento mejor para decirte todo lo que me has hecho sentir hoy, mi libélula... Esperaré hasta entonces.

Y ella suspiró al escucharlo.

El viento los envolvió en su manto a los dos, inundando el sitio de un aroma a flores silvestres. Comenzaban a aparecer como por magia de la madre naturaleza todas aquellas sombras azuladas del atardecer, y de las que tanto Gael le había contado y descrito para que ella las disfrutara en su

imaginación, formando una verdadera postal de contrastes alrededor de ellos. No se necesitaban palabras para decir o explicar cómo el amor que aquellas dos almas sentían flotaba en el lugar y se trasladaba a todo aquel valle, casi hasta poderse palpar. Romina disfrutaba glorificada de tenerlo allí, y él... reafirmaba su convicción de que ella era su lugar en la vida y su mayor bendición. De pronto, algunos relámpagos aparecieron, anunciando una buena tempestad en poco tiempo, y los hizo reaccionar hasta salir de aquel momento idílico.

—Debemos irnos, está casi por desatarse un buen aguacero, y no me perdonara jamás Esther si te llevo empapada a casa; no correré el riesgo de perder su gran estima. ¡No, señorita! —habló divertido Gael y con tono jocoso.

—Tienes razón, mira que la abuela... ¡no es tan calmada como aparenta! —le siguió la broma ella.

Recogieron todo lo que habían llevado, Gael se puso la mochila al hombro y agarró fuerte la mano de quien sabía que pronto sería su preciosa novia. Era ya una seguridad absoluta lo que sentía al pensarlo, y la esperanza lo hacía inmensamente feliz. Salieron en busca del sendero que los llevaría a la casa con los sentimientos a flor de piel y esa felicidad compartida delatándolos.

Durante el camino, que necesitaron hacer más rápido de lo que hubiesen deseado por culpa de la lluvia que se avecinaba, hablaron de más poesía, libros y canciones. Romina le pidió que fuera a su casa al día siguiente; por fin le mostraría su sorpresa, y esto le encogió el corazón, ya sabía a qué se refería ella, lo había tenido en vilo más de una semana...

Sacudió su rostro saliendo de sus recuerdos y con paso firme siguió dirigiéndose, aquel sábado, a la casa de los Sanfield, entre emociones y dardos de dichas hundiéndose cada vez más dentro de su pecho. Cada día, el sentimiento de posesión que sentía por aquella chica se engrandecía y lo rebasaba. Temía por su seguridad, al punto de la paranoia, no quería que saliera sola; así se lo había hecho entender a su prima, que a veces quería invitarla a caminar por el pueblo; e incluso se había enojado por eso y le gritó a la cara: «¡No es tu novia todavía, galancito!», mientras sus primos reían burlones por su cara enrojecida... Todos sabían ya que la dulce Romina lo traía de un ala. Él sabía que bromeaban, pero ¡cómo lo había irritado aquella

afirmación! ¡Deseaba gritar a los cuatro vientos que su libélula era de él, y de nadie más!

Cuando atravesó el portón de la casa, una sonriente Esther lo recibía.

—Hola, Gael ¡qué temprano viniste hoy! —le dijo amable y lo abrazó dándole un beso. Era ya un hecho que la felicidad de su nieta dependía desde hacía varias semanas de aquel joven de mirada honesta y sincera. Ella sería la mayor aliada de aquella preciosa relación...

—Buenos días, Esther. Romina me dijo que viniera a esta hora; quizás no entendí bien y me adelanté mucho —contestó un poco cohibido ante la sorpresa que causó su llegada.

—¡No, *mijo!* Adelante, ella te está esperando. Pasa por todo el pasillo hasta el final, está en la puerta de la izquierda. ¡Ve, anda! Yo mientras me tomo mi coladita del día aquí, hace una tarde divina hoy sin tanto calor —le dijo entusiasmada, y Gael creyó ver picardía en su rostro.

No lo analizó mucho, y aunque continuó extrañado, especialmente cuando Esther lo mandó a pasar así sin más preámbulos ni miramientos, su deseo de ver a Romina superaba todo a su alrededor. Le dio las gracias y caminó adentro ante los ojos de complicidad de la buena señora.

La casa era bastante amplia, el pasillo llevaba exactamente a las habitaciones que debían ser cinco, según contó Gael. Todas las puertas estaban cerradas, excepto la última a la izquierda, desde donde... ¿música? Gael se fue acercando al escuchar la melodía y cuando llegó al umbral de la habitación fue como irse al cielo su alma y venir de regreso, al quedar frente a aquella imagen...

Allí estaba su... libélula, sentada ante un antiguo y majestuoso piano de cola color caoba, haciendo uso de él con perfecto dominio del instrumento. Parecía una visión angelical y perfecta en aquel espacio... Se había puesto un vestido azul claro con pequeñas mariposas; su cabello largo se deslizaba por su espalda como una suave tela hilada al viento, y entre pequeños movimientos causados por la brisa que entraba por la gran ventana abierta, daba la impresión de que flotaba entre los rayos de luz sujeto tan solo por una muy fina diadema azul marino.

Gael sintió que podía dejar de respirar en cualquier momento, y quedó paralizado ante ella. «*¡Dios! ¡Dime que es real y que puedo alcanzarla a solo unos pasos!*».

Romina había percibido su presencia acercándose, y con la mayor

concentración comenzó a interpretar la pieza que llevaba días ensayando; era una de las primeras que aprendió cuando comenzó a interesarse por el piano: *Nocturno*, de Frédéric Chopin. Una música clásica que muchas veces, en los últimos años, se complacía solo con escuchar, y que hoy se la quería interpretar a él como ese regalo simbólico y perfecto de amor detrás de todas esas barreras que ella sabía cargar a cuestas. Esa era la mejor forma que encontró para demostrarle lo que significaba en su vida, mediante la música quería que lo supiera. Hacía más de siete años que no interpretaba nada al piano; volver a hacerlo, solo alguien como Gael podía inspirárselo.

Él seguía inerte observándola; había dado unos pasos adelante en la habitación, tan solo para quedar frente a ella. Era ya imposible controlar por más tiempo todo lo que Romina le provocaba. Podía jurar que si aquella imagen no lo acompañaba de por vida, sería el ser más desgraciado del mundo. «*¡Ella es mía y para mí!*», se dijo, porque estaba seguro de que... ¡No podría un segundo de su existencia vivir sin tenerla en sus brazos, con la certeza de que existiría en ellos y por ellos para siempre...! Pensando a una velocidad desesperada todo esto, podía percibir cómo su pulso se agitaba con cada nota, con cada movimiento de aquel ángel que se había apoderado de cada latido de su corazón...

Su mirada seguía prisionera entre la destreza de sus dedos en las teclas y sus labios entreabiertos, haciendo compañía a sus ojos cerrados, parecía un hada embriagada por la maravillosa melodía que sus propias manos regalaban al mundo y... le regalaban a él...

Gael no supo cuándo, pero la frialdad que el aire le dio a su rostro lo hizo consiente de cómo las lágrimas le corrían hasta su mentón. El nudo que oprimía su voz no lo dejó responder cuando la música cesó y una Romina, expectante, le preguntó:

—¿Gael, estás aquí?... ¿Gael? —Quieta, atenta, ella esperaba que él dijera algo, el silencio la tenía nerviosa hasta que por fin...

¡Gael no se contuvo más! Se acercó en dos zancadas a ella y, tomándola en sus brazos, la levantó y apretó contra su pecho de manera desesperada entre lágrimas... ¡Era suya! ¡Para siempre! ¡No dejaría que fuese de otra manera! ¡No podía ser de otra manera! Si no lo quería de la forma que él a ella, no le importaba, su corazón desprendía amor para ambos por todos sus poros, y bajo su piel solo podía sentir la suya, tibia, suave, deliciosa... La tendría tatuada en su alma y en sus entrañas eternamente después de vivir ese

instante... Nunca podría sentirla lejos... ¡Nunca!

Romina lo tenía pegado fuertemente a ella, por lo que sintió sus lágrimas caer en su hombro desnudo, y la angustia la desesperó.

—¡Gael, ¿por qué lloras?! ¡¿Qué pasa?! Por favor, perdóname si te hice daño o te recordé algo que te entristeciera, ¡no fue mi intención! ¡Por lo que más quieras, no me hagas esto... No llores! ¡Era tan solo una sorpresa y yo...!

¡Entonces llegó! Un beso puro e intenso... sellando sus labios y ahogándola de placer, de calor de... ¡pura y bendita gloria! Abrasador, único, verdadero... No había palabras, solo sentir, flotar, amar... ¡Vivir!...

Los labios de Gael se aferraron por fin a los de ella como si se tratase de encontrar su propio Santo Grial y su vida misma dependiera de ese beso. Sus lenguas danzaban; se arremolinaban juntas en un deseo de verdadera necesidad mutua; no había forma de detener por más tiempo lo que los consumía desde el mismo momento en que se encontraron. Ahora los susurros se volvían jadeos; gemidos; las lágrimas hablaban por ellos y adornaban ese sentimiento tan grande y arrasador que ya era inevitable detener. Eran como dos almas que se estuvieron buscando en la eternidad y acabaran de reencontrarse... Era pasión, deseo, necesidad, añoranza. Era... ¡amor!

Romina quería que sus pieles se hicieran una sola, aún permanecía aferrada a los brazos de aquel hombre que la hacía volar a un mundo diferente y perfecto. Gael devoraba su boca con tierno deleite y desesperación a la vez, reconocía en aquellos labios el sabor de su existencia; ese que con seguridad nunca encontraría en nadie más. Creado para él y por él, jamás dejaría escapar de su memoria ese beso porque se había acabado de convertir en su regalo divino y la razón de su vida...

Después de sentir que tocaron el cielo, los dos unieron sus frentes, intentando superar aquella respiración maratónica y los cortantes suspiros que gritaban deseos de más. Romina, un poco más agitada, intentó calmar sus ya de por sí débiles recursos para respirar sin que él lo notara. Gael logró hablar en voz baja, desarmando por completo la poca cordura que le quedaba... Retando a sus palabras a buscar coherencia y calma entre aquellas neblinas de puros sentimientos...

—Hay besos que pronuncian por sí solos la sentencia de amor condenatoria, hay besos que se dan con la mirada... Hay besos que se dan con la memoria —le recordó otra estrofa del poema *Besos*, de Gabriela Mistral, y que a ella tanto le gustaba, casi sin aliento.

Y otra vez el silencio; las caricias y esperanzas se hicieron dueñas de sus almas y los invadió de un amor glorioso, eterno, que no podían ya ocultar, fingir, esperar. Sus corazones unieron sus latidos para siempre y..., sin pedir consentimiento alguno, se convirtieron en uno solo, no aceptando reclamos... No acatando razones.

—Desde que te vi —habló finalmente un Gael al límite de sus fuerzas—, sentí la dulce sentencia de esa condena para amarte toda mi vida —continuó sin aliento, con los ojos cerrados igual que ella y las frentes unidas—, y no puedo ni quiero defenderme de ella... Te besé con la mirada y te besaré en mi memoria cada día de mi existencia. Por el sabor de tus labios moriría, yo... no sé... qué sientes por mí, Romina —le expresó con ansiedad, temor, incertidumbre y tanto amor que dolía el verlo, mientras le acunaba el rostro entre sus manos y lo sentía húmedo por las lágrimas de ella que seguían sin querer ceder—. Pero te juro que si es la mitad de lo que yo siento por ti, te daría mi alma y mi vida porque solo necesitaría tu sonrisa para continuar... No necesito más... ¡Te amo tanto... —sonrió— que aquí no sé si hay un corazón o una montaña saturada de puro amor y sentimientos!, que me recuerda cada día que solo tú eres dueña de su cima y de cada uno de ellos —aseguró, mientras le tomaba la mano y la dejaba abierta en medio de su pecho, donde Romina sentía que el corazón le podía retumbar fuera de él, como galope de corcel desbocado...

Mientras Gael la observaba impaciente, esperando le dijera algo, ella se debatía entre su amor infinito por aquel hombre y su necesidad de protegerlo de lo inestable y dolorosa que era su vida y su futuro. No pudo evitar que un sollozo fuerte y desolador la delatara ante esa certeza. Él la abrazó de inmediato... No soportaba verla llorar; era como si quisiese poner su vida por medio con tal de evitar el más mínimo sufrimiento en ella...

—¿Qué te sucede, mi libélula? ¡No llores, por favor! ¡Te lo imploro! —le pedía angustiada.

El llanto de Romina pasó de leve a ser casi incontrolable; quería parar, ¡en serio que necesitaba hacerlo!, pero no podía. Era superior todo aquello que experimentaba después de escuchar la declaración de su Gael. ¡¿Cómo rechazarlo sin morir ella en el intento?! ¡¿Cómo explicarle? ¡¿Cómo justificar que, aunque ya su alma entera y todo lo que era le pertenecía a él y solo a él, no sería justo que lo retuviese a su lado?! Ella, una chica ciega, con un corazón débil que no sabía cuándo podía dejar de latir para siempre... ¡No,

por Dios! ¡No podía hacerle eso a su amor!... No podía...

Comenzó a sentir frío, la respiración le costaba más esfuerzo, un mareo le llegó con pequeños retazos de vértigo en su cabeza, y un desvanecimiento interior restó control a sus piernas, adonde esa frialdad interior también llegaba despacio y torturante. Sus brazos, aferrados a los de Gael, perdían fuerza, y sintió cómo su conciencia se alejaba... Solo una gota húmeda cayó en su mejilla... Sí..., era una gota o ¿una lágrima? «*No llores, mi amor... tú no llores*», y todo fue luz y... sombras.

Gael la volteó hacia él y se aterroró al verla tan pálida y con los labios... ¿azulados? Fue un estremecimiento total de pánico lo que recorrió su cuerpo.

—¡Romina! ¡¿Qué tienes?! ¡Háblame, mi amor! ¡Romina!

Gael la sentía como una pluma débil que se deshacía en sus manos, y casi muere él de la impresión; peor cuando notaba más azul el contorno de su boca, fue entonces cuando gritó desesperado.

—¡Esther! ¡Por favor, Esther, venga rápido!

En pocos segundos la abuela llegó a toda prisa desde el portal de la casa hasta donde había llegado el grito aterrador del chico.

Entre los dos la llevaron de inmediato a su habitación. Esther corrió al cajón del armario y sacó una píldora que puso debajo de la lengua de la chica y, como experta enfermera, preparó una jeringa con un líquido y empezó a pasarlo por su vena con la más cuidadosa lentitud. Gael se fijó de inmediato en aquel cajón que abrió la señora, abarrotado de frascos de medicamentos, y su angustia se convirtió en una dolorosa penitencia.

—Esther... ¡Qué sucede! ¡Dígame, por Dios! —le pedía Gael casi en estado de pánico al ver cómo aquel dulce rostro empalideció como si estuviese muriendo... ¡No! ¡Desechó de inmediato esa idea, no podía ni siquiera imaginar algo así!

La abuela terminó de pasar en vena aquel medicamento, y poco a poco volvió el color y algo de luz al rostro de su nieta. Esther soltó por fin un suspiro hondo y drástico que tenía atorado entre pecho y espalda, y se viró hacia Gael para poder preguntarle:

—¿Qué sucedió, *mijo*? ¿Qué le provocó esta crisis? ¡¿Dime qué estaban haciendo que la dejó así?!

Él no podía despegar su mirada de Romina en la cama. Ya el aterrador color de sus labios y rostro iba casi desapareciendo y la respiración parecía más estable. ¡No se apartaría de ella hasta que abriera esos ojos! Nada ni

nadie lo haría moverse de allí...

—¡Mijo! ¡Dime, por amor de Dios! ¡¿Qué sucedió?! —insistió más enérgicamente la mujer al ver que él seguía distraído, entonces la miró y sacando fuerzas al fin pudo responder:

—Solo estábamos hablando, Esther, algo la emocionó y luego... comenzó a llorar para terminar así —señaló hacia la cama con temblor en sus manos, no quiso decirle con exactitud cuál había sido el motivo que provocó ese tsunami de emociones en ellos; no consideró fuese el momento de hacerlo...

—Dígame ahora usted, Esther. ¡¿Por qué le sucedió esto?! Sus labios se pusieron azules y comenzó a faltarle la respiración, y yo... —¿Cómo decirle que se sintió morir? Solo atinó a preguntar insistente—: ¡¿Qué le pasó?! —ahogó un grito al hacerlo.

La señora se levantó y colocó el brazo de su nieta, dormida, que permanecía en su regazo, a un lado de la cama, chequeó que su respiración estaba totalmente normal y le hizo señas a Gael para salir. Él, receloso, no estaba seguro de obedecerla, pero accedió finalmente.

—Gael... —comenzó la dulce mujer—, mi nieta es una chica increíblemente fuerte, nos ha dado luz y lecciones a todos en la familia... —Respiró hondo nuevamente, buscando alivio por el susto que acababa de pasar—. Por ella es que seguimos cada día aferrados a la fe y a la esperanza. —Él fue a interrumpirla, pero ella levantó la mano y no se lo permitió para poder seguir—. Romi ha sido una guerrera de la vida desde que llegó a este mundo, a llenarnos a todos de infinita dicha —le dijo visiblemente emocionada—. Mucho ha tenido que pasar a su corta edad, enfrentando dolor y agonías; pruebas de supervivencia que para muchos serían difíciles de superar y más de aceptar, inclusive muchas veces en contra de la cruel corriente del destino.

Suspiró fuerte.

—Solo te voy a pedir, hijo mío..., paciencia —continuó—. Veo por tu actitud que hay muchas cosas que no sabes todavía... No sé qué fue lo que hablaron y la emocionó al punto de tener una crisis, lo que sí sé es que ella es quien tiene que contarte su historia; desvelarte todo aquello que no te ha dicho en todas estas semanas que han pasado juntos quizás por falta de valor. Eres un joven sensato y noble, si lo que creo que hablaron ustedes es como imagino, deberás sacar mucha calma para que ella lo entienda y acepte darle la cara a la vida, sin miedo de una buena vez. Si en realidad es importante para ti mi

nieta, sé que ella encontrará en ti su razón más importante para... seguir luchando.

Gael la escuchó atento, una inquietud espantosa se alojó en sus entrañas; algo sucedía, no había dudas, tenía la seguridad de que era más serio de lo que pudo suponer, pero... no le importaba cuán grave era lo que faltaba por saber, Romina era su presente y su futuro; nada, ni nadie cambiaría eso. Enfrentaría lo que fuese junto a ella, porque no había forma alguna que le permitiera seguir adelante si no la tenía a su lado. Aquel amor había llegado para llevárselo entre los besos, la sonrisa y la ternura de aquella chica que hoy se había convertido en su razón de existir, y... era feliz por eso...

—Tendré toda la paciencia del mundo, Esther. Solo le suplico, le imploro, que me permita esperar a que despierte; por favor, no me pida que me vaya, porque de antemano le digo que no lo haré. Romina es y será siempre lo más importante, y yo... me encargaré de demostrárselo cada día. No importa lo que tengamos que enfrentar juntos, la única manera de alejarme de ella será que me lo pida y creo que, aun así, haría lo indecible por convencerla para que me dejase estar a su lado. Porque yo... Yo amo a su nieta, Esther, la amo tanto como jamás imaginé que podría amar a alguien —terminó confesándole con los ojos brillantes.

Aquella señora, noble y llena de sabiduría por los años, vio en los ojos del joven lo que alguna vez pidió en silencio a sus santos para su niña: ¡amor! De ese que solo nace una vez en la vida y se eterniza en ella.

La mirada de Gael se nublaba por las lágrimas, que aguantaba con entereza y temor a la vez; a Esther no le quedó más opción que aceptar su pedido con una alegría profundamente escondida, gracias a las palabras del joven.

—Está bien, muchacho, solo porque mi marido no está y anda por Matanzas hasta mañana, sino de ninguna forma lo hubiese él permitido. Lo entiendes, ¿verdad?

Gael asintió aliviado al aceptar que se quedara, aunque si se hubiera negado esperaría afuera; pero jamás se marcharía sin volver a ver a su libélula, menos ahora, sabiendo que algo le ocultaba referente a su salud.

—¿Me presta su teléfono, Esther, para llamar a casa de mis abuelos? Necesito que les avisen a mis padres de que llegaré tarde —le dijo con respeto.

—Claro, *mijo*, haz tu llamada —contestó ella, viéndolo encaminarse hacia el salón.

Por un lado, estaba tan feliz por su niña, había encontrado a alguien que apreciara y amara a la joven tan maravillosa que era. En ese muchacho veía transparencia, honestidad y un amor tan grande dentro de él que incluso le atemorizaba dado el difícil futuro que podrían enfrentar juntos. Algo le decía muy dentro que su nieta iba a querer huir de aquel sentimiento para volver a encerrarse en su caparazón. Ella no lo permitiría, sabía que su hijo la había reprimido escudándose en una malsana sobreprotección, pero ella iba a luchar porque su Romina amara y se sintiera amada, sabía que en Gael Alcázar ese amor sería posible a pesar de cualquier batalla a vencer.

—¡Hecho! —Él interrumpió sus pensamientos al terminar al teléfono—. Ya le envié a decir a mis padres con mi abuela que estaba estudiando y llegaría tarde; no me gusta mentir, pero creo que por ahora no son necesarias otras explicaciones, ya habrá tiempo para eso, ¿verdad?

Esther sonrió, la sinceridad de aquel chico la abrumaba y complacía al pensar que era su nieta quien se había adueñado de su corazón.

—Así es, *mijo*, vamos para que tomes un juguito de mangos; luego, si quieres, vas con Romina y esperas a que despierte mientras yo preparo la cena. —Le dio una palmadita en el hombro y lo llevó con ella a la cocina, no sin dejar en su mente de agradecer, una vez más, a Dios por escuchar sus plegarias y poner a un alma noble igual a su nieta en el camino de ella.

«Sé tú ahora, Señor, quien decida su destino... Guíalos hacia él...».

Mientras...

—Dime, ¿cómo va todo?

Esperaba en silencio a que desde el otro lado de la línea le contestaran, sabía que lo que hablara tenía que ser dicho en clave para evitar ninguna filtración de la información. Siempre había vivido así, con temor, con desconfianza de todos y todo. No podías confiar en nadie, porque a veces, incluso quien considerabas un gran amigo, era capaz de traicionarte. Era mucho lo que se estaba jugando con aquella planificación clandestina, pero no había otra manera de hacerlo; la forma legal tomaría años, y era precisamente lo que no podía permitir, su hijo en poco tiempo sería llamado por el ejército para prestar servicio militar.

—Está bien, esperaré para que me informes de cómo está de salud mi

padre y si ya podrá tener acceso a su medicina —siguió hablando en clave al teléfono—. Cuídense mucho y denle abrazos a todos.

Rolando colgó en el centro telefónico, desde donde había hecho la llamada a su hermano. Estaba deseando tener todo listo, aún no había hablado con Adela acerca de cómo sería el proceso, pero esperaba que ella lo apoyara y entendiera.

Los últimos años habían sido muy difíciles. Desde que lo destituyeron del trabajo, simplemente por no estar de acuerdo con uno de los dirigentes sindicales, causó que ya existiera un mal antecedente en su expediente laboral. Así que no le fue posible lograr trabajar nuevamente dentro de su campo profesional, ni siquiera en educación como profesor; no se le consideraba una persona idónea para educar a las nuevas generaciones, le habían dicho la última vez que se presentó al Ministerio del Trabajo.

Toda esa falta de derechos y libertad era su primera y la más importante razón para alejar a su hijo de aquel sistema tóxico e intimidante. ¡No quería ese futuro para él! ¡No lo permitiría! ¡Bastante había esperado ya! Con todo esto intranquilizando sus pensamientos, se encaminó a su casa con la esperanza de que todo lo que estaba planeando sucediera pronto y fuera un éxito...

Capítulo 6



Las horas pasaban lentas y tenues en el silencio de la casa. Esther se había acercado a la habitación de su nieta varias veces a corroborar que todo estaba bien, y saber si había despertado. No había llamado a su hijo y a su esposa aún, quizás se podía entender como una irresponsabilidad de su parte, pero solo lo haría si al despertar Romina, algo se podía considerar alarmante en ella.

Hasta ahora dormía plácidamente, tranquila, y tanto su color de piel como su respiración estaban normales. Sabía cómo enfrentar y reconocer una crisis de esas, aquella no había sido una de las peores que había tenido su nieta. Alertar a su hijo y a su nuera solo traería como resultado que la sofocaran y la privaran de inmediato de lo que creía podía ser muy beneficioso para ella: por fin tener la oportunidad de sentirse viva y no como una chica enferma y frustrada.

Gael había pasado la tarde en aquel sillón, a pocos pasos de su libélula, verla dormir era todo un idílico sueño estando despierto. Cada vez que se movía corría a su lado, ya fuese para asegurarse que respiraba bien, o simplemente ordenar algún mechón de su largo cabello revuelto entre las sábanas. ¡Cómo la amaba! Cada minuto a su lado se le hacía más inconcebible la idea de que un día pudiera perderla. Estaba asustado... ¡No! Estaba realmente aterrado por las palabras de Esther. Temía mucho lo que Romina

tuviera que decirle, y en varios momentos, estando allí, espantó de su mente mil horribles ideas que llegaban para atormentarlo.

La tarde se había nublado bastante y amenazaba con llover, la brisa fresca entraba en la habitación moviendo las cortinas de las ventanas. Vio que Romina se movía de nuevo y se levantó para sentarse a su lado; ella abrió lentamente los ojos mientras pestañeaba continuamente, orientándose.

—Hola, preciosa... —le habló con dulzura—. ¿Quieres que llame a tu abuela? Está en la cocina, voy a por ella...

—No... —La escuchó decir algo débil, mientras le sostenía el brazo cuando el intentó levantarse para alejarse.

Emitió un sonido, intentando incorporarse. Gael la ayudó a colocar almohadas en la cabecera de la cama para que estuviera más cómoda y lograra sentarse un poco. Se notaba tranquila y mucho más sosegada, algo que lo calmó bastante. Ella comenzó a pasar sus manos por el rostro y a acomodar su cabello.

—Debemos hablar, Gael—empezó ella diciendo, al tiempo que tomaba agua de un vaso que él le acercó.

—Lo haremos cuando te sientas mejor, ahora no es necesario que digas nada, cielo —le contestó con voz temblorosa, no le gustaba el tono serio en su voz.

—No, Gael... Debe ser ahora, no quiero que sigas sin saber cosas que son muy importantes —dijo entrecerrando los ojos, para buscar las fuerzas que necesitaba.

—Preciosa..., en serio, lo que sea que tengas que decirme puede esperar; estoy feliz de que estés mejor. Yo... ¡me asusté tanto!, creí que iba a enloquecer... Por favor, más adelante hablamos de todo lo que quieras, y además...

—Esto no puede ser, Gael... —terminó diciendo Romina abruptamente, dejándolo ahogado en sus propias palabras—. No soy... la chica que necesitas en tu vida. Eres un hombre increíblemente maravilloso, alguien así de virtuosa y llena de cualidades te está esperando en algún lugar. Yo... Yo estoy muy lejos de ser esa persona, por favor, entiéndelo y no hagas más difícil todo esto... Creo que será mejor que regrese a...

—¡No sigas! Por favor, espera...—Necesitaba calmar aquel martilleo fuerte en su pecho, que lo estaba asfixiando, para poder hablar...

Gael respiraba agitadamente y sus fosas nasales se abrían buscando aún

más aire del necesario. «*¡Paciencia! Ella solo está asustada, no puede ser que esté renunciando a todo este amor... ¡No puede!*». Al fin logró tragar en seco aquel nudo que se apoderó de su garganta y...

—¿Me amas, Romina? —preguntó ansioso—. Dime si me amas al menos una mínima parte de lo que puedo y soy capaz de amarte yo. Dime si ese beso fue una entrega de amor, donde te estremeciste en mis brazos, o fue una ilusión mía —le pedía lo más calmado posible, pero sin poder ocultar en su totalidad la angustia que sentía y que lo estaba desmoronando.

La quietud se le hacía desesperante a él... Ella no podía contestar, no sabía qué decirle, no quería que sufriera. Prefería una vida sufriendo sola que un minuto de dolor en Gael.

—Gael, entiéndeme, somos... diferentes y...

—¿Diferentes?!... ¿Dices diferentes cuando tu piel y la mía arden de solo rozarse?! ¿Diferentes, cuando llevo tu sonrisa, tu voz y tu olor prendados en mi alma desde el mismo bendito día en que vi tu rostro a lo lejos?! —Cerró los ojos y se agarró un mechón de su pelo para controlar su estado de agonía y no alterarla a ella, pero prosiguió—. ¿Diferentes, Romina?... ¿Acaso no ves que ese beso de hace unas horas me amarró a tus labios eternamente sin posibilidad de olvidarlo jamás? —Necesitó de nuevo aire profundamente, la posibilidad de un rechazo definitivo de ella lo estaba matando, se le acercó más y la tomó de la barbilla, hasta que sus alientos compartieron su tibieza—

»Si la diferencia de la que hablas está en todo esto que te acabo de mencionar, entonces lo somos, ¡sí! Pero... ¿sabes qué? Incluso así, quiero andar por la vida de tu mano, descubriendo muchas más diferencias, porque de lo contrario sería como andar por ella con un alma prestada, ya que la mía la tienes tú, aquí y justo en este momento —finalizó, mientras juntaba sus dos manos en un puño con las de ella y se las ponía en el corazón.

No había palabras que Romina encontrase para refutar todo lo que Gael acabada de decirle. Sus lágrimas hablaron por ella y se hicieron cómplices de un silencio que los envolvió a los dos en un abrazo. Gael besaba sus cabellos y su frente, sus labios acariciaban suavemente sus mejillas sin dejar de proclamar como suyos aquellos ojos que eran su paz y sosiego. No podía dejar de sentir alivio al tenerla nuevamente entre sus brazos, y repartía su amor por aquel rostro bañado en lágrimas dejando que las suyas se le unieran. No había marcha atrás, su libélula era la redención, el comienzo y final de cada minuto de su vida. El miedo seguía ahí, pero ya no importaba, enfrentaría al universo

entero por ella y por tenerla así como ahora..., refugiada y protegida contra su pecho, donde ni el mismo aire pudiese disfrutarla como lo hacía él.

—Es verdadero, mi preciosa libélula... —repetía entre sollozos también—. Por favor, no me apartes de ti, porque estarías condenándome a no vivir, a no existir, a solo sentir una profunda desolación. Si es tu visión lo que te lleva a renunciar a todo lo que sentimos... —Ella asintió, muda, regocijada y plena por tanto amor—. Entonces, toma la mía, mi niña..., y ve a través de ella la vida que quiero compartir a tu lado. Permíteme ser luz para tus ojos, vivir por ti, y que tú a cambio me completes el alma con la tuya... ¡Te necesito, Romina!... Te necesito, mi amor... Eres tú quien me salva y me sostiene... ¿No lo entiendes? Eres solo tú...

Sin más, la besó con adoración y desesperación infinita, prendándose de su boca como un condenado, recordándole en ese beso cuánta verdad encerraban sus palabras. Saboreó lento sus carnosos labios, con reverencia en cada caricia, era una adoración que fluía en el aire y los hacía estremecer a los dos.

Romina recibió como un bálsamo a su dolor aquellas palabras y aquel beso maravilloso. Se entregó a él, sin reservas, sin miedo, con la resolución de que viviría el amor de Gael hasta que la vida y Dios dispusieran. Se embriagó una vez más en su ternura y su devoción por ella; se sintió amada, y eso le daba la fuerza para confesarle a él lo que hasta ahora no había tenido el valor de decirle.

Se separaron con sus respiraciones pidiendo tregua y sus labios calientes enrojecidos de placer. Cada uno mantenía las manos rodeando las mejillas del otro, y sus frentes se unían cómplices de sus profundos resuellos. Romina se llenó de fuerzas y le habló con dulzura...

—Gael, hay algo que debes saber antes que todo —dijo pasando por su húmedo rostro sus manos mientras él, al escucharla y presentir que sería duro lo que le confesaría, la apretó en un abrazo como si temiera dejar de tenerla a su lado.

—Yo... —«¡Valor, Romina!», se decía— padezco desde mi nacimiento una muy seria enfermedad cardíaca que, irremediablemente, con los años ha ido avanzando y...

Gael sintió enfriarse su piel y cómo de forma repentina sus pulsaciones fueron más rápidas de lo que ya por la emoción lo eran. Las sienas le palpitaron con fuerza, un nudo fuerte y bien atado volvió a su pecho y estómago. Por instinto la abrazó más, y no pasó inadvertido para ella su temor

y tensión; entonces se calmó y esperó escucharla hasta el final.

—Los médicos... —retomó vacilante ella— han logrado mantener estable mi condición con mucho esfuerzo, medicamentos y tratamientos durante años. De hecho, el que yo esté aquí, es en parte para alejarme de la contaminación de la ciudad e intentar beneficiarme de aire más puro, pero... no es algo que garantice mucho a estas alturas, porque las cosas han avanzado más aceleradamente de lo que la ciencia esperaba. —Respiró fuerte—. Mi médico creía que el nuevo tratamiento sería muy eficaz, pero...

Nuevamente ese silencio alarmante que a ninguno de los dos les era ya indiferente ni agradable...

—¿Pero? —preguntó con poca fuerza en la voz un Gael ansioso por saber la respuesta.

—Pero ni aun con eso... podrán solucionar mi enfermedad. Lo único que ya esperan poder hacer por mí es... —Le era tan difícil decírselo, tan doloroso... ¡No quería hacerlo sufrir! ¡No tenía ese derecho!

—¿Es qué, mi cielo? Por favor, dímelo... ¿Es qué?

—Es... un trasplante de corazón, Gael. Mi corazón no funcionará por mucho tiempo en las condiciones en las que está. Según mi doctor, quizás poco más de un año, o a lo sumo dos... —terminó por decir finalmente con profundo dolor.

Gael sintió como si un huracán irrumpiera en su ser, y lo devastara todo con una sola ráfaga... Se aguantó las ganas de caer al piso y cerrar los ojos para no abrirlos nunca, a no ser para escuchar que todo aquello no era cierto y solo era... ¡una maldita pesadilla!

¡Ahí estaba lo que tanto temía! ¡De golpe, directo al alma! Inmediatamente la estrechó más a él, no quería pensar ni suponer nada, no quería preguntar detalles siquiera. No soportaba imaginar más, solo el hecho de tenerla entre sus brazos le importaba ahora. En su cabeza, solo se repetía inmensa y cruel las palabras *trasplante de corazón* como una arrolladora realidad que oscurecía sus sentidos. Le llegó el miedo, el terror que venía presintiendo, y la horrible posibilidad de que aquel ángel que era ahora su razón más sublime y única... un día dejara de estar a su lado y... ¡NO! ¡Eso no sucedería!, no iba ni siquiera a pensarlo un segundo. Buscó la fuerza y la fe, pensó en su nana Manuela, que siempre le hablaba tanto de las energías y del espíritu de los sentimientos, y le dijo:

—Todo estará bien, mi libélula, ¡todo! Eres el mayor de mis tesoros y

estaré aquí siempre para ti..., siempre. Nada podrá impedirlo, ni siquiera tú misma podrás alejarme, Romina —le hablaba al oído, abrazándola con fuerza como si temiera perderla en cualquier segundo—. Eres mi destino, y Dios es el celestial resguardo de este amor que nació, porque fue él quien así lo quiso, sus planes son perfectos, difíciles tal vez, pero al final son benditos y tú eres esa bendición para mí. —La emoción remarcaba cada palabra mientras la voz se volvía más grave—. Nunca... Solo te suplico y te imploro que... Nunca dudes que el encontrarnos es lo más hermoso que tenemos, y que este amor es nuestra muralla ante cualquier cosa que tengamos que enfrentar juntos... Siempre juntos, mi vida. ¡Te amo tanto, mi niña que me ahoga solo pensar en ti!, no me apartes jamás, por favor, te lo imploro...

Romina sonrió y cerró los ojos; esas palabras le eran como un divino sacramento, y la paz que le llegó de ellas fue sanadora, indescriptible y perfecta. Palpó el rostro de aquel hombre que le devolvía la vida perdida por años y la felicidad que creía inexistente para ella. Le acarició con las yemas de sus dedos sus ojos húmedos... ¡Cuánto diera por aclarar aquel mundo de tinieblas en sus ojos y poder verlo tan solo un segundo! Se inclinó más para besarlo, lento, escuchando un sollozo de alivio que soltaba su Gael con aquel gesto de ella. Bajó sus labios a los de él y los besó con quietud sublime, percibiendo el estremecimiento de ambos al hacerlo, y sintiéndose la mujer más bendecida y feliz que pudiera existir...

—¿Gael?

—¿Sí, amor...?

—Te amo...

Entonces, los pedazos de dos corazones se sujetaron con fuerza y se hicieron uno solo entre sollozos, dándose cuenta de que al aceptar aquel sentimiento se consagraban y se entregaban para siempre el alma... No existía mañana, solo el hoy y el ahora; se aferrarían uno al otro, sin importar el futuro y a pesar de cualquier huracán de dificultades y retos que amenazara con destruirlo todo.

Detrás de una puerta, un rostro arrugado por los años y el dolor había sido testigo, junto a sus propias lágrimas, de toda aquella bella escena. Ahora agradecía en silencio al cielo y a su Virgen de la Caridad del Cobre por aquella oportunidad para su niña.

El viento comenzó a soplar afuera, la lluvia fina se alejaba tranquila después de haber sido testigo de un gran juramento que recién comenzaba a

tejer su historia. Mientras, en aquella habitación, las miradas se volvían promesas, las caricias seguridad, y cada beso... elevaba una oración de fe a un futuro incierto, pero con un gran amor custodiándolos. Desde la ventana abierta, el día que fue plomizo y triste daba paso libre a la alborada de la tarde, y un magnífico arcoíris surcaba los mogotes del valle como el mejor símbolo del amor y la esperanza...

A kilómetros de allí...

—¿Dime qué averiguaste? —Silencio y expectación al escuchar lo que le decían en aquella llamada—. ¡Perfecto! Increíble trabajo, y te lo agradezco mucho. Te llamo en dos días y concertamos una reunión en privado para ultimar detalles. —Colgó.

Estaba pletórico, las cosas comenzaban a salir como esperaba. Sabía que, ¡por fin!, aquel rencor que durante años había carcomido su alma podría ser aliviado de una vez. Más de veinte años había esperado por su revancha, más de dos décadas sufriendo en silencio un desprecio que marcó su vida y lo condenó a ser el hombre frío y seco por dentro en el que se había convertido.

Quería dejar de fumar, de hecho, ya casi no lo hacía; pero era tanta su ansiedad que no pudo evitar encender un cigarrillo. Mientras se embriagaba con el humo mentolado de este, miró por la ventana de su oficina. Se iba lejos, entre las aguas del malecón habanero recordando su época de juventud, los momentos que siempre habitaban su ser y se arraigaban en él cada minuto de su vida. Aquel cabello largo, aquel contonear de anchas caderas bajo su falda escolar, y aquellos ojos que endiabladamente lo ponían de penitencia absoluta, y que fueron los causantes de sus tantas fantasías húmedas de adolescente hasta enloquecerlo de lujuria, deseo y... obsesión.

—¡Maldición! ¡¿Cómo pude permitir tu rechazo?! —se dijo en voz alta, aplastando el cigarro en un cenicero con evidente furia para, luego, pasar sus manos con fuerza por todo el rostro, seguido de una revolución de sentimientos de rencor tan intensos que continuaban castigándole sus pensamientos.

«Te ofrecí el mundo, y pateaste mi amor para convertirlo en la tortura de mi existencia y la desgracia de mi vida, pero... ¡Juro que vendrás a mis pies de rodillas!».

Pensando esto se encaminó a la puerta y la cerró con fuerza al salir...

Capítulo 7



Sentada frente al ventanal abierto tejía su larga trenza, acompañada del tenue crepúsculo alojado en su habitación y de un amanecer apenas despuntando en el horizonte. La brisa, húmeda aún por el rocío, y el suave aroma a campo y tierra mojada la envolvían en una dicha casi palpable. Sin duda, sus abuelos tenían razón: Viñales era magia, un lugar donde la creación divina se levantaba erguida y segura ante el mundo, presumiendo aquel paisaje entre palmas, cantándole a montañas de ensueño. La tierra elevaba su mirada al cielo orgullosa y agradecida como la madre que ha traído al mundo hijos hermosos y perfectos... No podía apreciar tanta belleza, pero entre los olores a miel, flores y... ¡vida!, percibía cómo la felicidad le recorría cada poro de su cuerpo sin darle respiro alguno; o tal vez era que, desde esa existencia entre sombras y penumbras, su gran amor lograba por fin hacerla renacer... Sonrió con el viento acariciando su rostro; y los recuerdos de la noche anterior en la terraza, con una lluvia de verano como aliada, le abrazaron el alma...

—Adoro sentirte así, cobijada y protegida entre mis brazos. Quisiera perpetuar estos momentos, hacer de ellos un tapiz de recuerdos que sean mi refugio cuando no pueda estar... cerca. —Se escuchó melancólico Gael.

En el amplio sillón de mimbre permanecían recostados desde hacía unas

horas. La lluvia caía apacible, dejando su melodía natural entre cada gota, y un paradisíaco aroma a lavanda proveniente del jardín inundaba el lugar. Gael rodeaba a Romina entre sus brazos, mientras ella, sentada entre sus piernas, apoyaba su cuerpo en el pecho de él con los ojos cerrados y su larga trenza cayendo a un lado, recibiendo la gama de benévolo besos que él le daba en sus sienes y cabello...

—Quisiera eso tanto como tú, mi cielo... No quiero pensar en ese momento en que tengamos que separarnos, eso me abruma sobremanera y...

—Shsss... —Sintió sus dedos rozarle los labios y cómo con la otra mano le daba vuelta a su rostro hacia él para darle un tibio y suave beso—. No pienses, no sufras... No quiero escuchar la palabra separación entre nosotros. Tengo fe en la clemencia de la vida y la fuerza del amor. Yo, mi libélula..., era como un sendero que se creía interminable y solitario, pero inconscientemente pensaba que era feliz... Con el pasar del tiempo me di cuenta de que estaba incompleto; algo faltaba en mi camino, y ese algo era luz... Una luz que trajiste tú, llenando mi espíritu, y dejándome sin aliento cuando te vi por primera vez. Me tienes, Romina. Pertenecerte es lo que ilumina ese sendero de mi vida... Pretender pensar que no pueda continuarlo de tu mano es... —Ella no se contuvo esta vez y se apropió de su boca sedienta por su sabor.

¿Cómo no besarlo? ¿Cómo no amarlo, seguirlo..., adorarlo hasta que los labios ardan y exploten sin poder respirar? Las caricias devoraron la sensatez de ambos.

Gael saboreaba su cuello, veneraba su cuerpo entre sus manos con respiraciones cortantes e imposibles de controlar...

Romina arqueaba su espalda dándole permiso a la entrada de sus pechos para que los cubriera del calor de su aliento y el desenfreno de sus besos. Sentía cómo alas de mariposa arrasaban en su interior, llevándola al límite de sus deseos... Las caricias eran música reveladora para sus ojos en penumbras, volviéndose cada una de ellas en un destello de anhelo y plenitud a la vez...

Necesitaron parar, no era el momento... No era el lugar, pero...

«¡Dios, salva y bendice este amor!», pensaba él entre resuellos...

«¡Dios, dame tiempo, dame vida para entregárselo!», se decía ella en un sollozo interno...

—Perdóname, mi amor... No puedo a veces controlar... esta vorágine

imparable e incontrolable de sentimientos por ti... Lo siento.

Sonreía nervioso, con los ojos cerrados y su rostro escondido entre sus largos cabellos, abrazándola.

—¿Perdonarte? No me pidas perdón tras este momento sublime e inolvidable... ¿Acaso no entiendes que nuestras almas se han unido entre caricias?

—Lo sé, ángel mío, pero... tu seguridad, tu salud es...

—¡No, Gael! —Se removió entre sus brazos, pero él no le permitió alejarse—. Prometiste que caminaríamos juntos este viaje, con nuestro amor siendo el máspreciado de nuestros equipajes... No permitiré que lo limites o cortes sus alas al viento como pájaro herido. Yo... —respiró hondo— te abrí mi alma entera y expuse mis miedos ante ti, y créeme, lucho a diario con ellos; quieren ganar la partida y no estoy dispuesta a dejarlos...

Las palabras querían cortarse y volverse un llanto desesperado, pero no lo permitiría, sería dar la razón a que existiera más temor por ella en Gael, y no era lo que quería.

—Mi condición está ahí, pegada a mi vida —continuó, armándose de valor—, sin darme la paz que adoraría regalarle a mi familia, y sobre todo... a ti. ¡No puedo cambiar eso! Pero... te has convertido en la razón que me hace cada día sentir diferente, la caricia del viento en mi piel, y escuchar agradecida cada sonido que me brinda esta existencia entre grises sombras —expresó dolida—. Aferraste este amor en nuestras manos desafiando enfermedad, discapacidades, y yo lo llevo resguardado como mi mayor esperanza. Por favor, no lo discapacites tú... No está enfermo como yo; al contrario, es sano, fuerte, valeroso y tan apasionado que... le duele cuando tu miedo lo hace detenerse y flaquear.

El silencio rodó junto a la lluvia, cayendo sobre los alfeizares... Los corazones se unieron en un latido tranquilo, esperanzador y seguro. Romina se enderezó en el asiento y levantó sus manos buscando el rostro amado, para encontrarse con un baño de lágrimas, y se le oprimió la vida...

—Mi Gael... Dime, por favor, ¡que estas lágrimas no son de dolor! —dijo a punto de echarse a llorar también. Él rodeó su cintura y besó su frente, venerándola, para en un hilo de voz responderle:

—No sé qué bien tan grande hice en esta vida para merecerte... —Fuerza, eso necesitó para seguir—. Eres un tesoro angelical que me

devasta con su ternura y desarma mis angustias, convirtiéndolas en el deseo inmenso de eternizar un futuro juntos... Eres la mujer más maravillosa, hermosa y valiente de este mundo —terminó, besándole los ojos, y al abrirlos, ella, con su encantadora sonrisa y pícaro voz, le preguntó:

—Hummm... ¿Has conocido muchas mujeres acaso, para decir tan seguro eso acerca de mí? —Gael la observó unos segundos con un amor que rozaba la idolatría.

—No... La verdad es que no, pero...

—¿Pero...?

—Pero tú eres mi mundo, adorada libélula... —¿Para qué más palabras?... Un beso endulzó el aire y doblegó los sentidos...

—Mi niña... ¿Puedo pasar?

Regresó de su invaluable y maravilloso recuerdo tras escuchar a su abuela tocando la puerta.

—Por supuesto, abuela, adelante, ya estoy despierta. —Tanteó buscando su bastón a su lado y se fue acercando al centro de la amplia habitación.

Esther entraba apresurada con un equipo de música en la mano y varios CD.

—Esto te lo acaba de dejar Adrián, el primo de Gael, dice que en uno de ellos está la canción que le pediste para esta noche.

—¡Gracias, abuela! Creí que Adrián lo había olvidado —dijo entusiasmada—. Necesitaré que más tarde me ayudes buscando la canción que quiero.

—Por supuesto, mi niña, cuenta conmigo para que esta noche sea muy especial —le contestó, frotando una mano con otra, emocionada—. Bueno, me voy, que un pastel está esperando en el horno y tengo mil cosas que agilizar. —Se acercó y besó la frente de su nieta, para ir de regreso a la cocina.

—Abuela, espera. —Ya casi en el umbral de la puerta, Esther se viró para atenderla.

—Dime, mi cielo.

—Necesito... Yo... Bueno, es que... —dudaba en el tema que quería tratar con ella, pero una muy paciente Esther la tomó del brazo y la guio hasta la cama para sentarse a su lado.

—A ver, ¿qué sucede? Sabes que puedes confiar en mí... ¿Verdad? —Acarició su mejilla con ternura, esperando que le dijera lo que

evidentemente le preocupaba.

—Abuela, sé que quizás esto te... sorprenda e intranquilece, pero, de verdad necesito saber y estar segura, yo... —No le salían con coherencia las palabras, pero, en fin, su abuela era con quien único podía abrirse a hablar del tema—. Abuela... ¿Crees que entre Gael y yo pueda existir una intimidad más allá de los besos? Es que a él le preocupa mi condición cardíaca; y yo, la verdad...

—Romi... —interrumpió su abuela, apretando con seguridad una de sus manos; en el fondo estaba intranquila, pero a la vez feliz, porque su nieta finalmente se agarraba con fuerza a todo lo que la vida estaba ofreciéndole, y no sería ella quien pondría obstáculos en su felicidad—. Lo que sientes, mi niña, es parte del cúmulo de emociones que nos trae bajo su brazo el amor, no debes sentirte ni cohibida, ni temerosa por eso —habló con dulzura—. No culpes a Gael por sus recelos, eso solo demuestra el sentimiento tan puro, noble y genuino que siente por ti.

»En cuanto a tu condición, francamente, no creo que sea un impedimento; pero, si quieres, podemos llamar a la doctora Bertha, es muy amiga mía y trabaja en la clínica del pueblo; además, está cursando el último año de la especialidad en cardiología en la universidad de La Habana. Ella ha estado familiarizada con tu enfermedad y siempre ha sido nuestro soporte para entender o estar más tranquilos respecto a todo el proceso que has pasado. ¿Esto te tranquilizaría? —preguntó, dando palmaditas de apoyo en sus manos. Cuando la escuchó botar el aire retenido durante la plática, supo que estaba más tranquila.

—¡Ay, abuela!... ¿Yo qué haría sin ti? —Le besó la mejilla poco tersa, por la cuenta de los años, con un amor infinito.

—Pues la verdad, mi niña... ¡No te hagas ilusiones! ¡Tengo todavía que darle mucho manoseo a ese muñecote de jengibre que tienes por novio! ¡Hasta que un día puedas verlo y ser consciente de lo que tienes y no me permitas ni mirarlo! —dijo la tierna abuela con un gesto que, de poder apreciarlo Romina, le parecería sin duda muy coqueto.

Las carcajadas de las dos llegaron al mismo pórtico de la entrada, y se abrazaron satisfechas. La joven, por el regalo de vida que era para ella aquella mujer increíblemente dulce, que más que su abuela, era su amiga, su confidente y su ángel guardián. Esther, por su parte, se regocijaba de júbilo al ver como cada día su hermosa niña resplandecía como girasol de cara a la luz

del mediodía, llenándose de deseos y ansias para seguir luchando...

En casa de los Alcázar...

«¡UN SURCO! ¡Un puñetero surco es lo que voy a abrir en el pasillo!», pensaba agitado Gael, caminando de un lado a otro en la sala de su casa. «¿Por qué Romina me ha pedido que no fuera a verla hasta la tarde?».

La ansiedad iba a matarlo, pedía en silencio al cielo que no fuera por ningún problema referente a su salud o se volvería loco si... «¡No! Mi libélula no me ocultaría nada serio, confío en ella y sé que jamás me dejaría ajeno a cualquier eventualidad».

—¿Hijo...? ¡Gael! —reaccionó al segundo llamado de su madre, ya que se encontraba ensimismado en su preocupación.

—Perdón, madre, estaba distraído pensando —contestó apesadumbrado.

—De eso ya me di cuenta, cariño... ¿Me dirás qué sucede? Es tu cumpleaños, Gael, has pasado toda la mañana, no sé, alejado, solo con tus pensamientos, ni siquiera has ido a merodear por la cocina, y eso es mucho decir, ya que te estoy haciendo tu almuerzo y tu postre favorito —dijo ya a su lado mientras pasaba sus manos alisando cariñosamente su cabello revuelto, y extrañada por su comportamiento—. Tu padre quiere saber si hoy saldremos en la noche. Tal vez sea buena oportunidad para conocer a esa chica que te tiene suspirando por los rincones ¿Qué opinas? —Se quedó esperando por su respuesta. Gael pasó por su rostro ambas manos y luego las cruzó a la altura de su pecho, definitivamente estaba intranquilo.

—Mamá, mejor dejamos para otro día el encuentro con mi novia, quizás una cena aquí en la casa sería perfecto... ¿No lo crees? —le dijo con paciencia y dulzura, no quería hacerla sentir mal, su madre era el ser que más lo había entendido siempre—. Hoy quiero estar atento para cuando ella me avise que puedo ir a verla, estoy esperando que Lourdes venga a por mí. Romina quedó en llamarla a casa de los abuelos para que me dijera si ya había regresado del lugar a donde fue con su abuela. —Su madre asintió, ya su hijo era todo un hombre de dieciocho años y era hora de darle su espacio.

—Muy bien, *mijo*, entonces pondré la mesa para el almuerzo, tu madrina Manuela debe de estar por llegar, sabes que no falta nunca a tu cumpleaños para estar un rato contigo. —Gael sonrió al escuchar mencionar a su madrina.

—Lo sé, mamá, podemos almorzar todos juntos, y así... ¡Ninguna de mis mujeres se me pondrá celosa! —le dijo cariñoso y forzando una sonrisa para no preocuparla mientras la abrazaba.

—¡Serás zalamero y engreído, Gael Alcázar! —le dijo, dándole una nalgada como si fuera un niño de cinco años.

—¡Ey, doña Adela! ¡Recuerde que hoy cumplo mayoría de edad, compórtese! —protestó juguetón mientras su madre, risueña, se alejaba hacia la cocina para preparar todo para el almuerzo familiar, pidiéndole antes que atendiera la puerta. Habían escuchado unos toques y suponían que, por la hora, sería Manuela.

Gael se encaminó para abrir y, al hacerlo, vio que efectivamente no se equivocaban, su querida y sonriente madrina desde el umbral le abría los brazos.

—*¡O ku ojo ibi mi lewa!* (Feliz cumpleaños, mi hermoso) —lo felicitó en lengua yoruba mientras lo abrazaba con devoción y cariño—. ¡Todo un hombre de dieciocho años, mi niño! Y yo aún creo que te tengo pequeñito entre mis brazos, y mírate... ¡Qué chulería de ahijado tengo!

—¡Chulería, madrina? —levantó un ceja—. Como que con este tamaño ya la palabrita no me parece... —Le reía de lado Gael, haciendo un mohín con la frente fruncida para sacar berrinche a su consentidora nana.

—¡Chulería y bien! ¡Que, aunque tengas cincuenta, vas a tener que aguantarte mis coscorriones, *vejigo*, incluso a distancia y desde el más allá! —decía la simpática Manuela con los brazos en jarras puestos en la cintura, haciendo estallar en carcajadas a Gael.

—Ven, que te traje mi obsequio y quiero dártelo. —Se sentó en uno de los sillones del salón adonde ya habían pasado, y de su bolsa sacó un pequeño ovillo de madera forrado con un cordón hecho de pequeñas cuentas amarillas y verdes—. Quiero, *mijo*, que lo lledes contigo siempre, es un macuto de Elegua, por favor... No dejes de usarlo, y además... —Volvió a buscar en su cartera y extrajo otro similar, pero esta vez con todas las cuentas en color blanco—, este... es para ella... para tu *olufe ayerayé* (eternamente amada). Haz también que lo lleve siempre, *mijo*, lo necesitará...

Gael la miró sorprendido y conmovido a la vez. Había conversado muy poco acerca de su libélula con su madrina. Desde el primer día ella la llamó así: *olufe ayerayé*, le dijo que su amor se iba a tatuar en el tiempo y que ninguna distancia ni prueba del destino podría hacerlo desaparecer, que estaba

escrito en las estrellas. Estas palabras, viniendo de la sabia Manuela, le causaban tanto felicidad como un temor oculto... Por eso prestó más atención al pequeño resguardo que le entregara para Romina que al suyo propio, lo sostuvo en sus manos observándolo detenidamente, y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Al levantar la vista a los ojos de Manuela, algo en su mirada le dijo que su querida libélula necesitaría estar muy cerca de aquel amuleto, y no dudó en entender que debía asegurarse que así fuera, y asintió convencido.

—Bueno, ¡vamos a por ese almuerzo delicioso de Adelita que hasta aquí huele! ¡Confieso que vengo hambrienta! —Se colgó de su brazo y se dirigieron a la cocina para comenzar la celebración.

Allí esperaban, organizándolo todo, Adela y Rolando. Este último había hecho su entrada por la puerta trasera, trayendo consigo una exquisita pierna asada de cerdo, que acompañaría el arroz imperial que había preparado su esposa, y una botella de Havana Club Carta Blanca para preparar los tradicionales mojitos cubanos. Le dio un abrazo a su hijo y este besó su frente, evidenciando el gran orgullo que sentía por su muchacho, antes de sentarse todos a celebrar.

Ese día, en la capital cubana...

Como cada noche, la cena transcurría entre cómplices miradas tras tener otro de sus pasionales encuentros. La soledad forzada entre ambos durante tanto tiempo había dejado su dura e hiriente huella, pero aun así ninguno quería confesárselo, estaban intentando rescatar todo lo que las circunstancias les habían robado durante los últimos años. Solo se escuchaba el sonido de los cubiertos en los platos y las respiraciones profundas, como si batallaran por ver quién de los dos se decidiría a comenzar a apartar las dudas que agitaban sus pensamientos.

Ivanna alzó la vista, aún sonrojada por lo momentos vividos solo unos minutos antes, sonrió y se levantó de la mesa para buscar la taza de café que su marido acostumbraba a beber después de almorzar, había decidido seguirle el ritmo y darse los dos el tiempo necesario. Él no terminaba todavía su ensalada, así que ella recogió solo su plato y se disponía a llevarlo a la cocina cuando al pasar por su lado este la detuvo agarrando su brazo y besando su

mano...

—Sé que tenemos que hablar... —dijo con voz grave y temerosa.

—Soy consciente de ello. ¿Quieres que sea ahora? —preguntó quieta, volviéndose para mirarlo e intentando darle la confianza que sabía él necesitaba.

—Creo que nos debemos esta conversación desde hace años, sin gritos, discusiones o huidas... Romina es casi una mujer, percibe situaciones, no tenemos razón para seguir posponiéndola; además, ella no está aquí —contestó con la mirada en sus manos entrelazadas, una junto a la otra sobre la mesa al Ivanna haber vuelto a tomar asiento a su lado.

—Está bien..., pero quiero que sepas que esta vez no eres el único que necesita respuestas. —Aclaró su garganta para continuar—. Yo también necesito que me aclares muchas cosas. Sabes que todo se nos fue de las manos al volver a este país. Las noches en soledad —tragó en seco, solo de recordarlas le provocaba unos deseos insostenibles de echarse a llorar—. Era como si quisieras poner distancia, huir de mí, y eso me mataba, y yo... —Lo escuchó respirar fuerte y la tensión de su cuerpo fue evidente—. De acuerdo, hablemos entonces...

Armando se frotó el rostro varias veces, se le veía la mirada lúgubre, cansada, y un dolor visible al fondo de sus ojos... Fijó estos en ella como si quisiera traspasar su piel...

—Solo necesito entender... —Era casi una súplica, pero sin quitar rudeza en la voz—. Este dolor no da tregua, Ivanna, a pesar de los años que han pasado..., y la única que puede aliviarlo eres tú...

—Es que no sé de qué hablas, ¿entender? Soy yo la que no ha logrado entenderte... ¿Por qué al poco tiempo de veniros a vivir aquí se volvió a levantar un muro entre ambos? —Su reproche denotaba dolor en cada sílaba—. Te alejaste, me dejaste sola y te ibas cada noche dejándome pensar que... —Se levantó de la silla y no pudo continuar hablando solo de memorizar cada una de las dolorosas suposiciones que pasaron por su mente durante todos esos días.

—Hay muchas cosas que tienen su explicación y...

—¡Entonces dámelas! Merezco saberlas. —Se volteó a verlo y aunque no quería escucharse demandante, no pudo evitarlo, ni se arrepentía por ello.

Armando quería terminar con todo aquel círculo vicioso que en la distancia lo había mantenido sufriendo, y que era la causa por la que terminó

en aquel lugar. Necesitaba su vida de vuelta, en paz junto a la mujer que era y seguiría siendo por siempre su vida entera, pero para eso necesitaba cerrar todas aquellas puertas que se abrieron ante sus ojos por años para atormentarlo. Hacía solo unos días que había hecho lo mismo con referencia a su cruel pasado en aquel cementerio, y necesitaba acabar con todo lo demás de igual manera.

—¿Por qué permitiste que se mantuviera tan cerca de ti? —al preguntarle esto, apretó con fuerza los puños y terminó levantándose del asiento para acercarse a la puerta que daba al balcón.

—¿A quién te refieres? —indagó confundida. Armando se viró y clavó su mirada con una mezcla de amor y furia en sus pupilas.

—Lo que menos necesito es que tu respuesta sea otra pregunta, Ivanna. ¡Solo necesito que me lo expliques!

—¿Cuál explicación, Armando?! —reaccionó alterada, pero tomó aire buscando paciencia—. La única verdad la tienes tú, por ejemplo... ¿Crees que puedo creerte acerca de este último viaje? ¡No saliste del país! —afirmó herida—. Tengo también medios para averiguar las cosas, coronel Sanfield.

—¡E imagino qué personas son las que se volvieron muy cercanas de repente y te ayudaron mucho a confirmar lo que dices! —reclamó seguro de saber quién estaba detrás de aquella indagación hecha por ella para saber su paradero.

Armando apretó con fuerza la mandíbula, no se esperaba esta certeza de su esposa y no estaba preparado para confesarle toda esa verdad que ignoraba.

—En su momento aclararé todas tus dudas. Las cosas no son como tú... —cortó sus palabras al verla darle la espalda suspirando profundo.

—Tu egoísmo es lo que no permite que avancemos.

—No es egoísmo, con los años he comprendido que necesito cerrar ciclos para poder ser feliz a tu lado, junto a nuestra hija y...

—¿Estás seguro de lo que dices? Acabas de sacar a la luz nuevamente esa parte irracional y desconfiada que ha sido nuestra letal compañía en esta relación. A veces me pregunto cómo ha soportado tanto nuestro amor.

—Porque es real y único, nunca he dudado de ello. —aseguró.

—A veces no es suficiente, y eso también lo sabes...

Bajó la cabeza ante su reflexión, ella tenía razón, le costaba admitírselo, pero sin duda así era. «*Eres la única que puede arrancar de mi alma esta angustia que se ha convertido en mi personal veneno*», pensó.

—Una palabra tuya podría cambiar tantas cosas...

—¡Es lo que más quisiera! ¡¿Acaso no lo entiendes?!

—¡¿Entonces dime por qué ha estado pegado durante meses a ti como un maldito alacrán al acecho?!

—¡¿A quién te refieres, por Dios?!

—¡Al cabrón de Ibáñez!

—¿A Rafael? —contestó incrédula. Era cierto que se habían mantenido en contacto. Él siendo muy solidario en varias ocasiones al saberla sola, mientras su esposo estaba de misión—. Es increíble que sigas con esa obsesión, de Rafa solo he recibido atenciones, preocupación y...

—¡¿Rafa?! ¡Genial! —Se alejó de ella levantándose con las manos en la nuca. La ira le carcomía por dentro al escucharla llamarlo con un diminutivo demasiado... ¿cariñoso? <<¡Maldita sea! ¡Eres un hijo de...!>>.

—Por favor..., no lledes esto a un extremo sin sentido que termine por dañar lo que luchamos por rescatar. —Intentó conciliar Ivanna.

Y al escucharla tras de él, se giró y decidió soltarle todo de golpe. Ya no importaba nada, estaba harto de parecer siempre el troglodita traumatado por su infancia. ¡No más!

—Pues tu *solidario* Rafa —ironizó buscando calmarse— es quien se ha dedicado durante años a llevar las cosas al extremo más bajo.

—¿A qué te refieres con eso? —Estaba decidida a llegar al fondo de todo.

Armando se tomó su tiempo, era ahora o nunca, no estaba dispuesto a seguir viviendo a la sombra de la desconfianza; se había propuesto cambiar su vida y no desistiría; para ello estaba decidido a enterrar todos y cada uno de sus fantasmas, vivos o pertenecientes al pasado.

—¿Entonces...? —insistió ella—. ¿Aquí quedan todos tus absurdos alegatos, Armando?

Él bajó la cabeza con una tenue sonrisa. Le dolía sobremanera su ironía al enfrentarlo, pero por otro lado era capaz de entenderla, nunca se lo había puesto fácil y la heroína de esta relación seguía siendo ella.

Se dirigió al final del salón donde desde hacía días, desde su regreso, había dejado su portafolio en una esquina, aparentemente como si hubiese quedado olvidado allí. Lo abrió y se hizo de una carpeta color olivo con la insignia del Ministerio del Interior cubano estampada en esta. Con ella en las manos, se detuvo unos segundos mirándola y dudó, solo por un instante, luego

llevó sus ojos a los de su esposa, que lo seguía observando con detenimiento muy intrigada, y no esperó más para acercarse y entregársela.

—Hace mucho tiempo fuiste tú quien me entregó algo que hizo que entendiera varias situaciones que, en aquel momento, me estaban rebasando. —Suspiró fuerte—. Con esto que te entrego no pretendo justificarme; soy quien soy, y aunque lucho a diario por mejorar todo lo que sé que está roto en mí, créeme, no es sencillo; pero he decidido lograrlo. Espero que ver esto te permita... comprenderme.

Ivanna no se perdió ninguna de sus palabras, las analizó, hundiéndose en lo profundo de aquella mirada oscura que la desarmaba y parecía a gritos reclamarle y pedirle ayuda a la vez.

Recibió la carpeta, se volvió a acercar a la mesa de donde se había levantado y la colocó sobre ella. Varios sobres amarillos de oficina aparecieron al abrirla. Tenían diferentes direcciones en el destinatario, pero ninguna en el remitente, fue lo primero que le extrañó. Todas iban dirigidas a su marido, a los diferentes lugares en el extranjero en los que, durante los últimos doce años, había cumplido misión. Algunos parecían haber sido arrugados y era evidente su deterioro.

La sorpresa fue mayor al sacar su contenido. Decenas de fotos se regaron encima de aquella mesa. En todas aparecía ella al lado de Rafael, ¡Dios, no podía creerlo! Por años alguien se dedicó a seguir sus pasos y recaudar evidencias de cada uno de ellos.

Giró su rostro hacia su esposo, que no perdía detalle de cómo ella pasaba una a una cada fotografía. Cincuenta y seis en total, él mismo las había contado, una a una, torturándose cada segundo que veía una imagen de aquellas. Ivanna en el mercado, en la calle caminando a su lado, el auto de él estacionado frente a su edificio, ella y su hija subiéndose a este. Las que más dañaron su corazón, y acabaron de llevarlo a un abismo sin retorno, fueron donde salían juntos del hospital, al lado de Romina, y las de un supuesto paseo al zoológico nacional. Recordaba cómo en aquella ocasión, estando en el Ecuador, creyó que enloquecería de dolor, rabia y celos.

—¿Y es por esto por lo que me condenas?

Salió del sopor de sus pensamientos fijándose en la dura mirada de Ivanna. El dolor y el reproche en ella danzaban en el ambiente.

—No te condeno, solo entiendo que ha sido difícil y que...

—¿Qué?! ¿Qué esta es la prueba de mi supuesta infidelidad mientras

estabas lejos?! —Al salir con furia sus palabras, un profundo dolor interior apareció y una hiriente decepción se apoderó de ella. Se sentía tan ofendida que se negó a ser racional y ponerse en su lugar. Esta vez, él tendría que salir solo de su cápsula emocional, o de lo contrario...

—Solo necesito que seas tú quien me lo aclare todo. Lo que me expliques es lo que creeré y yo...

—¡No! ¡No lo creerás! —rebatí con fuerza y acto seguido respiró profundo, buscando la serenidad perdida—. Sacaste tus propias hipótesis ya, Armando, y en todas es evidente que la imagen que tienes de mí es la misma que has tenido haciéndote daño, la imagen de tu...

—¡No lo digas! ¡Eso quedó atrás y cerré ese capítulo de mi vida! —Se tensó solo de suponer la comparación que ella estaba a punto de hacer, y no era justo. La vio bajar la mirada al suelo, aún enojada, pero arrepentida del tema que sacó, y el cual hacía años que se prometieron no volver a tocar. Se frotó los ojos, agotado...

—Sé que él está detrás de todo esto.

—No lo creo...

La miró con dolor y rabia por defenderlo. Estaba casi seguro de que era obra de Rafael Ibáñez toda aquella saña contra la estabilidad de su matrimonio.

—Solo él puede haberlo hecho, por favor... ¡No lo justifiques más!

Ivanna exhaló el aire, exhausta de todo aquello. Lo observó y recogió las fotos, las guardó nuevamente en la carpeta y se acercó a él extendiéndosela.

—Intento ponerme en tu lugar, pero me es imposible. —No dejó de mirarlo a los ojos—. No creo que Rafael cayera tan bajo, y las razones en las que sostengo esto no son otras que las de haber conocido al ser humano que es, una oportunidad que tú decidiste desechar y que yo respeté en su momento, esperanzada en que todo cambiaría con el tiempo; pero esto... —volvió a mirar la carpeta, ahora en las manos de él—, esto solo confirma tus dudas, tu desconfianza, y en esa guerra emocional no te has detenido a pensar que me hieres y, lo que es peor, me ofendes de la manera más cruel.

—Esa no ha sido mi intención, y lo sabes. ¡Yo te amo! ¡¿Acaso querías que te ocultara todo?!

—¡No! ¡Quería que confiaras mucho antes en mí! ¡Eso...! —señaló nuevamente la carpeta—. ¡Lleva mucho tiempo contigo, y lo único que hiciste fue alimentar tu recelo y tu desconfianza nuevamente!

Tenía razón, claro que la tenía. ¿Qué decirle ante eso? Otra vez era el culpable, pero no estaba dispuesto a no asumirlo, y sí a solucionarlo.

—Voy a llegar al fondo de esto y sea quien sea el que esté detrás... —Vio que sus ojos brillaron a punto de dejar escapar las lágrimas, y se sintió un maldito por eso.

Ella lo escuchó atentamente sin dejar de mover lento la cabeza negando, con los ojos entrecerrados y los labios apretados; estaba herida, cansada de tantos años de conflictos entre ellos, de altibajos emocionales. Sabía que era imposible intentar buscar un punto medio y reconocía, además, que quien se encargó durante mucho tiempo de torturar la poca fe y seguridad de su esposo, le había hecho mucho daño, pero seguía estando segura de que esa persona no era Rafael Ibáñez, ¿o... sí?

Armando parecía tan desvalido y a la vez tan furioso. Debía entender que con su actitud solo lograría derrumbar de un golpe su vida de amor y confianza construida a fuerza de mucha perseverancia por parte de ambos, especialmente durante los primeros años tras salir de Rusia. ¡¿Cómo era posible que cayeran en lo mismo?! Si no era él quien ponía punto final a sus miedos, nada podría ser rescatado cuando los celos y la soberbia eran quienes capitaneaban el alma...

Se alejó en silencio ante la mirada perpleja y dolida de su esposo, y esta vez le dio la espalda, dejándolo con la ira reflejada en sus ojos. Se encaminó a la habitación pensando: *«¡Eres tú quien tiene que lograrlo! Estoy muriendo por la necesidad de abrazarte, de darte la seguridad que tanto necesitas, muy en el fondo de tu ser sé que libras tu propia guerra... ¡Pero no es lo que ambos necesitamos! Nada cambiaría... Todo se resume a la decisión que seas capaz de tomar por nosotros, y que es enterrar en el olvido todo lo que nos ha dañado por años»*. Siguió andando, y antes de cerrar tras ella la puerta de la habitación escuchó el estruendo de cristales rotos proveniente del comedor...

Capítulo 8



Tres semanas atrás había comenzado a flotar entre nubes con las palabras más hermosas que pensó escuchar en su vida... Saberse dueña de ellas la hacía sentir bendecida al punto de creer que si era necesario pasar cada dolor, derramar cada lágrima y vivir cada difícil momento nuevamente para al final llegar hasta los brazos de su Gael..., lo haría sin dudarlo.

Hoy era un día especial, celebrarían el amor y la vida. Su Gael cumplía años, y no era cualquier cumpleaños, sino el llegar a la mayoría de edad. Con la ayuda de su abuela, Tomás, Adrián y Lourdes, y también del abuelo Rigo, que había aportado su granito de arena con las instalaciones de luces de colores, tenían casi todo listo para la fiesta sorpresa de su novio.

Acondicionaron la terraza con algunas macetas de plantas ornamentales, sus abuelos movieron hasta allí varios sillones de la casa para rodear una pequeña mesa redonda con mantel de hilo blanco, donde servirían el menú. Este consistía en ensalada fría de pollo, buñuelos, pastel relleno de jalea de guayaba y coco, croquetas de jamón y pastelillos de hojaldre; todo elaborado por las expertas manos culinarias de la querida Esther. No era que vinieran muchos invitados, en realidad sería algo bien familiar e íntimo, solo ellos y, por supuesto, los primos de Gael, que habían estado revoloteando y volviendo loca a su abuela todo el día en la cocina; sobre todo Tomás, que era el más

glotón y quien, en más de una ocasión, había robado uno de los buñuelos de su abuela entre carcajadas de ella cada vez que lo pillaba. El resto de la familia Belmonte era un tanto especial, según había interpretado, especialmente Martín, el abuelo de Gael, al que no se le conocía por tener un buen carácter. Además, como aún no se los presentaba a todos, prefería hacer la velada solo entre ellos.

—¿Romi? ¿Demoras mucho, querida? —llamó Esther en la habitación de su nieta. Tenían todo listo y ya el homenajeado estaba en camino—. Cariño, Lourdes está por llegar con Gael... Solo quería que lo supieras.

La puerta se abrió y una visión angelical apareció delante de ella para iluminarle el rostro...

—¡Por Dios, mi niña! ¡Pero qué bella estás! —Cubrió sus labios con las manos e inmediatamente se le aguaron los ojos...

Su nieta lucía un vestido sencillo de seda azul y tirantes finos, los cuales terminaban entretejidos en su espalda descubierta, para acabarle de dar un tierno toque romántico la banda satinada, como cinturón, en una tonalidad más oscura del mismo color. El cabello lo llevaba suelto, y caía hasta su cintura como la vista hermosa de una cascada de hilos castaños suspendida en su espalda, completando su atuendo con unas sencillas zapatillas bailarinas de color blanco, que hacían juego con el conjunto de pulsera y pendientes de pequeñas perlas. Había usado muy poco maquillaje, solo el habitual rímel, algo de rubor y un tono de brillo fucsia en sus labios.

—Gracias, abuela... Aunque tu opinión no sería muy confiable, el cariño te ciega a veces —le expresó con ojos achicados y gesto divertido.

—¡Pues no! ¡Estás divina! ¡Espera! ¡Mejor demórate en salir!, que si llega el muñeco de jengibre no podré apretarlo como quiero y me robarás atención —le dijo con voz jocosamente altanera, haciendo a Romina reír con ganas.

—¡Ay, abuela, eres única! —le dijo acercándose a besarla.

—Mi niña, es que para lo que me queda en el convento, pues... ¡Mejor me divierto dentro! —Y con este refrán caminaron abrazadas entre risas a reunirse con todos en la terraza para esperar la llegada del cumpleaños.

Vestido con sus *jeans* de mezclilla, botas de media caña de cuero y camisa blanca de manga larga, enrolladas hasta el codo, definiendo sus muy marcados músculos, Gael Alcázar derrochaba masculinidad y gallardía por todos sus

poros, haciendo merecido homenaje de sus recién cumplidos dieciocho años.

—Pero, Lou... ¿Ella está bien? ¿Verdad? —preguntaba ansioso—. ¡Si debes decirme algo, dímelo ahora, por favor...! —Gael caminaba hacia la casa de Romina al lado de Lourdes. Esta solo le dijo que su novia lo esperaba con carácter urgente, y desde que escuchó esas palabras la angustia lo estaba consumiendo—. ¡Lourdes María Belmonte! ¡¿Me dirás qué sucede, o quieres que en mi lápida exista la misma fecha por nacimiento y muerte?! —Su prima le viró los ojos, divertida.

—¡¿Serás dramático?! ¡Ay, sigo preguntándome qué vio mi fina, delicada y muy pausada amiga en ti! ¡Eres desesperante! —le hablaba haciendo ademanes exageradamente femeninos con sus manos, tentando a la poca paciencia de su primo—. Ya te dije, ¡Galancito!, que tienes que esperar a llegar. Soy la supermegaamiga de Romi y no puedo develar sus planes. —Volvió a entornar sus ojos, y Gael contó internamente hasta veinte para no.... ¡exprimirla como una toronja!

—¡Juro que esta me la cobro, Lourdes María Belmonte! —Ella se echó a reír al verlo tensar la mandíbula, llamándola por su nombre completo, para seguido contestarle:

—Bueno... ¡Después piensas cómo te la cobrarás! Ahora mira, ya llegamos... ¡Ve a que tu novia te aguante ese humor insoportable!

Efectivamente, habían llegado y Gael casi iba corriendo hacia el interior de la casa, mientras que su prima, detrás de él, aguantaba la risa cubriéndose la boca con una mano.

—¿Hola?... ¿Esther?... ¿Romina?... —A pesar de que la puerta estaba abierta, al igual que todos los ventanales por donde pasaba la brisa meciendo las cortinas del interior, no parecía haber nadie en los alrededores, y seguía sin recibir respuesta alguna a su llamada.

La tarde caía y con ella sus penumbras anunciaban que la luz del día cedía su espacio a la noche. Gael entró y, decidido, caminó en busca de su libélula hacia el interior de la casa, no sin antes dar un vistazo atrás, y al no ver a su prima siguiéndolo frunció el ceño.

La casa continuaba en silencio mientras atravesaba el pasillo, notó que extrañamente todo estaba demasiado oscuro, hasta que al llegar al umbral de la gran puerta que daba a la terraza...

—¡¡SORPRESA!! —Le cayeron lluvias de confeti encima—. ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, GAEL!

Allí estaban sus primos, abrazándolo. A la traviesa y terrible de su prima la veía poner cara burlona mientras le estampaba besos en la cara. Incluso Rigo, el abuelo desconfiado, estaba allí dándole palmadas en la espalda seguido de sus felicitaciones, y la buena de Esther llegaba hasta él con los brazos abiertos.

—¡Pero ven acá, mi muñeco de jengibre, y déjame apretarte! ¡Qué galán viniste! —Toda jovial y alegre, la divertida abuela lo apretaba y le olía ante las risas de todos—. ¡Huyyy... hasta rico hueles! —Aspiraba dramáticamente, abrazando al joven, que no podía parar de sonreír y seguirle el juego.

—¡Ay, abuela, eres tremenda! —le decía entre risas—. ¡Pero es que usted está bellísima hoy! —Le siguió la coquetería.

—¿Verdad, *mijo*, que sí? Es que una se pone sexi y alguien por aquí ni cuenta se da —le decía confidentemente al oído, pero en voz alta, haciendo señas con los ojos mirando a su marido.

—¡Esther, sosiégate, mujer! —le reclamaba Rigo al oírla desde el otro extremo de la estancia mientras servía unos refrescos, a lo que ella, virando los ojos, risueña le contestaba.

—¡Ay, cállate, viejo! ¡No intentes llamar la atención! ¡No son cosas apropiadas para tu edad! —Dejándolo con ojos divertidos y la boca abierta, víctima de las carcajadas de todos—. ¡Romi! —le habló a su nieta, que alegre escuchaba toda la algarabía que protagonizaba su querida abuela—. Dime algo, mi vida... ¿Me lo quedo, o te lo devuelvo? —preguntaba bromista refiriéndose a Gael.

—¡Te dije que era con carácter devolutivo, abuela! —le respondió ella, no menos graciosa.

Gael dirigió su mirada hasta la razón de todas sus alegrías: su libélula. La había visto desde que la entusiasta de su abuela lo había acaparado, tranquila y callada, con sus ojos de ensueño y su sonrisa perfecta, al lado de una de las plantas de enredaderas del final del salón. No esperó más y se acercó a ella entre respiros de alivio. Agradecía en silencio que todos sus temores desaparecieran al constatar que era una fiesta sorpresa la causa de un día angustiado y de espera alejado de su amor.

—¿Sabes qué debería hacer por someterme a esta desesperación hoy? —le dijo cuando la tenía a un solo suspiro de sus labios, con un brillo enamorado en su mirada y rodeándola entre sus brazos.

—No... ¿Qué deberías hacer, según tú? —le contestó con dulzura y

picardía mientras mordía suavemente su labio inferior, haciendo que Gael perdiera el piso de deseo por devorarla a besos.

—Debería... —continuaba perdido con la mirada clavada en su boca, entretanto levantaba una mano para con la yema de los dedos acariciar su pómulo. Se enorgulleció, complacido, al ver como aquel simple gesto la hizo estremecer—. Debería... torturarte a besos y caricias hasta que me pidas clemencia... —Se acercó más y unió sus labios a los de ella con ternura—. Debería... hacerte erizar la piel mientras cuento con mi boca cada preciosa marca o lunar que tengas en ella, para así memorizarlos eternamente... —Volvió a besarla, esta vez, haciendo un gran esfuerzo para separarse y seguir hablando entrecortado—. Debería raptarte ahora mismo, aunque... ¡Rigo me corra por todo el valle! —Se carcajearon juntos por aquella ocurrencia y cuando cesaron de reír, Gael abrigó entre sus manos su rostro, para después de volverla a besar decirle—: Te amo... Gracias por esta hermosa sorpresa, pero... ¡está pendiente mi deliciosa revancha! —Y volvieron a reír juntos.

—Bien..., pero por ahora mi sorpresa sigue y... —Le acarició la barba sintiéndola sensualmente áspera—, quiero que bailemos... ¿Me concede un baile, joven Alcázar? —Él la miró divertido.

—No... —Romina frunció su boca.

—¿No?... Prometo no pisar tus pies... si es eso lo que temes —aseguró tranquila, sabía que detrás de esa negativa existía una respuesta sutil de su parte.

—No te concedo un baile solamente... ¡Te concedo mi vida!... Mi adorada libélula. —Y el beso impaciente hasta ese momento, se apoderó de ellos cuando Gael la levantó en sus brazos y, sin dejar libre sus labios e ignorando cómo raspaba la garganta Rigo Sanfield, seguido del regaño de su esposa y sus primos chiflando, se alejó al centro de la terraza para complacerla.

Lo que Gael no sabía era que sus sentimientos a flor de piel estarían más expuestos aún cuando escuchó la canción que flotaba en el aire y que sería la primera en bailar con su libélula, el corazón se le apresó entre cinceles golpeteando su pecho... *Entra en mi vida*, del grupo Sin Bandera, soltaba sus acordes y les daba la bienvenida para dejarse robar toda medida con su letra...

—Hoy, definitivamente, todos han contribuido no solo a hacerme muy feliz, sino a mantenerme en una montaña rusa de emociones. —Necesitó aclararse la garganta o, de lo contrario, no tendría control alguno sobre todo lo que le

desbordaba por dentro—. Pero tú, mi preciosa, con esta canción y teniéndote así, entre mis brazos, me haces el hombre más feliz y bendecido de este mundo... Gracias... Te amo... ¡Tanto! —Romina no hablaba, una lágrima corría por su mejilla y Gael la atrapó con su dedo para llevarla a sus labios, para como un tributo hacia aquel atesorado amor, besarle los ojos cerrados y luego abrazarla a su pecho, y comenzar a cantarle la letra de la canción que tanto le gustaba y que se acababa de convertir en un símbolo para ellos...

*Buenas noches, mucho gusto.
Eras una chica más...
Después de cinco minutos
ya eras alguien especial...*

La letra de la canción los envolvía en un manto de paz y esperanza. Romina apoyó su rostro al pecho de Gael mientras él la atesoraba en un abrazo tan estrecho que los latidos de sus corazones se volvían uno solo...

*Sin hablarme, sin tocarme,
algo dentro se encendió.
En tus ojos se hacía tarde
y me olvidaba del reloj.
Estos días a tu lado me
enseñaron que, en verdad,
no hay tiempo determinado
para comenzar a amar...*

—Mi amor, quiero que conserves esto —Introdujo la mano en el bolsillo tras besar su frente, y sin separarla de su cuerpo, con la música junto a las algarabías de sus primos de fondo, sacó el resguardo yoruba que su madrina le había dado para ella, y abriendo una de sus manos se lo entregó.

—¿Qué es, mi cielo? —preguntó Romina palpando extrañada el objeto.

—Algo que me dio mi madrina y a lo que le quiero tener fe... —habló dubitativo, pero esperanzado—. Por favor, acéptalo y mantenlo contigo... ¿Sí?

Romina sonrió, podía estar casi ciega, pero no era tonta y estaba consciente de los temores que acompañaban a su Gael cada día. Si llevar aquel extraño objeto con ella le otorgaba un mínimo de paz, sin dudas no se

negaría a conservarlo.

—Por supuesto, mi vida —contestó complaciente—. Si es importante para ti que lo conserve, claro que lo haré. —Y diciéndolo, encerró el resguardo en su mano y la llevó al corazón ante la sonrisa dulce de aquel joven que la adoraba, y que no pudo evitar besarla con devoción justo escuchando el estribillo más hermoso de la canción...

*Entra en mi vida.
Te abro la puerta.
Sé que en tus brazos ya
no habrá noches desiertas.
Entra en mi vida, yo te lo ruego.
Te comencé por extrañar,
pero empecé a necesitarte luego...
Entra en mis horas.
Sálvame ahora...
Abre tus brazos fuertes
y déjame entrar...*

La canción terminó y aquella pareja hermosa continuaba abrazada ante la mirada de dicha y ternura de sus seres queridos... La noche levantaba sus velos por el valle cargados de un sentimiento que nació para perpetuarse en la vida y en el alma de todos.

Lejos de allí...

Necesitó vendar su mano, ira, impotencia, desesperación y... dolor eran los que dominaban su vida en ese momento. Caminó por el pasillo desde el baño principal, donde llevaba más de media hora quitando la esquirra de cristal que se quedó encarnada en su palma tras romper aquella figura, arrepentido por haberse dejado llevar por la impotencia y la culpa hasta perder los estribos. Se detuvo frente a la habitación, después de varios segundos con la mano en el pomo de la puerta, finalmente, se decidió a abrir.

Por los cristales de la ventana entraban los reflejos de las luces de la ciudad, iluminando tenuemente la estancia, se acercó a la cama y se quedó

observando aquella mujer que era su gloria, su vida, y a la vez... su mayor orgullo. *«Es imposible arrancarme este amor..., está clavado como una daga, y si intentaran robármelo de donde está, sangraría y me desgarraría el alma...»*. La veía dormir, sus piernas, fuera de las sábanas, mostraban esa piel suave y tersa que en las últimas noches había recorrido con veneración... Llevó su mirada al suave movimiento de su pecho y, verlo semiabierto, lo hizo temblar de deseo, pero... ¡La había herido una vez más cuando se juró jamás volver a hacerlo! Enterró su pasado con el único objetivo de hacerla feliz y ahora...

Los lejanos recuerdos llegaron claramente, en específico los de ese día. Esos que lo alimentaron de odio y desesperación en aquel andén del metro en Moscú hasta casi arruinarle la vida... ¡No permitiría que se repitiera! ¡Él no era ya el mismo hombre de entonces!... Cerró los ojos y la vio sonreírle y dejar que besara la frente de la niña... *«¡Dios!»* ¡Nunca sintió tantos deseos de acabar con el maldito mundo como aquella tarde de enero! Eso lo recordaba muy bien. Se preguntaba todavía cómo se contuvo al ser testigo de aquel abrazo, de aquella complicidad, e incluso de aquellas lágrimas que la única mujer que había amado en su vida derramaba frente a otro; y peor aún..., que ese hombre fuera uno de sus mejores amigos. Se flagelaba con sus recuerdos desde entonces; pero, irónicamente, hacerlo lo había ayudado a ser objetivo y liberar su rabia.

A su mente llegaban las imágenes de ellos como una película a cámara lenta... Las risas de ella, los ojos brillantes de lujuria cuando la miraba, las veces que se brindaba para ayudar ante cualquier eventualidad si no podía él estar presente por compromisos diplomáticos.

«¡Qué iluso y estúpido fui! ¡Éramos amigos, maldita sea! ¡Éramos casi hermanos desde la infancia! Sin embargo, ¿y si he sido injusto?».

Continuó deleitándose viéndola dormir... *«Eres tan bella y tan... mía»*. Entonces llegó, golpeando su memoria, aquella escena en la oficina de Rusia...

—*Armando, venía a traerte los... ¿Qué estás haciendo?* —preguntó extrañado al ver a su amigo rodeado de cajas, recogiendo sus pertenencias.

Rafael Ibáñez era uno de los ingenieros que trabajaba en el proyecto petrolero entre Cuba y Rusia. Un hombre jovial y muy emprendedor, se caracterizaba por ser un gran profesional, y había mantenido una estrecha

amistad con Armando desde que eran apenas unos niños; haciéndose mucho más cercanos durante su paso por la universidad, luego el ejército y, finalmente, coincidir en su estancia en aquel país. Uno, como diplomático cubano; y el otro, como colaborador técnico entre los dos países. Ibáñez era un hombre fornido, poco más alto que su amigo y con una sonrisa franca y encantadora para cualquier mujer. No era el típico galán de rostro perfecto y hermoso, pero sí uno que trasmitía seguridad, carácter y una mirada gris capaz de enamorar.

—Te hice una pregunta, Armando... ¿Qué está pasando? ¿Te vas de la embajada, o... te trasladan a otra sede?

Había dejado toda la documentación que traía sobre el buró, y esperaba interrogante que le dijera algo acerca de lo que evidentemente parecía ser su retirada.

Armando levantó los ojos a él, y su mirada no podía disimular todo el brillo condenatorio que cargaba en ella.

—¿Crees que te deba alguna explicación, Rafael? —contestó, apretando la mandíbula con fuerza.

—Bueno, no es que me debas alguna explicación... Solo que evidentemente estás recogiendo para irte y... Vaya, ha sido sorpresivo. ¿Sucedió algo en la reunión que supe tuviste ayer?

Lo volvió a mirar a los ojos, esta vez no era solo condena o ira lo que reflejaban, sino un verdadero e irracional odio, y evidentemente no aguantó más.

—¡Basta de poses bajas e hipócritas, Rafael! ¡Ten la hombría de soltarme la verdad de una puta vez! —Los puños los tenía apretados a los lados y su rostro pasó de la palidez total a un color rojizo preocupante ante los ojos de su amigo.

—Pero... ¡¿De qué mierda estás hablando, Armando?! —le refutó de inmediato, totalmente contrariado—. Cálmate y explícate.

Armando dejó escapar la carcajada más irónica de toda su vida, dándose la vuelta de frente al ventanal y llevándose las manos a la nuca en busca de la calma que sabía no encontraría.

—Los vi, Rafael... ¡Los vi, maldita sea! ¡No finjas más ni continúes insultando mi inteligencia y tentando mi capacidad de control! ¡¿Cómo pudiste, por un demonio?! ¡¿Cómo pudieron hacerme esto?! —Tomaba aire y seguía moviéndose en círculos, hasta llegar delante de su escritorio y pegar

con el puño cerrado sobre él—. ¡¿Tienes una mísera idea de cómo me siento?! ¡Tú, mi mejor amigo, y... ella, la mujer que ha sido mi razón de vivir todo este tiempo!

Rafael seguía anonadado, sin comprender todo lo que le estaba escuchando, no podía entender y menos creer que Armando dudara de la integridad de su esposa. Quizás las dudas con él pudieran tener sentido... Había guardado bajo siete llaves su amor por Ivanna, la conoció antes que su amigo, pero fue este quién robó el corazón de aquella maravillosa mujer, y aunque le dolió muchísimo, respetó su relación por encima de todo. ¿Acaso alguna indiscreción de su parte acarreó esta situación? No se perdonaría jamás que por su culpa Ivanna y Armando estuvieran en problemas, así que por eso habló sinceramente:

—Si no me explicas esta locura, no podremos entendernos, Armando —le dijo lo más ecuánimemente que pudo, a lo que él bufó irónico.

—¡¿Explicar?! ¡No seas cínico, Rafael! ¡Esa escena de hace semanas en el metro no necesita ninguna explicación! —No le importaba nada, todo había colapsado y no se iría sin escupirle en la cara lo que por mucho tiempo se guardó.

Ahora Rafael lo comenzaba a entender todo. Había olvidado su bíper aquel día en casa de Armando, cuando lo invitaron a cenar, y al llamar para pasar a buscarlo, Ivanna salía con la niña y le dijo que su destino era un mercado cerca del metro; así que se ofreció a llevárselo hasta allí antes de que él partiera a su asignación en Kurskaya. Conversaron mucho, ella se desahogaba frecuentemente con él, y ese día no fue diferente.

—Armando... Los celos enfermizos que siempre han sido tus peores enemigos te están cegando, puedo explicarte y...

—¡Cállate! ¡Solo quiero la maldita verdad! ¡Lo que vi lo explica todo, solo había que apreciar tu rostro para sacar conclusiones! ¡La miras como... como...! —No podía llevar a las palabras lo que torturaba sus pensamientos desde ese día—. ¡Dime la verdad, Rafael, o te juro qué...!

—¡Basta, Armando! ¡No tienes derecho a insultar de esta manera nuestra amistad, y mucho menos enlodar la integridad de tu esposa! —perdió la paciencia Rafael, y lo vio nuevamente pasarse por la cabeza sus manos.

—Muy bien... Veo que en ti no encontraré sinceridad alguna... ¡Típico de traidores! —remató—. De todas formas, la respuesta tendrá que dármela

la mujer a la que he dedicado estos últimos años, y no tú. —Amenazó mintiéndole, jamás insultaría así a su esposa, pero necesitaba sacarle la verdad a aquel granuja. Rafael se tensó de inmediato ante esas palabras.

—¡No le hagas daño a Ivanna o seré capaz de...! —Armando lo miró con un reto casi diabólico en sus pupilas.

—¡¿De qué?! ¡Suéltalo!

—¡O juro que haré que te arrepientas! —contestó, inclinándose sobre la mesa para estar a menor distancia.

—Entonces es cierto... ¡Te gusta mi esposa, la deseas! —afirmaba fuera de sí, enloquecido por comprobar lo que tanto suponía.

—¡No!... ¡La amo! ¡La he amado desde el mismo día en que, primero que tú, la conocí! —confesó de una vez, viendo cómo por sus palabras se desmoronaba como castillo de naipes aquella amistad de años, pero ya no podía dar marcha atrás, así que continuó—. He amado a Ivanna desde el mismo día que la vi en el instituto. Habría sido el hombre más feliz de este cruel e injusto mundo si ella hubiese sentido lo mismo; pero... sabes que desde que, irónicamente, gracias a mí te conoció... —No pudo evitar sonreír de medio lado—, te entregó su amor y su alma.

»No te negaré que fue difícil aceptarlo, creo que recuerdas que me alejé cuando comenzaron a salir, tenía que adaptarme a la idea de que ella no sería mía. —Respiró hondo y continuó—. Esa mujer, Armando, ha soportado con creces tus ataques de celos, mucho más desde que regresaron de su viaje de vacaciones a Cuba, y sí..., me he vuelto su confidente, su amigo... Ella jamás ha sabido de mis sentimientos, y si de algo sirve que te lo diga, ¡ha sido un verdadero infierno para mí escucharla hablar del gran amor que te tiene!

Armando lo escuchaba en silencio, su rostro no había cambiado, la ira y el odio seguían paseándose entre sus pupilas dilatadas y su labio apretado.

—¡¿Hasta dónde has llegado con tus... delirios de conquista?! —preguntó iracundo.

—¡¿Qué?! —respondió atónito Rafael ante su desfachatez y falta de juicio—. ¡No creo que estés preguntándome semejante cosa!

—¡Necesito saber hasta dónde me han visto la cara de idiota! ¡Hay una criatura por medio y no estoy dispuesto a renunciar a mi hija, te lo advierto! ¡Jamás me separaré de ellas!

Con esto había rebasado todo lo humanamente entendible a los ojos de

Rafael, y no pudo soportarlo. En pocos pasos rápidos llegó hasta él, y le dio con fuerza un puñetazo en el rostro hasta verlo caer al suelo.

—¡Eres un cerdo que no merece tener a una mujer como Ivanna a su lado! —Respiraba con dificultad y sentía que le hervía la sangre—. ¡Un maldito insensato que no valora el verdadero amor! ¡Jamás debí dejarte el camino libre con ella, tenía que haber luchado! —Armando se levantó y mientras limpiaba el hilo de sangre que salía de su boca, le gritó:

—¡Largo de aquí! ¡Desaparece de mi vista, y ruega por no cruzarte en mi camino nunca! ¡Acabas, Rafael Ibáñez, de firmar un pacto de odio que te perseguirá mientras vivas! ¡Te aviso de que no descansaré hasta hacer tan miserable tu existencia como tú acabas de desgraciar la mía!

Aquellos dos hombres, que alguna vez fueron cómplices solidarios, en aquel momento desgajaban cualquier vínculo fraternal entre ellos. Rafael lo miró incrédulo, con desprecio, y Armando le devolvió su endemoniado alter ego centellando odio con la mirada, que lo siguió hasta que, tras un fuerte portazo al cerrar la puerta, su amigo de toda la vida desaparecía de su vida para siempre... mientras otro, incrédulo y preocupado, aparecía en su oficina... ».

Las memorias se perdieron con el movimiento de Ivanna en la cama, dejando al descubierto una parte más que sensible a los ojos de su marido. Verla allí, al alcance de su amor y deseo por ella, lo llevaba a un punto sin retorno, ese que lo volvía vulnerable a ella a pesar del tiempo.

En un principio, tras aquel encuentro entre Ibáñez y él, creyó que su plan de ocultarle todo a ella, más aún con su obligatorio retorno a Cuba en aquel entonces, y dadas las circunstancias, era lo mejor que podía pasarle, poder alejarla a kilómetros de quien era, a sus ojos, un peligro para su matrimonio. La felicidad vivida los primeros años le corroboraron lo acertado de decidir regresar a su país, a pesar de las sanciones que enfrentó a raíz de lo sucedido, pero las cosas se complicaron cuando llegaron las misiones, cuando las amenazas de hacer tambalear la estabilidad de su familia lo abrumaron, y no le quedó otro remedio que ceder o permitir que lo hicieran polvo en su propia tierra.

Sabía del daño que había sufrido su unión debido a las continuas partidas al extranjero que los había obligado a separarse por meses, e incluso años. Cómo le gustaría que ella supiera lo que sufrió y padeció estando lejos de ella

y de su hija, y luego... Tenía que confesarle la verdad, estaba seguro de que ella jamás se convencería de que estos últimos meses había estado en otra misión, le dejó claro que no le creía, y necesitaba encontrar un momento en el que la vergüenza cediera el paso a la humildad y al arrepentimiento permitiéndole confesarle todo.

Volvió a mirar a su esposa, con su cabello esparcido por los hombros y la respiración sosegada gracias a su tranquilo sueño. *«¿Serás capaz de perdonarme y entender? ¿De conceder una mínima esperanza para nosotros? Y de existir esa esperanza, ¿qué pensarías si supieras que terminé en...?»*. Se acercó con cautela, rozó sus cabellos cuidando no despertarla, para finalmente dejar un beso en su frente antes de salir de la habitación.

Junto al sonido de la puerta cerrarse, un rostro entre las sombras y penumbras abrió los ojos, dejando por fin escapar las lágrimas que milagrosamente fueron retenidas hasta el momento.

«Esta vez debes lograrlo tú solo, amor... Es nuestra última oportunidad. Te amo...».

Capítulo 9



Recordaba aquella caminata a media mañana desde el consultorio de la doctora Bertha, que de hecho había sido bastante agotadora con aquel clima que regalaba el eterno verano cubano. Quedó complacida con toda la plática entre ellas. La amiga de la abuela Esther era una mujer relativamente joven, debía pasar de los treinta y cinco años de edad, y era muy simpática. Se mostró sincera y amable desde que la conoció, logrando transmitirle mucha confianza y dejando que se sintiera segura para preguntar todas sus dudas. Por otro lado, el apoyo de su abuela seguía siendo su soporte de amor incondicional, y tan increíblemente maravilloso que la hacía sentirse fuerte y cómoda ante cualquier decisión que fuera a tomar. No podía negar que al principio la envolvió un sentimiento de vergüenza y timidez por expresar el principal motivo que la llevó allí, pero luego todo fluyó naturalmente, y la doctora no solo estuvo atenta a cada palabra, sino que fue muy profesional y comprensiva, y esto le sirvió de mucho.

Hacía ya tres semanas desde la fiesta de cumpleaños de Gael y continuaba sintiéndolo inseguro cuando los momentos a solas se convertían, sin remedio, en una escalada de emociones, deseo y... placer. De ahí que no quisiera esperar y se propusiera ser ella quien buscara la solución a todo lo que atormentaba a su novio.

Él era siempre quien, con palabras dulces, le pedía que aquel vendaval que los consumía a pasos agigantados debía ser frenado, reprimiendo así cualquier impulso pasional entre ellos. Siempre con sus habituales palabras de amor disfrazaba el temor que lo paralizaba por creer que ponía en riesgo su salud, sin percatarse cuánto le dolía a ella que aniquilara de esa manera sus anhelos. Aunque no podía culparlo del todo si padecía mucho aquel sacrificio impuesto, y en ocasiones se sentía impotente por no poder darle la seguridad que él tanto requería de su parte, como...

—Por favor, mi vida... Necesito respirar —suplicaba en medio de aquella ola de caricias y besos de la que fue testigo el jardín de aquel parque—. Tengo que... dar tregua a esta necesidad que tiene mi piel de fundirse con la tuya... No puedo dañarte, mi libélula, no me lo perdonaría —repetía con dificultad Gael aquella noche, atormentándose con el recuerdo de ver a una Romina desvaneciéndose en sus brazos con los labios dolorosamente cianóticos.

Al terminar la fiesta de su cumpleaños, cuando el abuelo Rigo se retiró a descansar y, según Gael, los ojillos elocuentes y cómplices de su abuela hablaban por sí solos dándole su venia para que salieran juntos a caminar, ese momento se volvió... ¡Inolvidable!

—¿Sabías que la luna hoy está preciosa? —le decía Gael arropándola bajo su brazo y sintiendo su cabeza reposar en su hombro mientras lentamente caminaban entre aromas a ceibas y flores, especialmente a lirios, que eran los predominantes en aquel solitario rincón del pequeño parque del pueblo—. Parece un gran plato anacarado y brillante, iluminándolo todo de manera altanera y orgullosa, no sé..., la luna siempre me ha parecido... Humm... misteriosa... —afirmó sin dejar de mirar maravillado la delicada sonrisa que le regalaba su novia mientras se apartaba con la mano las rebeldes hebras de cabello que se escapaban de su trenza, arremolinándosele en el rostro.

La observaba deleitado, llevaba aún aquel vestido que consideraba otro de sus inolvidables regalos de cumpleaños. Un regalo... ¡torturante! Lo hacía palidecer aquel escote entretejido, que dejaba descubierta toda su espalda, provocándole que sus dedos al rozarla hirvieran dolorosamente.

—No sé si será misteriosa o no, mi amor —le decía ella con melancolía—. Tengo algunos recuerdos de las veces que caminé por el

malecón de La Habana junto a mis padres, hace... muchos años —respiró profundo, pero sosegadamente, evidenciando la nostalgia que le traía recordar—. Una de las cosas que más disfrutaba entonces era precisamente ver la luna, no creo que sea misteriosa, mi cielo, ella es... ¡mágica!

Gael disfrutó ver el brillo que aquellos ojos no podían ocultar, a pesar de cualquier velo gris en ellos. «¡No sé ya dónde más poder albergar tanto amor por esta criatura!», pensó; se ubicó detrás de ella y la rodeó con sus brazos, apoyando el mentón en su hombro, y parándose justo delante de esa luna que juraba bajaría hasta sus pies si pudiera con ello regresar cada pedacito de felicidad que la vida había osado negarle a su libélula.

—¿Tienes una idea de cuánto te ama este corazón, mi libélula? —preguntó mientras la viraba un poco hacia él y se llevaba la mano a su pecho. Necesitaba cada segundo asegurarle que no estaría sola nunca, que sin importar lo que el futuro decidiera... él no se rendiría jamás. Romina terminó dándose la vuelta por completo, y tanteando su rostro le contestó:

—Si eso que sientes es la mitad... de lo que hace temblar a mi alma y a mi corazón, solo de pensarte... entonces, tengo una idea de cuán grande puede ser...

Tras un suspiro de Gael, que fue más parecido a un jadeo desesperado, sus bocas se unieron como si de ello dependiera eternizar el mundo. Eran como dos elixires uniendo sus esencias. Él la apretaba angustiado como queriendo retenerla bajo su piel, protegiéndola, amparándola incluso de sus propios impulsos. Su boca atrevida no se aguantó y asaltó a besos su cuello; ella la recibía benevolente, agradecida y... ¡feliz! Los latidos en los pechos de ambos se volvían incontrolables; las manos, finas y pequeñas, de ella no permanecieron ajenas, se volvieron temerarias y le sujetaron desde atrás la camisa, sacándola de dentro del pantalón para adueñarse de su musculosa espalda, martirizándola, percatándose jactanciosa del erizamiento que provocaba mientras sus dedos contorneaban bajo el cinturón, rodeándolo y llegando cada vez más cerca a zonas altamente sensibles. Gael dejó escapar un gruñido al sentir aquella manera de tocarlo, de seguir por aquel camino no resistiría mucho.

—Te... necesito... Gael... ¡Por Dios, no te detengas! —imploraba en un resuello. «¡Fuera cordura! Mi futuro es un acertijo por resolver, mis ojos luchan con una quimera de sombras, pero mi alma... ¡Esa es la de una mujer que quiere vivir y beberse cada gota bendita de felicidad, y agarrarse como

fiera a ella!»), continuaba repitiéndose en su mente, sintiéndose embriagada por aquel disfrute de caricias.

—Mi Romina... No me hagas esto... ¡Pídeme que me detenga! —demandaba atormentado, casi al punto de caer de rodillas, besando la apertura entre aquellos dos pechos que, sin verlos todavía, estaba seguro serían su mayor adicción. Su mano había llegado justo al falso de su vestido, sin estar consciente de ello lo había enrollado hasta casi la mitad de su muslo. Solo la satinada y suave piel de ese lugar lo había hecho detener, encerrando y apretando en su puño la tela como quien sostiene su propia eucaristía. Su libélula temblaba en sus manos entre gemidos que lo hacían desfallecer, y aunque verla y sentirla entregada en cuerpo y alma lo reventaba por dentro de dicha, posesión y orgullo..., no podían continuar.

—Mi niña... —Se detuvo para hablar aún ahogado. No sabía si era la nuez de Adam lo que tenía en su garganta o un abismo de rocas que lo dejaban sin aliento. Envolvió entre sus manos su rostro, tras bajarle y alisar el vestido, que ante la prisión a la que fue sometido, definitivamente estaba todo arrugado. Unió su frente a la de ella buscando palabras que ingratamente no querían salir—. Es... imposible... mantener en reposo esta desazón que me envuelve y me rebasa al moldear tu cuerpo en mis manos... Soy... —Continuaba esforzándose en hablar ante los ojos cerrados de ella y sus respiraciones desenfrenadas.

»Soy esclavo de tu piel y de tu boca, mi libélula... Quiero repasar tus caderas y hacerlas mi trofeo... Quiero que sean mis labios los que pidan clemencia cuando tus pechos los hinchen y enrojezcan de tanto besarlos... Quiero que todos tus sabores me pertenezcan y regocijarme con ellos descubriéndolos cada día, como si fuera la primera vez que me reconocen... Quiero que tus gemidos aturdan mis sentidos hasta hacerlos completamente sumisos a ti... Quiero... ¡Maldita sea...! ¡Que solo pensar en tu desnudez... sea mi perdición y mi gloria al mismo tiempo...! Pero antes de todo esto... —tomó aire, profundo—. Te quiero conmigo, pegada a mi corazón, sin dar tregua a que tu ausencia lo quiebre haciéndolo pedazos... Ante ese deseo, mi libélula, soy el más vulnerable de los hombres.

Le dolió el pecho solo de la bruma de pensamientos que lo atacaba, pero continuó:

—Necesito que sepas algo... —dijo y la vio asentir con sus ojos cerrados, visiblemente húmedos—, aunque mi cuerpo tenga una batalla en

mi contra cada segundo a tu lado, encadenando a la fiera apasionada que tanto te desea, no dudes de que mi alma y mi corazón... te hacen el amor cada noche».

Un abrazo fuerte los recibió como un manto de esperanza, consuelo y ternura. Tras aquellas intensas confesiones, los besos hablaron por sí solos. Gael continuaba repitiéndose que su mayor prioridad era la seguridad de Romina; no haría nada que pusiera en riesgo su salud, aunque tuviera que renunciar a una entrega que a gritos le pedían sus entrañas. Romina, por su parte, sabía que en sus manos estaba el que Gael enterrara en el olvido los fantasmas con los que sus tristes condiciones físicas lo castigaban diariamente, haciéndolo una víctima que, a su vez, mutilaba sus sentimientos...

—¿Romina? Humm... ¿Romina?! —Definitivamente tenía que ser ella. ¿Quién, si no?—. ¿Puedes, por favor, iluminarme acerca de cuánto tiempo más debemos esperar por el sapo de tu príncipe?!

Con los brazos cruzados a la altura del pecho y el pie derecho unos centímetros adelantado, moviéndolo constantemente en el suelo, Lourdes Belmonte hablaba irónicamente con el ceño fruncido, haciendo contraste con sus labios apretados.

—Lou, hoy estas más impaciente y agitada que nunca... Creo que... ¡tendremos que buscarte pareja pronto, a ver si calmas ese carácter! —le decía bromista Romina.

—¡Cruz, cruz, cruz! —Comenzó a repetir con ojos muy abiertos y cruzando los dedos espantada—. ¡Que se te salga el diablo y venga Jesús! ¡Ni loca! ¡Soy un alma libre sin deseos de que quieran domesticarme como animalito! —alegaba virando los ojos, sabiendo que aquella mueca no la vería su amiga, que se deshacía en carcajadas por sus ocurrencias.

—¡Eres todo un personaje, Lou...! —No podía parar de reír—. ¡¿Qué haremos contigo?!

—Por ahora, acabar de irnos, y que *el galancito* se reúna luego con nosotros —exigía dramáticamente.

—No, Lou, no puedo irme sin Gael. Por favor, amiga, entiéndelo —conciliaba Romina, dejando lentamente de reír, con su habitual paciencia con ella y apretando un poco ansiosa su bastón.

—¡No puedo creerlo, Romina! —decía enojada, arrugando su nariz

pecosa, con los brazos aún cruzados y vocecilla chillona—. ¡Qué cursilería! ¡Madre Santa! —Seguía la protesta ante la dulzura y calma de su amiga.

Había empezado a querer mucho a la simpática Lou, eran ya inseparables, y cuando Gael no estaba con ella, esta se había convertido en su sombra personal por orden estricta de su primo. Le inquietaba tanto la angustia a flor de piel de él que durante cada minuto juntos podía sentir su tensión constante por cuidarla hasta de lo más simple, y aunque intentara hacerlo entrar en razón, siempre buscaba la forma de disuadirla de la manera más dulce: besándola; abrazándola; o incluso respondiéndole con la estrofa de un poema, terminando así por derribar sus armas de convencimiento.

Mientras pensaba en todo esto, lograba percibir a su alrededor la impaciencia de Lourdes. Ella era como un alma intranquila, fugaz y habladora hasta más no poder. Admiraba su vigor y sentía envidia noble y buena de su energía y vitalidad. Siempre conseguía que hasta ella se contagiara de su ímpetu, incluso en contra de sus pobres capacidades físicas. Lo único que le reprochaban sus primos y sus hermanos era lo consentida y caprichosa que era. No le gustaba un *no* por respuesta, y muchas veces batallaba para que se hiciera su santa voluntad. Tomás, Adrián y Gael culpaban de aquel empecinado temperamento a su abuelo, decían que él era el único causante de que fuera una malcriada. En una ocasión, Romina los reprendió a los tres porque hicieron una comparación entre las dos delante de su amiga, alegando que eran las únicas chicas de la familia, y aun cuando ella tenía condiciones de salud complicadas, no era tan majadera como la pequeña de los Belmonte.

Lourdes se sintió herida y se enojó mucho, pero al escuchar el regaño que le dio Romina a los chicos, y tras recibir el abrazo y consuelo de quien era ya su mejor amiga, les hizo un gesto de burla a sus hermanos y a su primo, dejando claro que no le importaban sus comentarios. «Típico de nenita consentida», escucharon decir por lo bajo a Tomás en aquella ocasión.

—Lou, por favor, prometí esperarlo. Sabes cómo se pone cuando me voy sin él, no quiero hacerlo sentir mal. Seguro está al llegar, y, además, hoy era su último examen; quiero saber cómo le fue. —Intentaba negociar con ella, que ya quería irse al pícnic del río sin esperar a Gael, y se mostraba más que enojada por tener que hacerlo.

—¡No lo entiendo, Romina! Juro que... ¡jamás permitiré que un chico me idiotice los sentidos como mi primo ha hecho contigo! —terminó diciendo, alejándose unos pasos de ella, hasta donde sus hermanos esperaban que

llegara por fin Gael, para irse al tan planeado paseo.

Romina quedó con su mirada vacía perdida, y movió a ambos lados la cabeza con una sutil sonrisa, ya estaba acostumbrada a los caprichos de Lou y a que muchas cosas no fueran entendibles para ella, pero su cariño por aquella veleidosa muchachita era mucho mayor que sus desatinos.

Suspiró mientras escuchaba a los tres hermanos no ponerse de acuerdo sobre las tareas de cada uno al llegar al lugar de la acampada, y sonrió ante algunas frases dichas por Tomás, que siempre era el más ocurrente del grupo. Según los oía discutir entre risas, los recuerdos de días anteriores llegaban a su mente y la envolvían con su ternura.

Las últimas cuatro semanas habían sido de un ir y venir con Gael y sus primos a varios lugares. Fueron al cine, donde ella disfrutó de poder escuchar la película entre los adorables brazos de su novio, quitándole así sus dudas de no ir por la angustia de que ella no disfrutaría como todos.

Asistieron también al debut de Lourdes con su grupo de danza folclórica en La Casa de la Cultura, y al partido de béisbol de Tomás y su equipo. Gael estaba con una sobreprotección casi paranoica, y mil advertencias a sus primos no habían faltado, sobre todo a Lourdes, lo que sin duda desesperaba a su amiga. Ella ya le había contado de que, en varias ocasiones, notaba cómo su primo le miraba los labios, examinando algún cambio anormal de color. Imaginaba algo así... Él creía que ella no se daba cuenta cuando tomaba justo por la muñeca su mano y presionaba en ella las yemas de los dedos para ver si tenía alguna arritmia, y Romina sufría sintiéndolo tan pendiente y preocupado por ella. No quería eso, siempre había asumido su enfermedad con entereza y resignación, pero con Gael se sentía vulnerable; y no por ella, sino por él.

Había momentos donde se juzgaba por las decisiones tomadas, y visualizaba un futuro donde Gael no era feliz a su lado. Esto la golpeaba sin remedio, pero rápidamente recordaba su resolución de jamás sentir lástima ni compasión por la vida que le había tocado vivir, y la fuerza y el optimismo regresaban como viento sanador para sus angustias. Sí, después de aquel día mágico, donde se declararon su amor, varias veces se arrepintió por revelar su enfermedad; pero, a la vez, no podía renunciar a él, si lo hacía era como... morir en vida. ¿Estaba siendo egoísta con Gael? Esto la torturaba con frecuencia y desvelaba sus noches pensando en que no estaba siendo justa; al final, siempre le ganaba el amor inmenso que le tenía y la certeza de que era imposible separarse o renunciar a él.

El fin de semana anterior habían ido a conocer a los padres de Gael; no podía ver, pero sí sentir, y entendió lo que significaba aquel silencio cuando la conocieron.

«*¿Qué esperabas? ¿Que saltaran de alegría al ver que la novia de su hijo es ciega?*». Gael, todo el tiempo se mostró atento y cariñoso. La madre de él también, aunque de pronto la percibió nerviosa al decirle su nombre completo, y aparentemente se le cayeron algunos platos. El padre, en cambio, habló durante toda la velada solo lo necesario, lo que le provocó una profunda tristeza; era evidente que con su silencio le demostraba que no era de su agrado la relación entre ellos.

Por motivos como estos, la inseguridad se adueñaba de ella y pensaba en lo injusta que estaba siendo con el hombre al que amaba, arrastrándolo a su vida de enfermedad, incertidumbres y temores; pero entonces... llegaba él y le recordaba la promesa que se hicieron esa tarde entre lágrimas y confesiones. Ahí era que la grandeza de su amor se hacía presente en defensa de los dos, y la rescataba de su laberinto de vacilaciones y miedos para invadirla de fe y de un deseo inmenso de ser fuerte y luchar por tener un futuro juntos. Les demostraría a todos su fortaleza, esa de la que se había nutrido desde que tenía uso de razón, y la que ahora crecía impetuosa y llena de orgullo gracias a sentirse amada y llena de luz por su Gael.

—¡Mi amor, llegué! —escuchó la voz más querida de su vida, y olvidó de golpe todos los tristes pensamientos que la tenían inmersa y distraída; incluso del parloteo de Lourdes organizando algunas cosas en las mochilas para pasar la noche en la arboleda del río.

—¡Al fin, mi cielo! —le dijo recibéndolo y dejándose levantar entre sus brazos, mientras era cubierta de besos desde sus mejillas hasta sus labios.

—¿Cómo estuvo el examen?

—¡Perfecto, mi libélula! Puedo apostar a que sacaré nota sobresaliente, y... quiero mi regalo... Humm, bueno..., dos regalos quiero. ¡Ya estoy oficialmente de vacaciones! —la informó con tono pícaro y zalamero.

—¡¿Ah, sí?! ¿Y qué será lo que quiere mi amor?

—Primero quiero un beso de esos que me desarman y dilatan mis pupilas —explicó risueño y feliz—, y luego... Bueno, quiero que me digas cuándo hablaremos con tus padres —pidió con ternura, volviendo a besarle la frente—. Quiero hacer las cosas bien, mi amor, no quiero que lleguen aquí y se enteren por otras personas de nuestra relación —terminó un poco serio al

decirle esto.

Romina humedeció sus labios y se frotó las manos un poco nerviosas, quería mucho a su padre; pero era consciente de que Armando no tenía un carácter sencillo a veces. Siempre había sido un padre muy tierno y expresivo; la quería mucho, la adoraba, estaba segura de eso; pero era un hombre por naturaleza muy intenso, además de algo territorial y posesivo; su amor por él no la cegaba para reconocer esto. Era necesario preparar las condiciones antes de hablarle de ella y Gael.

—Necesito tiempo, Gael... —Pudo decirle—. Mi padre no es un hombre fácil en cuanto al carácter; aunque sé que me adora, va a necesitar un poco de tiempo para aceptar lo nuestro. Digamos que... —se detuvo para analizar sus palabras— necesitará más de una conversación para aceptar nuestra relación.

—Mi amor, solo quiero que estén seguros él y tu mamá de que te amo sinceramente y de que eres lo más importante en mi vida. Quiero que tengan la certeza absoluta de que es así. La única forma de demostrárselo es conversando frente a frente con ellos. —Romina respiró profundamente.

—Te prometo que así será, ellos vendrán a finales de mes, y buscaré la oportunidad de contarles y que hablemos los cuatro, ¿sí?

Gael no estaba convencido del todo; si fuera por él, llamaría a sus padres, o incluso viajaría a La Habana si se lo pidieran; pero decidió aceptar el tiempo que le pedía su novia.

—Está bien, mi cielo, lo haremos como tú decidas. Bueno, que con esa cara, que me desmorona como... ¡pan en migajas!, ¡me he vuelto un mandilón, ¿no?! —Los dos soltaron una muy ruidosa carcajada por aquella expresión y se fundieron en un abrazo hasta que los interrumpió, para variar, ¡Lourdes!

—¡¿Ya terminaron el besuqueo?! —preguntó entre brava y divertida—. ¡Vamos a llegar a las mil y una noches a la arboleda por culpa de ustedes y sus arrumacos!

Los dos continuaron riendo, esta vez debido a las ocurrencias de la muy chisposa muchacha, que abrazó a su amiga con gran cariño, haciendo un gesto de apartarla de Gael para decirle:

—¡Abre y da espacio, que la sofocas con tanta posesión! —Mientras se aferraba a Romina por la cintura—. No sé cómo aguantas lo intenso de este galancito, mi amiga. ¡Es insufrible!

—¡Porque me ama, jiribilla! —le contestaba un Gael no queriendo cederle a su chica.

—¡Ey, tropa! ¿Nos vamos o no? —Desde la esquina, junto a las bicicletas ya habilitadas con todo, un Adrián impaciente con gorra y mochila al hombro les reclamaba la demora.

—¡Vamos ya! —contestó Gael, mientras le daba la mano a su novia y se encaminaban los tres hasta donde los aguardaban sus dos primos.

El camino hasta el lugar del pícnic fue agradable, cada uno tomó una bicicleta. Gael, a la suya le había adaptado atrás un pequeño sillín, pensando siempre en Romina y su imposibilidad de caminar largas distancias; así que, con ella bien sujeta a su cintura desde atrás, y siempre manteniendo una estricta precaución, la llevaba a cada paseo organizado por ellos.

Cuando llegaron a aquel precioso lugar del río en el valle, los chicos fueron a por unos mangos y algo de leña para encender una pequeña fogata. Mientras, Romina y Lourdes intentaban dar un aspecto de verdadera acampada a un espacio debajo de una frondosa ceiba.

—¿Sientes miedo, Romi? —Se le escapó uno de sus pensamientos a Lourdes—. ¡Perdón! Es una tontería preguntarte eso, yo ...

—No, Lou..., no lo es... —la interrumpió ella—. Sí, claro que siento miedo, ahora mucho más que antes.

—¿Por qué lo dices?

—Por Gael... Anteriormente no visualizaba el dolor de mi familia si algo pasase conmigo, sé que es... egoísta decir algo así —dijo dolorosamente—, ahora me aterra no por mí, sino por él... No quiero que sufra, Lou, mucho menos por mi causa; pero soy incapaz de alejarme, y sé que hago mal...

—¿Alejarte? ¡Jamás lo pienses! ¡Nunca había visto a mi primo así, Romina! Sé que no es fácil para él saber tu estado de salud, pero te ama tanto que si lo alejas de ti sería como condenarlo sin permitirle darle la pelea al futuro, y ahí, ¡sí lo matarías de dolor! —expresó con sinceridad—. Gael es más feliz ahora que lo que ha podido ser en toda su vida, a pesar de cualquier temor, ¡no dudes eso! —le terminó diciendo, sujetando una de sus manos, y las dos suspiraron a la vez.

—Chica, ¿por qué no es igual que los riñones o los pulmones los corazones, que son dobles? Sin dudar, te daría uno de los míos, querida Romi —confesó una Lourdes conmovida por la angustia de su amiga reflejada en su rostro, viéndola esbozar una triste sonrisa.

Escucharla decir aquello, le provocó a Romina darle un abrazo grande a quien consideraba ya como una hermana; y el quedar abrazadas por unos

minutos reafirmó el mutuo cariño que sentían ambas.

—¡Ay, Ay, Ay! ¡No me jales, caramba, que duele!

Aquellos chillidos alertaron a las chicas, Romina escuchaba la algarabía frunciendo el ceño, y Lourdes abría grande sus ojos al ver cómo entre Gael y Tomás traían casi cargado a un Adrián resabiando.

—Pero ¿¿qué sucedió?! —preguntó Lourdes alarmada.

—Nada, que por querer hacerse el chistoso, una avispa lo picó en digamos... ¡Una zona sensible! —contestó Tomás con las cejas arqueadas.

Las dos chicas fruncieron el ceño interrogante, y ante el gesto de Gael señalando el lugar de la picadura, Lourdes soltó la risa y le explico al oído a Romina que, al parecer, a la señorita avispa le había llamado la atención el trasero de su querido hermanito. Las dos no aguantaron y se soltaron en sonoras carcajadas.

—¡No es nada gracioso! —refutó un muy colorado y enfadado Adrián.

—No, de hecho, lo que no es nada gracioso fue despegar a la avispa de tu... ¡uf!, ¡trasero regordete, feo y pálido! —dijo su hermano con morbo y haciendo gestos de asco con la cara, mientras Gael, Romina y Lourdes no podían parar de reírse.

—¡Guácara! —exclamó la traviesa de los Belmonte, sacando la lengua y desatando más las risas de todos—. Menos mal que yo no presencié eso, hermanito, ¡tendría pesadillas una semana! —le dijo poniendo en blanco los ojos y haciendo muecas de horror mientras todos continuaban riendo sin poder detenerse, a pesar de Adrián mostrarles el dedo medio, todo enrojecido.

Después del episodio de la avispa, se pusieron en función de disfrutar la acampada; los chicos instalaron las tiendas de campaña; en la más grande estarían Lourdes y sus hermanos. Adrián, por cierto, le sacó provecho a su picadura en un lugar inadecuado, y no hizo mucho al respecto, alegando que «tenía una herida de guerra», con total desfachatez.

En la otra tienda estarían Romina y Gael, y este se deshizo en atenciones para que ella estuviera cómoda. Esa noche esperarían la tan anunciada lluvia de estrellas de la que tanto hablaban en el pueblo; habían incluso llevado sus viejos, pero aún útiles, anteojos para disfrutar la experiencia. También el antiguo telescopio del abuelo de Romina, que ella previamente le había pedido a la consentidora Esther, estaba allí.

Se bañaron en el río y prepararon unos muy buenos filetes asados de cerdo con patatas, pan con mojo criollo y limonadas. El trío de hermanos jugaba en

la pequeña poceta del final del cauce con pelotas inflables, mientras Gael y Romina preferían pasar su tiempo a solas...

Gael, recostado al tronco de la ceiba, la tenía sentada entre sus piernas mientras ella reposaba la cabeza en su pecho, de espaldas a él, embriagándolo con su habitual aroma a violetas en el cabello, el cual se hacía más intenso por el viento que jugueteaba a sus anchas con este. No era necesario decir nada... Las palabras desaparecían sumisas al compararse con las caricias que se regalaban sus manos y el latido sincronizado de sus corazones. La paz del lugar los envolvía y sus pensamientos se hacían uno, al tiempo que Gael dejaba constantes besos en su sien y ella lo correspondía, levantando sus manos enlazadas y besando la de él...

Gael no supo cómo decírselo, pero al regresar con sus primos de buscar leña para el fuego y recoger algunos mangos, casi queda hecho piedra ante la visión, por primera vez, de Romina con aquel corto pantalón, sin más compañía que la parte de arriba de su bikini... Se detuvo con una agitación descomunal en el pecho al verla riendo con su prima sentada en la hierba; la trenza casi deshecha gracias al viento, y aquellos pechos, resguardados tan solo por dos triángulos azules como sus ojos y pequeñas florecitas blancas, le alteraron el pulso al ver su redondez ansiada y perfecta capaz de hacerle pedazos por dentro. Por instinto, necesitó apretar con fuerza el saco con la leña, que difícilmente creía pudiera llegar a arder tanto como ardía su ser en aquel instante...

—¡Oh, oh...! Te han dejado sin habla, primito. Pero la verdad... ¡Cualquiera enmudece y hasta se desmaya con esa maravillosa visión! —le dijo su primo Tomás en voz baja al pasar por su lado, quitándole la bolsa de ramas secas para la fogata de las manos, luego de que dejara a su hermano reposando del dolor de la picadura en sus posaderas, palmeándole el hombro. También este se quedó mirando fijamente en la misma dirección que él, comprendiendo por qué se detenía embobado... Pero al escuchar Gael lo último que le dijo, le dio un manotazo levantándole el dedo índice y advirtiéndole solo con la mirada de que su novia era sagrada a los ojos de todos, causando la risa a todo pulmón del joven.

—¡Gael, Romina! —los llamó como si estuviera invocándolo en su mente el mismo Tomás, desde la orilla de la poceta, y sacándolo de su recuerdo—. ¿Se animan con nosotros a llegar hasta la Caverna del Cimarrón? —los convidó a emprender la caminata hasta el paradisíaco lugar que era una

leyenda de Viñales.

—¡Sí, vamos! Esa parte es preciosa, y el agua de la cascada que cae desde la piedra esclava es divina... ¡Vamos, embúllense! —pedía Lourdes entusiasmada.

—Chicos, mejor no... —contestó Gael—. Vayan ustedes, Romina no debe caminar una distancia tan larga, y saben que por el camino empedrado y con elevaciones es imposible hacer uso de la bici —explicó para que no pensaran que los estaban desairando.

—Pero tampoco está tan lejos, Gael... —reclamó Lourdes a su primo con tono molesto—. Si vamos despacio, creo que Romi puede intentarlo. ¿Verdad, amiga? —insistió mirándola, y suponiendo, como siempre, que su primo exageraba con su protección hacia ella.

—¡Es mucho más de un kilómetro, Lourdes! De ninguna manera Romina puede caminar todo eso, menos con el sendero tan escabroso que hay hasta allá —respondió Gael, impaciente ante la insistencia de su prima e interrumpiendo el intento de su novia para contestarle a su amiga.

—Cálmate, mi cielo... —habló por fin con la paciencia que la caracterizaba siempre a ella, pasando la mano por el hombro de su novio e intuyendo que otra vez caerían él y Lourdes en una discusión por su causa—. Entiendo que es algo complicado que vayamos nosotros... —dijo respondiendo a los primos de Gael—. Perdonen, muchachos, qué más quisiera yo que acompañarles, pero Gael tiene razón. —Sintió enseguida, al decirlo, cómo la tensión del brazo de su novio disminuía al escucharla—. Además... no quiero que por una imprudencia de mi parte pueda echarles a perder el paseo a ustedes... ¿Me comprenden, verdad?

—Claro que sí te comprendemos, tranquila. Ustedes nos esperan aquí y nosotros nos damos un salto a la caverna... ¿De acuerdo? —acordó Adrián para calmar ánimos. Él sabía lo intensa, e incluso un tanto necia que podía llegar a ser su hermanita, y no quería otro berrinche entre ella y su primo, ya que solo lograrían hacer sentir mal a la dulce Romina—. ¡Yo, sí, con mi nalga adolorida y todo me apunto a la excursión! —jaraneó risueño, haciendo que los demás rieran también.

Finalmente llegaron a ponerse de acuerdo y los tres hermanos se calzaron y pusieron sus gorras tras cargar sus mochilas con lo estrictamente necesario, especialmente agua para el camino. Les hicieron algunos guiños a Gael mientras se iban, pidiéndole pícaramente a los dos que se comportaran, y

prometiéndole que antes de que cayera la noche estarían de regreso.

Gael los vio alejarse entusiasmados, hasta perderse con los últimos murmullos de sus voces y risas en la distancia, quedando él y su libélula solos...

La tarde comenzó a volverse más fresca; la brisa, cómplice del lugar, convertía aquel sitio en un paraíso de quietud, donde la suave música del caudal del río, desembocando en la poceta, y los trinos de los pájaros llegaron a ser su única compañía

Los besos, sin permiso ni recato, se nominaron protagonistas de aquel momento, y la pasión comenzó a dar avisos desesperados de que no por mucho tiempo más se podría mantener sensata y con los cinco sentidos bajo su mando, siendo ignorado su reclamo...

—No continuemos así... —suplicaba un Gael sediento de aquella piel y deliciosas caricias con la respiración entrecortada. A pesar de continuar sentado uno frente al otro, sentía que todo su cuerpo se debilitaba—. No creo que... mi fortaleza dé para mucho más, mi amor... Te amo y te deseo tanto que comienzo a perder la razón, y no quiero hacerte daño por nada de este mundo.

En Romina se despertaba una necesidad de mujer como nunca antes. Ya sabía lo que era amar más que a la propia existencia, pero aquello iba más allá, mucho más de lo que llegó a pensar o imaginar... Sentía hinchados de besos sus labios y cómo hervía su rostro, y sus pezones comenzaban a estar dolorosamente excitados y sensibles por lo erectos que los percibía debajo de la fina tela del sostén. Gael la tomó por la cintura, acercándola más a él, adorando aquel contacto con la desnuda piel de su abdomen.

De su boca bajó a su cuello, haciendo a un lado su larga cabellera, rodeó de besos pequeños, pero intensos, toda la parte baja de su mentón y continuó erizando y mimando un camino entre el cuello y su hombro que la hizo vibrar de dicha. Le mordisqueó el lóbulo de una de sus orejas mientras sus manos, cálidas y muy lentas, acariciaban sus pechos, que ante cada roce se erguían tensos, pidiendo más de todo aquel placer. Ella se estremeció al disfrutar de una humedad tibia bajando por su interior, arrancándole un gemido que fue apresado por los labios tibios de su novio. Era imposible dejar de estremecerse entre sus brazos, menos al percatarse de la dureza viril de él, que latía y crecía entre ellos, intranquilizándolo casi violentamente. Con un sorpresivo instinto de posesión femenina, bajó su mano para tocarlo, pero él de inmediato la soltó asustado, jadeando...

—¿A qué le temes, mi amor? —le preguntó con valentía, acariciándole el rostro. No quería que viera dudas o debilidad en ella por algo que, obviamente, los dos deseaban que sucediera, y aunque estuviera temblando como hoja al viento, quería que la viera decidida y segura.

—No sé si... debamos, mi preciosa... No sé... Yo... no debí llegar tan lejos, yo... —Estaba ardiendo por ella, pero el temor lo invadía y paralizaba, al punto de no poder ser coherente al hablarle...

—Shsss... —Romina puso los dedos en su boca, callándolo—. Estoy lista y te amo, Gael. He sido consciente de todo esto y me he informado los últimos días, y he hecho cuentas para evitar mis días fértiles. —Cerró un poco los ojos, apenada y tímida por aquella revelación que le hacía; pero estaba decidida a pertenecerle en cuerpo y alma—. Quiero que sepas que he visitado a un profesional de la salud y he logrado disipar todas mis dudas; y con ellas, también, tus temores, mi amor... —Sonrió cohibida, necesitaba que él lo entendiera y enterrara todos sus miedos...

»Mi mayor deseo es sentir que somos uno solo y que te pertenezco completamente... Eres mi primera vez en el amor, mi primera vez en esperanza, mi primera vez de vida plena, y... quiero que todas mis primeras veces, y cada entrega de amor, sea contigo... Deseo con toda mi alma este momento. Hace dos semanas —prosiguió— empecé a tomar precauciones de toda índole, obviamente supervisadas por un médico. Confío en ti, en nuestro amor, y eso implica que no existen límites para demostrárnoslo... Por favor, Gael, olvida mis limitaciones —habló reprimiendo un emotivo sollozo, y sus palabras rompieron el corazón de él al percibir la súplica en ellas.

»Ámame como solo tú puedes en este mundo hacerlo... Soy yo quien te lo pide, porque es mi destino y mi bendición que así sea. Quiero ser como arcilla entre tus manos, mi amor, moldear mi cuerpo al tuyo, hasta que se reconozcan aun a miles de kilómetros de distancia, y nunca se olviden uno del otro, incluso a pesar de cualquier cruel destino... No sé si un día ya... yo no...

—¡No! ¡Ni siquiera lo pienses! ¡Menos le pongas palabras a ese pensamiento! —la interrumpió él con voz ahogada al adivinar lo que diría, y con su rostro como un boceto rasgado por las lágrimas, no espero más y se adueñó de su boca.

Gael no supo entonces si su corazón, por esos minutos, se paralizó o si su cuerpo le seguiría perteneciendo. Besó con adoración a aquella niña hermosa que le robaba los sentidos y la voluntad con cada palabra. Se levantó con

cuidado y, ayudándola también a ella, la cargó en sus brazos con absoluta veneración, casi con temor a romperla, mientras que ella entrelazaba los suyos a su cuello y hundía el rostro en él. Caminaron hacia la tienda de campaña, que a lo lejos esperaba para cobijarlos. Como regalo de la naturaleza, varias libélulas revoloteaban el lugar, entre sus sonidos y aleteos se disponían a ser testigos de la más entrañable y perpetua entrega de amor, de esas que el mismo universo plasma con tintas de luz en su manuscrito eterno...

Había hecho todo lo posible para que, a pesar de las pocas condiciones, el lugar donde pasarían su primera noche juntos fuese inolvidable. Nunca imaginó que la entrega sería absoluta. «*¡No te engañes, Gael, muy en el fondo pedías al cielo que llegara este momento!*», se repetía en su pensamiento, y no negaba que aquel escondido anhelo de que fuera posible lo sorprendía, a pesar de luchar a cada minuto para no dejarse vencer por sus deseos carnales, algo que evidentemente sería imposible...

Había llevado el saco doble y acolchado para acampar que su padre guardaba para las noches de pesca, era bastante confortable y contaba con dos almohadones suaves; pero quizás un poco caluroso por el material del que estaba hecho. Por esta razón, decidió llevar dos sábanas blancas para forrarlo y una lona para cubrir casi en su totalidad el suelo donde instalaron la tienda. Era consciente de que Romina no podía apreciarlas, pero no por ello desistió de coger algunos de los jazmines silvestres que vio cerca del paraje donde recogieron la leña, y dejar dos ramos de ellos dentro de la tienda para aromatizar el lugar. Quiso darle, a lo que sería su primer lecho juntos, un ambiente lo más romántico posible, a pesar de saber que ella no podía verlo, pero... sí sentirlo.

Cuando entraron, con cuidado se dejó caer en su improvisada cama, sin dejar de besarla y adorar cada pedazo de aquella blanca e inmaculada piel. Romina se dejaba guiar entre caricias y vehementes sensaciones de placer que lentamente la llevaban a un inhóspito y maravilloso sueño hecho realidad. Gael no podía controlar el temblor de sus dedos intentando desanudar los tirantes del sujetador de baño. Jamás se había sentido tan nervioso en su vida, se debatía entre la sensatez de pedirle a ella que lo detuviera, por temor a dañarla, y la desesperación suplicante de que no lo hiciera, porque... ¡había soñado con ese momento innumerables veces en su soledad...! ¡Extrañándola, deseándola, amándola...!

Bajó las pequeñas piezas femeninas como quien descubre por primera vez

el tesoro mejor guardado, pues aparecía ante él su virginal desnudez. ¡Todo se le agolpó en su interior al verla! Gael soltó un gemido gutural al aparecer ante sus ojos aquella piel blanca sonrosada, y esas dos delicias por las que moriría complacido. Necesitó detenerse por la excitación casi salvaje que lo dejaba sin aliento. Toda su hombría palpitó enardecida y llegó a temer que perdería el control de sí mismo; quería calmarse, y eso cada segundo se le hacía más imposible, era una pugna interna entre su razón y aquel apetito voraz por ella.

Al percibirlo debatirse aún entre dudas, temor, sentimientos, y dejándose arrastrar por la pasión, ella lo llevó al mismo cielo... Se alejó despacio para levantarse un poco y terminó desnudándose por completo, para volver sensualmente a acercársele, debatiéndose entre su deseo y una dulce y tímida vergüenza al no poder ver en su rostro lo que aquel gesto de ella provocaba.

La mirada de él era la de un felino con su presa delante. Apreciando y adorando aquel cuerpo bendito ante sus ojos, y aquellos dos botones nacarados generosamente dotados con areolas rosas erizadas, que pedían a gritos su boca... ¡No las hizo esperar!...

Las saboreó hambriento de ellas, las mimó con delirio, luchando con su desesperación por no poder desatar totalmente la fiereza de hombre que lo quemaba por dentro. «*Es su primera vez... ¡Recuérdalo!*», se repetía una y otra vez en sus pensamientos.

Era diferente para él, había perdido como hombre su virginidad hacía poco, más de dos años, en el arrebato de una fiesta juvenil. Todo fue rápido, impropio, se podría calificar como puro deseo carnal o desahogo. En aquella ocasión fueron dos chicos jugando a la popularidad y queriendo estar en el grupo de los conocedores del sexo.

Esto que le estaba ocurriendo... ¡Jamás se acercaría o parecería siquiera! Aquí se sentía pleno, único, se consumía no solo de anhelo, ganas y ferviente deseo, sino de un sentimiento infinito que lo vencía a los pies de su mujer... «*¡Mi mujer! Qué bien se siente repetirlo, una, mil... ¡Millones de veces! ¡Mi mujer!*».

En aquel paraíso de sensaciones, ni cuenta se dieron de que ya estaban desnudos y abrigados solo por el calor de sus cuerpos, con sus pieles pegadas como dos obras de arte amando a la catedral que las resguardaría siempre. Ella creía que no aguantaría tantas emociones, y se dejaba consumir por ellas entre las palabras de amor que él le susurraba al oído.

—¡Mía! ¡Ahora sí, eres mía para siempre, mi libélula...! Te amo... ¡Te

amo tanto...! ¡Solo mía! —le decía, drogado por su aroma y sus caricias.

—Tuya... Tuya ¡Siempre... tuya, mi Gael...! —le respondía, descubriéndose en aquel mar de regocijo que la arrasaba; y mientras él la elevaba entre sus brazos, terminó sentándose a horcajadas, rodeándolo con sus piernas...

Sus manos la envolvían, la atesoraban, recorría con ellas su cuerpo como pecador desesperado, de rodillas clamando su absolución... Verle sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos, exigiendo más de su dosis de mordiscos y profundos besos, lo doblegaba al límite de sus fuerzas... ¡No podía aguantar! La sujetó firme de sus caderas y, levantándola desesperado, la acostó en el lecho para seguir venerando cada centímetro de ese cuerpo que era su templo sagrado.

El choque de los labios de ambos provocaba una rima de sonidos sensuales que desbordaban cualquier intento de sosiego. Romina olvidó todas sus angustias y se dejó abducir por esa electricidad de emociones increíbles que la consumía. Gael se perdía, complacido, escuchando los dulces y aniquilantes jadeos de su musa, mientras sus manos ansiosas llegaban justo al centro de todos sus latidos... Percibió cómo aquella humedad lo recibía complacida cuando sus dedos se hicieron dueños y señores de aquel virgen lugar para comenzar a consentirlo.

Un grito agónico de placer por parte de ella terminó por derrumbar la última de sus poses de control, dejándose caer para bajar sus labios hasta allí, resguardando entre ellos ese botón tibio, tenso y enrojecido. Bebió de su femenino fluido, lo mordisqueó y torturó sin clemencia con su boca regocijada al reconocer en ellos el dulce sabor que había imaginado en sus noches sin tenerla; añorándola, necesitándola hasta la desesperación total. Gozaba y era feliz de escucharla gemir; estremecerse; verla retorcer sus piernas entre sensuales temblores incontrolables, y apretar las sábanas con fuerza entre sus manos mientras repetía como un mantra su nombre, llevandoselo con su voz entre suspiros y jadeos hasta lanzarlo a un abismo sin retorno. Sabía que con él, y solo por él, era que ella desarmaba y entregaba aquel desenfreno sexual, y como macho alfa se enorgullecía por eso. No creía que pudiera aguantar más; su virilidad estaba marcada por las venas que, dolorosamente, clamaban como peregrinas su tierra prometida. Gotas transparentes de su esencia comenzaban a asomarse, humedeciéndolo, exigiendo ser liberadas, porque un mar desde sus entrañas vociferaba desesperado que no podía soportar mucho

tiempo más aquel erótico suplicio. «*Cálmate, Gael... Despacio, lento...*».

—Mi vida... —logró decir entrecortado—, júrame... que estás bien o... ¡Por Dios! ¡Voy a morir si me dices que no! —jadeó aterrado y suplicante.

—Es-Estoy bien..., mi amor... Pero... soy yo la que... moriré si no te tengo dentro de mí... ¡Ahora...! ¡Te amo, Gael! No me tortures más, mi vida. —Y su voz volvió a ser para él como los aleteos de las libélulas.

—Es que sé que... dolerá un poco y... —Ella lo calló con un beso que unió su boca a la de él.

No necesitó escuchar, preguntar ni... ¡respirar! ¡El cielo, la vida! ¡El jodido mundo le pertenecía solo por vivir aquel instante! Romina separó las piernas, y tras él recorrerla a besos desde su frente hasta sus pechos, haciendo tributo en sus hinchados labios, se colocó justo en su bendita entrada de mujer para pertenecerle de una vez y para siempre.

Se obligó a entrar lentamente en su cuerpo, lo más cuidadoso que tanto deseo humano le permitía. Ella se le aferraba con fuerza, perdida entre resuellos malditamente provocadores, y aunque la sintió clavar las uñas en sus hombros en señal de dolor al atravesar aquella virginal barrera, lo alivió ver cómo en poco tiempo los movimientos de sus caderas le indicaban que llegara hasta el final de ese camino que los dos ansiaban...

Y así lo hizo.

De una vez se hundió en ella con la agonía desesperada de un sediento, encontrando su propio manantial. Un gemido grave, pero extremadamente sensual, le fue imposible evitar a su diosa y un grito de placer sin límites, de su parte, la acompañó. Entre el dolor y la pasión esperaron quietos unos segundos; él besándola con ansias y dejando que aquel estuche bendito y glorioso lo aceptara y lo reconociera para toda la vida.

Romina, sintiéndose feliz de sentirlo hundido en ella y perteneciéndole por fin, no pudo dejar escapar dos lagrimas que fueron recogidas por aquellos labios que tanto adoraba.

Entonces, con una necesidad de fusionar sus cuerpos en uno, los movimientos emitieron la música celestial de dos cuerpos unidos no por el pecado que tanto proclamaba el extremismo humano, sino por la más antigua y verdadera de las razones del mundo: el amor...

Sudores, jadeos, besos y palabras inolvidables repetidas una y otra vez fueron la danza que los consumió... Mientras él sentía su hombría envuelta entre sus cálidas y suaves carnes, ella era feliz sintiéndose llena de su amor,

provocándolo como hembra, acariciando sus hombros, su pecho, y aferrándose a la piel dura de su espalda y a esos musculosos glúteos que tanto la hacían arder sexualmente, proclamándose como su dueña... ¡Su mujer!

Las manos se entrelazaron fuertes, los labios se pegaron con verdadera ansiedad y entonces... ¡lo sintieron...! Violento, indescriptible, sublime, arrasando a su paso con dudas, temores y angustias. Un orgasmo que los hizo rebasar el clímax de todo lo anteriormente imaginado, un río desbocado en su interior que la hizo sonreír y llorar a la vez, convirtiendo sus gemidos en un himno de felicidad que se extendía y alcanzaba hasta las mismas entrañas del gigantesco valle...

En el camino Sujumi...

—¡¡Noooo...!!

El grito estremeció su habitación mientras ella se despertaba en un sobresalto, toda bañada en sudor y con palpitaciones desbocadas en el pecho.

Se incorporó débil y sin aliento, se dirigió a la cocina en busca de un vaso de agua, el cual bebió de forma rápida y sin separar de su pecho la mano que en este aferraba. Había sido tan real ese sueño, era más que eso... ¡Una revelación! Y... ella lo sabía. El temblor de su mano derecha no la abandonaba, se miraba con desesperación la palma abierta... En sus ojos... ¡brillaba el miedo!

—¡Por Dios misericordioso! ¡Era un corazón! Latía en mi mano... ¡Latía...! —repetía atónita y sin lograr estabilizar su atemorizado cuerpo.

Recordaba con angustia infinita cada detalle de aquel sueño. Manuela se dejó caer en el sillón antiguo de su modesta sala y cerró los ojos, ahogando un grito profundo y punzante...

—Hay dolores inevitables y destinos escritos, hay seres que vienen a la tierra solo a dejar la semilla de la compasión por esta humanidad... Pediré por fuerza, consuelo y resignación a mis *orishas*, hijo mío, los necesitarás tanto; pero... recuerda siempre que tu destino no está escrito aún, mi muchacho.

Repitió en silencio una y otra vez su deseo, mientras que las lágrimas se adueñaban de su rostro y elevaba una plegaria, con los ojos cerrados, a sus ancestros...

Capítulo 10



Cortinas transparentes de neblinas abrazaban los grandes mogotes de Viñales.

Romina, ya despierta, alucinaba por la maravillosa noche pasada al lado de su amor mientras le acariciaba el cabello. Gael había sido el más tierno de los amantes, fue increíblemente bueno, paciente; y ahora, despertar rodeada por sus brazos y sentir su respiración en el pecho era para ella el momento más bello y adorable de su vida. Sentía el calor de sus cientos de besos en cada poro de su piel, como si esos momentos de pasión se hubieran adueñado de todo, formando un vendaval de erotismo desesperado. Disfrutó cada segundo en el que descubrieron juntos su intimidad y se convertía en su mujer; aunque estaba un poco adolorida, era una sensación que se entrelazaba con la satisfacción de sentir que le pertenecía por completo a él.

Se ruborizaba recordando cómo sus dulces gemidos de mujer complacida hicieron una ola eterna de cada caricia y de cada minuto en el que se pertenecieron. Su primera vez había sido maravillosa, compartida con una devoción que abarcaba todo y más de lo que un día pudo imaginar. No necesitó ver en aquel momento, solo vivirlo, fluir y dejarse arrastrar por todo ese apasionado mundo de sensaciones. Se sentía bendecida, una mujer completa y sin limitaciones por primera vez en su vida. Cuando sintió cómo Gael, con tierno cuidado, entraba en ella, la molestia física pasó a ser un

orgullo maravilloso por que fuese él quien se apropiara de su inocencia. Cuando percibió su goce, su disfrute y adoración, se consideró la mujer más afortunada del mundo, y la más feliz, por ser solo ella quien fuera capaz de hacerlo sentir así...

—¿Mi amor? —comenzó a llamarlo, sabía que dormía profundamente, abrazado a su pecho; pero debían levantarse ya para regresar a casa, se lo había prometido a su abuela.

—Gael... Mi vida..., ya amaneció.

—Agrrrr...—comenzó a levantar la sábana y, acurrucándose más a ella, gruñó al saber que ya se separarían—. ¿En serio debemos irnos? ¿No podemos quedarnos así para siempre?

—¿Para siempre?! —exclamó una risueña Romina, removiéndose para besarlo y logrando, sin proponérselo, despertar nuevamente sus instintos y deseos por ella...

Gael no tenía voluntad, se la había entregado a aquel ángel de ojos azules que era dueña de todos y cada uno de sus sentidos. Los besos nuevamente llegaron, arrasando la poca cordura que les quedaba después de esa delirante primera vez. Romina se entregó sin reservas, mientras él buscaba aquellos lugares deliciosos que serían para siempre su perdición y locura, y los disfrutaba sediento de ellos. Bajó por un camino de delirios hasta su tormentosa y adorada entrepierna para que su lengua y sus labios la veneraran y torturaran nuevamente sin la más mínima piedad, volviéndolo casi loco de tanto deseo.

Sus manos fueron pasando de ser dueñas de sus muslos, y de su perfecta cintura, hasta su sensual trasero y... ¡juraba por su vida que si ella continuaba emitiendo esos susurros y gemidos de placer, iba a perder la conciencia! Las caricias suaves, en aquellos vulnerables lugares, provocaban toda una maravillosa humedad que lo hacía arder al mojar allí sus dedos y escucharla murmurar con voz ronca que estaba lista para él... ¡Ya no había temores!

¡Romina era suya para siempre! Se lo gritaba su cuerpo temblando ansioso por entrar allí, donde pertenecía cada célula de él. Donde el sudor se hacía un fluido bendito y los gemidos se unían como un canto de idolatría. Romina emitía sonidos de satisfacción tan malditamente eróticos que lo enloquecían. Sentir su intimidad hinchada, tibia, exigiendo su entrada en ella lo hacía intentar encontrar un control inexistente y volverse un sumiso de aquella adorada mujer. Ella lo besaba y enredaba sus piernas junto a las suyas. Sus

pequeñas manos lo tocaban justo donde el cielo y la tierra misma se le unían en su interior, reafirmandole que no podría vivir jamás sin esa piel, sin esos labios, sin ese calor... Sin ella. Quería guardar ese cuerpo desnudo dentro de sí eternamente y no dejar que ni el sol lo disfrutara; se estaba convirtiendo en una obsesión sin límites ni explicación aquella necesidad de poseerla, marcarla y sentirla como suya... ¡Solo suya!

—Mi cielo... Mi libélula adorada... Voy a morir en tus brazos y con gusto así sería, siempre que no te lastime —le decía entre gemidos un Gael embriagado de ella—. ¿Estás segura de qué estás bien? Anoche fue tu primera vez, sé que pudo haber sido algo doloroso, brusco... No sé, quizás vamos muy deprisa y yo... —habló atolondrado mientras detenía sus movimientos con mucho esfuerzo.

—Gael... —lo interrumpió ella—, amarte y que me ames es la necesidad más absoluta que necesito y quiero en mi vida. No hay nada más maravilloso, más nuestro que entregarme en cuerpo y alma a ti. Sé mío, porque yo, a partir de ahora, existiré para pertenecerte solo a ti... Solo a ti, mi amor. Que me poseas es lo que me hace resurgir como ave fénix de mis propias cenizas.

Con aquellas palabras, terminó el cielo de bendecirlos. Gael no precisó de más para saber que aquella mujer, única y adorable, ahora era para siempre suya, y él... de ella. Se entregaron uno al otro con devoción, compromiso, con el secreto juramento en sus corazones de que ese amor nació para eternizarse y unirlos por siempre con una lealtad sin límites. La posesión fue idílica, los llevó al éxtasis que ya conocían sus cuerpos estando unidos... Se hicieron uno solo.

Para Romina, sentir a su amor dentro de ella era una sensación de fuerza, de vida. ¡Quería vivir! ¡Por él y para él! Se agarraría a cada latido de su enfermo corazón porque ahora sí sabía que nació con un propósito, y ese era amar a Gael Alcázar Belmonte... Y viviría para lograrlo.

—¡Dios, te adoro, mi eterna libélula! —dijo en un suspiro un hombre lleno de ella.

—Yo... te amo, mi amor eterno —comenzó diciendo ella, para no poder más y dejarse llevar junto a él en un orgasmo que les saqueó el alma...

El pueblo de San Vicente amanecía tranquilo, era sábado, y aunque aún se trabajaba en las plantaciones, el ir y venir disminuía considerablemente en la

plaza. Rolando caminaba con determinación hacia el Centro Telefónico para hacer aquella llamada, en la cual esperaba recibir ya noticias precisas. Sabía que en esa fecha su hermano ya estaba en Florida, coordinando detalles importantes; pero necesitaba saber cuánto tiempo tomaría todo en estar listo. Iba distraído y no se percató cuando, del otro lado de la calle, su suegro se acercaba con ímpetu y su habitual gesto serio y seco.

—Buenos días, Rolando —saludó cortante, ocasionándole sorpresa ante el inesperado encuentro.

—Muy buenos días tenga usted, Martín.

—¿Y ese milagro, tú aquí en la plaza tan temprano? No eres precisamente de los que con el alba rompen camino al trabajo... ¿O me equivoco? —habló el hombre entrado en edad, con ironía y la voz algo petulante en tono de desprecio.

Para Rolando, aquella actitud no le era desconocida, así había actuado con él su suegro siempre. Lo creía un bueno para nada, el estigma de su familia exiliada era algo por lo que lo habían rebajado y humillado todo el tiempo.

—Necesito hacer una llamada a mi familia, mi padre no está bien de salud —contestó con firmeza.

—Hummm... Vaya, pobre hombre; y allá, viviendo en ese infierno de país que no cuentan con salud gratuita como aquí. Cualquiera, hasta por una gripe, se muere. Allí todo es un negocio, el ser humano no vale nada, no hay decoro ni moral alguna. Considero a tu familia y, bueno, ¿qué puedo decirte? Al final ellos tomaron su decisión y cambiaron dignidad por materialismo barato, para en la vejez pagar las consecuencias de sus actos. Aunque tú también tienes culpa —continuó hiriente—. ¿Crees que no sé que has mantenido a mi hija y a mi nieto de las migajas de dinero que cómodamente te has dedicado a recibir de ellos? Espero que ahora veas la otra parte de esa putrefacta sociedad imperialista —terminó arrogante.

Rolando apretó los puños con fuerza. Ahí estaba nuevamente Martín Belmonte con su discurso despectivo y egocéntrico... ¡Si el supiera! Juzgaba, señalaba, reprimía e insultaba siempre que podía todo aquello que no estaba de acuerdo a su manera de pensar. Su egoísmo lo cerraba y lo convertía en un ser intolerante, a quien la necesidad y el adoctrinamiento político no lo hacía respetar la libertad y forma de pensar de otros. Rolando endureció la mandíbula, no era la primera vez que le aguantaba a su suegro reproches y críticas; pero ese día, en especial, no permitiría que la conversación tomara el

rumbo que Martín pretendía.

—Si usted lo dice, Martín, es porque conocimientos tendrá para afirmarlo. Ahora disculpe que lo deje, pero tengo que llamar a mi familia lo más temprano posible, así tendré más probabilidad de comunicarme rápido.

—Bien... —expresó frustrado este por no tener oportunidad de continuar la querrela de palabras—, que tengas suerte y sepas de ellos. De más está decirte por qué no mando saludos, ¿verdad? A pesar de todo, y al menos por tu tranquilidad y la de mi hija, claro, espero que no sea grave lo de tu padre.

Después de decir esto, lo miró fijamente y, dando media vuelta, continuó camino a donde suponía Rolando sería: las vegas de secado del habano, que era donde cada sábado acostumbraba a ir su suegro.

—Pero ¿y ya vamos a dar por terminado el día?! —reclamaba una muy ofuscada Lourdes mientras, con todo recogido ya, los demás se disponían a dar por finalizada la acampada.

—Romina debe ir ya a su casa, jiribilla. Tú sabes eso; además, en un rato es mediodía y hoy amenaza fuerte el calor.

—¡Pero habíamos planeado ir a la finca, Gael, y así poder ver a *Patrón*! ¡Lo prometiste! —dijo la pequeña Belmonte con ojos decepcionados por la negativa de su primo.

—Gael, por favor, ve con ella —suplicó una apenada Romina—; ya habían quedado en ir, no es justo que por mi culpa cambien sus planes.

—¡No, Romina! Por nada de este mundo permito que vayas sola a casa, y menos exponiéndote por no tomar tu medicamento. Y tú... —se viró enojado— debes entender, Lourdes María, que no siempre te puedes salir con tus caprichos ocasionando berrinches. ¡Crece, por Dios, crece de una vez! —dijo mientras miraba fijamente y con gran enojo a su prima, pero respiró profundo para calmarse—. Bueno, a ver, lo que puedo hacer es llevarte por la tarde. Después de dejar a Romina en su casa, voy a la mía, me ducho y cuando el sol baje un poco vamos a ver a *Patrón* a los establos de la finca, ¿te parece? —terminó por decir, dulcificando la voz.

¡Nunca! Nunca su primo la había avergonzado ni hablado de esa forma. Siempre, entre todos ellos, incluso entre sus hermanos, había sido el que la complacía y mimaba en todo a la altura de su abuelito Martín, algo que era mucho decir. Sentía impotencia y hasta rabia, y por primera vez desde que la

conocía sintió celos y antipatía por Romina. «*No es justo que ella me robe la atención de mi primo totalmente ¡No es justo!*». Se repetía muy dentro de ella mientras la miraba, no con odio, pero sí con mucho resentimiento.

Para Romina, parecía que aquella mirada de quien quería ella tanto, había traspasado su invidencia y la sentía honda e hiriente. Se sintió tan mal y culpable, y a la vez tan apenada, que todas sus incapacidades, que eran las causantes de la sobreprotección de Gael, le cayeron como mazo pesado en su triste realidad.

—Gael... —dijo en ese momento, refiriéndose a su novio con actitud demandante—. Si te comprometiste con tu prima, cumple tu palabra. Solo encámname a la curva de la casa de mi abuela, y desde ahí yo...

—¡Por supuesto que no haré eso! ¡¿Acaso crees que te arriesgaría por algo que puede esperar?! Ya le dije a Lourdes que la llevaré más tarde, y ella debe entenderlo. ¿Verdad, prima? —le preguntó en tono más suplicante y conciliador.

—Sí, lo entiendo —contestó la aludida—. Entiendo que... ¡desde que apareció Romina, nada ni nadie más existimos para ti! —habló con desdén y acercándose a quien consideraba su amiga, pero que en aquel momento la veía como una rival del cariño de su primo—. No te preocupes, Romina, ni te esfuerces, tienes dos armas muy acordes que te harán siempre ganar ante mí o ante cualquier persona... Una, tu ceguera; y otra..., tu enfermo corazón... Nada se puede hacer cuando el amor y la lástima van de la mano, ¿verdad?

—¡Lourdes! —gritó Gael horrorizado por lo que escuchaba y desesperado por las lágrimas que comenzaron a salir de los ojos cerrados de su novia. Enseguida se acercó a su prima y la agarró por el codo, volteándola—. ¡Retira esa barbaridad que has dicho! ¡¿Hasta dónde han llegado las consecuencias de que se te consienta tanto en la familia?! ¡Tú no eres así, Lourdes! ¡¿Qué sucede contigo?!

Lourdes se soltó con violencia, para ver a una Romina pálida y bañada en lágrimas con la mirada perdida. Se le encogió el corazón por un muy breve instante; aun así, su egoísmo por no ser más el centro de atención de uno de los miembros de su familia más querido para ella ganó la batalla interior y remató con la más dolorosa frase...

—La sinceridad no es pecado, primito —habló irónica, recogió su mochila y pasando de largo entre los dos, dando un empujón con su hombro a Gael, se alejó de allí.

El silencio se adueñó de ellos tras las últimas palabras que aquella chica, que siempre había sido dulzura y bondad, había lanzado al viento, y estas se respiraban con absoluto sufrimiento en la casi restaurada existencia de Romina. ¡No se aguantó más!

—¿Ves?! ¡A esto me refería, Gael! ¡No soy para ti! ¡Solo tú no lo quieres asumir! —Tomó aliento y sus ojos se llenaron de más lágrimas—. El silencio de tu padre durante aquella cena, la molestia de tu prima y sus hermanos cuando deben esperar por mí para todo. ¡¿Y ahora?! ¡Mi amiga, Gael! ¡La única verdadera amiga que he tenido en mi triste vida se aleja! ¡No es justo! No lo es... —terminó diciendo entre un mar de llanto, cubriéndose el rostro mientras Gael, en un impulso, la abrazó con fuerza y le susurró palabras de consuelo.

—Mi libélula, perdona a Lourdes y no te angusties, por favor, de esta manera. Verás que mañana mismo anda pidiendo disculpas y no dejándote tranquila; es más, seguro que en un rato no se aguanta y te llama por teléfono hasta marearte. Tú no tienes la culpa, mi amor, afloró el egoísmo y la malcriadez de una chica que ha sido consentida toda su vida en la familia por un clan de varones, principalmente mi abuelo, ¡él es el mayor culpable! —aseguró con ira, recordando las veces que, delante de todos, Martín Belmonte había alimentado el ego y la vanidad de su nieta.

Romina apoyaba su cara triste en el hombro de Gael mientras lo escuchaba, sin dejar de repetirse las palabras, según ella tan ciertas, que le había dicho su hasta ese día entrañable amiga.

Secó sus ojos y buscó con sus manos la mirada de su novio. Gael se asustó al ver una muy seria expresión en ella.

—No podemos, no es posible pasar por la vida lastimando a otros, cuando tú ni siquiera sabes si la tuya tendrá un buen final...

—¿Qué...? ¿¿Qué quieres decirme con eso?! —Se alarmó enseguida.

—Era demasiado bueno para ser posible, Gael, y... siempre lo hemos sabido los dos... Yo no pue...

—¡Detente! ¡No continúes más por ahí...! ¿Hablas de lastimar a otros? ¿¿De eso se trata?! ¿¿Eso es lo que te importa, Romina?! —Gael comenzó a moverse en círculos, desesperado, con las manos en la nuca por lo que ya entendía que pretendía ella—. ¡Dime algo! ¿¿Nosotros y nuestro amor, cuenta para ti?! ¿¿Esto que me desgarrá por dentro cuando la sola idea de perderte aparece en mi mente, cuenta?! ¡Maldita sea! ¿¿Lastimar a otros?! Entonces...

¿Que nos desgraciemos la vida los dos, separándonos, debería ser el precio a pagar por no lastimar a otros? ¡¿Verdad?! ¡¿En especial por el capricho de una chiquilla malcriada?! ¡¿Es eso lo que crees?! —dijo fuerte y evidentemente herido.

Romina se deshacía en dolor, la respiración se le aceleraba con cada palabra dicha por el hombre al que más quería en su vida. Gael se dio cuenta de su estado y rápidamente se tranquilizó, y se acercó para consolarla entre sus brazos. «¡¿Dios, ¿por qué me he vuelto a permitir perder los estribos?!».

—Tengo miedo, Gael... —Se ahogaba en sollozos diciéndole—. Tengo tanto miedo de llenar de dolor tu vida, de solo traer desencuentros y problemas en vez de sosiego y paz...

—Mi libélula, eres mi consuelo y alegría, mi principio y final desde el glorioso día que te tuve frente a mí por primera vez; pero... no soy nada si no tienes tú la certeza de eso también, sin que te aferres como yo a este amor que grita *vida* a cada momento y me hace ver un futuro real, el cual no visualizo si no estás a mi lado... ¿Acaso no lo has entendido? No puedo y no quiero vivir sin ti, solo imaginarlo me mata, me hunde, dime... ¿tú podrías?

Otra vez ese silencio que se empeñaba siempre en hacerle compañía en los momentos difíciles, pero esta vez... no fue vencedor. Romina se le acercó más y buscó con alevosía sus labios para recordarle a quién pertenecían. El beso ganó en intensidad, los envolvió el alivio y ambos volvieron a confirmar que estar juntos era su verdadera salvación. Era ridículo creer que existiría algo más importante que ellos dos. Con las frentes pegadas una con otra, y respirando más en paz, intentaron calmar el mal rato vivido.

—Trataré de hablar con ella mañana —alegó su libélula más calmada y con fe en su mirada triste, esperando que solo fuera un ataque de celos de su amiga.

—Verás que todo seguirá bien, la conozco y no es la primera vez que arma sus zafarranchos de celosa.

—Eso espero, mi cielo. Perdón por el mío, ese que es mejor no recordar... ¿Sí? —Bajó sus ojos al decirlo.

—Olvidado, hermosa, y bueno, creo que no esperaré a mañana para darte algo —dijo Gael con delirio e ilusión en su rostro.

—¿Algo?... ¿Qué te traes entre manos, Gael Alcázar? —preguntó intrigada y sonriente.

Gael buscó en el bolsillo delantero de su mochila y sacó una pequeña

cajita forrada en terciopelo, y de ella un precioso colgante de plata, del cual colgaba la figura pequeña de una libélula con dos piedras azules como ojos. Lo colocó en la mano de Romina y le pidió que con el tacto identificara lo que era. Así lo hizo, y las lágrimas, esta vez de dicha, asomaron nuevamente.

—Debe de ser... maravilloso, mi vida. Es... una libélula, ¿verdad?
—preguntó emocionada

—Sí, mi amor, lo es. Tenía unos centenarios guardados desde hace algún tiempo, obsequio de mi padre, y con unos pequeños zafiros, regalo de mi madrina, lo mandé hacer en la joyería del pueblo; espero que siempre te acompañe. En las alas de la libélula lleva una oración muy milagrosa de sanación —diciendo eso, tomó la exquisita joya, abrió el cierre y, rodeándola, le puso al cuello la cadena de la que pendía la artesanal obra

—Prometo conservarlo siempre, cada vez que lo toque me sentiré más cerca de ti.

—Y yo de ti, porque llevaré el mío. —Volvió a buscar esta vez en su bolsillo y sacó una réplica igual, pero con la figura de la libélula más pequeña, y guiándola con sus manos le pidió que ella se lo pusiera.

—Júrame ahora que nunca más dudarás de nosotros. ¡Lo necesito! ¡Temo y me enloquece pensar que puedas huir de mí, o que pueda perderte! Por favor, júrame que no pensarás siquiera en esa posibilidad por nada ni por nadie... júramelo. —Al decirle esto no pudo evitar abrazarla fuerte contra su pecho, y esperar por ese juramento que podía calmar toda la angustia encerrada en su alma.

—Mi Gael, ¿cómo podría alejarme de ti si eres lo que sostiene mi fe y mi débil vida? Por favor, perdona mis inseguridades, temores y dudas, que solo han logrado hacerte daño... Te lo juro, te juro por este amor, que es lo más valioso que poseo, que solo Dios podrá decidir si he de dejarte; solo su voluntad podrá hacerlo, mi amor... Nada ni nadie más...

Gael no necesitaba de más, y Romina sellaba otra de sus cicatrices con aquella seguridad que solo él era capaz de regalarle en cada minuto de su vida. Los sollozos de ambos se hicieron eco entre los árboles cuando un beso se llenó de lágrimas y ardió en deseo. Con desesperación, sus bocas se volvieron una. Muy profundo en los dos el temor a un doloroso futuro latía; pero, aun así, había que crear una esperanza fuerte y atarse a ella. No era solo una vida ahora la que importaba, sino dos, porque ellos... solo veían una visión a futuro, y esta era estando juntos...

Lejos de allí, entre valles y mogotes...

Después de caminar enojada y frustrada, se sentó a llorar de dolor y vergüenza. No había podido eliminar de su pecho aquel hoyo profundo de culpa, que como un pozo se llenaba de remordimientos. Era consciente de que se dejó arrastrar por una absurda egolatría al no ser, por una vez, la única prioridad para alguien de su familia, como había sucedido en sus dieciséis años de vida. Sabía que Romina, y su inmensa nobleza, la perdonaría por ser tan soez y egoísta; pero juraba que se encargaría de hacer lo que fuese necesario por borrar del recuerdo de su maravillosa amiga ese horrible momento que le hizo pasar. Se levantó de la piedra donde hacía un buen rato la reflexión y el llanto eran su única compañía, y tras sacudir con sus manos los restos de pajillas de palmiche que se pegaron a su pantalón, intentó decidir si regresar a casa o, de una vez, ir hasta los establos...

«Podré demostrarle a todos que no soy una nenita incapaz de actuar como toda una Belmonte. Sobre todo, a mi abuelito Martín, que siempre me ha dicho que su sueño es que esté a la altura de la buena amazona de la familia. ¡Sí! Total, ya estoy aquí...», pensó, decidiendo finalmente encaminarse a los establos de la finca de la cooperativa con la convicción de demostrarles a todos, especialmente a su primo Gael, que era tan mujer como cualquiera, y que no los necesitaba más detrás de ella protegiéndola como a una débil muñeca.

A lo lejos, en el cielo, las nubes se encrespaban enojadas como madres ignoradas por alguno de sus hijos. El viento, a tumbos, comenzaba a batir exasperado las largas cabelleras de las palmas, y la brisa húmeda que lo acompañaba mezclaba los olores a resinas, flores y campo. No demoraría en desatarse uno de aquellos aguaceros tropicales que desmayaban el brillo azul del día para convertir la mojada tarde en un silencioso arrullo junto a los caudales del río.

Según se acercaba a los corrales techados, podía ver varios de los animales de la cooperativa. A esa hora casi nadie estaba allí, menos en un fin de semana, podría por fin quitarse las ganas de que todos vieran que ¡ella también era una Belmonte! Divisó muy al final a quien la ayudaría a demostrarlo, erguido, fuerte e imponente, allí estaba... *¡Patrón!*

Dejó su mochila en el suelo y caminó hacia uno de los establos en busca de la silla de montar de su primo, sabía dónde la guardaba siempre. Sin dificultad alguna la encontró, pero con mucho esfuerzo logró levantarla para encaminarse hacia el animal.

«¡¿Berrinchuda, no, Gael?! ¡Verás qué tan berrinchuda puede ser esta Belmonte, primito...!».

Y, decidida, echó a caminar hacia su objetivo sin impresionarse por los estruendos paralizantes de aquellos relámpagos amarillentos y temerosos que medían distancia y fuerzas entre las montañas del valle...

«Se pada wa imole, se ogo, radiating oye...».

«Regresarás hecha luz, hecha gloria, irradiando vida...».

Manuela dibujaba en su mente esas palabras mientras su mirada se alejaba en aquel horizonte metalizado de la tarde, esperando una lluvia que vendría cargada de nostalgias y...

—Enfrentamientos... Verdades... Dolor y despedidas... —Con los ojos cerrados recitaba esas palabras en voz alta, como plegaria a sus ancestros, sosteniendo su tazón de infusión de tilo y canela, dando pequeños sorbos de él—. Corazones se tendrán que vestir de acero, y almas nobles necesitarán consuelo... No hay remedio ni huida, pues todo tiene su tiempo; y todo lo que se quiere, debajo del cielo cobija su lugar y su hora —decía con ojos humedecidos—. ¡Fe, hijo mío...! Los años no definen, solo son el medio que usa el universo para cerrarnos y abrirnos ciclos en la vida, porque... *«Pelumimo ila... a ti ko o...».*

Asintió, triste e impotente, para repetir:

—Porque... con líneas santas... estaba escrito...

Capítulo 11



Consejo Nacional de Estado, La Habana. Agosto de 2004

El pasillo le parecía un largo camino ensordecedor, roto el silencio tan solo por el eco de sus pasos que lo dirigían a un laberinto de incertidumbres, sin saber qué se iba a encontrar al final de este. Llegó a la puerta y, frente a ella, respiró profundo, leyendo el letrero...

CENC

Oficina de Investigaciones

Luis Ángel Castillo Rodríguez

Director

Se alisó el cabello y echó una ojeada a su impoluto uniforme militar y a su lustroso calzado; si había algo que siempre lo caracterizaba, era el porte de respeto con que vestía siempre. Sujetó con fuerza la carpeta negra con toda la documentación clasificada que llevaba recopilando y se ajustó los espejuelos. Continuaba receloso por la notificación recibida el día anterior citándolo a esta reunión; algo le decía que se trataba del caso *Barrio adentro*, como se nombraba a esa investigación. «*Al mal paso, darle prisa*», pensó antes de dar

dos toques de nudillos en aquella entrada.

—Adelante... —escuchó la respuesta desde el interior.

La oficina del general Castillo era un lugar que pecaba de ser lúgubre y ostentosa a la vez. Los sillones, de color gris, contrastaban con la amplia mesa escritorio de color negro y superficie de ébano con bordes de mármol. Las paredes se cubrían con diplomas, títulos militares y premios de Estado, sin obviamente faltar, como en toda institución de gobierno, las dos inmensas fotografías de los máximos líderes revolucionarios, especialmente el presidente de la República. Las imponentes ventanas, al fondo, regalaban la vista del movimiento capitalino en la conocida avenida Paseo junto al emblemático monumento martiano, custodiando la histórica Plaza de la Revolución Cubana. El ambiente estaba cuajado de lujo, definitivamente se respiraba arrogancia y prepotencia desde que se entraba allí.

Del otro lado del escritorio, aquel hombre de mirada profunda hacía un análisis de él como si quisiera escanear sus pensamientos. Tras recibir de su parte el habitual y requerido saludo militar, acompañado de la palabra *jordene!*, le pidió tomar asiento con gesto serio, tomando a su vez una documentación y repasándola detenidamente.

—¿Cómo va todo, Sanfield? ¿Alguna novedad que debemos comentar? —habló sin mover la cabeza hacia él, solo levantó los ojos por encima de sus espejuelos de lectura, dejándoselos en la punta de la nariz, a la espera de la respuesta de su interlocutor.

Castillo era toda una leyenda dentro del gremio militar cubano. Veinte misiones militares internacionales que cedieron ante la pérdida en combate de su extremidad inferior derecha, y más de veinticinco galardones de Estado, incluyendo el de Héroe Nacional de la República, formaban parte de su presumida trayectoria revolucionaria. Era un hombre de casi setenta años, con escaso cabello, canoso, y nariz perfilada. Tenía ojos negros y piel bronceada, que lo clasificaba en la tradicional etnia criolla cubana, además de un sobrepeso que a la vista lo hacía un tanto grotesco. Su fama intransigente y desmedida con sus subalternos lo hacían constantemente el protagonista de anécdotas de pasillo en el Consejo.

—Todo sigue su marcha, mi general —contestó Arturo Sanfield, seguro de que aquella pregunta iba dirigida a la investigación que realizaba.

—Bien, coronel Sanfield. —Se quitó los lentes y se recostó hacia atrás en el sillón, mirándolo fijamente—. Debemos conversar acerca del expediente

Barrio adentro —dijo sin preámbulos—. Hemos recibido, o ¡mejor dicho!, se me ha informado sobre detalles de los que no tenía conocimiento alguno... ¿Podría aclarármelos usted, Sanfield?

—Con todo respeto, general Castillo, si no me explica a qué detalles se refiere, la verdad no sabría cómo aclarar sus dudas —alegó contrariado por aquella pregunta tan inquisitoria.

—Sanfield..., he tenido ciertos conocimientos de que usted está personalmente relacionado con este caso, y la verdad quisiera pensar que...

—¡Eso no es verídico! —interrumpió bruscamente, y al darse cuenta de su error se aclaró la garganta y bajó la voz, ante la expresión de cejas levantadas de su superior—. Nada personal me mueve tras este caso —explicaba lo más convincente que podía—. Estoy de a lleno resolviéndolo por el interés revolucionario que encierra, esa es mi prioridad como superior a cargo en el proyecto de investigación en Pinares.

La experiencia como estratega militar durante años le aseguraba a Castillo que aquel hombre no estaba hablando sinceramente. La palidez de su rostro al escuchar la pregunta, las pupilas dilatadas, unidas al imperceptible movimiento nervioso de sus manos y su rígida postura, delataban aquella confesión que se negaba a admitir.

—Bien... Supongamos que acepto lo que me está diciendo, coronel... A pesar de lo que crea yo o no, quiero comunicarle que el capitán Soler formará parte de su equipo en este caso a partir del próximo lunes.

Arturo mordió su mandíbula al escucharlo decir aquella decisión. Estaba avisándole de que estaría siendo supervisado constantemente su trabajo dentro de aquella misión. Soler era uno de los dirigentes militares de supervisión clasificada de los casos, indiscutiblemente lo tendría encima de él sin descanso... «*¡Esto complica todo! ¡Maldición!*», intentó mantener calmada la respiración y ocultar su frustración, ya vería más adelante cómo encaminar todo a favor de sus intereses... «*Por ahora, creerás que te sales con la tuya... ¡Imbécil!*», pensó.

—Como usted lo decida, general... Si considera el buró que debo tener como apoyo y refuerzo en el caso al capitán Soler, será muy beneficioso que trabajemos juntos —aseguró con tranquilidad fingida, ante los ojos no convencidos del todo de su jefe.

—Espero, Sanfield, que conscientemente me esté hablando con la sensatez que espero y espera nuestra revolución de usted. Recuerde que en el pasado ya

hemos tenido que tomar decisiones... extremas, donde su apellido ha estado involucrado y...

—¡General...! —Volvió a interrumpirlo—. No tenemos por qué remover aguas pasadas que incluyan errores de mi familia... Mi lealtad está con el Gobierno, mi cargo militar y la revolución cubana.

—¡Correcto, Sanfield! Me alegra que estemos de acuerdo. Ha sido todo por hoy, y espero que las cosas sigan marchando con la rectitud y la imparcialidad que amerita el caso. ¡No habrá paños tibios para nadie! ¡Espero lo tenga claro! —terminó con un tono rayando en lo agresivo.

—¡Absolutamente, general! —remató imitando el mismo tono, y tras estrechar la mano y despedirse con el obligatorio saludo militar, dio la vuelta y salió de la oficina.

Necesitó de todas sus capacidades de equilibrio mental para no golpear lo primero que tuviese delante. Al salir de aquellas cuatro paredes, caminó al baño ubicado unas puertas adelante y se lavó el rostro con abundante agua, como quien acaba de salir de las inmediaciones de un volcán a punto de hacer erupción. Secó su cara y con las manos apoyadas abiertas en la meseta del lavabo, mirando fijamente su imagen cabreada en el espejo, pensó con furia.

«¡No acabarás con los planes que me han costado años de sufrimiento y soledad! ¡No tengo nada que perder! ¡Lo que más quería..., la vida y él me lo quitaron...! ¡Esta es la hora de mi revancha!».

En Viñales, la caída del atardecer prometía, como tantas veces, bañar de vitalidad la vegetación y llenar de brío los ríos y arroyos con la fuerte lluvia que anunciaba su próxima y rápida llegada, por las tenues gotas que ya caían.

Cualquier resplandor que el sol regó durante las primeras horas del día, estaba ahora reemplazado por los velos de penumbras grises de nubes abarrotadas de cargas eléctricas e hilos de relámpagos. La brisa mecía todo a su alrededor y, pausadamente, iba intensificando su fuerza como quien anuncia un temeroso evento.

Lourdes encontró un poco de dificultad para quitar el cerrojo del portón de los corrales, en momentos creyó que desistiría; pero, aunque la naturaleza parecía enojada y dispuesta a hacer de las suyas, la idea de cabalgar a *Patrón* bajo la lluvia la tentó más a completar su aventura. Logró abrir la puerta y se adelantó a la última de las bardas divisorias, donde sabía que encontraría a su

caballo favorito en toda la región.

Lentamente se fue acercando a él, entendía que no era de buenas pulgas y, por tanto, debía actuar con cautela. El animal se comenzaba a mostrar arisco, movió su cabeza y patas delanteras lentamente hacia un lado, en señal de intranquilidad y aprensión. Al principio se sintió atemorizada, y por unos segundos se quedó quieta e inmóvil, pero no desistió en su propósito y continuó acercándose con la silla de montar en posición, lista para ponérsela. Casi estaba ya al lograrlo, veía por el rabillo de su mirada los ojos redondos y saltones del caballo, y cómo los orificios de su hocico se abrían y resoplaban mientras una de sus patas delanteras arrastraba el pasto de adelante hacia atrás.

Afuera ya se había desatado la lluvia fuerte, y su caída estrepitosa contra las planchas metálicas del techo del establo confirmaba que era un verdadero diluvio universal de agua y potentes truenos lo que ocurría afuera. «*Muy acertada la idea de techar todos los corrales unos meses atrás*», pensó... Era el momento justo para ensillarlo, y decidió hacerlo de una vez, volviendo a acercarse a *Patrón* con mayor precaución que cuando llegó.

Continuaba viéndolo reticente y nervioso, pero no había llegado hasta allí para dejarse doblegar o intimidar. Observó, en el lado derecho de la pared de tablancillos, una fusta de cuero color caoba, y decidió bajar la silla de montar al suelo para alcanzarla, y de aquella forma intentar exigirle docilidad al equino.

—¡No podrás conmigo, *Patroncito*! ¡Soy tan Belmonte y dura como tu dueño! —dijo en voz alta mientras lo miraba, acercándose con la fusta y apuntándolo tras inclinarse, y, trabajosamente, cargar la silla intentándolo ensillar cuando...

—¡¡Ay, noooo!!

El animal, sintiéndose amenazado, se levantó en sus dos patas traseras, atacándola con furia.

Todo fue tan rápido que Lourdes no pudo apenas reaccionar, solo sintió el golpe macizo en su cabeza, cerca de su oído, y una humedad caliente saliéndole. El aturdimiento casi no le dejaba ver las dos patas del caballo levantándose frente a ella mientras caía en el pasto seco y rodaba sin control. ¡Otro golpe sordo contra las tablas de la pared, y llegó otro más en las costillas, que le hizo perder la respiración!

—¡No, *Patrón*! ¡No!... ¡Detente! —gritaba sin fuerzas en la voz,

cubriéndose el rostro con los brazos en forma de cruz.

Sintió un doloroso impacto en su nuca y el último en el estómago, mientras los relinchos del caballo se hacían cada vez más lejanos e inaudibles en medio de lo que creyó era la cabalgata con la que se alejaba de ella.

El aguacero repicaba lejano, perdiéndose en un letargo que la recorría confundida entre tinieblas de imágenes, donde una luz brillante le hacía visualizarlas como en cámara lenta, desde el más reciente hasta el último recuerdo de su vida. El corazón comenzó a latirle a toda prisa, como si en aquel difícil momento buscara fuerzas extras para mantenerse vivo. Todo era blanco, iluminado, la visión más hermosa que creyó ver jamás... Rostros conocidos sonreían... «*¿Quiénes son?*», se preguntaba entre aquel estupor de nieblas, luz e increíble paz... El calor de algún tibio líquido rodaba por su espalda. El frío comenzaba a regarse como olas en su débil e inerte cuerpo.

Oscuridad...

Quietud...

Silencio...

Y sus últimos pensamientos haciéndose humo denso en su mente para eternizarse con ella...

«Perdóname, Romina... Te quiero, Gael... Sean felices por mí... Hasta siempre...».

—¡Al fin llegas, hijo! ¿Cómo les fue? —le preguntaba una Adela atenta a preparar el almuerzo mientras secaba sus manos en el delantal para acercarse a él y darle un beso.

—Bien, mamá... ¡Maravilloso, la verdad! —le contestó Gael, recordando aquella inolvidable noche y dejando su mochila en el suelo para sacudirse la ropa húmeda gracias a las gotas de lluvia, que terminaron alcanzándolo durante el regreso desde la casa de su novia.

—Bueno, por tu cara y esos ojitos luminosos veo que estás feliz y que fue una muy linda acampada, ¿verdad? —dijo con complicidad, entornando los ojos.

Gael le sonrió a su madre cuando la vio mirarlo con picardía, y la abrazó diciéndole:

—¡Estoy enamorado hasta el tuétano, mamá! ¡Mi libélula es mi gloria, y quiero una vida eterna con ella! Hemos hecho algunos planes y...

—¿Planes?! —interrumpió una voz algo severa detrás de ellos, y un Rolando Alcázar con rostro muy contrariado se quitaba su gorra de trabajo y se les acercaba—. ¿De qué planes hablas, Gael?!

—De los planes que pretendo hacer con mi novia, padre. Quiero ir a estudiar a La Habana para estar cerca de ella, queremos vernos a menudo; además es probable que ella pueda entrar a estudiar música. Les dije que era buenísima con el piano, ¿verdad?, y...

—¿Gael! —lo interrumpió su padre nervioso, mientras tomaba aliento después de escuchar cómo su hijo se llenaba de sueños a futuro—. Creo que es demasiado pronto para hacer planes, hay cosas que deben ser habladas, pensadas con detenimiento, y para serte sincero, *mijo*, tu novia es preciosa, no lo niego, puede que esa belleza te tenga encandilado, pero hay una realidad en ella que no puedes negar y...

—¡Calla, padre! —Gael sabía por dónde venía aquella intervención de él, y no permitiría que despreciara a Romina de esa forma—. ¡Adoro a esa mujer! Y sin importar su discapacidad, es con quien quiero hacer mi vida, porque no la concibo, ni acepto, sin ella a mi lado... Espero que lo entiendas de una vez y que una conversación como esta sea la última vez que la tengamos.

A Rolando se le heló la sangre, se vio reflejado en su hijo cuando, hacía más de veinte años, se negó rotundamente a dejar atrás a su novia, a la que más tarde hizo su esposa. No contaba con esto en sus planes, ni siquiera imaginó que esa relación fuese tan seria para su hijo, esto lo complicaba todo y... ¡Dios! La vida le estaba devolviendo el mismo as que le dio a sus padres dos décadas atrás, y esta vez la tirada estaba en su contra...

—Tu madre y yo necesitamos hablar contigo —dijo decidido y con voz asustada.

—¡Ahora no, Roli, por favor! —Se adelantó ansiosa la madre de Gael, temiendo la reacción de padre e hijo—. Debemos hablar esto con calma, en otro momento.

—¿Qué es lo que tienen que decime? —preguntó intrigado Gael, con la expresión de su rostro extrañada y brazos cruzados.

—Algo importante, hijo, que cambiará nuestra vida y... es hora de que ya lo sepas. —Rolando se llenó de valor, sabía que era el momento de contárselo—. Nosotros hemos intentado hablarte de esto, pero nunca encontrábamos cómo o cuándo era idóneo que tú...

—¡Adelaida! ¡Gael!

Los toques en la puerta y los gritos de Jacinto Belmonte hicieron que levantara la mano en señal de continuar más tarde aquella conversación, mientras se adelantaba a la puerta para abrir.

—¿Qué sucede, Jacinto, por qué tantos gritos?

—¿Dónde está Gael?!

—Está atrás, en la cocina. Pero... ¿qué pasa?

Gael y su madre ya salían al umbral de la sala en ese preciso instante cuando su tío, con rostro desencajado, lo abordó.

—*¡Mijo!* ¿Has visto a tu prima? Llevamos tres horas buscándola, Tomas y Adrián llegaron de casa de su amigo José Luís, y dicen que no saben dónde está. Nos dijeron que después de la acampada ella se quedó contigo y con la nieta de Sanfield, pero aún no aparece y no está en ninguna de las casas de sus amigas —terminó Jacinto muy mortificado y casi sin resuello.

—Tío, ella se quedó con nosotros, pero yo fui a llevar a Romina a su casa, estuve un tiempo allí, y Lourdes se fue para la de ustedes —explicaba sereno, deseando tranquilizar su angustia—. Habíamos quedado más tarde en vernos; pero la verdad, con la tempestad que de imprevisto se desató, pensé que había desistido de...

Gael sintió aquel escalofrío helado en forma de un aterrador presentimiento bajar por su garganta, y no pudo terminar la frase... El corazón le comenzó a latir acelerado, un montón de imágenes comenzaron como flashes a pasarle delante de sus ojos, que ya debían parecer aterrorizados, ya que sus padres y su tío se percataron de eso, preguntando casi al mismo tiempo.

—¿Qué sucede?! ¡Habla, por Dios!

—Tío, ella... —No podía ser verdad lo que pensaba... «*¡Dios mío, no!*»

—¿Ella qué, muchacho?! ¡Suéltalo ya! —exigió Jacinto.

—Ella... quería montar a... *Patrón*...

Gael no terminó de decir aquello y un Jacinto Belmonte salió como alma que lleva el diablo corriendo de la casa, rumbo a la cooperativa y los corrales. Detrás de él, Gael y sus padres.

La lluvia arreciaba, los caminos eran verdaderos lodazales, y aquellos cuatro seres empapados no tenían reparo en charcos, piedras ni relámpagos cayendo sobre sus cabezas. ¡Nunca un camino que hasta ese día parecía cercano, se les había alargado tanto...! Mientras Gael corría delante de sus tres mayores, al lograr adelantarlos, rezaba porque no hubiese pasado nada con su testaruda y muy querida prima. «*¡No nos hagas esto, Lourdes!*

¡Maldita sea, no!».

Llegaron primero a los corrales pequeños y no vieron al animal ni rastro alguno de la chica. Gael fue el primero en apresurarse a los establos, sabía que Nemesio, el encargado, le decía que *Patrón* se alteraba con las tormentas, y que era más dócil cuando lo resguardaban de ellas. Habían estado de acuerdo en poner atención a eso.

La brisa levantaba un frío helado, atemorizante y desolador, y las hojas de los árboles zumbaban con... tristeza. Gael se acercaba al final de la última barda divisoria corriendo, seguido de sus familiares, un nudo cada vez más apretado le consumía el pecho, y al llegar hasta allí...

—¡¡Dios, nooo!!

La imagen era tan desgarradora... que lo hizo sujetarse de la baranda de entrada y soltar un sollozo profundo tras poner sus dos manos en la cabeza...

Una Lourdes tirada en una esquina de la pared, al fondo del corral, con las piernas encogidas y llenas de heridas, con su cabello completamente ensangrentado cubriendo su rostro... Era más de lo que alguien podía soportar. Sus padres y su tío llegaron en segundos detrás de él y los gritos inundaron el lugar...

—¡Nooo, hija! ¡Mi nena! ¡Noooo! —Su tío cayó de rodillas al suelo, en total desesperación, con el rostro contraído y bañado en lágrimas.

—¡¡No la muevas, Jacinto!! —le gritaba Rolando, también en estado de pánico al lado de su esposa, que lloraba desesperada, ya le había tomado el pulso, y evidenciaba que aún respiraba.

—¡Hijo! ¡Corre a la posta médica y que traigan la ambulancia! ¡Avísale también al doctor Benítez en el consultorio! ¡¡Corre, Gael!! ¡¡Corre!!

Gael reaccionó y salió desenfrenado, sabía que ganaría más tiempo si cogía algún caballo, y así lo hizo, ni siquiera lo ensilló, a puro pelo salió en busca del auxilio urgente que necesitaba su prima.

En medio de su cabalgata bajo la lluvia, que no quería dar descanso, podía saborear sus saladas lágrimas abriéndose paso en su rostro mojado por la tormenta... Una tormenta que jamás sería ni remotamente parecida a la que acababa de desatarse en su vida...

«*¿Por qué, jiribilla?! ¿Por qué?!*», se preguntaba desesperado...

Dolor, lagrimas, sufrimiento, despedida, mentira, traición... Todo aparecía

en aquellos *dilogún* (caracoles yorubas), que finalmente se había decidido a consultar, ante los ojos espantados de Manuela.

«¡El destino está escrito! Muchas almas deberán perdonarse... Muchos corazones necesitarán sanar... ¡Guíanos a todos, Padre mío!».

Pensaba con los ojos y manos levantados al cielo...

Capítulo 12



Vedado, barrio de La Habana

Entró en el departamento y, como siempre, el silencio reinante le aceleraba la respiración y los latidos. Se deshizo de su gorra militar y tiró el llavero en la mesa del centro, para rápidamente atravesar el pasillo hasta la habitación matrimonial, el miedo a que se alejara de él nunca lo dejaría en paz, y ese era su suplicio personal de cada día... «*Sabes que no le faltan razones para hacerlo, la culpa te consume... ¡Cabrón!*», se recriminaba siempre...

No era necesario llegar hasta allí, desde antes de asomarse a la puerta le llegó aquel aroma maravilloso a lavanda que por años lo había encadenado a ella. Aminoró sus pasos hasta que, con mucha cautela, logró asomarse al umbral de la entrada de la habitación y verla. Como había sido desde que la conoció, caminando por aquella universidad rusa, continuaba moviéndose como si flotara y tuviera todo el tiempo del mundo en la vida, más el control absoluto de su espacio... Esa actitud segura y paciente a la vez, era lo que hizo que se rindiera sin remedio a ella.

Armando, sonriendo, con los brazos cruzados y reclinado en el marco de la puerta de la habitación, disfrutaba de ver a su esposa preparando aquel equipaje sobre la cama. Sus ojos iban, sin que ella se percatara, desde la punta

de sus delicadas manos, que doblaban aquellas prendas de ropa, hasta su rostro dulce emanando paz. Esa misma paz que él tanto pidió encontrar hacía mucho tiempo, pero... su cobardía se le atravesó como una barricada de guerra impidiéndoselo, nunca se perdonaría todo lo que la hizo sufrir, por eso estaba dispuesto a dedicarse en cuerpo y alma a enmendar todos y cada uno de sus errores.

Ivanna, en ese momento, era feliz; irían a Viñales a ver a su Romina, y estaba no solo ansiosa, sino pletórica de dicha por abrazar a su hija después de meses sin verla. Hablaban cada noche por teléfono, y constantemente sabía de ella, incluso de la relación con ese joven que tenía a su niña soñando entre almohadones de plumas. Reconocía que cuando se lo dijo se alarmó, como siempre, al temer que algo pudiera herir o dañar a su tesoro; pero después de hablar horas y horas con ella, estaba decidida a confiar en que ese amor había llegado para bendecir su vida y llenarla de ilusiones. Pensarlo la hizo sonreír, y entonces se viró al recordar que...

—Hola... —la saludó con una media sonrisa, y el verlo parado, reclinado en el marco de la puerta con los brazos cruzados al frente y observándola, logró que le diera un brinco el corazón, y las eternas y traicioneras mariposas despertaran en su vientre, como si las muy ladinas siempre se pusieran de acuerdo para atormentarla ante la presencia de su marido.

No podía evitar sentirse perdida en sus ojos. A pesar de los miles de momentos dolorosos y vicisitudes pasados entre ellos, el perdón y la complicidad se abrían paso cada vez más, ganando el terreno perdido. Armando seguía provocándole, sin importar cuántos años pasaran, un deseo casi visceral de lanzarse a sus brazos. Continuaba siendo un hombre varonil y sensual, a pesar de su madura edad. Su cabello negro ya se mezclaba con hilos de canas grisáceas, haciéndole un adorable contraste con sus ojos oscuros; además, había sido un hombre amante del deporte extremo, y eso había ayudado a que mantuviera una condición física impecable, que la hacía estremecer al imaginárselo desnudo encima de ella.

Le dijo, alguna vez, que comenzó desde su juventud a practicarlo, en la escuela militar, y hacía unos días le confesó que cada vez que tenía oportunidad, desde que regresaron a la isla, se escapaba al centro de entrenamiento de las FAR, y lo mismo el paracaidismo, el motocross y el parapente habían contribuido a que conservara ese cuerpo musculoso y firme que la tentaba constantemente. A pesar del compromiso que se había hecho de

ir con calma, no podía evitar querer perderse en su piel cada vez que lo veía... «*¡Basta, Ivanna! ¡Ya esto no es normal a tu edad! ¿O sí?*», se reclamó internamente.

—Hola, Armando... —intentó dar un saludo algo indiferente, pero definitivamente su expresión corporal no la acompañaba, y mucho menos la sugerente mirada con la que lo devoró—. ¿Todo está bien? Aún sigue en pie el viaje a Pinar, ¿verdad? —preguntó sin ocultar su temor ante la posibilidad de no poder ver a su hija por algún contratiempo y que se deshicieran sus planes.

Esto no pasó desapercibido para su esposo, y le dolió muy en el fondo ver su angustia. Se acercó a ella y, tomándola por sorpresa, besó su frente.

—Todo está bien... En dos horas viene el chófer a por nosotros —contestó sin dejar de mirarla.

Por unos segundos, los ojos de ambos se quedaron tan fijos y compenetrados que parecían hablarse desde lo más profundo de sus almas. Sin necesidad de palabras se habían puesto de acuerdo, ninguno tocó nuevamente temas dolorosos, se daban su tiempo, y solo se habían dedicado a expresarse su infinito amor dándole rienda suelta a la pasión que, sin dudas, lideraba su unión.

—Entonces... seguiré empacando... —cortó ella aquella breve conexión y dudó al preguntar—. ¿Quieres alguna ropa o artículo en específico que deba poner en la maleta? —dijo sosteniéndole la mirada pero con voz inestable, definitivamente sus emociones se disparaban cada vez que estaba a su lado; sin embargo, se propuso darle el tiempo que él necesitara para sanar, y cumpliría con ello...

Armando sentía los latidos de su corazón en la garganta. Durante esos meses en que su hija había estado fuera con sus padres, eran incontables los momentos que se habían dado para amarse, sin reclamos ni preguntas... Sabía que ella esperaba sus explicaciones, y cada momento que pasaban juntos lograba que él sintiera caer lentamente en pedazos la coraza que por años ocultara sus miedos, celos y desconfianzas; esto, sin duda, lo liberaba cada día más. A veces llegaba a casa bien entrada la noche, aborrecía que su trabajo continuara robándole tiempo a su lado; pero seguía intentando evitarlo según sus posibilidades. Aun así, el amarse como dos seres heridos, encontrando en cada uno su propia salvación, era en ese momento su mayor felicidad, haciéndolo replantearse olvidar y creer que tan solo la maldad de algunos era lo que había atentado contra lo que, para él, continuaba siendo su

gloria.

—Guarda lo que consideres, cariño. —Ella sonrió al escucharlo llamarla así.

—¿Seguro? ¿Nada en especial? —Involuntariamente, el tono de su voz se escuchó con picardía, provocando que la mirada de él la intimidara.

—Lo dejo a tu imaginación —contestó provocándola.

—¡Eres el mismo vanidoso de siempre! —Palmeó ella su hombro al sentir cómo la acercaba a él—. Me refiero a artículos personales.

—¿Y qué te hacer pensar que yo no me refiero a lo mismo?

—¡Te conozco! ¡Así que déjame terminar! —Lo apartó de ella y le dio la espalda riendo.

Armando metió las manos en los bolsillos de su pantalón sin dejar de mirarla. Se debían muchas conversaciones, pero esta tregua sanadora entre ellos estaba rescatando el valor que necesitaba para abrírsele y contarle toda la verdad. Sus ojos iban de lo que afanosamente hacían sus manos con el equipaje hasta su rostro, y no pudo evitar preguntarle.

—¿Cómo cree que lo estamos haciendo, señora Sanfield?

Ella levantó los ojos a él sin dejar de apoyar las manos sobre las ropas dobladas dentro de la maleta. Sabía a qué se refería.

—Muy bien, señor Sanfield. Cada día mejor.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy segura —afirmó.

Vio a su marido mirar al suelo y esbozar una tímida sonrisa. Era increíble cómo aquel hombre de fisonomía corpulenta podía parecer un niño asustado ante sus ojos en aquel momento. Esto la enterneció y sintió fuertes deseos de abrazarlo, pero sabía cuál era su objetivo, y ese no era otro que dejarlo a él librar su propia guerra emocional de una vez.

—Te amo... —le salió por instinto decirle, y él rápidamente clavó su mirada brillante en la de ella.

—No más que yo a ti... —La vio sonreírle.

—Voy a llamar al chófer de nuevo, no quiero dilatar más la partida.

Ella asintió con el semblante feliz, y esta vez quien sonrió fue él. Suspiró profundo y se dirigió a la salida de la habitación, pero justo al llegar a la puerta se detuvo y, sin virarse completamente, no pudo dejar de confesarle:

—Cada minuto me recrimino lo poco que te merezco. Hay momentos de nuestra vida que son una carga de culpa difícil de lograr deshacer, en especial

uno... Ese es el que más me tortura, ya que pensé que te perdía y... —respiró hondo para continuar—. Juro que no descansaré hasta que nuestra memoria lo olvide por completo y ponga en su lugar un manto de todas tus sonrisas... Te amo... —diciéndolo, salió y cerró la puerta tras de sí. Sin poder ver que dos lágrimas, acompañadas de una sonrisa, adornaban el rostro de su esposa.

Ivanna sabía con seguridad a qué momento en específico hizo alusión, e inevitablemente este vino a su mente como un golpe doloroso...

La Habana, 1994

—¿Será la última vez que intento salvar este matrimonio, Armando! ¿No pienso desgastarme más queriendo explicar o justificar una situación de la cual soy totalmente inocente! ¿Estamos cayendo en lo mismo! ¿¿Acaso no lo ves?! ¿Tus celos obsesivos e irracionales nos han llevado a un precipicio donde caemos sin salvación los dos! ¿Lo que nos estás haciendo es injusto para los dos, por Dios! —reclamaba una vez más de tantas, desesperada.

Hacia poco más de dos años que se habían establecido en La Habana. Desde el mismo momento que pisaron tierra cubana, su esposo se propuso hacerle olvidar cuanta situación triste habían dejado atrás, en Moscú. Pero las cosas nuevamente se desmoronaban y, esta vez, la distancia que marcaba entre ellos sus constantes misiones era su agobiante talón de Aquiles.

Después de muchos días de angustia, discusiones, indiferencias, soledad y miradas cargadas de un inexplicable reproche hacia ella al regresar de Angola, decidió enfrentarlo, y la cruel realidad la golpeó con dureza y decepción. Cada palabra y acusación que salieron de los labios de su marido laceraron su espíritu de una manera contundente y torturante...

Siempre fue consciente de cuán celoso era Armando; desde novios era algo de lo que de inmediato se percató, y más de una vez ocurrió algún altercado entre ellos por su absurda desconfianza, la cual la ofendía y así se lo hizo ver. Entonces acordaron que él trabajaría mucho para mejorar su temperamento, y ella lo apoyaría en todo. Al casarse, no podía decir que las cosas mejoraran completamente, pero al menos podía sobrellevarlas gracias al inmenso amor que los unía. Hasta que... él le confesó la verdadera razón por la que salieron de Rusia intempestivamente y se vinieron a Cuba, el motivo por el que tuvieron que irse del país y la revancha política de la que había sido víctima tras la decisión que tomó en aquel acto público en la

embajada... Le dolió tanto saber aquella verdad... Pero lo que aniquiló su vida fue comprobar que su gran amor, su Armando, había cargado durante años con aquella duda, y, más aún, que volviera a desconfiar injustamente y de la manera más cruel para ella...

—¡Quiero regresarme a mi país, con mi familia! —le dijo ella casi histérica, al comprobar, por no sabía ya cuán número de veces, que era imposible hacerle ver su equivocación... De nada servía ya pretender salvar lo que lentamente, durante meses, él se había encargado de ir destruyendo de nuevo... Lo vio mirarla con ira al escucharla decir aquello, y llegó a sentir temor por primera vez de su reacción...

—¡Jamás! ¡¿Me escuchaste?! ¡Jamás podrás irte lejos de mí! —espetó con furia, sus ojos parecían dos llamaradas que en cualquier momento podían calcinarla—. ¡Las cosas no son tan fáciles! ¡Eres mía, y primero muerto a dejarte libre en los brazos de otro! ¡Antes muerto, Ivanna! —garganteó dominante.

—¡Estás loco! ¡Te has dejado controlar y obsesionar por tus celos enfermizos de nuevo! ¡Nos estamos haciendo daño! ¡¿No lo entiendes?! ¡Pensé que habíamos superado todo esto! —Respiró profundo para calmar aquella adrenalina tóxica, que llevaba consumiéndola demasiado tiempo, debido a tantas discusiones y tanta dolorosa tensión. Así que intentó calmar sus palabras.

»Armando, llevamos años en esta batalla sin sentido... Sigo creyendo que tu grave error fue traerme engañada, no sincerarte conmigo antes de venir y hacer tu propio juicio en algo tan delicado y triste como es todo lo que tan fervientemente crees cierto. —Una boconada de aire la ayudó a no flaquear como otras veces—. Dime... ¿Tú me crees realmente una... adúltera? —Y un pinchazo hondo en el pecho le recordó aquel instante, cuando él, con dureza, le mostró el anónimo que alguna ponzoñosa persona le hiciera llegar, sacudiendo nuevamente su más inseguras emociones—. Sin embargo, yo... estoy segura de que, muy en el fondo, sabes que nada de lo que han sido capaz de sembrar en tu corazón lo crees realmente. De ser así, no serías el Armando con el que me casé y al que, a pesar de todo, no logro dejar de amar ni aunque quisiera... —Las traicioneras lágrimas que tanto quería retener se burlaron de ella al escucharse afirmar aquello, y corrieron libres por sus mejillas—. Déjanos ir entonces... —pidió al verlo apretar los ojos secándose bruscamente la humedad en ellos que lo delataba—. Por

favor, no sigamos sufriendo por algo que no tendrá solución, ya que tú lo has querido, además...

—¿Déjanos ir has dicho?! —La enfrentó soberbio e interrogante, dando dos pasos adelante y acercándose más a ella con gesto rudo—. ¿Qué quieres decir con eso?! —Ivanna lo miró dubitativa e incrédula.

—Me refiero... a mi hija y a mí, sabes que jamás me alejaría de ella —expresó sin entender ni saber qué esperar esta vez de aquella actitud amenazante—. Quizás es tiempo lo que necesitamos para superar esta nueva prueba, y tú...

—¿Mi hija?! ¡Vaya...! Dices... ¡solo-tu-hija! —dividió la frase y rio irónico, casi malévolamente, interrumpiéndola—. Entonces no estoy tan errado al tener esta duda clavada como un veneno que me consume respecto al origen biológico de Romina... ¿verdad?! —gritó fuera de sí, dando un puñetazo en la pared cercana a él que la hizo dar un brinco, estremeciéndose horrorizada por sus palabras y viendo el contraste de las lágrimas de él resbalar por las duras líneas de expresión de su rostro.

—¡Eres un cobarde, Armando Sanfield! —lanzó cada una de sus palabras de la manera más hiriente que le fue posible—. ¡Era solo una expresión! ¡Dios...! —Llevó sus manos a la cabeza, primero, y luego cubrió con ellas su rostro. Se viró dándole la espalda, para luego dejarse caer en el sillón que estaba a su lado, con el rostro desencajado por completo y bañado en lágrimas. Levantó la vista y clavó como espinas su mirada en él, y duramente le reprochó—: Ahora entiendo todo... —habló casi ahogándose de llanto—. Por eso tu cambio con la niña... Por eso... ¡llevas días evitándola! Apenas la miras y, cuando te he visto hacerlo, me preguntaba por qué tus ojos parecían húmedos, desolados y llenos de... ¿dolor?

Sollozó con más fuerza y tapó su boca, aguantando aquel grito desesperado que amenazaba con consumirla de una vez. Nunca imaginó llegar a sentir rencor por el hombre que tanto amaba, y ahora no sabía cómo manejar aquel ciclón de sentimientos y de desprecio que comenzaba a aparecer en ella como un temblor de tierra sacudiendo toda la ciudad...

Su esposo clavó la mirada en las puertas abiertas del balcón, que comunicaba con la sala donde estaban, y la perdió a los lejos. Tenía las manos unidas delante, en forma de un puño, y las frotaba con lentitud pero con una evidente excesiva fuerza. Sí, su sangre era como un elaborado cianuro de dudas y desconfianza que le recorría las venas, y la mayor de

todas era si aquella niña, la viva copia hermosa de su madre y la absoluta razón de su existencia, era carne de su carne o... ¿no...? Cuando subió al avión que los traía de regreso a la isla, venía decidido a cambiar sus vidas. Dejar atrás su pasado, el tóxico recuerdo de los actos de su madre y dedicarse solamente a vivir por y para su familia. Pero la vida se empeñaba en ponerle obstáculos, y los desafíos llegaban ahora en forma de anónimos alentándolo a hacerle una prueba de ADN a su hija para comprobar que... Solo pensarlo lo destruía por dentro... Cuántas veces se planteó hacerlo; pero por un lado estaba la cobardía, y por el otro un terror espantoso que lo paralizaba ante la sola idea de comprobar que su hija, su maravilloso tesoro, no fuera suya.

—No lo entiendes ni entenderás, Ivanna... Solo de creer que algo así pueda ser posible... —Contrajo tanto la mandíbula que llegó a resultar doloroso el gesto—, preferiría morir. Por eso necesito que me hables con la verdad, si esas pruebas de las que habla el anónimo llegan a mis manos y... —pidió lento, pero sin dejar de quitar la amenaza en su forma de hablar.

—¿La verdad...? ¡Estás malditamente enfermo de celos...! —contestó con ironía, exhausta por seguir navegando entre olas de explicaciones inútiles—. Espero que seas consciente... —la escuchó decirle, y era como si la tuviese lejos y no a pocos pasos de él— de que esto lo cambia todo... ¡O peor aún...! ¡Lo puede terminar todo! —dijo con ira—. Tu ofensa ha rebasado cualquier límite, alcanzando a lo único sagrado e inocente que nos queda y nos une... Este ha sido un cráter que se ha abierto entre nosotros, y ahora sí... creo que difícilmente podremos volver a ser los mismos...

No soportó más y con pasos rápidos y angustiados, unidos a sus sollozos, se marchó, quedándosele la piel helada al pasar por su lado; dejándolo solo con aquel corazón convertido en un témpano de hielo...

Ivanna terminó de hablarle con un dolor que se podía palpar en el aire... Cada palabra de su esposa se colaba en sus entrañas, rasgándolas como si fueran zarpazos de un animal salvaje. Se había estado debatiendo entre las dos voces que regresaron a su vida después de dejarlas en el pasado, recordándole aquel día, en aquel andén frío y lejano...donde comenzó su tortura. Una, lo llevaba al borde del deseo de tirarse de rodillas delante de aquella mujer que era su vida, su paz y la razón de su existencia... La otra, le exigía que llegara hasta el fondo de una verdad que, como un fantasma salido del mismo purgatorio con el rostro de su innombrable examigo, lo

atormentaba hasta la desesperación, convirtiendo su vida en un verdadero vórtice que lo arrastraba entre polvos y cenizas hasta hacerlo un pobre diablo sin rumbo ni razón para vivir...

¿Y si su amigo Lorenzo tenía razón? ¿Y si detrás de esos anónimos estaba la mano de ellos..., de Raquel Durán y su padre? No eran ilógicas las hipótesis de sus amigos.

Armando caminó hasta el balcón y se aferró al barandal, perdiendo la vista en el horizonte azul de aquel malecón, guardián de un océano tan inmenso como el sufrimiento de su alma... Entonces, no pudo frenarlo más, bajó la cabeza y el llanto llegó invadiéndolo todo para intentar, con su pureza, dar tregua a tanto sufrimiento, doblegando su hombría totalmente. Apretó los ojos ahogándose como un niño entre lágrimas que pedían a gritos un consuelo sanador, y consumiéndolo en sollozos roncós de agonía...

A su espalda, la humedecida mirada de lamento de una mujer lo observaba refugiada detrás de la mampara del salón... Ivanna había regresado, arrastrada por la impotencia y la decepción, a continuar la discusión y llevarla hasta las últimas consecuencias; pero ver la imagen abatida de su marido, llorando desvalidamente, la hizo detenerse e incluso, por breves segundos, deseó abrazarlo con fuerza para resguardarlo con la seguridad que sabía él necesitaba; sin embargo, solo fueron breves segundos. «Debe reaccionar, y... tú tienes que ser fuerte y no compadecerlo. Él es el único responsable de todo este calvario, ¡no lo olvides!». Con la mano queriendo sostener a su corazón desbocado, y obligándose a no volverlo a mirar, regresó a su habitación aquella tarde, y decidió dejarle al tiempo, al destino y a su esposo... el desenlace de su historia de amor...

En el presente...

Escuchó voces a lo lejos, al parecer el chófer había llegado, y ella aún no terminaba de arreglarse. No supo cuánto tiempo estuvo absorta en sus recuerdos, sonrió de lado. «¿De qué sirve ya que recuerdes todo esto, Ivanna...? Debes olvidarlo, él lo está intentando. ¡Sé que lo lograremos!».

Después de ese episodio llegaron días difíciles, las misiones continuaron y las distancias se convirtieron en duras cicatrices para ambos. «Nuestra hija... Ella es lo único que importó entonces, solo Romina...». Y sacudiendo la

cabeza como quien espanta malos pensamientos para darle paso a la esperanza, terminó de poner brillo a sus labios delante del espejo, aligerándose por salir a comunicarle a su esposo que estaba lista para viajar...

En Viñales...

El final de esa tarde lluviosa tenía un color diferente, no le era posible explicarlo, pero hasta el viento parecía más lento, más frío. Romina salía de tomar un baño y, sentada a un lado de la cama, peinaba su larga cabellera con una calma mayor a la habitual, no sabía qué era lo que le provocaba inquietud y zozobra, además de una impaciencia poco habitual en ella. Estuvo todo el día intentando llamar a Lourdes; pero al no recibir respuesta, no aguantó más y hacía un rato le pidió nuevamente a su abuela que marcara el número de la casa de los Belmonte y preguntara por su amiga, pero nadie contestó. Por otro lado, Gael le había dicho que vendría después del almuerzo, era extraño que no se comunicara, aunque quizás el agotamiento lo hizo dormir toda la tarde, y entendía que fuera así, ella también descansó luego que llegara de su inolvidable acampada.

—¿Quieres una merienda, mi niña? —Entró casi desapercibida por su nieta. En la puerta de la habitación, una Esther rozagante, y secando sus manos en un pequeño paño blanco de cocina, se complacía viendo diferente a su niña, con otro brillo y muy animada. Mejor ni preguntar detalles que obviamente ya suponía—. ¿O prefieres esperar la cena? Estoy haciendo judías con carne. ¡Sé que te gustan mucho!

—No, abuela, quizás tome un jugo de mango y más tarde cenaré. Además, aún no se si Gael vendrá esta noche. —Continuaba intentando reprimir la angustia que sin razón aparente apesaba su pecho.

—Bueno, a tu abuelo le encantaría que viniera, casi nunca coincide con él por estar en sus labores. Sabes, me dijo que ya comienza a caerle bien el muchacho. ¡¿Pues qué te parece el viejo cascarrabias?!

Romina se rio por las palabras de Esther. Intuía que el abuelo estaba medio receloso, por eso de que su niña tuviera novio, solo le decían que eran enamorados y se estaban dando la oportunidad para continuar conociéndose, otorgándole tiempo para que le tomara cariño a Gael y, sobre todo, confianza.

Ingenuamente, Rigo continuaba carraspeando la garganta ante cualquier fugaz beso de ellos, cuando, a pesar de los regaños de su esposa pidiendo que dejara solos a los chicos, se mantenía cerca vigilándolos al estilo del siglo dieciocho, como un perfecto chaperón de aquella época, y reclamándole a Esther que aquel noviazgo debería ser del conocimiento de su hijo y su nuera. Ella lo tranquilizó al decirle que Ivanna estaba al tanto y que, en cuanto a su hijo, esperaban hablar con él personalmente; así lo habían decidido los jóvenes.

Por otro lado, Romina y Gael lo dejaban hacer su voluntad, claro, siguiendo la recomendación de la propia Esther, y, al parecer, la estrategia estaba dando resultados, ya que su novio se ganaba cada vez más al protector abuelo. «*¡A ver cómo nos va con mi padre!*», no pudo evitar pensar.

—Las acampadas, aunque divertidas, agotan, abuela. Tal vez Gael necesitó la tarde para dormir un poco; pero si viene, le encantará coincidir con el refunfuñón y adorable de mi abuelito —afirmó, haciendo un pícaro gesto con la boca.

—Seguro será así, mi cielo. Bueno, sigo en lo mío; si necesitas algo, me llamas. —Se acercó a la muchacha y besó su frente, para luego dejarla sola y pensativa en la habitación.

Después de que su abuela salió y escuchó cerrar la puerta, Romina, lentamente, se fue acercando al ventanal de su habitación. Desde allí escuchó algunos murmullos de jóvenes que, al parecer, pasaban por el camino del otro lado de la casa, y sin saber por qué la sintió de nuevo... Ahí estaba esa inexplicable intranquilidad en forma de un nudo apretado en el pecho...

«*¿Por qué siento esta angustia...?*», terminó preguntándose.

El trayecto al hospital había sido un verdadero suplicio entre lágrimas, gritos y súplicas al universo. La familia Belmonte no había demorado en enterarse de la tragedia, lo mismo Martín y su esposa; como Felipe, el otro tío de Gael. Luego de muchos contratiempos con la ambulancia, y de lidiar con mil faltas de recursos, lograron que llegara el auxilio hasta Lourdes y que, finalmente, entrara a la sala de emergencias del Hospital General de Pinar del Río.

Los padres de la chica, y sus hermanos, estaban devastados y en un *shock*

total de desesperación. Martín condujo su viejo Ford del sesenta y cinco a una velocidad casi inaguantable para los años de aquel antiguo vehículo, detrás de donde llevaban a la querida Lou, sin dudas para nadie en estado muy grave, y perdiéndose en el sonido espantoso de la sirena que avisaba de su paso.

La situación, indiscutiblemente, era desquiciante. La expresión de los médicos que los recibieron no había sido para nada alentadora, y aunque pedían aterrorizados que les dijeran algo, ellos no se atrevían aún a anticiparse a dar ningún diagnóstico, pidiéndoles paciencia y que los dejaran atenderla. Así llevaban ya más de tres horas en aquel salón frío y triste, donde la incertidumbre y el miedo amenazaban con llevarlos al límite de la locura.

—¡Sigo sin entender qué hacía mi nieta sola en los corrales! —reclamaba Martín Belmonte, sentado con los codos apoyados en los muslos y dándole vueltas con las manos nerviosas a su sombrero de yarey—. ¡¡Maldita sea!! ¡¿Alguien me lo podrá explicar de una jodida vez?! —explotó diciendo el viejo Martín, levantándose del sillón como un animal acorralado entre la ira y el dolor. No soportaba más aquel silencio inerte y necesitaba buscar un culpable que lo ayudara a canalizar tanta impotencia al no poder, como siempre, tener todo bajo control.

—¡Papá, debes calmarte, por Dios! Después de que sepamos cuál es la condición de Lourdes, será cuando podremos pensar en explicaciones —dijo su hija Adela, con el rostro rojo de tanto llorar—. Hazlo por mi cuñada y mi hermano, ellos necesitan nuestro apoyo. —Lo trató de calmar, girándose a mirar a un Jacinto casi enloquecido de dolor junto a su esposa, Sofía, a quien habían tenido que sedar con un calmante inyectable para que pudiera controlar sus gritos y absoluta desesperación.

—Abuelo... —Se adelantó a decir Gael al verlo tan herido y enojado—. Yo debí acompañarla cuando me lo pidió... —Luchó contra las lágrimas frotándose los ojos, no quería provocar más dolor si lo veían a él también desfallecer—. Ella... quería que la ayudara a intentar montar a *Patrón*, y le prometí que iríamos; pero... yo tenía que llevar primero a Romina a su casa, y Lou... no lo entendió; entonces...

—¡¿Que hiciste qué?! —bufó fuera de sí—. ¡¿Dejaste a tu prima sola por estar de culequero con otra tipa?! —El rostro anciano de aquel hombre de facciones duras se transformó en cuestión de segundos. La rabia e impotencia que había sentido hasta el momento se convirtió en odio, un odio inmenso que lo invadió por dentro, al punto de querer acabar con todo a su alrededor. Con

su mirada atravesó la de su nieto como una daga que, de haber sido real, sin duda lo hubiera herido físicamente...

»¡Eres un maldito inepto, igual que tu padre y su estirpe! —Pareció que escupía sus palabras—. ¡Nunca debí permitir que tu madre te engendrara de un hombre como él! —Siguió gritando—. ¡Esto es tu maldita culpa, Gael! Te juro que... aunque seas mi nieto por equivocación, si algo le pasa a Lourdes, ¡jamás te lo perdonaré! ¡¿Me escuchaste?! ¡Jamás!

Gael se quedó atónito con las palabras hirientes y agresivas de su abuelo. Apenas iba a reaccionar cuando vio que un puño cerrado se atravesó delante de él en el aire y se estampaba en el rostro descompuesto de odio del patriarca de los Belmonte...

Jacinto saltó de su asiento para auxiliar a su padre, pero este bruscamente le rechazó la ayuda dándole un manotazo. Las mujeres se quedaron paralizadas, y un Rolando Alcázar inmutable y encolerizado, cerró sus puños a ambos lados, dispuesto a esta vez no dejarse someter ante palabras ofensivas.

—¡A mi hijo usted no le habla así, y mucho menos lo humilla de esta forma! ¡Ahora sí pasó la raya, Martín! —increpó Rolando, transformado en un padre lobuno defendiendo a su cría—. Le he aguantado bajezas y desprecios durante muchos años, ¡pero esto no se lo toleraré! ¡Ese es mi hijo! ¡¡Mi hijo!! —reafirmó—. ¡¿Me entendió?! Conmigo haga o diga lo que quiera, ¡pero a mi hijo lo respeta!

Martín se enderezó mientras secaba la pequeña línea de sangre que salía de su labio roto, con mirada maliciosa e irónica sonrisa miró con más rencor a quien había aguantado como su yerno en contra de su total y absoluta voluntad, por casi dos décadas.

—¡Eres una escoria, Rolando Alcázar! —vociferó—. ¡Maldigo la hora en la que te cruzaste en el camino de mi hija!, y más aún, ¡maldito sea el día en el que mi sangre se ligó con la tuya! —culminó diciendo, volviendo a mirar a su nieto ante el grito ahogado de su hija y de su esposa, que no podían dar crédito a tanta maldad en el rostro de aquel padre, abuelo y esposo—. ¡Largo de aquí! ¡Tú y tu asquerosa sangre traidora y sucia! ¡Largo! —Se llevó la mano al pecho, gritando fuera de sí. Una vigilante se acercó a ellos al ver que se estaba dando allí un problema.

—¡¿Qué sucede aquí?! ¿Alguien puede explicarme? Les recuerdo que estamos en un hospital —exigió, evidentemente enojada por el exabrupto.

—¡Saque a este hombre de aquí, oficial! Por favor... —pidió Martín

intentando parecer más calmado—. No es miembro de nuestra familia, no tiene por qué estar molestando en este trágico momento para nosotros.

—¡Padre! Te recuerdo que estás hablando de mi esposo —intervino Adela incrédula, al confirmar hasta dónde había llegado el odio enfermizo de su progenitor por Rolando y cuán ciega había estado por años, creyendo que era tan solo una antipatía por diferencias políticas. Buscó la mirada de apoyo de su madre, pero como siempre... no la encontró. Ella bajaba hasta su regazo los ojos llorosos y nerviosamente estrujaba en sus manos el pequeño pañuelo de hilo que le servía para secarse el rostro. «*¡Hay cosas que nunca cambiarán!*», se dijo.

—Entonces, querida hija, ¡decide tú! —Se viró ella, sosteniéndole la mirada al escucharlo hablar tan severamente—. ¿En qué lugar quieres estar...?! —continuó acechando como fiera herida Martín—. Has demorado mucho en hacerlo, y mira... —Apuntó con un dedo manipulador en dirección a donde su hijo Jacinto, con la cara demacrada, los observaba sin fuerzas para intervenir, padeciendo la desgracia ocurrida; queriendo así el anciano, absurdamente, hacerla sentir culpable—. La vida te está dando la oportunidad ahora mismo demostrándote quiénes, en verdad, merecen tu dedicación y tu lealtad —habló con palabras duras y ojos fijos en su única hija, esperando una respuesta de ella.

Adela lo miró callada, con el corazón hecho añicos. No podía creer que su padre, el hombre que tanto había amado, respetado y venerado toda su vida, se hubiera convertido en esa persona irracional, rencorosa e hiriente. Algo muy dentro de ella le gritaba que aquel sería el momento del adiós entre ellos dos, y era aún más lacerante el dolor que le provocaba pensarlo. Entonces dijo entre lágrimas y con la voz apenas audible:

—¿Eso... Eso es lo que quieres, papá? ¿Ponerme a escoger? ¿Dejarás que tu intransigencia y egoísmo termine por separarnos? —Tragó en seco y vio la dura realidad, esa que tantas veces se negó poniéndose una venda de protección, la misma que se le caía ahora de una vez por todas. No recibiría comprensión alguna, ya lo sabía... A cambio, unos ojos dominantes continuaban clavados en ella, y con eso le respondían todo, para terminar de romper aquel lazo que alguna vez consideró eterno.

—Entonces... Bien... —no podía continuar mirándolo un segundo más porque se sentía languidecer, así que se giró hacia su hijo y su esposo.

—Vámonos..., encontraremos otra manera de estar atentos a la evolución

de Lourdes.

—¡Pero, mamá...! —Gael fue a decir algo más cuando Adela, levantando la mano, le pidió que callara.

—Es lo mejor, hijo, no te preocupes, que no dejaremos solos a tus tíos, ni mucho menos a tu prima... —Al decirlo, miró a su hermano y a Sofía, encontrando en su gesto la comprensión que esperaba hacia aquellas palabras.

Se acercó a su esposo y se apoyó en su brazo, sintiendo sus manos heladas y temblorosas, al hacer contacto con su tibia piel. Miró a sus padres y el alma se le desgarró al ver a su querida, y ya anciana madre, hecha un mar de lágrimas, le sonrió haciéndole el gesto de tirarle un beso con la mano. «*Ojalá hubieras tenido más carácter, mamá*», pensó...

—Adiós, padre... Que Dios te perdone y te conceda una vejez tranquila, no permitiendo que un día... la soledad sea tu única compañía.

No recibió respuesta, solo la indiferente y lúgubre mirada vacía del hombre que le dio la vida y ahora se viraba de espaldas a ella... Un hombre a quien sentimientos como la prepotencia, el orgullo y la soberbia le habían convertido el corazón en una roca hueca.

Extendió la mano a su hijo, Gael estaba con la cabeza baja, y le partió el alma verlo avergonzarse sin razón alguna. Lo besó y, con sus dos brazos a su lado, caminó por aquel pasillo en busca de la salida. Cuando su esposo le pasó el brazo por la cintura y con la otra mano le acarició la mejilla, se llevó la suya hasta su medallita de la Virgen de la Caridad del Cobre y salió de allí clamando en su interior una oración por su sobrina.

Al llegar afuera se cruzaron con su hermano Felipe, esposa e hijos, que llegaban en aquel instante apresurados. Habían ido a buscar a sus sobrinos mayores hasta la capital, en la escuela militar donde estudiaban, cuando supieron de la tragedia que había acontecido en la familia.

—¿Qué sucedió, Adela?! ¡Dinos que no ha sido lo peor! —dijo con angustia el hermano mayor tras estrechar la mano de Gael y de su padre, para disponerse a abrazarla.

—No... Todo sigue igual... Continúa en cirugía —contestó, recibiendo ese abrazo fraterno que tanto agradecía en ese momento—. Pero, por favor, acompaña a mamá y a papá, sé que te van a necesitar mucho.

Felipe Belmonte la soltó y arrugó la frente sin entender lo que estaba pasando, aparte de aquella desgracia que había sucedido en la familia; pero no creyó oportuno entrar en indagaciones en ese momento.

—Está bien, nos quedaremos hasta saber noticias. ¿Ustedes regresan más tarde?

Los tres se miraron, y al ver Rolando cómo su hijo volvía a bajar los ojos al suelo, decidió contestar.

—Por ahora no, será lo más adecuado. Tu padre está... alterado, y es mejor darle su tiempo. Por favor, manténnos al tanto de todo.

Su cuñado creyó entender qué podía estar sucediendo. Para nadie era desconocido el rencor y la antipatía que sentía su padre por su único yerno; de inmediato se dio cuenta de que algo había pasado allí dentro.

—Por supuesto que los mantendremos al corriente —dijo la esposa de Felipe, que se había mantenido callada al lado de sus hijos.

Era una mujer elegante y con mirada amable, y aunque nunca había mantenido una actitud cercana dentro de la familia, sí se podía notar que era solidaria cuando tenía que serlo. Además, algo siempre le reveló a Rolando, en la actitud de ella, que tampoco tenía una buena opinión de su suegro, por eso creía que lo evitaba casi todo el tiempo, al punto de apenas compartir juntos con frecuencia.

Se despidieron todos, y después de besar a sus sobrinos, que parecían más bien dos maniqués enfundados con traje militar y miradas inmutables, Adela le dio un abrazo a su hermano y a su cuñada, y se apartó unos pasos, esperando a que Gael y Rolando se despidieran también, para finalmente irse a casa.

Gael, con las manos en los bolsillos, andaba decaído y callado, más de lo normal en él. Se adelantaba varios metros a sus padres, sus pensamientos iban una y otra vez del dolor a la amargura, y de ahí a la vergüenza que le causaba recordar las palabras de su abuelo. Adela pudo ver el sufrimiento desgarrador que causó en su muchacho la declaración de desprecio de su padre, y se sintió como una leona herida en lo más sagrado de su vida. Fue cuando una fuerza decisiva se apoderó de ella, unida a un profundo resentimiento.

—¿Rolando?

—Dime, mi amor.

—¿Cuándo estará listo todo? —Respiró con fuerza—. La decisión está tomada... No esperemos más, buscaremos el momento adecuado y hablaremos con Gael—dijo muy segura de sí, mirando al frente y sin siquiera detenerse a observar el rostro entre asustado y sorprendido de su esposo.

Capítulo 13



La mañana y sus inconfundibles sonidos campestres daban aviso de que el pueblo volvía a su labor diaria; hasta allí, entre sábanas y un poco de holgazanería le llegaba el aroma del café de la abuela.

Estaba muy preocupada, el día anterior no tuvo noticias de Gael hasta muy entrada la noche, que llamó a su abuela cuando ya ella se había ido a dormir. Le había dejado un recado diciendo que su mamá estaba indispuesta y quiso acompañarla. A pesar de la lógica de aquella explicación, Romina no estaba conforme del todo, incluso creyó sentir un poco nerviosa a su abuela al darle el aviso de la llamada. Y, por si fuera poco, sus padres habían telefonado también para sorprender con que estaban por llegar. Su padre, primero pasaría a hacer algunas gestiones de trabajo durante el trayecto y poder, así, estar finalmente unos días con ella. Por lo que solo faltaban, tal vez, horas para que sus padres conocieran a Gael y se enteraran de la relación que los unía. Pensando esto, se dirigió al baño para asearse, y esperaría junto a su abuela a que Gael viniera, según le había enviado a decir la noche anterior.

—¡Ay, *mijo*, qué desgracia! Apenas he cerrado un ojo desde anoche que me contaste, no me atrevo ni a hablar mucho con Romina. No quiero imaginar cómo tomará esto; ella quiere mucho a Lourdes, se ha encariñado con tu prima...

Esther hablaba al teléfono, contrariada y llena de pesar por la triste noticia de la tragedia de los Belmonte. La noche antes, Gael la había llamado y le había contado lo sucedido, no sin antes pedirle que no le dijera nada a su nieta por el momento; temía mucho que la impresión la afectara.

—Está bien, te esperaremos, y aquí veremos cómo le decimos todo, los dos juntos.

—¿De qué noticia hablas, abuela? —De la impresión de escucharla tras de sí, Esther dio un respingo y de inmediato colgó—. Nada importante, *mijita*, era una amiga que me hablaba de darle la noticia a tu abuelo, que la cooperativa salió en primer lugar en el distrito —le dijo atropelladamente ante lo primero que se le ocurrió.

—Ah, entiendo —contestó no muy convencida su nieta.

—Ven, mi niña, te serviré el desayuno, que seguro Gael está por llegar.

Romina fue tanteando con su bastón y se sentó a la mesa amplia de la cocina. Su intuición no se equivocaba mucho, y algo percibía ella fuera de lugar, algo que tenía muy contrariada a la abuela Esther y para lo cual no era necesario tener visión...

En la casa de Gael, él y sus padres habían pasado la peor noche de su vida, el efecto del insomnio se reflejaba en sus rostros demacrados. Las últimas noticias de su prima no eran nada alentadoras ni optimistas. La habían sometido a dos intervenciones quirúrgicas; una, para intentar detener una hemorragia interna, producto de las patadas que el caballo le proporcionó en el abdomen, y que habían dañado seriamente el hígado y el bazo; y la otra, y la más delicada, para intentar llegar hasta tres coágulos de sangre que se habían formado en la zona cerebral a causa de los traumatismos craneales y la herida tan grave que había sufrido en la cabeza. Los médicos estaban manteniendo un pronóstico reservado, según su tío, no se los veía para nada esperanzados, y ni siquiera habían podido verla después de casi doce horas en la mesa de operaciones. Se encontraba en la sala de cuidados intensivos, la familia no se había movido de allí, pero su tío se comunicaba con ellos al teléfono cada tres horas, que era cuando daban el parte médico.

—Voy a ver a Romina, mamá. Debo decirle, ella quiere mucho a Lou y no quiero que esté engañada —le dijo apesadumbrado mientras pasaba sus manos por la nuca.

—Está bien, hijo, ve, y, por favor, cuídate mucho.

—Claro, madre. —Se acercó, le dio un beso en la frente, y salió en busca de la paz que necesitaba en los brazos de su novia.

Romina estaba con una ansiedad sin control, ya su abuela le había suplicado que mantuviera la calma y se tranquilizara, pero le era imposible. Necesitaba ver a Gael, desde que se conocían no habían estado tanto tiempo separados, y a ella no se le quitaba esa desazón que le abrumaba el pecho... Algo estaba sucediendo... Una voz interna le decía que era así.

Gael se la encontró sentada en el corredizo de la casa en cuanto llegó al frente del portón blanco que separaba el jardín. Verla tan hermosa, con su vestido violeta y el cabello de lado, lo enterneció al punto de querer salir corriendo hasta ella. Se aguantó el deseo y buscó aire para controlar ese choque entre miedo y anhelo que lo consumía por dentro, así que caminó despacio a su encuentro. Cuando ya estaba cerca, detrás de ella, lo superaron las ganas eternas de abrazarla y así lo hizo por su espalda.

—¡Mi vida! Extrañarte es la mayor de mis torturas...

Las lágrimas en sus ojos verdes no se hicieron esperar más, estaba vulnerable, sensible e increíblemente triste. Se sentía quebrado por dentro como un cristal rompiéndose a pedacitos. Necesitaba de ella más que nunca para cargar tanta pena, y no sabía cómo sacar valor y fuerza entre toda la desgracia que estaba viviendo...

A Romina le volvió el calor a su cuerpo con aquel abrazo y echó hacia atrás la cabeza, apoyándola en su hombro para dejarse besar las mejillas, y tocar aquella barba que comenzaba a salir en el amado rostro.

—¡Mi amor! Te he extrañado tanto que creí perderme entre estas paredes. Estas horas sin ti han sido eternas y han tocado el límite de lo soportable... —le decía mientras, ya frente a frente, lo besaba en varios puntos con extrema dulzura—. ¿Cómo está tu mamá? ¿Ya mejoró? Abuela me dijo que estaba indispuesta y necesitaste quedarte con ella.

¡¿Cómo decirle lo que había pasado con Lourdes?! ¡¿Cómo contarle todo lo que había ocurrido en menos de veinticuatro horas desde que se vieron?! Necesitaba valor y seguridad, no podía permitir que esto la afectara al punto de causarle una crisis fuerte; pero no le perdonaría que se lo ocultara, menos, cuando conocía cómo había sido la última vez que ellas se vieron.

—¿Mi amor? ¿Gael? —dijo ella ante el silencio que los envolvió en aquellos segundos. Él la sujetó por las manos y, luego de besárselas varias veces, le habló titubeante.

—Mi libélula... Sabes que eres mi razón de existir y que sin ti ya mi vida estaría perdida, lo sabes, ¿verdad? —Ella asintió, pero él ya apreciaba temor y angustia en su rostro—. Por favor, te pido que tomes lo que te voy a contar con la mayor calma posible.

A Romina aquellas palabras no la pillaron totalmente sorprendida, un presentimiento muy hondo por dentro le gritaba desde el día anterior que algo sucedía, y ahora estaba confirmándolo.

—Dime... lo que sea, mi amor. Te escucho.

—Mi vida... Ayer sucedió algo feo después de que te dejé aquí en tu casa y regrese a la mía... —Respiró fuerte y siguió—. ¿Recuerdas que Lourdes quería ir a ver a *Patrón*, y yo le prometí que iríamos más tarde?; ya sabes, ella es testaruda y sabía que no es un caballo como todos, así que...

—¿Gael, por favor! —Se desesperó ante tantos preámbulos—. ¿Dónde está Lou? ¡¿Qué pasó?! —le preguntó nuevamente, por la evidente indecisión para hablar que vio en él.

Gael sintió entre sus manos cómo las de ellas cambiaban de temperatura y se ponían frías y sudorosas, además de notarle la respiración más agitada, y se alarmó.

—Cálmate, mi cielo, te lo suplico.

—¡No! ¡Habla, Gael! ¿Qué sucedió?! ¡Dímelo de una vez!

—¡Esta bien!, pero necesito que te tranquilices y me escuches calmada.

Ella cerró los ojos, respiró y asintió nuevamente con la cabeza, afirmando que así lo haría.

—Lou, después de dejarnos, se fue sola hasta los corrales a intentar, sin ayuda, montar a *Patrón*. —Se detuvo, la miró y vio cómo palidecía, así que la acercó más a él para continuar—. No debió hacer algo así nunca... El caballo es de por sí salvaje y hosco, solo muy pocos hemos podido entenderlo. Al parecer, se alteró ante la presencia de ella por ser una desconocida y se desbocó, atacándola... a patadas.

—¡Dios mío! —Se soltó a llorar Romina, desconsolada ante aquella desgracia de su querida amiga, deslizándose en los brazos de Gael hasta que él logró acomodarla mejor en el sillón—. ¡¿Cómo está?! ¡¿Qué dicen los doctores?! Debo verla, Gael... ¡Fue mi culpa! ¡Tenías que estar con ella y

cumplirle su promesa! ¡Te lo pedí! ¡Llévame a verla, por favor! —pedía entre gritos de dolor, al tiempo que sujetaba sus hombros tirando de su camisa, y escuchaba cómo su abuela aparecía en ese momento procedente del interior de la casa.

—¡Mi niña, cálmate, por favor! —suplicaba una angustiada Esther.

Gael la seguía sosteniendo contra su pecho, mientras ella, con sus pequeñas manos cerradas, golpeaba sus hombros desesperada. El temor de él era que aquel estado de tensión le causara una de sus crisis cardíacas.

Comenzó a mecerla lentamente, mientras besaba su frente y su cabello entre palabras de consuelo.

—Me prometiste calmarte, Shssss..., por favor, mi libélula, hazlo por mí... Te lo imploro... No aguantaría que te pasara algo a ti también, respira y... tranquilízate, por favor, te lo suplico —le pedía sin cesar, con la mirada también humedecida por el llanto que trataba de controlar, infructuosamente, para no desplomarse ante ella.

Poco a poco, las palabras fueron serenándola y la respiración se hizo más densa y relajada. Escucharlo pedirle que lo hiciera por él hizo la diferencia; tenía razón, debía ser fuerte para Gael, tenía que pensar en él y en su profundo dolor.

—Mira, sé que Esther dejará que me acompañes mañana al hospital. —Miró a la abuela, y esta asintió porque la emoción tampoco la dejaba articular palabra—. Podemos alquilar los servicios de Narciso, él tiene un vehículo de alquiler, es amigo de mi padre, y sé que nos podrá ayudar llevándonos. ¿Te parece bien?

—Sí, mi amor..., como tú digas, solo necesito ver a mi querida Lou... Rezaré mucho por ella esta noche, sé que el cielo nos hará el milagro.

Se abrazaron fuerte, buscando cada uno su propia fortaleza en el otro. El viento meció todos los arbustos cercanos; a lo lejos, se sentían los murmullos del campo, esos que los habían visto sonreír tanto hacía apenas unas cuantas horas. Romina y Gael no tenían idea de qué les deparaba el futuro, el primer golpe para ellos había llegado demasiado pronto con aquel doloroso evento que los marcaba y les dolía de una forma profunda. Solo tenían una certeza, la de estar unidos en su amor, eso era lo que podía salvarlos a ambos de toda la tormenta que comenzaba a avecinarse.

Las semanas pasaban como torrentes en el tiempo, sin que existiera cambio alguno en la recuperación de Lourdes. Había salido adelante de sus lesiones internas, pero el problema cerebral era mucho más serio, y aunque en ocasiones parecía estable, la mayoría de las veces daba señales de alarma, como amenazas de posibles infecciones o derrames. Los médicos temían que perdiera en cualquier momento, por completo, la actividad cerebral, que se hacía más débil cada día que pasaba; eso tenía en estado de pánico a toda la familia.

Romina y Gael habían ido varias a veces al hospital, casi a diario. Con su inquebrantable fe, la chica oraba a través del cristal, cerca de la sala de cuidados intensivos, con su rosario en la mano y suplicaba por un milagro para su amiga. Iban cerca del mediodía, siempre previendo que fuera la hora en la que el abuelo de Gael se iba a almorzar, para no toparse con él.

Gael había decidido evadirlo desde aquella penosa e inolvidable discusión. Los padres de Lourdes le habían tomado mucho afecto a Romina. Durante aquellas semanas, ella y su abuela les llevaban siempre algo decente de comer, dado que de allí ninguno de los dos quería moverse, a no ser para necesidades básicas como bañarse y cambiarse de ropa. A la chica le dolía percibir cómo aquellos padres se debilitaban de tanto sufrir y llorar; pidiendo por una bendición de mejoría, que comenzaba a desvanecerse entre la frialdad de aquellas paredes y aquel cristal por donde se habían conformado, durante semanas, poder ver a su querida hija.

«¡Abre los ojos, mi princesa!», había escuchado Romina decir a la madre de su amiga, la tarde que la acompañó a rezar y a que la observara por el enorme vidrio que las separaba. El corazón se le quedó pequeño y encogido al escuchar la súplica de ella de poder ver a su hija querida reaccionar; y pidió a Dios con todas sus fuerzas que le concediera su deseo, su casi total ceguera no le permitía verla; pero no le impedía imaginarla, y eso... la destrozaba.

Ivanna y Armando habían llegado hacía varios días a Viñales. Desde su llegada, Romina y su madre habían tenido muchas horas de conversaciones. El ver a su hija tan cambiada, segura, optimista y, sobre todo, feliz, a pesar de la mala noticia de su amiga, de quien ya le había contado, produjo en Ivanna una satisfacción enorme. Al principio le asustó la idea de un amor en su vida; no soportaba imaginar que se enfrentara a retos de amor con los que no pudiera lidiar, angustias y diferencias que la hirieran; pero al conocer a Gael Alcázar, y ver en sus ojos la adoración con que la miraba, dejó sus temores atrás y fue

feliz por ellos.

Con Armando las cosas habían sido un poco más complicadas, pero no al extremo que se temía. No le gustó mucho la idea de un novio, de inicio se negó rotundamente y no quería saber nada acerca del tema; sin embargo, no contaba con la testarudez e imponente carácter de su anciana madre. Esta lo hizo entrar en razón exigiéndole que, al menos, les diera el beneficio de la duda y una oportunidad a los chicos. Luego, digamos que aquella conversación de más de una hora con Gael algo ayudó a que cediera un poco con el joven.

Le llamó mucho la atención a Romina en sus padres que ellos habían dicho que solo venían por un fin de semana, y ya llevaban casi dos meses con ella. Su padre viajaba a La Habana solo cuando era requerido, pues desde Viñales atendía sus asuntos vía teléfono o con el portátil que le habían ya asignado en su trabajo.

—¿Dime algo, mami? Es la primera vez que mi padre se queda tanto tiempo aquí, ¿verdad?

Ivanna doblaba una ropa que acaba de recoger del tendedero, aunque no lo había pensado detenidamente por la emoción de estar con su hija, sí creía que ella tenía razón, y era un poco extraño la actitud de su esposo, más teniendo en cuenta que Viñales no era un lugar donde solía gustarle pasar largas temporadas. Cada vez que le preguntaba si podrían continuar allí, este le decía que sí, que disfrutara con Romina y no se preocupara de nada más, que él tenía todo bajo control. La verdad era que la idea no le desagradaba, al contrario, se sentía dichosa con su hija y a sus suegros los quería como a unos verdaderos padres.

—Pues la verdad..., sí, Romi. Desde que estamos tu padre y yo juntos, esta es la primera vez que se queda tanto tiempo aquí, y... ¡sin protestar!
—exclamó levantando las manos en señal de gratitud.

—No sé, me alegra, por supuesto; pero no deja de extrañarme su actitud, mami. En fin, esperemos que no se canse y podamos seguir aquí más tiempo. ¡Los abuelos están felices!

—¿Y tú, mi niña? ¿Eres feliz? —la observó detenidamente y enternecida.

—¡Ay, mami! Más feliz de lo que he podido ser en toda mi vida. Gael es mi ángel, el que me mandó Dios para que este corazón enfermo pueda aguantar un poquito más... Solo me falta que mi amiga Lou reaccione de ese estado y regrese para que todo esté perfecto...

Un golpe de dolor atravesó el pecho a Ivanna ante el recuerdo de la

enfermedad cardíaca de su hija. Habían venido a verla porque los últimos exámenes que le hicieron antes de salir de La Habana no habían arrojado graves resultados; pero sí la noticia de que el tratamiento solo estaba surtiendo efecto en un cincuenta por ciento, en comparación al ochenta y cinco de unos cinco años atrás. Verla así, tan llena de vida, le sosegaba; pero a la vez, la incertidumbre la consumía. El doctor había advertido que no debía exponerse a otra crisis y que era ya hora de ir preparándose para lograr hacer aquel trasplante en cuanto fuese posible y apareciera un donante.

—Mamá, voy a arreglarme, Gael vendrá a por mí para ir al hospital. ¿Quieres acompañarnos? —le dijo a su madre, logrando sacarla de sus pensamientos.

—Bueno, está bien, me arreglaré un poco y te espero en la sala. ¡Ah!, y avisaré a tu padre; ya sabes..., para evitar interrogatorios innecesarios. —Y dándole un pequeño pellizco en la mejilla salió de la habitación después de dejar a su hija con su beso y su bendición.

Al llegar a la sala, se extrañó de no ver a su esposo allí, como cada tarde de sábado desde que estaban en Pinar, mucho más teniendo en cuenta que no le avisó de su salida como acostumbraba hacer. Su suegra fue quien salió con una cazuela batiendo algo en ella.

—Si buscas a mi hijo, Ivanna, hará unos cinco minutos que salió, me dijo que regresaba rápido.

—Solo venía a decirle que acompañaré a Romi y su novio al hospital para saber cómo ha seguido la prima, quizás comamos algo en la cafetería, pizza... No sé.

—Está bien, hija, yo se lo digo si vuelve, no te preocupes y vayan tranquilas.

Ivanna le sonrió a su suegra y se acercó para darle un abrazo. Siempre se habían llevado bien, y se podía decir que la quería como a una segunda madre por su dulzura, paciencia y cariño de siempre.

De camino al hospital, Romina iba apoyada en el hombro de su novio, cada ocasión que él podía la levantaba por la barbilla y la besaba tenuemente en los labios. Seguían utilizando el auto de alquiler, esta vez Ivanna se empeñó en costearlo ella. Los muchachos iban tranquilos, aunque muy pensativos en el asiento trasero.

—¿En qué piensas, mi cielo? —le preguntó ella a Gael, lo sentía tenso al abrazarlo. El suspiro de él antes de responderle, le confirmó que estaba preocupado.

—Hoy... le hicieron otro scanner cerebral a Lourdes, aún no sabemos los resultados. El último no fue nada alentador... Ya son muchas semanas y... estamos comenzando a perder las esperanzas de que... vuelva.

Quedaron los dos en silencio y apretaron sus dedos entrelazados, sabían que el tiempo iba en su contra y las esperanzas disminuían, pero había que mantenerlas hasta el último minuto.

Se despidieron de Narciso, agradecidos, e inmediatamente entraron en el centro médico; Gael, ayudando a Romina y pendiente de Ivanna. Tomaron los ascensores para llegar al sexto piso, donde se encontraba el servicio de cuidado intensivo. Había un ir y venir que era toda una vorágine de personal médico y civil. Romina avanzaba sujeta al brazo de Gael mientras este la guiaba con cuidado, seguido de Ivanna. Les llamó la atención que no había nadie de la familia en el saloncito, ni siquiera sus tíos, como había sido la triste costumbre de los últimos casi tres meses.

—Espérame aquí, mi amor, siéntate con tu mamá, que iré a ver qué noticias hay —pidió con ternura.

—Sí, no te preocupes, ve y, por favor, trae noticias buenas, con el favor de Dios —contestó acercándose y besándolo.

Gael se fue rápidamente hasta los consultorios médicos, donde sabía que podía encontrar la respuesta que necesitaba, con una opresión que le trancaba la respiración. Presentía que algo pasaba desde que no vio allí a sus tíos, o al menos a sus primos, y su angustia aumentó a niveles extremos.

—¡Vaya, vaya! ¡Esto sí es el mayor de los descaros! ¡Están como aves de rapiña, esperando que mi nieta se muera para arrancarle el corazón del pecho y adueñárselo, ¿verdad?!

Romina se quedó sentada, desorientada por lo que escuchaba con aquellos gritos, mientras su madre era levantada por el codo por las manos de aquel hombre, que, aunque de avanzada edad, tenía la suficiente fuerza para hacerle daño. Ivanna, perpleja con las palabras de cólera y la violencia con que las decía, no entendía nada, solo las últimas frases le dieron la idea de que él las conocía; más aun, sabía algo de la enfermedad de su hija, pero seguía en ascuas sin saber quién era aquel individuo.

—¡Suélteme! ¡No sé quién es usted ni de qué habla! —se defendió altiva y

con fuerza, zafó su mano de aquel agarre, notando que había sido fuerte al sentir dolor y ver los dedos del hombre marcados en su antebrazo.

—¿No sabe quién soy?! ¡Y claro, tampoco de qué hablo! —refutó con el mayor rencor y reproche, sin dejar de observarlas con desprecio a ambas—. ¡Pues entérese! Soy Martín Belmonte, el abuelo de esa joven a quien merodean y vigilan deseando su muerte a cada minuto y poder disponer de la vitalidad de su corazón para esta hija suya que le nació... ¡imperfecta! —expresó con más desprecio, apuntando a Romina, que escuchaba confusa e incrédula.

Justo en ese momento, todos aparecieron detrás de Martín cuando lo escucharon gritar, tanto su esposa como sus dos hijos le pedían calma. Aquel estrecho lugar se había vuelto un escenario de palabras hirientes, frías, ligadas a las lágrimas de la madre de Lourdes, que acababa de enterarse de la triste realidad de su querida hija: muerte cerebral.

Romina se negaba a entender lo que pasaba; si lo hacía, no creía poder superar aquello. Hasta ella llegaba una supuesta verdad arrasadora que amenazaba con destrozar su ya desdichada existencia. Ivanna, por su lado, intentaba protegerla de aquella inesperada y penosa situación, y de lo que allí se estaba diciendo.

—¿No sé de qué habla este señor! Nosotras hemos estado aquí apoyando a su nieto Gael, sintiendo muchísimo lo que le ha pasado a su familia ¿De dónde saca usted esta calumnia?!

—¿No es calumnia! —habló Felipe, el tío mayor de Gael—. Hace días, señora, su marido ha estado al tanto de la evolución de mi sobrina, pidiendo exámenes de sangre que han sido obtenidos en contra de nuestra voluntad para saber la compatibilidad que existe con su hija. Al final resulta que son ¡ciento por ciento compatibles! Y ahora mismo nos hemos enterado por qué tanto interés. ¡Necesitan el corazón de nuestra Lourdes para su hija! Y el ilustre exembajador Sanfield no ha dudado en mover sus influencias para hacer aparecer, mágicamente, unos papeles donde mi hermano, supuestamente, ha firmado la donación del órgano en caso de muerte de su hija. ¿No le parece demasiado extraño y cruel, señora?! —gritó.

Ivanna se quedó muda ante lo que escuchaba, de golpe le llegaban mil explicaciones a la actitud de su marido. Su necesidad de quedarse tanto tiempo en Pinar, sus llamadas telefónicas a escondidas, sus salidas intempestivas. ¡No podía ser! Amaba más que nadie a su hija, sabía que necesitaba ese trasplante, pero nunca hubiera jugado con el dolor de una familia para conseguirlo,

¡menos engañándolos así! No sabía qué decir, qué explicar ante todo aquello, hasta que vio a Gael llegar a paso rápido hasta ellas.

—¿Qué está sucediendo aquí? Los andaba buscando. —se dirigió a su familia, hasta llegar a ver cómo su abuelo, con puños cerrados, se mantenía de espalda y apoyado en su bastón—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué dicen de Lou los médicos? —Continuaba ansioso las preguntas y totalmente extrañado de que nadie le contestara; y dada la tensión que existía, comenzó a inquietarse más.

Su tío levantó del suelo la vista hacia él y lo reto diciéndole:

—Te diré lo que pasa con tu prima, no hay nada que hacer... Tiene... muerte cerebral, y los médicos dicen que solo está viva artificialmente. —Felipe apretó los dientes y culminó—. ¡Ahora tú decides si te alegras porque al fin tu noviecita tendrá el corazón de ella, o lloras por la muerte de la única niña de esta familia! —habló con tal resentimiento que él mismo se asustó de sus propias palabras.

Gael abrió muy grande los ojos, asustado, y tras mirar a Romina y a su madre exclamó:

—¿De qué demonios estás hablando, tío Felipe?!

—¡Estoy hablando de que mientras tú idolatrabas a esta chica, su padre venía día a día aquí, como águila carroñera, a tantear el terreno! Mientras tú y esta mujer se hacían amigos... —Señaló con el dedo a Ivanna—, y jugabas al noviecito perfecto con su hija, tu querido suegro no respetó el dolor de padre de tu tío Jacinto y lo hizo firmar la donación del corazón de tu prima para ponerlo en el pecho de tu novia, de lo cual nos acabamos de enterar. —Apretó los puños para continuar con más ira—. ¡Sin poder ni asimilar la idea de su pérdida, ya han dispuesto de ella, de su cuerpo! ¡¿Entiendes?! ¡Y no podemos hacer nada! ¡Nada!

Gael sentía un martillo en su cabeza, la voz de su tío la comenzó a escuchar lejos y necesitó aguantar el aliento en varias ocasiones. Por el rabillo del ojo, vio el rostro dominado por el odio de su abuelo Martín directamente hasta él. Se dio cuenta de que ahora sí era el final de cualquier lazo que pudiera quedar entre ellos. Todo le parecía irreal y absurdo; necesitaba abrazar a su Romina, apartar a todos delante y llegar hasta ella, asegurarle que aquello no estaba sucediendo, la veía detrás de su madre escondiéndose, como animalito herido, temerosa, inerte y... ¿pálida?

Voces y más voces; reproches; gritos...

«¡Oh, Señor! Lou. Su corazón; muerte cerebral; trasplante; donación;

engaño».

Dolor, mucho dolor...

«¡Dios! ¡¿Qué hizo mi padre?!».

Mareo...

Sudor...

Palpitaciones...

«Tú, mi amor..., perdóname... Perdón, Gael... Te amo. Luz... Quiero esa luz».

Silencio...

Paz...

—¡Hijaaa!

Ivanna cayó al suelo arrastrada por el peso del cuerpo de su hija. Sus labios azulados y aquella palidez eran tan aterradores que helaba la sangre. En cuestión de segundos, Gael ya estaba de rodillas ante ella, seguido por un médico que vio lo que sucedía y pidió ser asistido por el personal del hospital.

—¡Ataque cardíaco masivo! ¡Necesito un desfibrilador! ¡Es una emergencia! —solicitaba mientras procedía a darle reanimación cardiopulmonar.

Todo se volvió un caos de personas a partir de ese instante. Romina fue pasada a una camilla y conectada al oxígeno. Gael no podía hablar, su mirada clavada en aquel adorado rostro era lo único que lo mantenía en pie. En su interior se desangraba de dolor y se repetía una y otra vez: *«¡Romina, por favor!, regresa a mí... ¡Resiste, mi libélula! ¡Te necesito! ¡No me abandones! Te amo más que a mi vida. ¡No me dejes! ¡No me dejes, ángel mío!».*

Al llegar a la puerta final del pasillo, la vio desaparecer entre médicos y equipos conectados a su cuerpo. Ivanna, temblorosa, se abrazó a él; necesitó sacar temple y valor para ayudarla a no desfallecer... Su corazón y razón pendían ahora de un hilo, el destino lo había puesto entre dos aguas difíciles de evadir; no podía creer que de la muerte de alguien tan querido dependiera ahora la vida de la mujer que más amaba... Una inmensa montaña de sentimientos encontrados se disputaba un lugar en sus entrañas. Venía a su mente la sonrisa traviesa de su prima Lourdes, y esta se unía con la serenidad de aquel bello rostro sin el cual ya no podría vivir. Sacudió a ambos lados la cabeza como quien trata de espantar malos presagios, no sabía qué sentir, qué decir ni qué esperar de todo aquello que los envolvía en una vorágine de

sensaciones, en un aserradero de agonía.

¿Cómo agradecer que Romina tuviera una esperanza de vida con ese corazón, cuando se trataba del de su querida Lou? Pero a la vez... ¿Cómo no estar agradecido de que esa posibilidad existiera, cuando ella era su vida misma? Cerró los ojos y trato de visualizar a su libélula, anclarse a su recuerdo y buscar en ella esa tranquilidad que necesitaba, y, por primera vez en mucho tiempo..., decidió orar.

Mientras...

—Vete en paz, mariposa de campo... Vuela libre con todo tu esplendor. Vete en paz, gorrioncillo de gloria... Haz eterno tu horizonte de amor.

Manuela recitaba sus frases al viento y las lágrimas bañaban sus arrugas. Mientras, sus manos acariciaban aquella paloma blanca que, hacía días, había caído herida en su portal. Se dedicó por semanas a curarla, y ahora la soltaba al viento...

—Sé feliz, mi bonita... ¡Sé libre, vuela alto! Cumpliste bien tu misión; vuelve a tu hogar, a donde perteneces... —Levantó las manos al cielo y, al abrirlas, la pequeña paloma salió fuerte, batiendo las alas hacia el horizonte, perdiéndose entre las blancas nubes del valle, junto a los últimos rayos de luz del atardecer.

Capítulo 14



Todo había sucedido como en esos eventos arrolladores que, sin esperarlos, en cuestión de minutos ocurren y lo devastan todo a su paso, dejándote incrédulo y dolorido. Las horas pasaban tan lentas y torturantes, tanto, que se llegaba a creer que se podía dejar de existir en cualquier segundo.

Gael se desvanecía de ansiedad, dolor y verdadera desesperación. Hacía cuatro desquiciantes horas que su libélula había traspasado aquella puerta y aún no tenían noticias. Hasta allí llegaron, después de su hijo, los abuelos Rigo y Esther, esta última con un rosario en la mano y la Biblia como soporte para tanta agonía.

Los dos hombres Sanfield estaban en una esquina con rostros demacrados, a la expectativa de que alguien apareciera con alguna noticia alentadora. Al padre de Romina se lo veía serio e inquebrantable, de espalda a la puerta, con la mirada dura, vacía y nublada de dolor por el angustioso temor que cargaba dentro.

Ivanna se lanzó a sus brazos cuando lo vio llegar, deshecha; pero luego de hacerlo, no dejó de golpear junto a su llanto el pecho de su esposo, reclamándole por lo que supuestamente había hecho. Ahora, con apenas aliento y unas lágrimas perpetuas en sus desolados ojos, se veía sin fuerzas,

como un ángel lanzado al mismo purgatorio y siendo recibido en los brazos de aquel hombre que parecía una estatua fría, sin vida, con los ojos enrojecidos de dolor y el terror visualizado en su cara.

Y es que era así como se se sentían todos..., en un infierno de lágrimas, incertidumbre y desesperación.

Como ecos incoherentes se oían los movimientos de algunas de las salas cercanas. Estaban todos reunidos en un salón rectangular, amueblado con los habituales sillones de plástico de la mayoría de las instituciones hospitalarias. Una mesa redonda de madera oscura en el centro del círculo de asientos, abarrotada de periódicos nacionales y revistas con finas capas de polvo, y que desvelaba con su desorden la poca limpieza que recibía el lugar, a pesar de ser una de las salas mejor atendidas del centro. En las insípidas paredes grises, las fotografías de la época de construcción del hospital, así como algunas de los eminentes médicos que formaban parte de él y sus respectivos cargos, eran lo único que intentaba dar, junto a varios posters del funcionamiento cardíaco, un neutral toque decorativo.

—¡Hijo!

Gael vio entrar a sus padres, precipitados, dirigiéndose a él.

—Hola, madre... —Los abrazó a los dos, y los brazos de Adela fueron como un bálsamo para aquella sensación de soledad y desamparo.

—¿Qué ha pasado, dinos?! ¿Qué noticias tienes de Romina? Acabamos de saber de Lou por nuestro amigo Javier, que es médico aquí. No queremos acercarnos mucho para... no molestar a tu abuelo... —Terminó diciendo con dolor su madre y rompió a llorar... Algo que seguramente había hecho las últimas horas, dado el estado demacrado y enrojecido de su rostro.

—Gael, ¿qué hay de cierto en eso que dicen del padre de Romina? ¿Intervino en la donación del corazón de tu prima? ¿Eso es verdad? —Se apresuró a preguntar Rolando, mirando hacia la otra esquina donde veía también el desconsuelo y dolor de los Sanfield.

—No lo sé, padre... —respondió, apretando sus sienes con obvio agotamiento, para luego recostarse en la pared, llevándose las manos a la nuca, y mirando hacia la lejanía que se divisaba por el ventanal—. No sé los detalles de este asunto, solo sé que... ¡Esa noticia es la que tiene a mi Romina luchando ahora por su vida ahí dentro! —diciéndolo enojado, levantó un dedo señalando la puerta del final—. Y para no variar, ¡mi abuelo nuevamente es el protagonista de esta triste situación! —dijo con labios apretados y pegando

con la mano abierta en la pared detrás de él, dejándosela adolorida.

—Tenemos que mantener la calma, Gael, esto es muy delicado y... doloroso para la familia, *mijo* —dijo con dulzura su madre entre lágrimas, porque, inevitablemente, ya sabía que su joven sobrina no regresaría junto a ellos.

—¿Cómo están todos? ¿Qué pasará ahora, mamá? —No pudo evitar preguntar también entre sollozos, dejándose abrazar nuevamente por ella.

—¡Ay, mi niño! —Lo recibía Adela entre sus brazos, e intentaba darle fuerzas ante lo inevitable—. Tus tíos pidieron las cuarenta y ocho horas que les ofrecen para poder agotar las últimas esperanzas, o decidir ya desconectar a... Lou; además... está esa autorización del trasplante y... —No pudo continuar ni evitar echarse a llorar de nuevo, esta vez en el hombro de su marido, por lo que este terminó de hablar por ella.

—La desconectarán el viernes, hijo... A pesar de que no proceda lo de esa supuesta autorización firmada por tu tío, aun así... ya no hay nada que hacer... Solo la mantienen viva los equipos médicos...

Escuchar a su padre decirle aquello, entre palabras entrecortadas, lo hizo apretar los ojos y sentir cómo en ellos bullían ardientes las lágrimas exigiendo salir; solo escuchar unos pasos acercándose lo hizo reaccionar.

—¡Familiares de Romina Sanfield!

Gael corrió de inmediato al pasillo, seguido de la familia de ella.

—Soy su padre, doctor. —Se adelantó Armando, apartando a todos—. ¿Cómo está mi hija?

—Hemos tenido que auxiliarnos de un dispositivo de asistencia ventricular externo para mantener estable su condición. Sufrió un paro cardíaco bastante severo, y ya no hay manera de estabilizarla solo con medicamentos orales o intravenosos. La buena noticia es que logramos controlar la presión arterial, y con esto también la circulación sanguínea.

El médico era un hombre de mediana estatura y pelo grisáceo, de unos cuarenta años, traía con él una carpeta verde con algunos documentos que, evidentemente, eran la historia clínica de Romina, y luego de hojear varios papeles, indagó:

—Nos han informado de que está en la lista de donantes en el hospital CIMEQ, y además es paciente directa de ellos. ¿No es así?

—Así es, pero ya tenemos una donante ciento por ciento compatible, y la autorización de dicha donación está siendo revisada en estos momentos

—contestó con tanta frialdad Armando que las miradas, incluso de sus familiares más cercanos, se fijaron en él con un total reproche.

Se sintió incómodo, culpable y el peor ser humano del mundo, pero de inmediato pensó en la luz de sus ojos debatiéndose entre la vida y la muerte tras esas frías paredes, y no le importaron sus remordimientos ni que cayera sobre él la mayor crucifixión del mundo, así que ignoró todo a su alrededor para continuar. Si el precio a pagar por él era ir a parar al mismo jodido infierno por salvar a su hija, poco le importaba si con ello la sacaba con vida de aquel lugar.

—¿Acaso el director del hospital no le ha informado al respecto?
—cuestionó ante la duda en la mirada del doctor.

—No tengo los detalles, pero me pondré al tanto acerca de lo que usted me está diciendo —respondió con parquedad el hombre de bata blanca y estetoscopio en el cuello, bajando la vista nuevamente a la documentación médica de su paciente para buscar, quizás, algún tipo de información específica. Una credencial en el lado derecho de su uniforme de galeno daba a conocer su nombre: David Beltrán, especialista en cardiología.

—¡Pues hágalo de inmediato! Doctor... Beltrán —habló imponente Armando al ver el nombre escrito y perdiendo la paciencia, a lo que su interlocutor fijó los ojos en él, mirándolo seriamente con una ceja levantada —. Es mi hija la que está ahí ¡No lo olvide! —remarcó exaltado e intentando a la vez calmar su ímpetu un poco para seguidamente preguntar—: ¿Podré trasladarla a la capital?

—No se lo recomiendo, señor... Sanfield, ¿no? —contestó rectificando el nombre, al leer la historia clínica con tono brusco el facultativo, pero sin dejar su profesionalismo de lado, y sin dudas haciendo notar que él era quien tenía la facultad, en ese momento, de decidir el bienestar y la seguridad de Romina al ser su paciente—. Su estado ahora es crítico, usted sabe que no sería igual el recurso del que disponemos en una ambulancia al que tenemos directamente en el hospital. —Terminó afirmando un poco enojado, no permitiría que a pesar de la angustia que suponía atravesaba aquel hombre como padre, lo pretendiera impresionar con su uniforme militar y su pose amenazante.

Armando no tuvo más remedio que aceptar aquella explicación, y llenarse de fuerza y confianza de que allí harían todo lo necesario para que su hija estuviera a salvo. Suspiró hondo, y se pasó la mano derecha a lo largo de la frente, cerrando los ojos.

—Me comunicaré de inmediato con su cardiólogo, estoy seguro de que estará aquí cuanto antes.

Después de decir esto, miró a su esposa, besó su frente y la vio tan desvalida, tan decaída que aquel dolor sordo en medio del pecho lo hizo tomar aire... Pensó entonces que solo le pedía a la vida y a ese Dios, si es que existía, que le permitiera salir de aquel hospital con sus dos mujeres protegidas bajo sus brazos y a salvo en ellos. Bajó la mirada a sus pies porque no creía poder controlar sus sentimientos por mucho más tiempo, menos con los ojos llenos de miedo y angustia de su amada Ivanna destruyéndolo por dentro... Necesitó apretar fuerte los puños, la impotencia lo estaba carcomiendo. Se acercó a sus padres, y Esther, tras besarle la mejilla, le pidió ser fuerte; luego, sin decir nada y ni siquiera despedirse del resto de los allí presentes, dio media vuelta y con paso rápido se alejó de aquel salón buscando aliento, consuelo y un poco de paz, y desahogo de la única forma que había podido hacerlo los últimos años: en soledad...

El médico se retiró después de pedir permiso a todos y asegurarles que los tendría informados de la evolución de la chica. Cada uno volvió a tomar asiento; menos Ivanna, que caminó al otro extremo de la sala.

—Hola..., soy Ivanna, la madre de Romina... —se presentó tímida ante Adela, sin saber qué esperar—. Con toda sinceridad, siento mucho lo sucedido con Lourdes... —le habló con franqueza al estar frente a ella, consciente de aquel rostro enrojecido de tanto llorar y el sufrimiento reflejado en sus ojos. A pesar de que la tragedia ocurrida a la joven Belmonte podía significar la salvación de su hija, sin dudas su mirada y sus palabras dejaban ver que lo que expresaba, lo decía de corazón.

—Gracias... Es una situación difícil para todos... También estamos muy preocupados por su hija. Gael adora a Romina. Dios permita que todo salga bien, aunque no veo cómo, dadas estas circunstancias tan comprometidas, ojalá que podamos... superarlo y... —Se interrumpió y bajó la vista, dejando correr su llanto y pensando en el dolor de su hermano y de su cuñada al estar despidiéndose de su única niña.

Ivanna, una vez más, dejó que el sufrimiento la arrastrara, entre lágrimas, por la situación en la que estaban involucrados. Adela le pasó el brazo por los hombros solidariamente, sabía que aquella madre también llevaba su propia cruz a cuestas, y las dos terminaron abrazadas uniendo sus calvarios de dolor en uno solo. Nadie tenía la culpa de tanta desgracia, menos los padres de

aquellas dos criaturas unidas en vida, e incluso... juntas también a pesar de la muerte.

Rolando Alcázar estaba inquieto, se había alejado un poco para pensar y, desde un extremo, sus ojos pasaban de su hijo a su esposa constantemente. Aquellos acontecimientos no le habían permitido hablar con su mujer y decirle que todo estaba listo en Florida, y que solo esperaba una llamada de su hermano. Lo que más lo mortificaba era Gael... Increíblemente la historia se repetía. Visualizaba en su mente hasta la saciedad cómo hacía más de veinte años él decidió quedarse atrás por Adela, y ahora su hijo estaba en igual situación; no podía ni imaginar que su Gael hiciera lo mismo por Romina. ¡No! Estaba siendo egoísta, lo sabía, pero de ninguna manera aceptaría irse sin él. Cómo entendía ahora el sufrimiento de sus padres entonces; pero... bajo ninguna circunstancia iba a dejar atrás a su único hijo, haría cualquier cosa para que los acompañara; aunque en el fondo de su corazón entendía bien a su muchacho. Necesitaba analizar cómo podría lograr que Gael decidiera viajar, y sus pensamientos cada minuto se volvían más desesperados...

Por otro lado, lo primero que había hecho al salir casi huyendo Armando de aquel lugar, en el que las miradas de todos lo acusaban y juzgaban, fue comunicarse con Samuel, o doctor Burke, como profesionalmente lo conocían todos. Su amigo, y cardiólogo de su hija, le explicó que solo había demorado porque tenía una cirugía que no le era posible posponer, pero que ya estaba en camino. Luego de terminar aquella llamada, anduvo sin rumbo por los alrededores del hospital y, sin saber cómo, llegó hasta un comercio en el que, después de muchos años, pidió una cajetilla de cigarros. Por su querida Romina dejó el vicio de fumar, y ahora por ella y... ¡Por la impotencia de no saber qué más hacer contra el jodido mundo para que se la devolviera sana y salva!, volvía a retomararlo y poder así soltar tanta tensión y desesperación confabuladas, y acrecentándose en su alma cada segundo...

No quería volver al salón donde todos estaban reunidos. Las fuerzas le flaqueaban allí, como si ya no fuera dueño de su capacidad de resistir tantas embestidas que la vida le había dado. Estaba seguro de que el próximo parte médico sería en unas dos horas; por eso, decidió alejarse. No sabía si era un castigo divino, jamás fue creyente, y consideraba muy hipócrita de su parte serlo ahora. Si era una revancha o lección de vida todo esto, lo recibiría gustoso si con eso pudiera volver a escuchar la risa de su preciosa hija, más la recompensa divina de abrazarla viéndola feliz, y también... no ver más

sufrimiento en ella, no ver más miedo ni desconsuelo en... su Ivanna...
«¡Maldita sea! ¡Cómo quisiera abrazarte fuerte hasta que tuvieras la seguridad de que en mis brazos estarás a salvo siempre, y asegurarte que, sin importar lo que tenga que hacer, estaremos los tres bien, mi amor!».

Torturándose con ese pensamiento, atravesó toda el ala norte del hospital, bordeando las últimas salas de laboratorio, en busca de la soledad que tanto necesitaba. Debía existir alguna entrada a las escaleras de emergencia. Suponía que allí, como en casi todos los hospitales, podría haber una especie de terraza al aire libre, que generalmente llevaba a una salida extra hasta la azotea de la institución. Efectivamente, no se equivocó; al llegar al final y traspasar una gran puerta doble, con dos pequeños cuadrantes de cristales, apareció ante él un lugar abierto desde donde se apreciaba, por la altura, casi la totalidad del centro de la ciudad, que lo recibía con una tarde fresca y haciéndolo tomar una boconada de aire como si durante horas el oxígeno en sus pulmones hubiese estado retenido y aprisionándolo fuerte.

Se acercó a la baja defensa de cemento que circundaba todo el lugar y se dispuso a sacar un cigarrillo. Buscó en ambos bolsillos de su pantalón y frunció los labios. ¡Qué absurdo era! Obviamente no llevaba encendedor en ellos desde hacía mucho tiempo, cuando dejó de fumar. Frustrado, volvió a guardar los cigarros y recorrió con la vista todo el entorno. Solo se escuchaban, muy alejados, los sonidos del murmullo ciudadano, algo normal si se tiene en cuenta que estaba en el piso once del edificio, justo en su azotea. Observó los alrededores, un lugar perfecto para quien quiera alejarse del mundo y beberse a sorbos su dolida tristeza con la única compañía de grandes tanques de fibrocemento, que abastecen de agua todo el hospital, y varios equipos de ventilación con funciones de servir en su tarea también.

Justo cuando se giró de espalda, y se apoyó en el muro, se percató de que no estaba solo. En el otro extremo, con la mirada perdida, divisando a lo lejos las llanuras pinareñas y con los codos apoyados en aquel rocoso barandal, oscuro y deteriorado, había un hombre lidiando también con la pérdida y el dolor... Juntaba las manos cerradas con fuerza, apoyando su barbilla, y le fue posible identificar de inmediato el rostro de aquella persona que sufría, sintiendo despedazarse su corazón violentamente.

Con pasos lentos, y un nerviosismo no propio de su carácter, decidió acercarse...

—Buenas tardes... Jacinto Belmonte, ¿verdad? —saludó temeroso y, sí,

con una punzada entremezclada entre el dolor, la pena, el miedo y la vergüenza.

Jacinto, al escucharlo llegar a su lado, tan solo se irguió y continuó de espaldas a él. Frotó sus manos ásperas, de hombre de campo, por su rostro con la misma rudeza del que no quiere ser compadecido ni aniquilado, a pesar de estarse desmoronando de dolor... Luego las llevó a sus bolsillos para continuar con los ojos fijos en la distancia.

Armando se llenó de valor y se ubicó a su lado sin mirarlo, buscando en la distancia lo mismo que él observaba, e intentando cavilar en su mente qué podría decirle a ese padre, para quién desgraciadamente sabía que no existía la más mínima esperanza.

El silencio que se hizo entre ellos fue cortante, afilado como la perfecta y peligrosa hoja de una daga; duro y cargado de sentimientos como el reproche, la ira, el resentimiento y el rencor; midiendo fuerzas con la nobleza, la humildad, la comprensión y... el perdón.

—Belmonte... Quiero que sepa usted que yo...

—No diga nada, Sanfield... —interrumpió aquel hombre de tez curtida por el sol y hombros robustos por el duro trabajo durante años en aquellas tierras, a quien al verle la expresión de su rostro, sin dudas se constataba que el mundo había dejado de tener sentido para él—. ¿Sabe algo, Armando? Creo que... después de todo esto, podemos tutearnos ambos... ¿Verdad? —Comenzó a hablar pausadamente, con voz aguda y cansada.

—Por supuesto..., Jacinto —contestó Armando, bajando la vista al suelo. Algo dentro de él lo maceraba de culpa y dolor por aquel padre, y el sufrimiento agónico que veía en sus pupilas...

—Le quería expresar que la vida es a veces una cabrona... Como esas plagas de los cafetales... Implacable, resistente y dura de enfrentar. —Suspiró profundo—. No soy un hombre expresivo, mis únicos bienes más preciados han sido mi familia y esta tierra que he domado entre mis manos por años, y a la que hoy veré apropiarse y llevarse con ella a mi... —Su voz se cortó y un eco rudo, y profundo, salió de su garganta intentando controlar un grito enardecedor...

Esto hizo que Armando, por instinto, le pusiera la mano en el hombro, y que Jacinto, al fin, le sostuviera la mirada. Así permanecieron unos segundos... Uno, sin saber qué más decir; y el otro, sin encontrar palabras para pedir perdón y asegurarle que se unía a su dolor... Armando, entonces,

supo que era el momento de limpiar un poco aquel peso que lo consumía.

—Jacinto, pedirle perdón ya es algo que quizás no valga de mucho... —dijo sincero—. Jamás quise aumentar la cuota de sufrimiento con la que sé que usted libra hoy su batalla más difícil como padre... Y no quise hacerlo porque pretenda decirle que soy un dechado de virtudes, sino porque... mi egoísmo como padre no me dejó razonar ni pensar siquiera en nada más allá de la necesidad de salvar a mi hija... —Sus palabras se escuchaban tan emotivas que el hombre a quien las dirigía asintió lentamente, bajando su rostro, y una casi imperceptible sonrisa ladeada apareció en sus labios como símbolo de comprensión...

—No soy creyente, Jacinto. Puede que después de tantas pruebas y palizas de la vida, y de este impredecible destino, tenga que por fin seguir el mandato de ese que, según dicen, desde arriba nos protege y escucha; pero yo... aún tengo mis dudas al respecto —expresó dubitativo, frotándose las manos—. Es que creo que debe darme respuestas a los porqués que aún tengo sin resolver, y uno de ellos es por qué nos puso a usted y a mí en esta encrucijada.

»Quiero pensar que hay una razón; pues de lo contrario, mejor hubiera simplemente puesto un corazón desconocido para mi hija, sin que yo me torturara viendo en el rostro de un padre los mismos deseos de morir que he tenido yo ante la sola idea de perderla a ella... Y peor, no poder hacer o decir nada para lograr que todo esto fuese una... ¡maldita pesadilla para los dos! —Volvió a mirar al suelo, callándose torpemente, porque esa sensación que últimamente lo embargaba, y le hacía sentir una necesidad sobrehumana de querer desaparecer o huir, volvía a superarlo.

—Armando —habló con palabras temblorosas Jacinto Belmonte y viéndolo levantar la mirada hacia él—, vamos a hablar con... el director del equipo de donación y trasplantes. No es necesario que demoren más toda esta agonía revisando esos documentos y la veracidad o no de ellos. Su hija no tiene mucho tiempo, y... la mía... —Se paralizaron sus palabras por el nudo que crecía sin piedad en su pecho—. Mi Lou... Ella es un ángel eternamente libre y feliz que vivirá por siempre con cada latido en el pecho de su Romina...

Armando sintió que su cuerpo le agujoneaba como si estuviera lleno de abejas nerviosas en cada fibra de él... La nobleza en las palabras de aquel hombre sencillo le dio la mayor enseñanza de toda su equivocada vida. La sinceridad de su mirada, mezclada con dolor y desconsuelo, le hizo querer

revertir cada equivocación, cada gesto ególatra o egoísta que hubiese tenido en toda su existencia. Aborreció la soberbia y el rencor que siempre lo habían acompañado, especialmente hacia la madre que apenas recordaba, y se sintió un ser despreciable ante sus ojos humildes...

—No sé qué decir, Jacinto... Yo...

—¡No diga nada! O mejor sí... ¡Dígame que va a dedicar cada aliento suyo por encima, incluso, de esta pérfida vida a hacer feliz a su hija! Y no solo me lo diga... ¡Deme su palabra, bajo juramento, de que así será! Usted, Armando... —dijo con la voz tomada, pero muy decidida—, prometerá en memoria de mi hija que no existirá un día de su existencia en el que no luce y viva por hacer dichosa a la suya. Que esa muchachita jamás derramará una lágrima si usted puede evitarlo. Ni padecerá sufrimiento alguno si en sus manos está el impedirlo. Que la dejará cumplir cada uno de sus sueños, por muy descabellados que a usted le parezcan. —Tomó aire con fuerza porque en cada palabra se le iba un pedazo de vida—. Quiero que sepa y tenga claro algo... ¡No estoy cediendo el corazón de mi Lourdes por usted! —Y esta vez su mirada fue penetrante, como si quisiera traspasar hasta el alma de Armando el corrosivo dolor que sentía para que se diera cuenta del esfuerzo que le costaba decir todo aquello—. Lo hago por Romina, y porque, de alguna manera, quiero quedarme con el consuelo de que mi hija vivirá a través de ella, y... ¡que su absurda muerte no quedará como un registro desgraciado y lúgubre, recordado solamente por un acta de defunción o una fría lápida de cementerio!

»Mi muchacha, Armando, era luz, alegría, risas y esperanza —continuó con los ojos brillando como cristales al sol—. ¡Exijo que su corazón jamás deje de sentir todo eso! O... le juro yo a usted que estas manos callosas y ásperas de burdo campesino... —se las mostró bien abiertas— ¡no temblarán a la hora de hacérselo pagar de la peor manera! —Su amenaza no fue en lo más mínimo un alarde o un impulso, y Armando lo sabía, observándolo abrumado sin poder hablar y con las sienes a punto de explotarle—. ¡Tenga claro que me importa una mierda su estatus político o sus barras militares! Después de este golpe, creo que puede imaginar que estoy cumplido, y no tengo ya nada a qué temerle. Lo entiende, ¿¡verdad?! —Armando asintió, bajando los ojos, porque las palabras seguían apretadas como piedras en su garganta.

»Le demando y obligo, Sanfield... ¡A que ese corazón que estará en el pecho de su niña lo cuide como lo más preciado y lo llene solo de amor y

alegrías! ¡Júremelo! ¡Júremelo, Armando! ¡Porque tan solo así estos deseos que tengo de tirarme en medio de ese pavimento allá abajo, para reunirme con mi Lou, serán calmados y encontraré una razón justa para seguir viviendo! —Terminó desesperado, con el rostro bañado en lágrimas, señalando al vacío y con los puños tan apretados que en sus antebrazos se observaban claramente la presión que recibían sus sobresalientes venas.

Ver el llanto en cualquier persona siempre es impresionante, pero... ver los rostros empapados por las lágrimas en aquellos fornidos y corpulentos hombres podía erizar cada centímetro de la piel. No importaron siglos de convencionalismos machistas, y mucho menos más explicaciones o palabras. El viento, cerrando la tarde, anunciaba con un velo gris en el horizonte el final de aquel día. Jacinto extendió la mano a Armando y este, sujetándola con fuerza, tiró de ella y se fundieron en un doloroso abrazo de padres, que desplomaba entre sollozos hasta la última partícula de esa hombría que tan celosamente el sexo masculino venera.

—¡Gracias! —dijo en un murmullo durante aquel abrazo Armando.

—Cuídelas... —respondió Jacinto en plural, como si le estuviera entregando a su hija al darle su corazón...

—Con mi vida, Jacinto... Con mi vida...

Se separaron y palmearon sus espaldas, luego de secarse los rostros se encaminaron a donde sabían que tomarían decisiones que los marcarían a ambos por el resto de sus vidas.

Consejo Nacional de Estado, La Habana

Los golpes en la puerta de su oficina lo hicieron levantar la vista tras sus espejuelos y prestar atención a la llamada de su secretaria. Llevaba más de tres horas inmerso en aquella documentación clasificada que le hicieron llegar temprano.

—Permiso, Sanfield, sé que pidió no ser interrumpido; pero su padre está en la línea seis y dice que es urgente.

La miró iracundo y sin expresión alguna, se quitó los espejuelos y, después de apretar el puente de la nariz con los ojos cerrados, contestó.

—Gracias, Luisa, recibiré la llamada ahora —agradeció, y asintió con la mirada a la mujer para que lo dejara solo.

—¿Cómo marcha todo, papá? —habló al descolgar, esperando que hubiera noticias alentadoras de su sobrina.

Ya sus padres lo habían puesto al corriente de todo lo que acontecía con la hija de su hermano, y, aunque un abismo de rencor los separaba, debía reconocer que sentía un poco de cariño por esa desvalida chica desde que la conoció.

Escuchó por varios minutos todo lo que le explicaban desde Pinar, mientras se levantaba y se movía por todo el área de aquel lugar, donde pasaba días enteros alejado socialmente y consumiendo el tiempo de su tan solitaria y patética vida.

—No te preocupes... Esta tarde salgo para allá, claro que no estarán solos con esto, y si logras entrar a verla, dale un beso en mi nombre. —Acabó diciendo parcamente, y tras enviar fuerza y optimismo para la jovencita colgó el teléfono, quedándose unos minutos mirando al suelo.

Cuando levantó la vista y la fijó a lo lejos, por los cristales ámbar de la ventana, pensó: *«Será inevitable encontrarnos frente a frente, después de tanto tiempo... Ya me es imposible evadirlo más...»*.

Y al pensar en esto, su corazón se aceleró con fuerza y un sudor frío interno recorrió todo su cuerpo, como tantas veces le había sucedido en los últimos años...

Capítulo 15



Aquellas cuarenta y ocho horas pasaron mucho más rápido de lo que todos los involucrados hubiesen querido, y aquel espeluznante día llegó para golpear los sentimientos de dos familias de la manera más cruel y despiadada.

—¡No permitiré que le hagan eso a mi nieta! ¡No hay derecho! —repetía entre aquellas paredes un Martín Belmonte dominado por la hostilidad y la impotencia—. ¡Ese hombre me va a escuchar!

—¡Padre! —intervino su hijo Jacinto, que parecía un alma en pena sin fuerzas acercándose a él—. Sé que quizás los métodos de ese hombre no fueron al principio todo lo correctos que debieron ser; pero... yo, dentro de mi amargo desespero, no supe hacer bien las cosas tampoco y no entendí que, al final, somos dos familias unidas por un dolor del que nadie es culpable... ¡Nada me devolverá a mi pequeña! —dijo enojado pero en un susurro casi inaudible—. Quiero al menos pensar que esta injusta decisión del destino, al arrebatarme a mi hija, tiene sentido... Lourdes, de alguna forma, no pasará por la vida desapercibida... Dejará su huella, y esa huella vivirá en el pecho de su amiga... —Respiró resignado por primera vez en semanas, y continuó diciendo:

»No queremos más problemas, ni Sofía ni yo... Te lo pido por favor, papá —habló decidido, y se ganó con aquello una dulce y dolorida mirada de

orgullo de su esposa—. Recuerda que independientemente a todo esto, nuestra existencia jamás volverá a ser la misma, y si esta desgracia salva una vida, nosotros... —No le fue posible contenerse más, con las manos en los bolsillos se viró hacia el ventanal y dejó libre su llanto hasta ahogar sus palabras de padre entre lágrimas, para finalmente enlutarlos a todos...

Los Belmonte se cerraron en un abrazo y repartieron aquel dolor tan grande entre ellos... Jacinto tenía razón, nada volvería a ser igual para la familia. Solo Martín Belmonte permaneció inmutable, rígido, y no se unió a su familia. Con su habitual expresión de dureza y rencor, apretó los puños hasta que sus nudillos se volvieron pálidos, y se quedó apartado de sus dos hijos que, junto a sus familias y a su esposa, permanecían en un inquebrantable lazo de unión.

Armando Sanfield había usado todos los recursos que su condición de dirigente del ejército cubano ponía a su alcance para salvar la vida de su hija. Desde La Habana llegó, por fin, hasta aquel hospital de provincia el mejor cardiocirujano de toda la isla para atenderla, y que, además, era su gran amigo. En cualquier momento autorizarían la cirugía y, con esto, dos familias llenarían sus almas al máximo de sentimientos muy diferentes... De un lado, la esperanza y la fe en la vida; del otro, la pérdida, la despedida y... un sufrimiento eterno.

Después de la larga conversación que sostuvo con Jacinto Belmonte, se sentía como si un peso de varias toneladas hubiese abandonado sus entrañas tras semanas en las que su conciencia lo recriminaba cada día, sabía que no estaba haciendo lo correcto; pero, a pesar de ello, los nervios y aquella desesperante ansiedad, seguían haciendo mella en él. Lo más alentador era que ya estaba con ellos su amigo personal y médico de toda la vida de su hija, el doctor Samuel Burke.

—Esto ha sido lamentable, pero sin duda una milagrosa bendición que esta chica sea compatible con tu hija, Armando. —Lo escuchaba decirle frente a él mientras analizaba metódicamente cada resultado de laboratorio—. Acabo de revisar los exámenes y pruebas sanguíneas, y puedo decirte que bajan mucho, casi al cero por ciento las probabilidades de un rechazo al órgano —explicaba el doctor Burke sin dejar de examinar atentamente la serie de documentos que el personal de cardiología le acababa de entregar.

Hacía solo media hora que había llegado, y se estaba preparando para

realizar aquel trasplante tan importante para él no solo como profesional, sino por el lazo de amistad tan íntimo que lo unía con la familia. Samuel, como médico, era un hombre muy experimentado en la materia; de madre cubana y padre canadiense había estudiado la carrera de medicina y radicado toda su vida en Cuba. Pero en los últimos años logró validar su título, gracias a su doble ciudadanía, en su país natal; así que no solo ejercía en la isla, sino también en Canadá. Lo consideraban una eminencia en cualquier tema dentro de lo que era la cardiología, especialmente en lo que a trasplantes se refería.

—Eso que me dices me llena de optimismo, Samuel. Tú sabes mejor que nadie cómo han sido estos últimos años para nosotros.

—También es un logro muy grande que la familia aceptara la donación. Es muy común que no acepten, aún no tenemos en este país cultura acerca de este gran gesto, y no siempre los dolientes deciden cooperar, más que nada, arrastrados por el sufrimiento que ocasiona la pérdida. Ha sido, como te dije, un verdadero milagro que Romina fuera, dentro de la lista, la receptora más compatible.

Armando lo escuchaba en silencio y prefirió ser lo más sincero posible con aquel hombre que, por años, los había acompañado en el viacrucis que había sido la vida de su hija y que, además, era como un hermano para él.

—Bueno, te diré esto porque... quizás escuches algunas cosas que como profesional no te gusten... Ellos no... —Se llenó de valor para hablar—. En fin, al principio no hice las cosas todo lo éticamente que debía. Ellos no estaban... ciento por ciento de acuerdo con donar el órgano de su hija, así que previamente moví algunos contactos para que Romina tuviera su oportunidad en el caso de que la chica donante falleciera. —Levantó los ojos hasta el rostro de Samuel y lo que vio no era alentador; pero si había empezado a contarle todo, no se iba a amilanar—. Ahora está firmada la autorización y ya su padre...

—¿¿Qué?! ¿De qué hablas? —exclamó alarmado—. No entiendo... Si los familiares no están de acuerdo, ¿cómo se podrá hacer el procedimiento? ¡Explícame eso!

—Samuel..., sí lo están, al menos sus padres y... —Intentó hablar con sosiego—. El padre de la chica ya está de acuerdo, y todo está en orden ahora; pero al comienzo, yo... —Unió sus manos y entrelazó los dedos, estirándolos nervioso—. ¡Por Dios! ¡Sabes que mi hija tiene al tiempo corriendo en su contra, y que llevamos años de infinita angustia! —Comenzó irritado a

explicarse—. Hace unas semanas llegué aquí a pasar unos días con ella y me enteré de la chica en coma que, coincidentemente, es prima de ese chico que por ahora tiene de novio. Ese tal... Gael Alcázar —dijo su nombre con el ceño fruncido, evidenciando los celos de padre—. Pues bien, investigué, y con algunos contactos, especialmente el director del hospital, pude obtener análisis de sangre y la certeza de que las dos eran compatibles. —Respiró fuerte para proseguir, porque notó de inmediato el rostro anonadado de su amigo y profesional de la medicina.

»Él me dijo que era casi imposible que se salvara esa muchacha, estaban solo esperando que se confirmara la muerte cerebral, fue así como... —tragó en seco— puse entre los papeles que le iban a dar para rellenar al padre uno en el que... autorizaba la preparación del cuerpo; pero antes... la donación de órganos, específicamente el corazón... a Romina... —Calló y esperó sin levantar el rostro, consciente de que no le gustaría lo que iba a escuchar y de que era atravesado por una mirada de absoluto reproche en ese momento.

Samuel se pasó las manos por el rostro intentando buscar una paciencia que, como profesional de la salud, le era casi imposible encontrar al escuchar la confesión de Armando.

—¿Te das cuenta, Armando, de lo que has hecho?! ¿Con qué derecho, por Dios?! —dijo exasperado sin poder contenerse—. No solo engañaste a un padre en el peor momento de su vida, sino que saltaste las reglas de una lista de espera que, además, tiene pacientes muchísimo más graves que tu hija...

Samuel Burke se pasó esta vez las manos por la frente y cerró los ojos para poder continuar y sosegar; sabía que el momento era muy delicado y que su amigo era un padre muy vulnerable desde hacía años por la enfermedad de su única hija.

—No soy un insensible... Te entiendo, ¡y mucho! Más de lo que logras creer. Estoy a favor total de la donación de órganos, y te consta que trabajo constantemente para crear conciencia; pero no dejo de reconocer que es solo derecho absoluto de la familia del donante decidir algo así. Cada día veo la muerte muy de cerca, al lado de niños, jóvenes o personas que, como tu hija, se aferran al último aliento en cada amanecer; pero a pesar de todo eso... —respiró agotado— no tenemos potestad alguna de valernos de posibilidades y ventajas para apartar a todos del camino que, humanamente, les corresponde —habló con dolor, sin dejar de pasar las manos por su cabeza, emocionalmente afectado.

Armando había escuchado con las manos crispadas y el rostro serio. Podían existir razones ciertas y justas en todo lo que Samuel le decía; pero para él, su hija era lo más importante y, sinceramente, no se arrepentía de nada, así que no se contuvo.

—¿Qué hubieras hecho tú, maldita sea?! ¡Dime! He visto a mi hija sufrir desde que nació, no poder hacer una vida normal y, además, quedarse casi ciega sin la posibilidad de que una simple cirugía le corrija su visión por temor a que muriese durante ella. —Se paró y caminó en círculos hasta que volvió a sentarse y mirar fijo a su amigo.

»Cuando tienes un hijo, Samuel, no hay límites para nada, menos cuando de su vida se trata. Romina es lo único puro y noble que tengo en mi sucia y despreciable vida. Ella es mi boleto de perdón a mí mismo, no me arrepiento de nada de lo que hice o haga para salvarla... ¡De nada! Si te sirve de algo, el padre de esa chica y yo tuvimos una conversación que me dejó devastado y, a la vez, me quitó un gran peso de la conciencia... —Nuevamente se levantó del asiento, y esta vez se sentó en uno más próximo a su amigo, que continuaba mirándolo entre confundido y solidario—. ¡Necesito salvar a mi hija, Samuel! ¡No puedo perderla también a ella...! ¡A mi Romi no! —Lo miró suplicante—. Ahora dime, ¿aún contamos contigo?

Aquel médico se debatía entre la justicia, los derechos de muchos pacientes y el afecto incondicional hacia su amigo, además de la razón que sabía que, como padre, encerraban aquellas palabras; no pudo dudar más.

—Te comprendo... —Terminó contestándole apesadumbrado—. Claro que cuentas conmigo —dijo finalmente, dejándole caer la mano sobre su hombro, por lo que Armando soltó un suspiro aliviado, sintiendo cómo el aire de sus pulmones liberaba sus músculos, que hasta ese momento, estuvieron en absoluta tensión—. Pero primero necesito darte algo...

Samuel se levantó, seguido de la mirada extrañada de Armando, y se acercó hasta un portafolio oscuro que había dejado sobre aquella mesa metálica de enfermería. Sacó un sobre amarillo, sellado, y se lo entregó.

—Armando... Te conozco desde aquel día en el que me enseñaste a tomar mi primer trago de ron Bariay, en el bar de mala muerte de la calle Arzobispo... —Respiró profundo y sonriendo levemente, por el recuerdo de juventud que compartían—. Te despedí cuando saliste para Rusia. Disfruté con orgullo cada uno de tus triunfos profesionales, fui feliz por ti cuando me contaste que habías encontrado el amor en esa tierra fría y lejana, y hasta

bromeé contigo diciéndote mil tonterías de que no ibas a poder con el temperamento de una bolchevique.

Esta vez, con la cabeza baja, Armando lo acompañó sonriendo, mientras en sus manos daba vueltas al sobre que su amigo le acababa de entregar, hasta que, ganándole la incertidumbre, no pudo contenerse más y preguntó receloso:

—¿Adónde quieres llegar con esta charla, Samuel? —dijo sin levantar la mirada del suelo.

—Lo sabes bien, amigo —afirmó seguro—. Llevas demasiados años enfrentándote a la vida y empujando lejos de ti la felicidad de una manera tan cruel como absurda. No te lo mereces, ni tú, ni ella. Y yo llevo demasiado tiempo guardando eso... —Señaló el sobre en sus manos.

Las palabras del galeno le hicieron un hoyo profundo en forma de un puñetazo de remordimiento en el alma, y a pesar de querer ignorarlo, no pudo. Samuel sabía el suplicio de su vida en su totalidad, había sido su paño de lágrimas y ese ser solidario que tantas veces lo acompañó, y escuchó sus confesiones y desahogos, cuando creía que el alcohol y las juergas nocturnas lo sacarían de aquel estado de desesperación y ruina emocional.

—Esto que me acabas de entregar es...

—Esa respuesta innecesaria que has querido tener para supuestamente obtener paz, y que por orgullo, soberbia y cobardía no has decidido buscar —contestó duramente, interrumpiéndolo—. Ivanna es la mejor mujer y el ser humano más increíble, Armando. Lo supe desde que me la presentaste a tu regreso de Rusia, y me costó esfuerzo y lucha sacarte a cuenta gotas esa razón estúpida por la que has dedicado tus mejores años a sufrir, y peor aún, ¡a martirizarte como un condenado por culpa de la gente que sabes ha estado detrás de toda esa calumnia contra ustedes! —dijo enérgicamente.

Armando se levantó de su asiento, e incómodo se apartó hasta la ventana, dándole la espalda. Apretaba con las yemas de los dedos aquel sobre, sintiendo que podría quemarlo en cualquier momento. Lo había olvidado por completo, no entendía por qué Samuel se lo entregaba ahora. La respiración se le volvió acelerada y la tensión lo iba recorriendo como si se tratara de un verdadero ataque de pánico. Los latidos frenéticos de su corazón los sentía en las sienes, y por instinto llevó una de sus manos al pecho al sentirse abrumado y avergonzado hasta la médula por los dolorosos recuerdos.

—¿Sabes el resultado? —cuestionó a su amigo, quien notó de inmediato la inestabilidad de su voz y el enrojecimiento de su rostro. Estaba

hiperventilando y a un paso de una verdadera crisis de ansiedad. Como médico era muy fácil para él darse cuenta de los síntomas, así que decidió estar al pendiente de cualquier cambio.

—Sí... Sé el resultado, pero es algo que tú deberás ver... No seré yo quien te lo desvele...

—¡No jodas, Samuel! ¡¿Por qué ahora?! —Soltó con rabia, dando un manotazo en la pared.

—¡¿Que no joda dices?! ¡Deja de ser un cabrón por una puñetera vez! —Dio dos pasos largos y, tomándolo con fuerza por el hombro, lo hizo mirarlo de frente—. ¡Ella te mira como si no existiera nada más en este mundo! La vi afuera, fue a quien primero vi al llegar aquí. Deshecha, como alma en pena, y eso me partió el alma al recordar que nunca le contaste la verdad de tu último paradero. ¡¿No crees que merece al fin que... después de tantos años dejes de ser un idiota?! —habló fuerte y con esa honestidad sincera que solo un gran amigo puede tener—. A no ser que...

—¡¿A no ser que qué?! —Lo miró fijamente Armando, al notar el tono de duda y desconfianza en su amigo, y este vio en sus ojos la luz posesiva encenderse como un candil en llamas.

—A no ser que... —hablo pausado— ya no sientas nada por ella, entonces deberías dejarla li...

—¡Nunca! —interrumpió, sujetándolo por la solapa de su bata médica; al darse cuenta de su gesto violento lo soltó y se viró de espaldas a él, mientras sin deshacerse de aquel traicionero sobre se cubría con sus manos el rostro—. ¡Lo intento, Samuel...! ¡Maldita sea! ¡Intento cada día tener el valor para contárselo! Tú no lo entenderías... Es más fuerte que yo esta vergüenza que cargo y que siento como un edificio sobre mí cada vez que la miro a los ojos... —Logró explicarse con debilidad—. Hemos pasado tantas cosas... Me he equivocado tanto. Ivanna se me ha vuelto innecesaria ante mis cobardes ojos. ¡Sé que no la merezco! Y asumirlo es como estar pagando un terrible karma por cada error cometido. —Continuaba de espaldas a su amigo, la pena consigo mismo no lo dejaba mirarlo a la cara.

»¿Que si aún la amo preguntas? —Sus manos volvieron a frotar su rostro agobiado—. Más que a mi vida, Samuel... Ivanna es ese antídoto que cada día me devuelve la razón para hacer desaparecer todo rastro tóxico de este veneno de celos y desconfianzas del que intento librarme a cada segundo, y que con tan solo una mirada me devuelve la paz perdida. —Sonrió irónico y con

profunda tristeza —. ¿Sabes...?, me merezco esta tortura que yo mismo me he impuesto. Merezco llegar a casa y, al no verla cerca, sentir esa punzada de infarto al solo suponer que me ha abandonado, y salir corriendo a ver dónde está... para solo lograr respirar nuevamente al encontrarla. —Comenzó a detallar sus sentimientos en su mente como si fuera una secuencia fotográfica de cada momento vivido, para lograr expresarlos todos de una buena vez mientras pegaba su frente a la ventana de aquella pequeña estancia, cerrando los ojos sin la intención de volver a mirar a su amigo, que, con rostro compasivo, decidió tan solo escucharlo desahogarse una vez más.

»Soy merecedor de su desamor, Samuel, y, sin embargo, obtengo todo lo contrario... Esto me lo repito estando a su lado, y recibiendo su cariño, al recordar mi actitud pasada. Merezco morir lentamente, sufrir y consumirme de deseo por ella, por tenerla en mis brazos, por hacerle el amor hasta que su cuerpo me perdone y yo vuelva a la vida sintiéndome un puto dios de este insufrible mundo, por tan solo volver a escucharle decir cada día... que me ama —continuaba hablando con tanta nostalgia reprimida que hasta el aire podía reconocer el dolor y el arrepentimiento en cada una de sus palabras. Finalmente se volteó y enfrentó la mirada de su amigo, en la cual encontró no solo comprensión, sino una profunda pena al ver cómo aguantaba estoicamente las lágrimas diciendo todo aquello.

—Muchas veces te recomendé tomar terapia, Armando..., y conste que no pongo en duda a nuestra amiga Alina y su capacidad profesional, pero tú y yo sabemos que nunca la viste como tu terapeuta. ¿Sigues pensando que no la necesitas después de... ? —Lo observó fruncir el ceño, deseando que finalmente entendiera y reaccionara de una vez—. Sé que el carácter indomable de tu hermano mayor y esa insana revancha que siempre se han jurado tuvieron mucho que ver con las malas decisiones que tomaste en el pasado. Es hora de que olvides, entierres de verdad tu soberbia y tu orgullo, que hagas tan solo lo que tu corazón te dicte... ¡Escúchalo!

—Yo nada más... la necesito a ella, a ellas, Samuel. Me aterra su rechazo cuando sepa que soy un... —no pudo decirlo—. Cuando pienso en la posibilidad de que su amor por mí sea algo del pasado si ella sabe la verdad, me paraliza y vuelven esas imágenes que tanto he luchado por borrar de mi mente, junto a las palabras de mi hermano... —Dejó caer las manos al frente, y entre las dos sujetó con fuerza aquel papel que seguía torturándolo. Se recostó de espaldas al cristal de la ventana y, con la cabeza hacia atrás y los

ojos cerrados, dejó su mente vagar por los recuerdos de su juventud.

»Arturo, de los dos, siempre fue el más fuerte y temperamental. A pesar de solo llevarnos dos años, ante los demás aparentaba más edad. Pasé mi vida entera bajo su sombra, e intentaba imitar hasta sus gestos. Quería su fortaleza y ser tan exitoso como lo era él. —Torció los labios en forma despectiva—. Creo incluso que mi carrera militar fue incitada, más que nada por querer seguir sus pasos, ya que cuando remonto mis anhelos al recuerdo del pasado, lo que quería hacer en realidad era estudiar arquitectura... Patético, ¿verdad? —Hizo una mueca desdeñosa y frotó su frente, abriendo los ojos y mirando a su amigo, que seguía atento cada palabra suya, a pesar de ya conocer su historia; como siempre, no le importaba dejarlo desahogarse nuevamente—. Soy el gran discípulo de mi ladino hermano mayor. Grabé en mi mente cada una de sus lecciones de vida como si se trataran de una ley de hermandad sajona.

»No tomé de joven ninguna relación con seriedad, menos cuando Arturo comenzó a volverse más brutal en sus palabras al hablar al respecto y sus demostraciones más crueles; eso unido al descubrimiento de mi pasado, el cual ya sabes —lo miró—. Así dirigí mi vida hasta que... —inhaló con fuerza— conocí a Ivanna, y fue como abrir una ventana al mundo y ver desde ella todo con una lente diferente, idílico y perfecto, pero... caí en un abismo con todo lo que sucedió en Rusia. —Se apretó los ojos con los dedos; consideraba demasiado ridículo dejar escapar el llanto que lo acosaba delante de su amigo, cuando era consciente de que la culpa era totalmente suya—. Después de que había logrado crear mi absoluta y total confianza personal acerca de una relación de pareja, y el amor dominaba cada uno de mis actos... Volví a caer en el mismo hueco oscuro y... ya no supe cómo salir de ahí.

Por unos segundos, los dos se quedaron en absoluto silencio. Samuel comenzaba a entender con claridad el camino emocionalmente espinoso y difícil que había transitado siempre Armando. Su lado humano le pedía sentir compasión y consolar su angustia, pero su lado profesional y, sobre todo, la amistad leal que lo unía a él, le exigían que le hablara sin medias tintas, o jamás podría ayudarlo.

—Es patológico lo tuyo, Armando... Necesitas ayuda continua —concluyó, asegurando al máximo sus palabras—. Ivanna merece que luches, y tu hija aún más...

—¿Y si la pierdo en el intento, Samuel? ¡Si las pierdo a las dos, prefiero

dejar de existir...!

—¿No te das cuenta de que si sigues así las perderás cada día un poco más?! ¡Especialmente a tu esposa, que es la verdadera guerrera de esta batalla! Sé fuerte y asume todo lo que deba ser asumido de una buena vez. ¡Deja ese puto e insano orgullo y ríndete a todo ese amor que has vuelto tu enemigo, cuando en realidad es tu bendición! ¡Dile la verdad! Pero cuéntale todo, lo pasado hace años y lo de hace muy poco tiempo. Todo...

Armando se dejó caer en el sillón; apretando el sobre que seguía en sus manos, levantó los ojos y, con una mirada decidida, asintiendo, dijo lo que con palabras no podía. Su amigo sonrió, daría lo que fuera por ayudarlo a salir adelante, pero era consciente de que el primer paso lo debía dar él.

—¡Bien! Ahí tienes tu respuesta, solo abre esa coraza y llénate de valor, y lucha por lo que tanto tú amas. —Se levantó prestamente Samuel—. Ya deben de tener el quirófano listo y el resultado de los últimos análisis que solicité. ¡Vamos a por esa nueva vida que necesita Romina! Se la merece, y aunque sé que no eres cristiano, yo sí lo soy, le pido a Dios que me guíe y nos ampare a todos...

Luego de un abrazo fraternal, Armando guardó el sobre en el bolsillo de su chaqueta, pensativo y con mil emociones a flor de piel. Salió de aquella improvisada enfermería y siguió a su amigo. Por primera vez en muchos años, imploró a ese ser superior en el que todos creían, pidiendo una pequeña oportunidad para poder ver luz nuevamente en su oscura vida...

Los dos se alejaron por el amplio y silencioso pasillo. En esa zona solo estaban las salas de cuidados intensivos de varias especialidades y algunos laboratorios de patología clínica. Doblaron al final, hacia la izquierda, para dirigirse a la sala específica de cardiología y enfrentarse a un día difícil pero esperanzador...

Un sollozo se escapó detrás de aquella columna ancha de mármol blanco al quedar en silencio el apartado lugar y una mujer temblorosa, y debatiéndose entre el deseo de consolar a su esposo, la angustia y el amor, asomaba su cuerpo escondido.

Necesitó cubrir fuerte su boca por los fuertes ahogos de llanto que amenazaban con hacerla gritar. Y, a la vez, una risa nerviosa y desesperada la invadía al recordar todo lo que por más de media hora había escuchado detrás de aquella puerta. Los latidos de su pecho se volvían los mayores cómplices de sus lágrimas reproduciendo en su mente, una y otra vez, las palabras dichas

por su hombre: «¡Te amo, te amo!», se repetía, como si estuviera poseída por una felicidad que creyó jamás volvería a sentir.

Llevó una mano al corazón, sintiéndolo a punto de salirse por debajo de su piel... Sabía que no tenía derecho a disfrutar ningún tipo de dicha justo en aquel momento, al recordar a su hija luchando por su vida, pero... no podía olvidar todo lo que había dicho Armando, y volver a reafirmar la esperanza y la fe en su futuro le era inevitable...

«Me amas... Nos amamos, mi amor, y... solo el saberlo, el escucharte, me llena de valor para luchar por nosotros. No importa cuál sea esa verdad que no te atreves a decirme, por muy dolorosa que sea, estoy segura de que la enfrentaremos juntos».

Con ese pensamiento, secó su rostro y se encaminó con toda la fuerza y la seguridad del mundo en que su querida Romina saldría bien de la delicada cirugía.

Muy cerca de allí...

—¡Hola, mi hermano! Vine lo más rápido que pude cuando me avisaron. Han pasado muchas cosas, pero dime, ¿cómo está todo allá?

Se quedó escuchando lo que le decían del otro lado de la línea, y casi involuntariamente pasó por su nuca la mano izquierda y apoyó en la cabina telefónica la frente. Su hermano continuaba desde el otro lado hablándole en clave, pero él entendía perfectamente a qué se refería.

—¿Tan pronto será la cirugía de papá?! ¡No!... Claro que no... Estoy feliz con lo que me dices. Es solo que han pasado cosas difíciles por acá. Falleció la sobrina de Adela... Sí, esa misma... La familia está devastada, todos lo estamos, ha sido una verdadera tragedia y...

Nuevamente prestó atención...

—¡Tranquilo! Lo entiendo y sé que saldrá todo bien, un abrazo a los viejos, mi hermano. Los quiero.

Después de terminar aquella llamada, Rolando Alcázar se quedó en blanco por varios minutos y con una pelea de emociones dentro.

—¡Veinte días! ¡Solo faltan veinte días...! —Se repitió preocupado, aún con el auricular sosteniéndolo en sus manos.

Capítulo 16



Almas en un solo sollozo ahogado se reunían en aquel pequeño salón de hospital.

Una madre y un padre, sin vida ni consuelo alguno, se fundían en un abrazo, inertes como dos maniquíes sin esperanza, intentando creer que un día pudiera llegar esa resignación de la que todos les hablaban, y que creían imposible, solo queriendo despertar de una vez de aquella horrenda pesadilla...

Dos hermanos a los que parecía que la vida los arrastraba a un lugar donde el dolor sería el capitán de su existencia. Tomás y Adrián Belmonte no volverían a ser con facilidad aquellos dos jóvenes risueños e intranquilos, la muerte de su hermana les parecía tan increíble como injusta, y acababa de marcarlos de la manera más cruel posible. Sus rostros demacrados y pálidos daban fe de ello, y del rencor y la rabia que sentían contra el mundo en aquel momento, donde el corazón se les hacía pedazos sin remedio.

Una pared... Tan solo una pared dividía todo aquel tormento. Para aquellas dos familias, la aflicción era cargada en sus hombros de maneras diferentes, pero con el mismo peso e intensidad.

En la sala de los Belmonte, se tenía conciencia de que esperaban recibir a su niña amada para darle el último adiós, era una realidad abrumadora e increíblemente devastadora para ellos...

Del otro lado, los Sanfield, entre oraciones de una madre y una abuela, sujetas a la mano de Dios y rogando a su misericordia divina, sumaban a ellas la ansiedad de un padre y un abuelo que pedían en un muy escondido silencio que la luz de sus ojos volviera a la vida y tuviera su tan ansiada oportunidad.

Y no muy apartado de ellos, en la penumbra, al final de un pasillo solitario y con la mirada a lo lejos, Gael se preguntaba: «*¿En qué momento pasó todo esto?... ¿Cómo serán nuestras vidas a partir de ahora? ¿Qué sentirá Romina cuando sepa que el corazón de Lou late en su pecho? ¿Y mi familia? ... ¡Dios!... ¿Cómo podremos convivir con todo esto?*». Su mente se volvía un torbellino de temores e incertidumbres, pero solo estaba muy seguro de algo... Romina era su gloria, y nada ni nadie lo separaría de ella... Ellos saldrían adelante.

—¿Gael? —Se le acercó Ivanna al verlo solo junto aquel ventanal—. ¿Qué haces aquí? Puedes estar con nosotros si así lo deseas, será una espera larga y... difícil —hablaba en un susurro hondo.

Él se viró y la miró con pesar, intentando transmitir consuelo. Aquel rostro hermoso como el de su hija, y aquellos ojos claros estaban hundidos y marchitos... Un velo de angustia la cubría, y él se reprochaba no tener fuerzas para dar el apoyo que sabía ella necesitaba.

—Lo sé, señora; pero... prefiero esperar aquí. Dadas las circunstancias, no encuentro cómo dividirme ni sé qué actitud sea la más correcta... —El dolor en sus palabras casi se podía palpar—. No sé cuál es mi lugar en este momento tan... complicado y desolador. Me comprende, ¿verdad?

Ivanna asintió con la cabeza sin poder responder de otro modo, luego de darle unos pequeños toques de cariño en el hombro y pasar su mano por la cabeza del joven, mirándolo con dulzura y comprensión, regresó a su larga espera con profunda pesadumbre...

Estando allí recibieron la llamada de Alina y Lorenzo al móvil de Samuel, sus entrañables amigos le confirmaban que venían de camino para estar junto a ellos, y esto le levantó el ánimo.

Alzó la vista y volvió a observar a Gael, este tocaba su pecho y acariciaba aquella pequeña libélula que colgaba en él, como si con aquel gesto pudiera milagrosamente buscar una solución que trajera la paz anhelada; recordó entonces que su hija traía un pendiente casi idéntico, y dedujo que algún significado tenía para ambos.

Todos se habían reunido en esa sala; de un lado, estaban los padres de

Romina, en la esquina, abrazados e inmersos en sus pensamientos. Esther, desde hacía días, ya no era la mujer de la sonrisa eterna, se le veía con ojos cerrados entre el movimiento silencioso de sus labios en oración y el de sus manos pasando de una cuenta del sagrado rosario a la otra. El abuelo Rigo no era un hombre de muchas palabras, y ahora era más que nada un ser en pena y agonía total refugiado en el rincón más apartado del lugar, dándole vueltas a su sombrero entre las manos, y solo se le podía ver con los ojos vacíos y tristes.

Gael sentía una soledad en el alma que lo invadía cada vez más. Miraba hacia la entrada en espera de que llegara su madre, al menos en ella podía apoyar su desesperación. No se atrevía a ir a la habitación contigua donde estaba su familia, la última vez que vio a sus primos no le gustaron sus miradas acusadoras, necesitaba creer que era el profundo dolor lo que los hacía actuar así y que solo el tiempo llenaría de comprensión sus corazones destrozados por aquella terrible pérdida.

En ese momento, una enfermera apareció por el pasillo y, al verla, todos se pusieron de pie casi al mismo tiempo.

—¿Familia Sanfield? —preguntó amable.

—Soy Armando Sanfield, el padre de Romina —contestó ansioso, abordándola.

—Soy Ana María Fuentes, enfermera especialista en cardiología, y asistiré al doctor Burke. —se presentó cortés, tendiéndole la mano—. Quería informales que los últimos estudios han salido muy bien, y la intervención comenzará en menos de una hora —explicó muy profesional—. Ya están preparando tanto a la donante como a la receptora. En este caso, obviamente su hija, y en cuanto el procedimiento concluya, el propio doctor Burke vendrá a informales de los pormenores de la cirugía.

—Señorita, ¿cuánto durará el proceso? —preguntó Gael.

—Entre ocho y doce horas. Todo depende de la complejidad que podamos encontrar al inicio y de cualquier complicación que pudiera presentarse, que esperamos no ocurra —tranquilizó—. Hay mucha concordancia física entre el receptor y el donante, no solo en su edad, sino también en su compatibilidad genética, que es lo más importante. —Al percatarse de la atención que todos prestaban, decidió ahondar más en el tema.

»En el caso de Romina, de ser necesario, y repito, solo en caso de necesidad —enfaticó—, quizás ella pueda recibir lo que en medicina conocemos como Trasplante Heterotópico, que consiste en que el corazón

propio del paciente no es extirpado o retirado antes de trasplantar el órgano donado. El nuevo corazón es ubicado de una manera que tanto cámaras como válvulas quedan conectadas o unidas de una forma mucho más efectiva.

Pasó sus dedos por la barbilla para explicarse mejor, al ver que todos se miraban entre sí, asombrados y temerosos, y siguió con la exposición.

—Digamos que... la efectividad sería mayor, como si tuviera un corazón doble. De esta forma, se le puede proporcionar al corazón original de la paciente la oportunidad de recuperarse, y en caso de que el corazón trasplantado sufra un fallo, como un rechazo, por ejemplo, este es extraído de inmediato y el original puede empezar a funcionar nuevamente.

No sabían a ciencia cierta si aquella explicación les daba un poco de calma y esperanza o, en realidad, los hacía catapultarse a una ansiedad y angustia superior a la que ya tenían. La información recibida los dejó aturridos a todos, a pesar del semblante amable y tranquilizador de la enfermera...

—¿Mi hija sigue estable? —fue lo único que atinó a preguntar Armando.

—Sí, ya la están preparando y los doctores están muy optimistas, especialmente el doctor Burke.

Armando suspiró resignado y asintió, agradecido con la mujer que amablemente se despedía de todos y les daba ánimos y seguridad del éxito de la cirugía.

Al quedar solos de nuevo, volvieron a su impaciente espera y a sus oraciones, ya que sin dudas serían las horas más largas de su vida...

A la par de esta escena, en las afueras del hospital, un auto negro con letras marcadas en las puertas delanteras, donde se leía CERC, se detuvo justo frente a la entrada del edificio. Del lado del pasajero se bajó un hombre de porte erguido y músculos pronunciados, bastante alto. Vestía con una camisa oscura y llevaba espejuelos del mismo color. A simple vista se podía apreciar su aire regio y seguro. Era muy atractivo, de perfil alargado en la parte superior de su rostro, nariz puntiaguda y mentón cuadrado; llevaba la sombra de una fina barba matizada con algunas canas grisáceas, que también aparecían en su abundante y muy bien peinado cabello castaño.

Abrió la puerta trasera y recogió un portafolio azul oscuro, luego se acercó al chófer del auto y, tras hablarle bajo y dar una pequeña palmada en su

hombro, este se alejó y él se encaminó al centro hospitalario con altanería, dejando más de una suspirante mirada femenina a su paso. Su andar era tan impresionante como el fruncir constante de sus labios y sus facciones contraídas; al retirar sus lentes, estando dentro del vestíbulo, sus ojos profundos y la dura mirada daban la impresión de ser una persona no solo de carácter rígido, sino de alma... ¿oscura? Seguro y enérgico, se dirigió hasta la zona de la oficina de dirección del centro, y su silueta se perdió en el largo pasillo lateral.

En casa de los Alcázar...

—¡Es un momento muy difícil, Roly! ¡Por amor de Dios! ¡Si hemos esperado hasta aquí, podemos esperar un poco más de tiempo! —Adela hablaba desesperada por lo que le acababa de decir su esposo, pues había terminado de acelerar su ansiedad y su angustia, y se sentía al borde de un precipicio de emociones encontradas ante la mirada absorbente de él. Toda su decisión y valentía de días atrás estaban ya en tela de juicio tras lo sucedido a la chica que su hijo tanto amaba—. Entiende... ¡Ahora menos que nunca Gael tomará esa decisión! Lo conozco, Rolando, no dejará atrás a su novia, menos en esta situación, está muy enamorado de ella —explicaba sin aire y a punto de llegar al tope de sus fuerzas con tantas tempestades a su alrededor—. Además, ¿cómo crees que le daré otro golpe así de difícil a mi familia después de esta tragedia? ¡Debo pensar en mi madre! No se repondrá fácilmente de la muerte de Lourdes, imagina yo hacerle esto justo ahora —terminó casi desfallecida de temor, pensando en todo lo que se avecinaba.

Rolando estaba llegando al límite de su capacidad de comprensión, no podía creer lo que ahora pasaba y cómo se volvía todo a complicar. Muy en el fondo sabía que su esposa tenía razón; pero, por otro lado, era ya inminente dar aquel paso o, de lo contrario, no habría otra oportunidad. Era necesario que él se hiciera cargo de todos los trámites de una vez. Llegó a la conclusión de que si continuaba esperando la aprobación total de Adela, nunca se concretarían los planes por los que tanto había luchado.

—Adela, no pienses que... no comprendo todo lo que me dices, sé conscientemente que llevas razón en muchas cosas; pero..., a veces, para salvar a alguien querido debes sufrir daños colaterales en el intento, espero...

lo entiendas. —Después de decirle esto, le dio un beso en la mejilla y salió de la casa sin esperar la respuesta de su esposa a su comentario, y dejándola pensando en todo lo hablado mientras ella se disponía a irse al hospital.

Seguía pasando el tiempo con una lentitud que desgastaba el espíritu y la paciencia de cualquiera, convirtiéndolo en agonía. Gael no sabía cuánto más aguantaría ese desasosiego. Ya se contaban nueve horas desde que, ante el llanto desgarrador de sus tíos y sus primos, habían sacado el cuerpo artificialmente vivo de su prima para llevarlo a la sala de cirugía cardiovascular. Nunca podría borrar de su mente esa dolorosa escena.

«¡¿Cómo podré un jodido día de mi vida... apartar de mi memoria el rostro pálido y sin vida de mi inolvidable Lou?!».

La vio con la cabeza envuelta en vendas y todos aquellos tubos y aparatos extraños conectados a ella... La siguió con la mirada hasta perderla tras aquellas puertas y se volteó hacia la pared fría, donde aquel olor estéril le provocó náuseas y, finalmente, lo hizo caer en un llanto ahogado y desgarrador...

«Si este dolor tan grande que me despedaza no tiene como consuelo volver a ver tu sonrisa, mi querida libélula..., no existirá poder en el mundo que pueda hacerme volver a la vida...».

Pensando así, apretó con fuerza el pendiente de libélula que colgaba en su pecho y apoyó la frente en el frío cristal de la ventana, para cerrar los ojos y buscar en su memoria el rostro que le devolvía la paz y la cordura.

Mientras, Adela andaba con paso ansioso hacia la sala de cardiología, donde sabía que se estaba debatiendo un destino incierto y muy difícil para todos. Después de aquella conversación con su marido, y tres infusiones de tila para calmar los nervios, decidió que debía estar con quien de verdad necesitaba de ella por encima de todos: su hijo. Podía escucharse egoísta y cruel de su parte, pero sabía que Gael era el que estaba cargando doblemente la pena y, además, enfrentándose a estar en el ojo del huracán de toda aquella desolada situación.

Subió en uno de los ascensores y al llegar al vestíbulo fue detenida por un guardia que le frenó el paso.

—¿Adónde se dirige, señora? —indagó el corpulento hombre con poca amabilidad.

—Necesito llegar a la sala de espera preoperatoria, allí está mi familia, tenemos un paciente en trasplante —contestó, hablando más rápido de lo habitual en ella para que la dejara pasar de una buena vez.

—No, lo siento —declaró el insensible individuo—. Sin el pase de acceso familiar no puede entrar fuera de horario de visita.

Adela contó en su mente para no estallar con toda la frustración que la aquejaba. Estas eran las situaciones absurdas de las que tanto hablaba y se quejaba Rolando, viviéndolo ahora en carne propia y con tanta ansiedad rebasándola, no podía dejar de reconocer cuánta razón tenía.

—¡Oiga! Soy un familiar que, por su dolor, está intentando mantener la calma, pero esto es arbitrario de su parte. —Cogió aire y siguió—: Solo quiero acompañar a los míos en un momento bastante tenso y duro. ¿Puede entender eso acaso?! —Le fue inevitable gritar, el llanto ya se le acumulaba como un torrente y le hacía un nudo en la garganta.

El guardia hizo ademán de hablarle con rudeza, cuando fue interrumpido por el gesto demandante de aquel hombre que se acercó y se ubicó a espaldas de la mujer. Aprovechó entonces para ir a buscar a su jefe inmediato, era su primer día de trabajo y no tenía deseos de discutir ni buscarse problemas con nadie, menos con el individuo aquel que, sin conocerlo, aparentaba ser uno de los jefes de la dirección del hospital, por su actitud y forma de vestir.

—¿Sucede algo, Adela?

«*Esa voz...*».

No sabía cómo voltearse, sus piernas, en un segundo, parecían de gelatina, y no le respondían. Un millón de alfileres azotaron sus sienes al punto de asustarla, provocándole un frío estremecedor en todo su cuerpo...

«*Es un sueño... ¡Tiene que serlo! No puede ser él, ¡no después de tantos años!*».

Comenzó a girarse a cámara lenta hasta encontrar aquel rostro frente a ella, y un gemido agudo de la impresión le salió involuntario... Allí estaba, como tantas veces lo imaginó, como un tigre con la mandíbula contraída y devorándola con la mirada. Ella parecía una pequeña e indefensa presa en medio de la nada, y su temblor daba fe de ello. No sabía a ciencia cierta si la expresión que veía en su mirada era de rencor, añoranza o... ¿amor? «*Imposible, ¡estoy divagando por la sorpresa!*», se recriminó de inmediato.

—Arturo... —balbuceó en un hilo de voz—, es increíble verte... después de... tanto tiempo. —Sin duda se le notaron los nervios en la voz, y vio la satisfacción de él en su rostro al percibirlo.

Arturo continuó con las manos en los bolsillos y con un vacío y una desolación en sus ojos que lo hacían llegar a parecer peligroso. La recorrió con una mirada lasciva y apretó los labios al fijar sus ojos en el escote de su blusa, para apreciar en él la división de sus pechos. «*Qué hermosa eres aún...*», pensó sin dejar de contemplarla con anhelo y también mucha lujuria y deseo.

Su pelo lacio y castaño aún se mantenía con ese brillo que recordaba en sus sueños, y seguía siendo la mujer con ese cuerpo ¡malditamente llamativo! Muchos celos, y aprensión, padeció él en esos gloriosos tiempos en que la creyó suya. Se perdió siempre en el vaivén de sus caderas y sus pechos voluptuosos, esos que ahora no podía dejar de mirar y desear como un macho herido.

«*¡No...! ¡No sigas por ese camino, Arturo!*», se reprendió para poder salir de aquel trance de erotismo en el que ella siempre había logrado envolverlo. Necesitaba toda una muralla de voluntad si no quería traspasar esa frontera.

—Sí..., mucho tiempo, Adela —contestó inmutable y con un deje de reproche al hacerlo. Volvió a devorarla con los ojos al punto de hacerla sentir incómoda y nerviosa, viéndola cerrar con sus manos temblorosas la abertura de la blusa, y alisando su falda como si quisiera alargarla más—. Es una lástima que una tragedia como esta sea la que permita que vuelva a tenerte frente a mí, aunque... nunca te haya perdido la pista —confesó engreído.

—¿Tragedia? Yo... no entiendo... ¿Qué quieres decir? —habló extrañada y arrugando la frente, observándolo sonreír de lado maliciosamente mientras sus ojos tenían un brillo casi perverso en ellos.

—¡Verdad, qué torpe soy! —Irónico se golpeó la frente con la yema de los dedos en señal de olvido—. No recordaba que seguramente no sabías que Romina es mi... sobrina... —reveló satisfecho, viéndola palidecer—. De hecho..., la única —dijo triunfante como si con esa afirmación pretendiera intimidarla.

Adela se llevó la mano a los labios y su visión se comenzó a nublar de las lágrimas que pedían a gritos salir. Se las secó con un pequeño pañuelo que le había acompañado en las tristezas de los últimos días, y muda de la impresión intentó huir sin dar respuesta alguna; pero la mano cerrada y dura de Arturo la

detuvo, tomándola firmemente por el codo y arrastrándola hacia una pequeña oficina vacía cerca de ellos.

Cuando finalmente se encontraron solos, el pasado que los unía regresó con fuerza. Él aspiró su aroma al tenerla cerca y apresada entre sus brazos, y casi logra pasar su lengua por aquellos labios que le robaban la razón y la cordura, pero ella logró zafarse y alejarse hasta la otra esquina, evidentemente consternada.

—¿Qué sucede?! —increpó duro y hasta sarcástico, pero complacido por verla como una avecilla asustada—. ¿Huyes ahora, cuando deberías agradecer que no he enlodado tu nombre?! ¿Qué sucedería si lo hiciera? A mí me debes que ni tus padres se enteraran de tu... ¿desliz?! —ironizó, y se acercó de nuevo, sujetándola firme por el brazo. La quería así, a su merced y antojo, y esto le provocaba una satisfacción excitante, casi podía sentir que su entrepierna comenzaba a despertar.

Aquella bajeza de su parte la llenó de ira y le infundió un valor irracional al escucharlo, altanero, señalarla como la responsable de toda una deprimente y vergonzosa historia, donde él no solo fue el único culpable, sino el principal protagonista.

—¡Basta! —Reaccionó Adela con una voz rayando en la exasperación, y soltando su agarre—. ¡No tienes derecho! ¡Es pasado! ¿Qué pretendes con todo esto, Arturo?! ¿A qué has venido?! —dijo con una actitud que, lejos de enfrentarlo, terminó por confirmarle la angustia y el temor que sentía desde el momento en que lo vio.

Arturo no contestó, quería regodearse por verla así, espantada, con sus cabales en el suelo y sus ojos... «hermosos... *Delirantes... ¡Míos! ¡No! ¡No te mientas! ¡Nunca! Jamás lo han sido. ¡Esa es la desgarradora verdad de siempre...!*», se gritaba en su interior a punto de perder el control y atraparla, dominante y posesivo, en sus brazos para largarse de allí con ella, incluso en contra de su voluntad...

—¡No pretendo nada, Adela!... Actúo, que es diferente —Empezó a decirle con los dientes apretados y sin apenas abrir los labios, ya que, verla a la defensiva y sin pizca de algún tipo de sentimiento hacia él que no fuera terror y... desprecio..., lo transformó nuevamente en ese hombre frío y despiadado que, según él, era gracias a ella—. Me alegra que sepas mi parentesco con la familia Sanfield de una vez, sé que no me habías relacionado con ellos ni remotamente, ¿o me equivoco? —preguntó con

burla—. Estaremos, al parecer, viéndonos seguido, ¡digo!..., mientras se concreta la relación que dicen tener tu hijo y mi sobrina; claro..., siempre que ella, ¡la pobre!, logre arreglar su corazoncito y salir viva de ese quirófano, ¿no?

La forma inhumana y ladina de expresarse asqueó a Adela, no por él, sino por ella misma, solo de recordar que alguna vez había amado con todas sus fuerzas a aquel miserable ser humano. Sin saber si fue por desagrado o por miedo, dio dos pasos atrás para alejarse y chocó con el escritorio; estaba abrumada y sintió que podía llegar a faltarle el aire estando allí, y una sensación claustrofóbica comenzó a sobrepasarla. Era cierto, lo había desterrado de tal forma de su corazón y de su vida que ni se planteó un posible vínculo entre los dos apellidos, por otro lado, tan corrientes.

—Pero como te decía..., eso es algo que está por verse... —Continuó acercándosele y pegando su cara tan cerca a la de ella que sus alientos llegaron a licuarse en uno.

Arturo no lo previó, pero por un momento creyó perder la razón, y toda esa ecuanimidad ensayada por años para el día que la tuviera así, como ahora..., al alcance de sus manos y a un roce de su boca... Ella continuaba paralizada sin poder articular palabra, y eso llegaba a excitarlo a un extremo casi incontrolable.

—¿Sabes, querida? —bajó la voz sutilmente, sintiéndola rígida a su lado, y pegó los labios a su oído—. Hay planes ocultos que... no siempre salen bien y, tristemente, los jóvenes pagan las consecuencias de las malas decisiones de los más adultos... ¿No crees?

Adela sintió que su sangre se hacía hielo con aquella advertencia entre líneas. Recordó que alguna vez escuchó a un amigo de esa época hablar de Arturo y decir que era un alto oficial de la seguridad del Estado; ahora todo en su mente era una vorágine de cabos sueltos que se ataban unos a otros, y le daban la abismal respuesta. Alguna información tenía acerca de su salida del país, no le cabía duda de eso.

—No entiendo tu sarcasmo... Los chicos se aman, para mí es lo que importa y...

—¡Como te importamos nosotros, ¿verdad?! —No se aguantó el poder reclamarle, y la interrumpió pegando con fuerza el puño en el escritorio, haciéndola estremecer—. ¡Te amaba, maldita sea! ¡Te amaba como a nadie en este mundo de mierda, y me dejaste destruido! —parecía enloquecido—. ¡Me

cambiaste por ese hijo de puta, con un muy interesante historial, por cierto! —habló de más, aprovechándose de su poder y cargo, pero no le importó con tal de intimidarla; quería llevarla al límite de la desesperación y el miedo, sería la única manera de tenerla en sus manos y rendida a él—. Le diste un hijo, Adela. ¡Un hijo! ¡Cuando fuiste capaz de abortar el nuestro! —explotó diciéndolo, y si no fuera porque realmente era imposible, ella juraría que vio cómo sus ojos se enrojecían como el fuego, de odio y rabia al decir aquellas palabras...

—¡No lo aborté, Arturo! ¡No lo hice! Lo perdí esa noche que me trajeron las fotos donde estabas en esa fiesta con... ¡esa tipa! ¡Tenía solo diecinueve años, y te amaba! Dime ahora, ¿quién le partió el corazón y el alma a quién?! —Soltó un sollozo que hizo que Arturo cerrara los puños con fuerza, pero lo tragó con dignidad rápidamente—. No me creíste cuando te conté de cómo esa mujer me llevó las fotografías. ¡La creíste a ella al decirte que aborté a nuestro hijo deliberadamente! Y cuando lo hiciste me destruiste a mí... —El llanto amenazaba con ahogarle las palabras—. Cuando supiste la verdad, ya era tarde, tus palabras de odio y desprecio ese día en el hospital cumplieron su cometido, y lo sabes... Tu conciencia es lo que corroe tu vida... ¡No me culpes a mí! ¡Sabes que fuiste tú quien nos destruyó! —se defendió segura.

—¡Hice de todo para que me perdonaras! ¡Todo! —alegó con el rostro transformado entre la rabia y la desesperación—. Pero te fuiste... Me abandonaste como un pobre diablo. —Su voz salió con dolor y en el fondo de ella se percibía la angustia de sus palabras. Los dos se miraron fijamente por primera vez desde aquel reencuentro, y existió una pequeña chispa de paz y perdón en sus ojos, pero solo por breves segundos, al final... esta desapareció—. ¿Lo amas? —preguntó severamente—. ¿O te casaste con él por despecho? —volvió a cuestionar dominante y con el orgullo a flor de piel al escucharla suspirar profundo; de su respuesta dependían muchas de las decisiones que estaba dispuesto a tomar.

—Lo amo, Arturo, y lo amaré siempre. Él me salvó, y con eso se ganó el amor que tú destruiste —contestó sincera—. Es el pasado, deberías tratar de olvidar y... perdonarte. Yo ya lo hice.

¡Fue el golpe final! Como un apocalipsis de dolor que te lacera y te mata en segundos el corazón, para dejar eternamente de ser quién eres, se le metieron hondo sus palabras.

«¿Era la esperanza de una respuesta negativa lo que te sostenía a pesar

de tanto tiempo? ¿Qué esperabas escuchar...?», se mortificaba. «¡Que no lo ama! ¡Que nunca lo ha amado porque he estado yo metido hasta el fondo de su alma, como ha estado ella en la mía! ¡Eso quería escuchar, maldita sea!», se repetía como un mantra de tortura, y entonces volvió... la rabia, el odio y el rencor sin límites del que se había alimentado siempre por no ser su dueño. La sangre la sentía caliente recorrer sus venas, aquel deseo de revancha se hizo infinito en su pecho y se juró, en fracción de segundos, que no descansaría hasta verla suplicándole de rodillas por aquellos a quienes más decía querer.

Se ubicó detrás de ella sin dejar de aspirar su olor. Adela permaneció quieta, pero con la respiración acelerada, que se notaba por el movimiento agitado de su pecho bajando y subiendo con rapidez.

«Siempre oliendo a mentas silvestres... Mis noches más ardientes han llevado tu nombre y han aspirado tu olor en mi solitario desahogo, pero pronto vas a resarcir con creces cada uno de esos momentos insatisfechos», pensó al pasarle por el lado.

Se detuvo detrás de ella y le rozó deliberadamente el cuello con los labios. Al sentir su rigidez, agarró su cintura con una de sus manos y apretó fuerte hasta sentirla moverse y reflejar en sus facciones contraídas un gesto de dolor. La sonrisa en su rostro era una mueca de perversidad y malicia; y al hablarle, el tono de su voz se cargó de rudeza y amenaza.

—No hay mayor regocijo que un día doloroso detrás del otro, querida, y de esos... yo he ido alimentando mi vida. —Las palabras se escucharon graves y amenazantes—. Ese hombre te arrancó de mi lado, y ese mismo hombre... —bufó sonriendo— te hará volver a mí de rodillas —susurró acercándose más a su oído por detrás, y soltándola bruscamente se alejó con paso firme sin volver a mirarla, golpeando fuerte la puerta al cerrarla tras él.

Adela necesitó nuevamente apretarse la boca con las manos para aguantar el fuerte grito que estuvo a punto de emitir... Caminó tambaleante hacia fuera para en el pasillo, con un apretado nudo en el pecho, poder encontrar los baños y encerrarse en uno de los cubículos donde desahogar todo aquel pánico que la estaba consumiendo.

El sudor frío de su frente era denso y tortuoso, y el temblor de sus manos hizo que las aprisionara una contra la otra. Dejó que las lágrimas le bañaran el rostro y ver si así ellas podían calmar el tormento desenfrenado que consumía su alma...

Capítulo 17



Doce horas...

Doce desquiciantes horas habían pasado desde que comenzó la cirugía, divididas en episodios que dejaban un cráter de dolor a todos. Había pasado un largo tiempo desde que comunicaron a la familia Belmonte que podían arreglar el funeral y les pidieron saber dónde sería para trasladar allí el cuerpo de Lourdes.

Todos eran conscientes de que el procedimiento se había efectuado y que, antes de dejar este mundo para siempre, la dulce Lourdes había dejado atrás sus latidos en el pecho de Romina. Ninguno de ellos ya estaba allí, se fueron destrozados y con una vida hecha pedazos para siempre, sin entender por qué esta se había ensañado con aquella chica alegre y parlanchina que parecía haber nacido para surcar otro destino... Solo Gael quedó atado en aquel lugar, sentía consumirse de angustia sus entrañas con cada minuto de incertidumbre que pasaba allí, su aspecto pálido y demacrado demostraba los últimos días terribles y sombríos que le habían golpeado cruelmente.

Su madre había estado acompañándolo, pero necesitó irse a la casa tras saber que se organizaría el servicio fúnebre de su sobrina, y porque necesitaba hablar de algo importante con su esposo. Gael esperaba, callado y taciturno, junto a Ivanna y el resto de la familia Sanfield. Hasta allí también llegó el

matrimonio amigo de ellos, Alina y Lorenzo, a los cuales les presentó la propia Ivanna, ellos no se separaban de los padres de su novia, brindándoles todo el apoyo del que eran capaces, viéndose con su actitud, a simple vista, la entrañable amistad que los unía. En aquel salón de juntas médicas se respiraban las emociones a flor de piel, era un lugar callado y privado, que el padre de Romina había gestionado para poder allí esperar en paz el aviso de que aquel mal sueño, al menos para ellos, estaba llegando a su fin, pero... solo Dios sabía eso...

Gael se percató enseguida de que el segundo hermano Sanfield había llegado de La Habana. Era un hombre de aspecto osco, al cual sorprendió mirándolo de reojo en varias ocasiones. Si lo que pretendía era intimidarlo, perdía su tiempo, de allí no se movería por nada del mundo antes de saber de su libélula, ya después iría a despedirse de su prima, llorarla, pedirle perdón y... agradecerle...

«¡Dios, jiribilla...! ¡¿Cómo podremos superar esto?!».

Familia Sanfield. Familia Sanfield
Por favor, preséntense en Cardiología
Por favor, preséntense en Cardiología

Se escuchó la metálica voz llamarlos.

El mensaje de aquel altavoz fue como un soplo de alivio para todos, de inmediato se encaminaron al final del pasillo, donde estaban las consultas postoperatorias y los doctores se reunían con los familiares.

Gael, por respeto, dio paso a la familia; pero no se alejó ni un segundo. Al llegar, tras Armando dar dos golpes a la puerta, desde el interior escucharon la autorización para pasar al consultorio, y al abrirla todos entraron con un silencio absoluto.

Samuel Burke, el ya conocido médico de cabecera de Romina, y al que identificó por su nombre en el uniforme verde de cirujano, así como dos galenos más de Cardiología, los esperaban con rostros evidentemente agotados después de casi trece horas en el quirófano, y con total profesionalismo fueron estrechando la mano de todos para liberar un poco de tensión; el último en recibir el saludo fue Gael.

—Acomódense según puedan, y perdonen el poco espacio aquí —habló uno de los doctores del equipo médico, cuya credencial médica revelaba su

apellido: Dr. Sánchez Guerra, Intensivista.

Los abuelos de Romina fueron los primeros en tomar asiento en un sofá doble que se encontraba en el lado izquierdo, pegado a la pared, e hicieron espacio para Alina y Lorenzo, quienes también pasaron ansiosos por escuchar el parte. Después, sus padres y el tío se sentaron en los últimos tres sillones del extremo contrario, quedando el escritorio médico justo en el centro, con los tres profesionales de la salud rodeando el mismo y sentados en sus sillas. Gael se mantuvo en la puerta con el corazón en la garganta, latiéndole despavorido.

—Puedes sentarte de este lado, muchacho —dijo amable Samuel, señalándole una silla pequeña que estaba al final de la reducida consulta, para que Gael la ocupara.

—¡No dilate más esto, doctor! En definitiva..., este muchacho no es de la familia. —Soltó sus palabras Arturo con extremo desprecio y sin volverse para mirarlo.

—Es el novio de Romina, Arturo, ¡tiene todo el derecho a estar aquí! —lo defendió Ivanna con ímpetu, exigiendo respeto para quien ella sabía era el amor de su hija.

Arturo la miró con los labios fruncidos y las cejas levantadas en gesto burlesco, dirigió la vista hasta su hermano, que se la devolvió serio y evidentemente enojado, algo que lo regocijó por dentro; pasó entonces su dedo pulgar alisando una de sus cejas, y luego de una cínica sonrisa ladeada, ignoró por completo el comentario mostrándose altanero y sin ningún tipo de arrepentimiento por su actitud.

—Por favor, doctor Burke, hable de una vez —pidió Gael desesperado, sin dar cuenta ni otorgar importancia al desprecio ofrecido por aquel hombre. Romina era su prioridad y nada más importaba para él.

Los médicos se miraron entre sí, y uno de ellos puso una historia clínica sobre el escritorio. Al ver sus caras serias, todos comenzaron a entrar en un total y abrumador temor, hasta que escucharon hablar a Samuel.

—El trasplante fue complicado pero exitoso —comenzó diciendo—. Dado que Romina había sufrido una fuerte recaída anterior a este, no fue fácil su estabilización para someterla a cirugía. Aun así, su cuerpo reaccionó excelentemente... —Escuchó los suspiros de alivio y continuó—, pero no sin algunos momentos difíciles, como un paro respiratorio al que hicimos frente y del que salió adelante.

Tomó aire e intentó evitar aquellas caras de ansiedad para poder dar la peor noticia de aquel parte médico lo más ecuánime posible, algo que siempre es difícil para todo médico; pero más aún cuando se está vinculado personalmente con el caso.

—Aunque se mantiene estable y tenemos fe en un buen pronóstico cardiológico, hay algo con lo que no contábamos, pero que sí se considera un riesgo en estos casos. Debo decirles que...

—¿¿Qué?! ¡Díganos, por favor! —Otra vez Gael dejaba escapar su martirio interno y no podía controlarse, pero esta vez todos le agradecieron su impaciencia asintiendo con la cabeza, todos menos Arturo, que volvió a mirarlo con el odio y el rencor llameando en sus ojos.

—Hace una hora comprobamos que la paciente... cayó en coma —terminó diciendo Samuel.

Las duras palabras fueron recibidas por el sollozo fuerte de Ivanna y de Esther, que contrastaba con la imagen de un abuelo y un padre que cubrían sus rostros con las manos, evidentemente devastados con la noticia. Solo Arturo, con su habitual frialdad, quedó inmune a tan alarmante situación; mientras, por otro lado, apoyado en la puerta con el rostro pálido y descompuesto, Gael quedaba inerte y en *shock*...

Los labios del médico enmudecieron, y solo se movían para él, Ivanna lloraba junto a Esther, que la abrazaba, y Armando, que había mantenido la calma hasta aquel momento, se levantó y puso sus manos detrás de la cabeza ... ¡No podían creerlo!

«*La paciente cayó en coma... La paciente cayó en coma... La paciente cayó en coma...*». Se repetía aquella frase en su mente como un eco aniquilante, abrumador e inconcebible. «*¿¿Qué jodida cosa quiere decir eso?! ¡Lo sabes, Gael..., no te mientas! ¡Sabes qué significa!*».

Aquellas palabras lo comenzaron a torturar como si de una pesadilla se tratara y él quisiera, de cualquier forma, despertar de una vez de ella. El sudor de sus manos se le hacía tan frío y desesperante que las tenía constantemente que secar en el pantalón. La pared en la que reposaba su espalda le pareció que se movía como gelatina, ¿o eran sus piernas que no podían ya sostenerlo tras saber esa noticia? Sintió una mano que le acariciaba el hombro, los labios de Ivanna le estaban hablando, lo sabía por su movimiento, pero... no escuchaba nada. El dolor lo había dejado sordo ante el puñetero mundo que tan cruelmente seguía ensañándose con ellos y ¡le quería arrebatar lo único

que podía sostener su existencia!

«¿Qué dice? ¡Y qué importa ya lo que se diga!». Notó un vértigo y necesitó cerrar los ojos, recargó su cuerpo más hacia atrás, buscando estabilidad. «*Respira, Gael, respira*», se decía para sí, intentando mantener la calma mientras los brazos de Ivanna lo acogían entre lágrimas.

«*¡No es posible...! Tanto sufrimiento; tanta agonía, demasiado dolor para ahora... ¡No saber cuándo escucharé esa voz que me renueva la vida! ¡¿Cuál juego miserable es este, Dios mío?! ¡Respóndeme!*».

Todos continuaban atentos a lo que los médicos explicaban. Hasta su subconsciente llegaban las palabras incoherentemente, las frases dispersas como si hubiera caído en trance y se protegiera dentro de una burbuja de todo lo doloroso que allí se hablaba, ni siquiera fue consciente de cuando Ivanna se sujetó a su brazo y apoyó la cabeza en su hombro, no era capaz de reaccionar a nada. De haber podido, saldría corriendo con todas sus fuerzas hasta encontrar el milagro que le dijera que aquello era tan solo un mal sueño.

—Tendremos que esperar a ver la evolución. El rechazo al órgano es una posibilidad... No sabemos cuándo regresará del coma... —Y seguían tan lejanas, pero muy presentes, aquellas palabras de Samuel acuchillándole el alma—. ¿Un traslado?... Bueno..., podría valorarse después de setenta y dos horas, pero no lo recomendaría... No... No podrán estar con ella, para evitar riesgos de infección, algo muy común que suceda en estos casos... Solo podrán verla por el cristal de la sala de cuidados intensivos, por el momento...

La conversación se le hacía confusa, solo algún pedazo de esta lograba asimilar, era como si él no estuviera presente en aquella oficina que comenzaba a asfixiarlo. No supo en qué momento comenzó a caminar sin voluntad, sujeto del brazo de Ivanna; la miraba y en sus ojos había comprensión e increíblemente la fortaleza que él no tenía. De golpe, le cayó sobre sus hombros, con aquella revelación del coma de Romina, todo lo vivido los últimos días, y ya la adrenalina que lo mantuvo en pie lo iba abandonando.

Ascensores y pasillos desfilaron delante de él hasta que llegaron a una puerta doble, que uno de los médicos abrió. «INTENSIVO», era lo único que se leía en ella. Avanzaron, y justo al pasar el umbral, comenzaba una extensa pared blanca con la mitad superior de cristal y cortinas verdes cubriéndolos desde el lado interior, fue la peor impresión de su vida, y en sus pensamientos

comparó aquel lugar con un camino frío y lúgubre donde no encontraría retorno alguno jamás.

Alguien dio unos toques de nudillos en el helado vidrio y una enfermera, con mascarilla y vestida del mismo color de aquellas cortinas, recibió adentro la señal para descorrer el maldito cortinaje; al hacerlo, fue impresionante ver el interior...

Contaban en la sala con seis camas, cada paciente tenía tantos equipos médicos conectados a su cuerpo que era escalofriante ver la escena que se vislumbraba ante ellos. Todos allí luchaban por sus vidas, y afirmarse esto le heló la sangre al punto de querer mentirse y pensar que en ese lugar no encontraría a su libélula.

Reaccionó de pronto, como si de golpe regresara de su sigiloso encierro mental de la última hora. Sus ojos se volvieron ágiles buscando desesperados, hasta que... ¡Allí estaba!... Como un ángel en medio de siniestras tinieblas. Parecía dormida, alguien había trenzado su cabello reuniéndolo en la parte superior y le había colocado un gorro estilo reddecilla completamente transparente, al parecer, para que no incomodara con la manipulación médica. Se fijó en los tantos equipos que sostenían su débil existencia, varios cables salían desde su pecho, conectados a ellos, y en ambos brazos tenía vías intravenosas; pero lo que lo derrumbó emocionalmente por completo fue ver aquel tubo dentro de su boca, que provenía desde un aparato con una especie de bombeo lento, subiendo y bajando, y que comprendió de inmediato que era un respirador artificial.

Las lágrimas inundaron sus ojos y una punzada fuerte se instaló en su pecho. Necesitó apoyar la frente en el frío vidrio, mientras que las dos palmas abiertas sobre el cristal aparentaron tener el control y el soporte de un cuerpo que ya no tenía fuerzas para más. Ver aquella imagen de ella lo aniquilaba... Quieta, como perdida en un sueño eterno del que no se podía saber cuándo regresaría. Ya no le importaba nada de lo que dijeran aquellas personas, en su mente flotaban las imágenes de ella una detrás de otra como si quisiera perpetuarlas. Su sonrisa, su voz tierna, los momentos vividos y aquella entrega que se convirtió en el más genuino de los juramentos eran ahora los que sostenían su cordura y alejaban los deseos inmensos que sentía de cerrar los ojos y no abrirlos hasta que la sonrisa de su Romina fuera lo primero que estos vieran...

«Regresa a mí, libélula, por favor... Regresa... Soy como un juego de

naipes al viento sin ti, te necesito, mi preciosa, ¡te necesito tanto!».

—Los dejaré un rato a todos —dijo finalmente Samuel Burke, emocionalmente afectado; para él, Romina era una sobrina y no una paciente más. El verlos en aquel deplorable estado de sufrimiento sacudía todo su ser, y como doctor no podía perder la compostura—. Solo quiero que sepan que Romina contará con toda la atención necesaria, y yo me mantendré a su lado todo el tiempo que me sea posible —diciendo esto palmeó el hombro de Armando, que seguía con la mirada clavada en aquel lugar donde su hija parecía tan débil e indefensa—. ¡Fuerza, mi hermano...! ¡Lo va a lograr!

Después de estas palabras, el doctor se alejó, cabizbajo, para dar privacidad a la familia, y seguido de los otros dos colegas, que de igual forma sufrían a diario el pesar de sus pacientes. Abandonó el lugar no sin antes abrazar a sus otros dos amigos, Alina y Lorenzo, que se habían mantenido dando el espacio necesario a la familia, pero igualmente afectados.

El silencio volvió a ser el enemigo de tanto dolor y agobio. Los abuelos, abrazados, en una esquina sollozaban sin dejar de ver aquella imagen triste de su adorada nieta ante la mirada inmutable de Arturo, quien lo único que había hecho hasta el momento era sostener la mano de su madre, pero sin un mínimo rasgo de sentimiento, solo mostrando su férrea soberbia e impenetrable seriedad.

En el centro de aquella pálida y fría pared, se encontraban Armando e Ivanna, uno al lado del otro, consumiéndose de dolor, sintiendo que se les iba lentamente la vida con la imagen de su hija tras aquel vidrio. Ella, sin fuerzas, se ladeó un poco y apoyó su costado en el cristal, sintiendo en su mejilla la frialdad del mismo y quedando de espalda a su marido, con los ojos fijos donde yacía su niña.

—Yo... no puedo más... —La escuchó balbucear Armando, e inmediatamente la miró; aunque continuaba de espalda a él, pudo darse cuenta de su respiración alterada—. Si yo la... pierdo..., me iré con ella. De nada me valdrá seguir con vida. ¡Juro que quiero morirme!

Y su llanto no esperó más, salió desde su alma con una fuerza aterradora y tan dolorosamente fuerte que la hizo comenzar a deslizar su cuerpo pegado a la pared para intentar dejarse caer en el suelo. Todos, incluyendo sus suegros y hasta Gael, hicieron el intento de auxiliarla; pero fueron aquellos brazos fuertes los que la recibieron y la aferraron a ellos con firmeza... Esa firmeza y apoyo que tanto necesitaba.

Como uno de sus más atesorados sueños, se saboreó aquel anhelado olor y se refugió en aquel torso adorado por años, que en aquel desgastante y desesperado momento la acogían protectores.

—¡Ella estará bien! —decía con seguridad Armando sin soltarla, dejándola sacar todo aquel dolor con su desgarrador llanto, y dolorido él en lo más profundo por verla ahogarse de sufrimiento—. ¡Es nuestra guerrera! ¡Nuestra campeona! Por favor..., no te derrumbes tú ahora o yo no... —Se quedaron perdidas en el aire sus palabras al verla voltear sus ojos enrojecidos y profundizar en los suyos con la esperanza tatuada en ellos.

—O tú, ¿qué? —preguntó sin fuerzas.

—Yo... no podría vivir sin ella, que es mi luz... —Al decirlo, miró por un segundo a través del cristal, hasta la imagen quieta y en paz de su hija, para luego volver a fijar los ojos en su esposa—; pero... tampoco podría seguir sin ti, que eres... mi vida.

Al sentirlo, tras sus palabras besarle la frente y abrazarla más fuerte, Ivanna creyó que flotaba entre olas de agonía, batallando con las embestidas de aquella bendita brisa de felicidad y consuelo que la arropaba, finalmente, entre los brazos de su marido.

Esther y Rigo los miraron con ternura. Sabían que, a pesar de tanta desgracia y tantas lágrimas, llegarían muchas bendiciones para ellos y ese amor que por años había sido maltratado, al fin renacía para fortalecerlos y sacarlos adelante como familia.

Arturo levantó las cejas, y una mueca de burla irónica se dibujó en su rostro al ver aquella escena entre su hermano y la «susodicha rusa», como despectivamente se refería a Ivanna con frecuencia.

—¡Bien! Todo muy emotivo, pero... —intervino bruscamente con una palmada al aire para llamar la atención— creo que no hacemos nada estando aquí, así que me retiro a realizar algunas diligencias verdaderamente importantes.

—Pero... ¿tú no nos acompañarás a la casa, *mijo*? —preguntó su madre decepcionada.

—Lo siento, madre, ya conoces mi trabajo, y no puedo delegar responsabilidades en otros; además, me quedaré en la casa de visita del partido —expresó orgulloso—. Sinceramente, pensé que a estas alturas ya estarías acostumbrada a mis rutinas, mami. —Y sus palabras se escucharon llenas de mordacidad y muy duras, dado que iban dirigidas al ser que le dio la

vida.

—Una madre, Arturo, jamás se acostumbra a que su hijo nunca tenga tiempo ni para ella ni para su familia —rebatió su padre, molesto por la contestación insensible de su hijo. Lo amaba, pero cada día su relación era más lejana, y, tristemente, lo veía convertirse en un hombre extremadamente impasible y despiadado.

—Es lo que hay, padre... ¡Ni modo! —contestó indiferente, con la mirada tan vacía como su alma—. Además, mi trabajo es mi prioridad, eso creo que lo han tenido claro todos siempre, ¿verdad?

Sus progenitores lo miraron desolados por unos segundos, mientras que su hermano y su esposa apenas prestaron atención a sus palabras. Rigo y Esther, dolorosamente, asintieron ante lo irremediable, al ver cómo Arturo tan solo hizo un gesto con la cabeza a todos, menos a Alina y su esposo, a quienes no los creía dignos ni de su saludo, estos también le correspondieron ignorando su presencia; así que se alejó de allí con absoluta indolencia y aversión.

—Armando, *mijo*... —Rápidamente cambió de tema Esther, intentando disimular su decepción de madre—. Vayan tú e Ivanna a la casa, descansen, tomen un baño y, si quieren, más tarde regresan. Rigo y yo nos quedaremos aquí, nos es más fácil apoyarlos durante el día.

—Esther —contestó Ivanna, secándose el rostro y despegándose sin quererlo aún del brazo de su esposo, que la sostenía contra su pecho—, no creo que sea necesario que estemos aquí todo el tiempo. No podremos... entrar y estar con ella, así que... —No pudo seguir hablando por el nudo que silenciaba su voz, y sintió las manos de Armando acariciando con ternura su espalda.

—Tienes razón, *mija*, tranquila... Rigo y yo iremos un rato a la iglesia, con suerte y el padre Alfredo está allí, y podremos tener un rato de oración para pedir por la recuperación de nuestra niña y pronto tenerla junto a nosotros —decidió Esther con la fe impregnada en cada palabra—. También rezaré un rosario por los Belmonte, para que Dios Padre les dé fuerza y resignación, y para dar nuestra triste pero infinita gratitud para con ellos.

—Nosotros también nos quedaremos un rato más, así ustedes estarán más tranquilos y podrán descansar —aseguró Alina.

Al decir esto, los seis dirigieron sus miradas hasta Gael. El muchacho estaba unos pocos pasos alejado de ellos, ajeno a la conversación que a poca distancia se había desarrollado. Continuaba con los ojos fijos en su libélula y

el rostro contraído por el dolor. Verlo tan desolado era abrumador; incluso Armando reconoció internamente que aquel joven amaba con absoluta lealtad y veneración a su hija, y poco a poco los celos de padre dieron un pequeño espacio a la admiración, gratitud y orgullo por él.

—Gael—llamó Ivanna acercándose y poniéndole la mano en el hombro—, deberías ir a tu casa y regresar más tarde. Serán días de mucha espera, y además... tu familia también te necesitará.

Gael se pasó la mano por la frente, cerrando los ojos, y solo movió la cabeza asintiendo. Las palabras se le habían encadenadas en el pecho desde la junta médica, y no había manera de poder desatarlas de ahí aún. Ivanna lo abrazó fuerte y le susurró cerca del oído:

—¡Fuerza, mi niño! Ella regresará junto a nosotros.

Se separaron y nuevamente sus ojos se adueñaron de la imagen de Romina en aquella cama, especialmente en el monitor que, con una línea de vida constante, les recordaba que la esperanza continuaba de su lado.

Gael dejó correr las lágrimas para intentar dejar salir, junto a ellas, aquella mortaja de dolor que lo ahogaba. Percibió la presencia detrás de él de toda la familia Sanfield. Esther depositó un beso en su húmeda mejilla, mientras que Rigo palmeó su espalda conmovido; pero, sin duda, lo que más lo sensibilizó fue el brazo de Armando sobre sus hombros. Al girarse a mirarlo, este cerró un segundo los ojos, y al abrirlos pudo leerle los labios y ver cómo le decía sin emitir palabras en voz alta: ella volverá...

Durante varios minutos más, todos se quedaron prendados mirando aquella criatura que a cada uno le lograba llenar de felicidad sus corazones, y rogaban al cielo que se las regresara... Los pensamientos allí eran muchos, todos llenos de un infinito amor; pero especialmente uno era enviado con una fuerza tan grande que podía traspasar aquel helado vidrio y... tal vez, incluso, llegar hasta cada uno de aquellos milagrosos latidos.

«Siéntenos, mi amor... Todos te necesitamos, no te rindas, regresa, mi libélula, y llega hasta mí... No importa cuánto tiempo pase, cuánto más dolor necesite sufrir mi alma... Porque yo solo seré completamente feliz en esta vida... cuando mis besos acaricien tus alas».

Cerca de allí... Oficina Provincial del DTI

—¿Lograste localizarlo? —preguntó demandante.

—Un colaborador intentó hacerlo hoy en la mañana, pero no se encontraba en la casa; creemos que está ocupado con la situación familiar que se le está presentando, y de ahí que sea difícil dar con él —contestó su interlocutor en el justo momento en el que le entregaba una carpeta con varios documentos para que los revisara, cosa que se puso a hacer inmediatamente tras sacar del bolsillo superior izquierdo de su camisa las lentes para leer, acomodándose los, y sin levantar la mirada de los papeles, continuó.

—Esto es un asunto que no se puede dilatar por más tiempo, llame a cualquier agente encubierto nuestro y dígame que de inmediato contacte con el sujeto. Necesitamos entablar esa conversación cuanto antes —ordenó.

—¿Pero usted cree que sea conveniente levantar sospechas dada la situación de...?

Lo interrumpió, levantando los ojos achicados por la ira oculta hacia el joven, que quedó sin habla ante él.

—¿Acaso debo aclararle lo que significa que se le dé una orden?! —exclamó violento.

—Por supuesto que no... De inmediato cumplo con ella... Con su permiso —titubeó al hablar, y se alejó de allí de inmediato, ante la mirada dura e intransigente que lo siguió hasta desaparecer por la puerta al final del pasillo.

«*Cuenta regresiva...*», pensó, sacando un pequeño cronómetro de su bolsillo y activando en este una cuenta de tiempo, como si de una futura detonación se tratase.

Capítulo 18



—¿Necesitas algo? —preguntó inseguro después de verla tan callada, quitándose el pañuelo con el que había sujetado su cabello.

—No..., gracias... Iré a darme un baño y descansar un poco —contestó con voz más baja de lo habitual.

Regresaban del hospital a la casa, como les habían pedido Rigo y Esther para relajarse, bañarse e intentar calmarse un poco después de tan dolorosa tensión acumulada por horas. Al traspasar el umbral de la puerta, Ivanna dejó escapar un hondo suspiro, y Armando, por primera vez en muchos años, no sabía cómo actuar o qué decir después de aquel emotivo momento que se dio entre ellos horas antes.

—¿Deseas que te prepare algo para comer? —preguntó ella.

—No te preocupes... Puedo tomar cualquier cosa más tarde y...

—Tranquilo, haré algo rápido para los dos; si quieres, puedes ir duchándote y lo tendré listo enseguida. —Sin esperar respuesta dejó su bolsa encima del sofá y se dirigió a la cocina, dejándolo con la palabra en la boca.

Armando se frotó la cara y pasó sus manos hacia atrás, alisándose el cabello en más de una ocasión. Era una mezcla de emociones lo que sentía, y en cualquier momento esta colapsaría dentro de él. Caminó inquieto por el salón mientras, proveniente de la cocina, le llegaban los sonidos de cada

movimiento que allí realizaba su mujer... «*Eso... ¡Eres mi mujer, carajo! ¡Cálmate, Armando!, y mira a ver si de una puta vez haces las cosas bien; ahora, más que nunca, todos necesitan que lo logres. Desahoga toda esa porquería que te atormenta*», comenzó a reflexionar y a recriminarse al mismo tiempo, pero su intranquilidad no daba tregua.

No estaba seguro de cuántas veces se sentó y se levantó, cuántas más salió al portal o se asomó a una de las ventanas que daba al jardín, o cuánto tiempo había pasado en aquel desasosiego personal, que por un lado lo alentaba y por el otro lo intimidaba. Finalmente, se encaminó a la habitación, decidido a que un buen baño refrescara esa tonelada de sentimientos encontrados que se enfrentaban a él. Estando allí se quitó el reloj y lo dejó encima del tocador, de roble oscuro, y al comenzar a vaciar sus bolsillos encontró la carta que le entregara Samuel en el hospital; esta había sido doblada tantas veces que ya no parecía el sobre oficial que con tanta solemnidad le diera su amigo, sino más bien un trozo cualquiera de papel estrujado mal envuelto y sin abrir.

Le dio vueltas entre sus manos, y por último decidió dejarlo tirado dentro de uno de los cajones del mueble. No daría ni la más mínima oportunidad a que sus dudas y traumas lo desviarán de su propósito; a pesar de que el fantasma de la inseguridad lo siguiera atormentando, era hora de ganarle la partida.

Por otro lado, en casa de los Alcázar...

—¡Te juro que soy capaz de desgraciarme la existencia, Adela! ¡¿Cómo ese mal nacido fue capaz de amenazarte?!

Rolando Alcázar parecía una fiera enjaulada entre las cuatro paredes de la sala de su casa, y caminaba de un lado a otro con las manos en la nuca, intentando encontrar un sosiego inexistente en aquel momento.

Su esposa había regresado del hospital hecha un manojo de nervios y casi en estado de pánico gracias al desalmado que, en el pasado, no solo le desgració la vida, sino que le hizo un daño emocional que fue muy difícil de superar para ella.

—¡Cálmate, Roly, por Dios! No compliques más las cosas, hazlo por Gael si no quieres hacerlo por nosotros —pedía llorando, desalentada.

Luego de aquel desafortunado y desequilibrante encuentro con su pasado,

Adela no estaba segura de si contarle a su marido el incidente; de hecho, debido al altercado y su estado de nervios, solo pudo estar un breve tiempo acompañando a Gael. No le fue posible llegar a su destino después de aquel mal momento, y al lograr un poco de ecuanimidad, necesitó regresar a su casa sufriendo un verdadero ataque de ansiedad. Así la encontró al llegar Rolando, y supo de inmediato que algo había sucedido; creyó que, en el peor de los casos, sería alguna mala noticia referente a Romina, no esperaba ni remotamente que fuese lo que, a fin de cuentas, su mujer decidió contarle dada la gravedad de la situación y que, obviamente, los involucraba a los dos según las inquietantes palabras de Arturo.

—Lo que él quiere es justo eso... —continuó Adela visiblemente afectada—, que reacciones de la peor de las maneras para poder tener la excusa perfecta y arremeter contra ti, y finalmente contra todos nosotros. ¡¿Acaso no lo entiendes?! Me destruyó la vida con apenas diecinueve años y tuve que salir huyendo de dolor, y ahora... ¡Algo me dice que ha estado alimentándose de odio todo este tiempo! —le gritó desesperada.

Rolando se acercó y la abrazó, no quería que siguiera martirizándose de aquella manera, y menos por ese canalla que una vez le provocó el mayor de los males; solo de recordarlo la sangre se le convertía en un veneno de odio y rencor contra aquel hombre, y el peor de los instintos humanos amenazaba con despertarse dentro de él... Recordó cómo conoció a su mujer, era una jovencita triste y escurridiza que todo el tiempo parecía cargar con un peso de sufrimiento demasiado grande para ella.

A su memoria llegaron como un torrente de recuerdos sus primeros encuentros, y lo que tuvo que luchar y persistir para ganarse su confianza, y después su amor. Pero como un golpe en medio del estómago, visualizó en su mente aquel día en el que ella le contara su desdichada y cruel historia con aquel hijo de puta desalmado que no supo valorarla.

—¡Dios! ¡¿Cómo es posible que el destino nos juegue esta mala pasada, y ese desgraciado sea familia de Romina?! Precisamente ¡su tío! —exclamó consternado, expulsando su tormento—. Ahora más que nunca debemos agilizar todo, mi amor, y de una vez también alejar a Gael de esta familia, o si no...

—¡No, Rolando! ¡Tú no vas a involucrar a nuestro hijo en esto, y muchos menos aprovechar esta desafortunada coincidencia para manipularlo todo a nuestro favor sin darle valor a sus sentimientos! —reprochó indignada—.

Gael, a su debido tiempo, sabrá lo que tenga que saber, y nosotros respetaremos sus decisiones como tus padres respetaron las tuyas.

Rolando se alejó de ella, y su respiración agitada evidenciaba el esfuerzo que estaba haciendo para no soltar todo el genio enardecido que lo estaba sobrepasando.

—¿Tienes una idea de lo que dices, Adela? —preguntó intentando una calma que estaba muy lejos de sentir—. Esta es otra señal para que nos llevemos a nuestro hijo lejos de esta podredumbre de país. Ese tipo forma parte de este panorama ahora, y es nada más y nada menos que familiar directo de esa muchacha, ¡esto es otra señal para que, de una vez, nos larguemos de aquí! —no pudo contenerse más.

—Lo sé —respondió aún con la voz afectada, pero decidida—, y no sabes cuánto lamento que sea precisamente mi pasado otra piedra arrojada para empeorar la visión a futuro de mi hijo, pero escúchame bien... —Dio dos pasos adelante y lo miró fijamente—. No decepcionaré jamás a mi Gael como me han decepcionado mis padres a mí, ¡y tú lo sabes porque lo has sufrido en carne propia! —afirmó alterada, y dejó salir el aire retenido por el fuerte estado emocional que atravesaba—. No pondré en una balanza su vida y su futuro sin contar antes con él. Pídeme cualquier cosa, Rolando, pero no me pidas que traicione a mi hijo, porque... sería como mutilar mi corazón de madre...

Un silencio como una losa pesada los aplastó en aquel salón. Rolando suspiró y bajó la cabeza, escondiendo las manos dentro de sus bolsillos; al levantar los ojos y encontrarse con los de ella, se dio cuenta de que nada podía competir con el amor y la lealtad de una madre, y cuando el egoísmo dentro de su alma quiso soltar sus redes, el orgullo y la admiración por su mujer, y por el gran ser humano que esta era, lo apartaron de golpe...

—Ven acá..., acércate... —dijo, y ella, con los ojos brillantes, nuevamente se acurrucó en su pecho, ese pecho que en sus peores momentos en la vida la había cobijado y le había dado sentido a todo—. Veremos cómo salen las cosas, mi amor... Confíemos en Dios y en que la vida, después de tantos golpes y sorpresas, al final nos llene de luz el camino. —Le encerró el rostro entre sus manos y con un beso logró regalarle la cuota de tranquilidad que, sinceramente, él no tenía.

En la casa de Esther y Rigo...

Cenaron en silencio, como ya se les había hecho costumbre los últimos días, sonrió al confirmar lo deliciosa que estuvo la comida, a pesar de la premura con la que la preparó, y recordó una vez más lo habilidosa que era en la cocina Ivanna desde siempre. Él le insistió tanto que logró convencerla para que cenara antes de irse a duchar, o todo lo que con tanto esmero cocinó para los dos se enfriaría y no sería lo mismo disfrutarlo así, al final ella accedió. Además, terminando le dijo que él se encargaría de todo, mientras que ella, sorprendida y con ojos muy abiertos, aceptó su agasajo y se retiró dejándolo solo en la cocina.

La verdad era que no lo hacía con regularidad, pero esta vez dejó de lado su orgullo machista que tanto estrago había ocasionado en su vida y decidió ayudar a recoger todo el desorden de la comida, e inclusive lavó la vajilla utilizada. Luego hizo una llamada al hospital para hablar con Samuel, este le aseguró que, aunque no se evidenciaban grandes cambios aún, su hija se mantenía estable y su progreso avanzaba. No era ciento por ciento lo que quería escuchar, pero las palabras de su amigo y doctor prometiéndole estar pendiente durante toda la noche, ya que solicitó hacer guardia médica voluntaria, y pidiéndole tener fe y paciencia, le sirvieron para estar al menos una milésima más tranquilo, así que se dirigió a su recámara para darle el nuevo parte a su esposa.

Al entrar en la habitación, ya ella había tomado su baño. La encontró de espaldas a él, sentada en la cama y con su bata de seda blanca para dormir. Tenía recogido su rubio cabello en una descuidada cola, y se daba masajes suaves en las piernas, un tanto hinchadas por las interminables horas en el hospital, con una loción que inundaba de aroma a gardenias todo el aposento.

Recordó entonces que, durante el trayecto de regreso desde el centro médico, el silencio había sido su único acompañante en el auto, aunque debía reconocer que le llamó la atención ver un reflejo diferente en su mirada, como si aquella indiferencia y frialdad del pasado surgida entonces entre ellos se desmoronara al igual que una muralla de tan solo malos recuerdos, siendo demolida lentamente ante sus ojos o... ¿acaso podía ser un exceso de optimismo infundado de su parte por los momentos de unión que cada día se daban con más frecuencia entre ellos?

Habitualmente la podía mirar por largo tiempo al, casi siempre, llegar

desapercibido junto a ella, y en ese momento no era diferente... Complacía a sus ojos con dulce paciencia, viéndola recorrer con sus manos la piel de sus brazos, y dejando una fina capa hidratante en esta, para luego pasarlas a su cuello, cerrando los ojos con involuntaria sensualidad...

¡No pudo evitarlo! ¡Era demasiado para su autocontrol! Su masculinidad palpitó entre sus piernas exigiendo que le fuera devuelto el placer merecido, y necesitó tragar un nudo adherido a su garganta con una dificultad casi asfixiante. Nuevamente quería huir al sentirse abrumado por un vendaval de inseguridades atacándolo sin tregua alguna al ser consciente de todo lo que tenía que confesarle, pero justo al querer alejarse, su torpeza delató su presencia, y aquellos ojos claros lo traspasaron de frente y con valentía sus pupilas hasta rendirlo sin remedio.

—¿Qué necesitas, cariño? —preguntó con aquel hilo de voz tan suave como indeciso.

«*¡Puñetera pregunta esa!*», se dijo él internamente.

—No... Yo solo... —se deleitó observándola. Volvió a recorrer su cuerpo, deseablemente medio visible gracias a la transparencia de su atuendo. ¡Y ahí estaba su cabrón corazón haciendo de las suyas, ahogándole el pecho con sus latidos!

«*¿Por qué no apartas tu mirada, mi amor? Quizás así encuentre el valor necesario ¡No me lo pones fácil así!*», pensó.

—¿Seguirás ahí... tan callado? —se atrevió a preguntarle sin dejar de mirarlo ni un minuto a los ojos.

Ivanna tampoco podía frenar más sus ansias después de lo que escuchó detrás de aquella puerta y teniendo, como tenía, el corazón hecho pedazos pensando en su hija, solo la necesidad de sentirse amada por él era lo que podría darle sentido y fuerza a su vida.

«*¡Habla, mi amor! ¡Ábreme tu corazón de una vez!*», suplicaba en pensamientos, con los dedos aferrados a la sábana de la cama, desde donde aún no había tenido valor de levantarse.

—¿Qué necesitas oír? —dijo fríamente—. Bueno... Acabo de hablar con Samuel y todo con nuestra hija sigue estable, no hay gran mejoría todavía, pero nada ha empeorado, sigue adelante y los médicos están optimistas a pesar del coma... —evadió el tema para disimular su descontrolada ansiedad.

—Eso es, dentro de todo, algo benditamente alentador y que me tranquiliza inmensamente... Gracias por decírmelo, pero... —dudó.

—¿Pero...?

—Pero quiero también que me digas todo aquello que deseas decir y te empeñas en callar —expresó decidida ante la sorpresa de él, que de inmediato se puso a la defensiva.

—Tú y yo... —dejó salir el aire— decidimos tomarlo con calma, y como lo estamos llevando... nos está ayudando. No creo que presionar las cosas sea lo más sensato. ¿O acaso me equivoco!? —exclamó tenso, pero no había terminado de decir aquellas evasivas palabras y ya se arrepentía.

Un dolor agudo bajo las costillas, como si un metal hurgara en estas, le cortó la respiración al ver aguarse los ojos de su esposa y perder el brillo que creyó observar en ellos las últimas horas, a pesar de todo el dolor y la angustia que atravesaban juntos; su respuesta la había decepcionado, evidentemente no era la que esperaba.

Ivanna mordió con fuerza su labio inferior y se puso de pie con rabia. Se acercó al mueble de gavetas, a pocos pasos de la cama, y de la primera de ellas sacó furiosa el sobre todo maltratado que, momentos antes, había descubierto en su interior aún sin abrir, y sabiendo de antemano de qué se trataba.

—¡Toma! —Se acercó y abriéndole una de sus manos, que permanecían en un puño cerrado, se lo puso en ella con una ira visceral—. ¡Ábrelo de una maldita vez! ¡Ahí lo tienes! ¡Ten el coraje y la hombría de abrirlo delante de mí! ¡¿Sabes por qué?!... —Lo enfrentó mirándolo con tanto dolor y... ¿desprecio? que Armando sintió que se le helaba la sangre—. ¡Porque cuando lo hagas tendrás que mirar mis ojos por una última jodida vez en tu vida, y verás en ellos cómo has matado de la manera más cruel todo el amor que algún día te tuve! —No pudo más y rompió con sus palabras a llorar como quien pierde una última batalla de esperanza...

Armando respiraba con fuerza, su pecho no escondía el movimiento desenfrenado al intentar conseguir aire, y las palabras se apilaban como rocas en un desfiladero sin querer ser utilizadas.

«*¡Eres un maldito bastardo que no te la mereces!*», se dijo odiándose.

Observó aquel papel, todo arrugado en sus manos, y apretó la mandíbula con tanta fuerza que llegó a causarle dolor. Sin pensarlo más, comenzó enloquecido a romper en mil pedazos aquel sobre ante los ojos sorprendidos y enrojecidos por el llanto de Ivanna, que no daba crédito al verlo... Luego se volteó a mirarla y, al hacerlo, sintió que encontraba la cordura perdida, la paz

anhelada y la razón de su vida... Cada uno se reconoció, se perdió en la mirada del otro buscando esa puerta llamada *perdón*, dejarla abierta y que por ella escapara todo el amor encarcelado entre dudas y desencuentros por años... Para, finalmente, doblegarse a este, ahora en libertad, ceder y caer de rodillas ante ella con los ojos cerrados y las lágrimas castigando su desaparecido orgullo.

Los sollozos de ambos se entrelazaron con el silencio perpetuo de aquella habitación. Ivanna, con una mano en su pecho, intentaba aguantar las fuertes pulsaciones que sentía. Se quedó inmóvil por unos segundos sin poder observar detenidamente cómo aquel hombre que era su amor y, a la vez, su mayor suplicio, se veía ahora como un niño grande desvalido, de rodillas a sus pies, tratando de limpiar con su llanto su alma llena de recelos y equivocaciones. Recordó la escena en el balcón de su casa en La Habana, cuando lo vio igualmente desesperado, y esta vez no pudo contenerse y se arrodilló junto a él, para abrazarlo con fuerza, con devoción y consuelo, pero sobre todo... con infinito amor.

—No me hagas esto... Armando... —suplicaba con voz entrecortada—, no soporto verte así, por favor... —Él se incorporó un poco, justo hasta quedar frente a ella, y verse reflejado en sus ojos aguados lo conmovió. Pasó torpemente la manga de su camisa por su rostro, y se aclaró la garganta.

—Yo... no te merezco... No te he merecido nunca, y ahora... —volvió a intentar aclarar su voz, dado que continuaba siendo en exceso grave—. Ahora estoy... aterrado.

—¿Aterrado? —se extrañó Ivanna.

—Sí, aterrado... Este hombre que siempre se ha escondido detrás de una muralla de rudeza implacable creyendo que de esta forma se resguardaba de una inexistente traición, hoy se siente completamente amedrentado y lleno de miedos. —La miró entonces con una ternura que hizo que su esposa se estremeciera al sentirlo acariciarle la mejilla y llevarse entre sus dedos el rastro de sus lágrimas.

»Tengo miedo de haberte perdido gracias al rencor y la soberbia insana con los que me he alimentado tanto tiempo. Miedo de haber dejado de ser ante tus ojos el hombre al que un día hiciste el más feliz del mundo cuando le dijiste *te amo*... Miedo a que tu corazón ya no quiera, o no le interese, reconocerme, después de que le hiciera tanto daño... —respiró hondo, buscando fuerzas—. Miedo a buscarte a mi alrededor un día y no encontrarte,

y aclaro, a eso no solo le tengo miedo... ¡Le tengo verdadero pánico! —enfaticó—. Sé que no soy merecedor de tu perdón, ni siquiera me atrevo a pedirte; pero sí quiero que tengas la seguridad de algo... —Indeciso, subió una mano para tocarle el rostro y se detuvo, pero ella se la tomó e hizo el resto, y con eso le devolvió la confianza para continuar.

—Nunca... dudé de que esa bella hija, por la que hoy muero de amor, de angustia y preocupación, fuese mía. Soy... un desgraciado enfermo de celos que, inconscientemente, quería buscar una justificación absurda que me hiciera fuerte ante todo el bombardeo de provocaciones de las que no solo yo fui víctima, sino tú también, que has tenido que ser quien reciba lo peor de esta porquería... Estoy dañado, ¡estoy bien jodido! Lo sé... Shssss. —Le colocó el dedo índice en los labios cuando vio que ella quería interrumpirlo.

»Tú, mi hermosa Ivanna, siempre has sido la luz, la armonía, el resplandor de mi gris existencia, y lejos de conservarte intocable por mis inseguridades, y sagrada ante mis ojos, fui el que lo echó todo a perder siempre —reconoció con verdadera sinceridad—. Por favor, perdóname, sálvame y ayúdame a encontrar el rumbo que un día perdí al querer, inconscientemente, dañar lo más hermoso y verdadero que he tenido: tú. ¿Crees que lograrás perdonarme? —rogó—. Daría la mitad de la vida que me queda por volver a escucharte decirme a todas horas *mi amor*, pero tendría que explicarte tantas cosas, y no sé si estoy preparado para...

—Shssss... —Fue ella, esta vez, quien lo hizo callar con los dedos en su boca—. Lo sé todo..., o al menos tengo una gran idea de a qué te refieres —Lo dejó sin palabras, confundido y más nervioso aún, si es que eso era posible.

—¿De qué hablas? —preguntó ansioso. Le pareció ver una mirada compasiva en ella, y no supo definir si eso era bueno o malo...

—Yo... —dudó por un segundo.

—¿Tú...? —insistió.

—Yo escuché la conversación que tuviste con Samuel... —confesó de una vez.

Armando se quedó callado, observándola sin saber qué decir, y al verla agachar la cabeza sujetó tiernamente su barbilla y la hizo levantar el rostro para, por fin, dejarse arrastrar por sus hermosos ojos azules.

—Entonces, creo que ahora tienes una idea de... cuánto este troglodita inmaduro, imperfecto, cobarde y energúmeno te ama... ¿Verdad?

Los dos sonrieron levemente, pero con un brillo único e irrepetible fundiéndose en sus miradas.

—Puede que sí tenga una idea —contestó, acariciando aquel rostro tan deseado y, desde ese momento, volviendo a sentirse plena al verlo bajar sus párpados, vencido por sus caricias—. Solo que...

—¿Qué...?! —Resultó gracioso para Ivanna verlo abrir de pronto los ojos, asustado, pensando quizás que ella diría algo que él no querría escuchar.

—Solo que... aunque sé cuánto deberemos trabajar los dos para reinventarnos juntos y curar este amor herido... —Él asintió con expresión culpable—. No sabes lo que me gustaría que mi energúmeno favorito me demostrara cuánto es capaz de amarme.

Esas sensuales palabras, acompañadas de aquel gesto erótico en el rostro, lo dejaron a su total y absoluta merced, provocándole un huracán de emociones. El abrazo mutuo se hizo tan desesperado como intenso.

Armando se apoderó de sus labios como si con eso quisiera que estos le devolvieran cada segundo que no pudo saborearlos para drogarse con ellos. Sus manos enloquecidas aprisionaron las caderas de Ivanna con fuerza, y sin el menor esfuerzo la levantó del suelo y la llevó a la cama a horcajadas, dejándose caer y cubriéndola con su cuerpo, sintiéndose enloquecer con el roce de sus erectos y excitados pezones.

Ivanna no se amilanó y, como hembra en celo, abrió su camisa y regó de besos su pecho mientras él resoplaba de placer sintiendo las manos tiernas de su mujer explorar su piel, y adueñándose de ella como tantas veces deseó... ¡Con locura!

—¡Nunca dejé de soñar con estos momentos cada infernal día en los que las cabronas misiones me tuvieron lejos de ti! Llámame neandertal, posesivo o un puto cavernícola, pero te aseguro que no voy a parar hasta que tu piel se torne rosácea y ardiente por mis caricias, y este deseo agónico por tenerte nos arrastre de placer a ambos.

La voz se le volvió deliciosamente ronca, y su mirada casi felina logró que la humedad de ella alcanzara un calor tan desesperante entre sus piernas que la hizo jadear ante su sonrisa satisfecha.

—Sé que, aunque me perdones tú, yo jamás me perdonaré... —le siguió diciendo con voz grave—. No puedo dejar de ser quien soy fácilmente, pero no pediré misericordia por querer asegurarme como un desquiciado que las marcas que deje en tu cuerpo le anuncien al cabrón mundo que eres mía...

¡Mía ayer, mía hoy... Y mía hasta que mi sangre se haga polvo y ceniza en esta tierra! —La miró con fiereza y un amor tan infinito que sería capaz de atemorizar al propio miedo—. Te amo tanto, mi Ivanna, que ¡yo sin ti simplemente no existo!

El sollozo de dicha que ante aquellas palabras soltó Ivanna fue atrapado por los labios de él, que desesperados se lanzaban a rescatar aquel paraíso de caricias reprimido durante años. Sus bocas se unieron con una pasión desenfrenada, y sus lenguas medían fuerzas entre el poder y la posesión.

Armando era dominado por un deseo incontrolable que lo consumía, mientras que sus manos se aferraban a las caderas de ella con fuerza, utilizándolas como un pedestal para levantarla y prepararse a tomar lo más profundo de su mujer. Recorrió su cuello hasta que sus labios cumplieron la promesa de enrojecerle la piel a causa de sus intensos besos. Adoraba sentirla y verla estremecerse a la vez que se desvanecía de placer entre sus fuertes brazos, y cuando aquellos sonidos y jadeos malditamente torturantes para su masculinidad lo vencieron, de un fuerte tirón desgarró su ropa de dormir, disparando a todos lados los botones de la prenda.

El pecho de Ivanna se movía con una respiración desbocada y ansiosa, viendo cómo los ojos de su esposo brillaron como los de un lobezno que busca el camino perdido en la oscuridad y, finalmente, encuentra la luz de la luna y lo guía...

Para Armando, era llegar por fin a completar aquel sueño tan deseado por años: la felicidad merecida. Al ver los pechos dotados y sensuales de su mujer apareciendo ante él, como si de dos benditos trofeos femeninos se trataran, no pudo evitar soltar el aire retenido, acompañado de un gutural y muy masculino gemido...

—Perdón... Es que... me es difícil controlarme teniéndote así y... me parece increíble sentirme como un adolescente a tu lado, eres mi mayor adicción, mi vida... Te amo desesperadamente, eso no cambiará jamás... —Había permanecido unos segundos diciendo esto con los ojos cerrados y su frente apoyada en la de ella, sin dejar de respirar aceleradamente; pero al terminar de hablar hundió su rostro en el cuello de Ivanna e inspiró hondamente su olor, pegando sus labios temblorosos con fuerza en él, sin dejar de apretarla casi dolorosamente a su cuerpo.

Ella sentía su virilidad endurecida en su pelvis, marcándola enardecidamente y rogando por sentirse libre. La mano de su esposo no esperó

más y, deslizándose desde su cadera, se abrió paso por debajo de su ropa interior, rasgándola hasta llegar a su lugar más íntimo y vulnerable. Soltó un gemido profundo al hacerlo y sentir las yemas de sus dedos apropiándose de su néctar... Dedos que fueron precisos, seguros al reconocer esa suavidad húmeda y resguardada para ellos, y a la cual le pertenecían sus caricias, que se volvieron lujuriosamente desatinadas.

Su boca se perdió gustosa en uno de sus pezones y su lengua hizo un vals de succiones tiernos en este; pero solo acariciar no era el objetivo de su mano, perversamente, esta quiso entrar a reclamar su premio hundiéndose en él, penetrando, acariciando hasta provocar un vendaval de gemidos femeninos que terminaron por arrasar con su control.

—Estás... empapada, mi cielo... Dime que todo esto lo he provocado yo, y juro por lo más sagrado que acabarás matándome —confesó, suplicante, sin dejar de disfrutar de cada maravilloso centímetro de ella.

Las palabras salían sobrando, Ivanna se removía por los fuertes estremecimientos que como ráfagas electrizantes azotaban su cuerpo gracias a los labios y las sensuales manos de su esposo, que parecía no estar dispuesto a dejar ni un ápice de su piel sin ser deliciosamente profanada. Armando se deshizo de sus pantalones casi por inercia, y ella lo ayudó a quitarse la camisa con manos temblorosas. El contacto de sus pectorales desnudos sobre ella fue como un alud de calor arrojándola, y cada una de sus más escondidas sensibilidades se entibiaron lujuriosas por sus caricias.

—Pídemelo... ¡Pídemelo como lo haces siempre! —le rogaba él, ardiente y casi sin aliento mientras su boca hacía una mancuerna de complicidad con su lengua y torturaban de placer su abdomen, buscando esa zona entre sus piernas que parecía bullir como un volcán.

—Yo...

La necesidad de tomar boconadas de aire ante aquel ataque posesivo no la dejaba hablar. Armando no solo se hacía con su boca el dueño absoluto de todo su cuerpo, como si de ello dependiera su existencia, sino que su mano seguía apoderándose de toda su intimidad sin compasión alguna, llevándola al punto de un clímax que no sabía si sería capaz de seguir reteniendo; al tiempo que su lengua gozaba y se regodeaba con su clítoris para hacerla vibrar de mucho más placer.

—¿Tú qué...? Dímelo... Pídelo, mi vida... —suplicando iba a la vez sensualmente subiendo la intensidad de sus caricias. Sus dedos eran como

verdaderos verdugos del placer y la lujuria, que provocaba que creciera en él la ansiedad por entrar de una vez hasta lo más hondo de ella y quedarse enterrado allí de por vida—. Estoy enloqueciendo... ¡Por Dios, pídemelo! ¡No aguanto más! —imploró.

—Yo... te quiero dentro de mí, mi amor... ¡Ahora!

Ivanna, entonces, lo llevó al límite. Lo tomó por los hombros acercándolo a ella y, bajando su mano hasta ese poco espacio que los separaba, guio su virilidad endurecida a donde pertenecía, sintiendo el relieve de las marcadas venas en su mano y el glande humedecido. Se sujetó fuerte de sus brazos y bajó su cuerpo para facilitar la posición, y abrirle paso entre sus piernas. Complacida, comenzó a sentir cómo se adentraba en ella entre los gemidos de ambos, haciéndolos temblar de satisfacción infinita.

—¡Mía! —gritó enloquecido de placer.

—Tuya...

—¡Siempre...!

—Eternamente, mi amor.

Ese *mi amor*, escuchado de sus labios, lo revivió, le restauró el alma y le devolvió la fe... Dejó caer su peso sobre su mujer; besarla y amarla hasta quedar sin aliento se convirtió en un juramento para su espíritu. Sus movimientos subieron en intensidad, y casi suelta un grito al sentirla seguirle el ritmo con sus caderas cuando él apresó con las manos sus redondeados y apetecibles glúteos. Quería entrar más dentro de ella, y eso se volvió en segundos en una necesidad desesperada para su hombría, como si al lograr que fuese más intenso aquel momento pretendiera borrar el posible olvido que su cuerpo, alguna vez, hubiese estado acumulando en el tiempo y la distancia hacia él.

Ivanna ignoró todo aquello que podría dañarla por pensar en el pasado; no quiso recordar, y se negó a analizar, para dejarse arrastrar por aquella pasión y aquel amor que demostraba, una vez más, estar invicto. Quería disfrutarla, atesorarla, resguardarla en su alma y no olvidarse en el futuro de la ternura y la pasión con la que Armando la hacía sentir la mujer más completa del mundo; y aunque por un momento pensar en su hija en una cama de hospital amenazó con enturbiar sus pensamientos, prefirió llenar de esperanza y mucha fe su corazón, ahora que podía percibir cuán completo estaba; así que se dejó llevar por él y le entregó su cuerpo, se aferró a su espalda, mordisqueó su hombro y luego bajó atrevida hasta su tetilla y premió de besos su pecho.

Sentía su miembro masculino hinchado y ocupando todo su interior que, tibio, abierto y excitado, le anunciaba que estaba a punto de provocarle el mayor de los orgasmos cuando sus fluidos, sudores y gemidos se mutaban complacidos...

—No creo... poder detenerlo por más tiempo... —dijo ella sin aliento.

—Déjate llevar..., mi amor... Quiero que juntos... ¡toquemos el cielo...!
—le contestó a punto de languidecer por cómo las tiernas carnes del interior de ella se hacían dueñas de su mayor vulnerabilidad física.

El abrazo los volvió uno solo y sus resuellos se convirtieron en la mejor respuesta. Sus cuerpos temblaron al unísono y tensaron los músculos; ella se arqueó flexible, lanzando un gemido de satisfacción sublime al alcanzar juntos aquel premio de verdadera unión. Armando dejó caer su peso a un lado, la arrastró con él sin salir de ella, y abrazándola fuertemente intentó buscar el aire que le faltaba. Escondió su rostro bajo el cabello desordenado de Ivanna y le besó el cuello, sintiéndola aún resollar con esfuerzo, la respiración agitada.

—Te amo... Te amo... ¡Te adoro, mi diosa esclava! —le dijo sin separarse un milímetro de su cuerpo, apretándola de hecho más, como si temiera que desapareciera de entre sus brazos.

—¡Y yo te amo más...! Mi sexi caribeño —dijo ella, y lo sintió carcajearse en su cuello—. ¿Por qué te ríes? —preguntó haciendo ella lo mismo, besándole el cabello.

—Primero, porque hacía mucho que no me llamabas así, y ¡me encanta que lo hagas! —dijo orgulloso, buscando su rostro y mirándola con verdadera idolatría—; y segundo, porque creo que muy rápido hemos regresado a nuestra competencia de quién quiere más a quién. —Le recordó sus anteriores revanchas por medir su amor, y los dos terminaron riendo con ganas. Luego, el silencio los envolvió y las risas cedieron su espacio a una mirada mutua tan serena y profunda como un océano de sentimientos.

Cada uno acarició el rostro del otro con la suavidad más tierna de la que fueron capaces. Delinearon una a una sus marcas de expresión y contaron aquellas que los años habían ido dejando, descubriéndoselas por primera vez. Una lágrima orgullosa apareció en el rostro de los dos, y sus frentes se unieron tras los suspiros que hicieron por su oportuna presencia.

—Te extrañé tanto... —dijo él.

—Te añoré más... —contestó ella.

Y sonrieron juntos nuevamente cuando, de pronto, él se separó un poco y

entrecerró los ojos, y con una tierna sonrisa ladeada la sorprendió con la pregunta que menos esperaba.

—¿Quieres... ser mi novia?

Su mirada brillante y feliz la conmovió, haciéndole entender lo que pretendía.

—Depende.

—Humm... ¿De qué?

—De cuánto empeño tengas conmigo, caribeño.

—¿Empeño dices? —dijo cómplice, acomodándole un mechón de cabello detrás de la oreja, como si ensayaran el diálogo de alguna obra teatral.

—Sí, necesitarás mucho...

—¿Por qué tanto así?

—Por la cantidad de besos que esta esclava será capaz de pedirte el resto de nuestras vidas... Y juro... ¡que no estarás en condiciones de negarme ni uno solo jamás!

La sonrisa de Armando era todo un poema, soltó el aliento fuertemente y se apoderó de su boca casi de forma salvaje.

La guerra sin tregua de pasiones inició su batalla de nuevo, y tras recordar aquel momento idílico ocurrido muchos años atrás en una fría tarde en Moscú, sellaron de esa forma su bendita reconciliación, y al final decidieron encerrar al dolor y al miedo en el olvido, prometiéndose entre besos y juramentos comenzar un camino de sanación, confianza, perdón y, especialmente, mucho amor.

A poca distancia...

El teléfono se escuchó bajo, y el hombre que permanecía detrás de aquella ventana, y a quien ya el agotamiento empezaba a pasarle factura, se levantó del viejo butacón a cogerlo de mala gana.

—Ordene... —contestó seguro, imaginando quién era el que llamaba a esa hora—. No, aún no ha existido ningún movimiento después de las salidas de hace algunas horas —afirmó, frunciendo el ceño y girándose a mirar al otro colega que, desde una silla en la esquina de la habitación, movía negando la cabeza—. Por supuesto, coronel, estaremos atentos a seguir todo el protocolo según el operativo; además, ya se envió a uno de nuestros colaboradores a

localizar al sujeto clave —explicó—. Gracias, esperaremos el relevo a la hora acordada. —Y colgó la llamada para dirigirse a su acompañante.

—El Sabueso nuevamente, ¿verdad? —preguntó este último, utilizando el apodo con el que identificaban a la persona con la que acababa de hablar—. Es la sexta vez que llama en menos de cuatro horas. —Su compañero asintió—. Ese tipo está obsesionado con todo esto, y algo me dice que no saldrán bien las cosas si continúa por ese camino —analizó, quitándose los espejuelos tras sacar un pequeño pañuelo de su bolsillo y echar el aliento en los cristales de estos para comenzar a limpiarlos.

—El asunto es que tenemos que seguir aquí... ¡Y a saber hasta cuándo! —exclamó su acompañante, molesto—. Porque, aunque dice que mandará un relevo, ya sabes cómo se las gastan tomándose su tiempo en eso —diciendo esto el joven, que continuaba sentado al lado del teléfono, se levantó de la silla y se encaminó hasta la ventana, desde donde minutos antes parecía estar atento a un lugar específico divisado a través de ella.

Con sumo cuidado, apartó un costado de la cortina gruesa, que colgaba exageradamente, y observó fijo hacia la casa que quedaba justo en frente, pasando la calle.

—Serán muy largos y extenuantes estos próximos días... —Suspiró resignado, tomando los pequeños binoculares que se encontraban encima del viejo sillón.

Capítulo 19



Los días pasaron lúgubres, acompañados de lágrimas, tristeza y desesperanza. El funeral de su prima fue uno de esos días que difícilmente podría borrar de su mente alguna vez. Sus tíos perdieron las fuerzas, sus primos parecían moverse por inercia entre las personas, sin dar siquiera las gracias cuando alguien les ofrecía sus condolencias; por eso, secaron su llanto y lo reemplazaron por una actitud de enfado y rebeldía, parecían dos almas en un purgatorio de dolor, mientras que sus padres imitaban a dos extraños escondidos a un lado de la funeraria, evitando cualquier roce familiar. Esto llegó a mortificarlo; su madre, especialmente, no se merecía tanto desprecio por parte de quienes debían amarla.

Recordó a sus abuelos, ellos permanecieron callados y en vela al lado de aquella caja gris, como custodiando un tesoro que le arrancarían de las manos en muy poco tiempo. El rostro de su abuela parecía haber recibido de golpe diez años más de vejez; en cambio, el de su abuelo Martín era una mezcla entre el sufrimiento y la ira, y las veces que levantó la vista hasta él, logró sentir su mirada culpándolo y odiándolo.

No tuvo valor de acercarse hasta aquel ataúd, quería recordar a su picosita querida entre risas y bromas, esa que allí yacía no era su dulce Lou... Tenía que aferrarse a esa idea para poder intentar seguir adelante y no dejar que

aquel dolor sin límites que padecía terminara consumiéndolo.

Habían pasado ya siete semanas desde el trasplante y sus días transcurrían detrás de aquel cristal, donde pedía a gritos por una sola señal, una que le dijera que su añorada libélula volvería de sus penumbras. Aún los médicos no decidían prescindir de tenerla allí, en la sala de cuidados intensivos; consideraban que, dada su condición en coma, era lo más recomendable. Solo Ivanna y Armando pudieron en dos ocasiones pasar a verla. Se moría en silencio por lograr hacerlo también, pero entendió que aquella pequeña oportunidad debía ser para ellos. Rogaba por poder llegar hasta ella en alguna ocasión, que sintiera el calor de su mano y aquel amor que le traspasaba el alma, intentando alimentarse de optimismo cada segundo que pasaba allí.

Ya el verano se alejaba de la isla, a pesar del caliente trópico habitual y de la eterna clemencia del Caribe, algunos frentes fríos empezaban a dar paso a días lluviosos según avanzaba el penúltimo mes del año, y los colores grises, tan poco comunes para Cuba, se hacían aliados de la triste realidad que vivía.

Gael se sentía como un presidiario entre rejas personalizadas, y si algo agradecía, benevolente, era sus momentos a solas. Le daban la posibilidad de analizar muchas cosas, por ejemplo... Se había percatado que por esos días sus padres estaban intranquilos, irritados, especialmente su papá. En un principio, creyó que era por su decisión de posponer la entrada a la universidad hasta que Romina se recuperara, ya que no tendría cabeza para continuar lejos estudiando, y así se los hizo saber; pero increíblemente para él, tanto Adela como Rolando lo habían aceptado con mucha comprensión y tranquilidad, y aunque esto le pareció extraño, prefirió no indagar mucho y agradecerles que lo apoyaran.

Intentó también comenzar a trabajar, al menos unas horas, en la cooperativa; necesitaba sentirse útil, ocupar su mente y, a la vez, ayudar a sus padres, o ¡se volvería loco! Pero Adela y Rolando lo hicieron desistir y le dijeron que por el momento no era necesario, que se mantuviera tranquilo y dispuesto a estar pendiente de Romina y de si su familia necesitaba alguna colaboración de su parte. La verdad, esto no lo hacía sentirse bien, su madre ganaba dinero dando una que otra tutoría en la casa, y su padre trabajaba cuando lo necesitaban en la sala de ordenadores de la biblioteca pública, pero no ganaba lo suficiente, y a pesar de que sus abuelos ayudaban económicamente desde el extranjero, y lo agradecía mucho, para él, lejos de ser esto un alivio, lo consideraba penoso, porque a su edad debería estar

cooperando con su familia. Decidió entonces que, aunque su madre le rogara que no lo hiciera, le haría entender que, al menos mientras no entrara a la universidad, tenía que trabajar aunque fuese medio tiempo.

Todas estas reflexiones cargaba Gael ese día que había salido del hospital una hora antes de lo habitual, decidiendo caminar sin rumbo fijo para intentar que la soledad lo ayudara a mantener la calma. Eran tantos los momentos difíciles que había pasado en tan corto tiempo que le parecía estar viviendo en un sueño del que pedía a gritos despertar ya. Pasaba de las tres de la tarde y, sin saber cómo, llegó hasta la arboleda de las libélulas. El viento era algo fresco, y la lluvia de hacía unas horas había dejado un brillo cristalino en las gotas de agua que aún rodaban por las hojas de los árboles. Aquel lugar le regalaba paz, sosiego, e increíblemente la presencia de su Romina lo acompañaba siempre estando allí.

«Te espero, mi preciosa, esperaré por ti eternamente, solo dame una señal... Una que calme esta necesidad hiriente que tengo de ti».

Fue entonces cuando una pequeña libélula azul se posó en su hombro y, como milagro del cielo, su dolido corazón latió rebosante por una naciente esperanza.

—Gracias... —murmuró mirando al cielo y metiendo sus manos en los bolsillos, para con la mirada un poco más iluminada decidir alejarse de allí.

Los Alcázar...

—¡No podemos seguir retrasándolo más, Adela! —reclamó alterado—. Durante más de un mes he ido atrasando todo por las circunstancias que hemos vivido, especialmente luego de tú contarme acerca de ese hombre. —Rolando hablaba con evidente ansiedad y nerviosismo, sentado en uno de los sillones de madera del patio, mientras su esposa cosía una de sus camisas a su lado.

»Creo que es momento de hablarlo con Gael, lo noto más tranquilo, incluso dejó de insistir con la idea de irse a trabajar a la cooperativa. Sabes que eso hubiese sido contraproducente, estando allí eran más las probabilidades de que ese desgraciado encontrara la forma de perjudicarlo con algo... —La voz de Rolando ante esta idea se escuchó temerosa—. Además, mi cielo, no podemos continuar así, todo está listo, y lo sabes —insistía en hacerla entender.

Adela lo escuchaba sin pronunciar palabra aunque la decisión por parte de ella estaba tomada, el tema le seguía resultando escabroso y difícil, más que nada por su hijo. Se debatía entre el pavor que le causaba la probabilidad de que Gael se negara a acompañarlos y el hecho de estarle ocultando algo tan delicado e importante para todos, como lo era la salida definitiva del país.

—Debemos ser muy cautelosos, Roly —contestó pausada—, sabes que Gael sigue muy vulnerable y asustado, ayer me dijo que escuchó a una enfermera decir que el padre de Romina quería trasladarla a la capital, y se siente atormentado con esa posibilidad.

Rolando Alcázar se levantó y pasó las manos por su cabello, peinándolo hacia atrás. En su cara desencajada se apreciaba el desespero por toda la situación que estaban viviendo, incluso se podía dar cuenta cualquiera de que estaba emocionalmente afectado, hasta el punto de verse más delgado y ojeroso. Muy en el fondo, el peor de sus miedos era la casi total certeza que tenía de que su hijo no aceptaría acompañarlos, y alejaba de su mente ese pensamiento tan pronto llegaba para atormentarlo.

«Es mi único hijo... ¡El único! ¡No lo dejaré atrás!», se repetía todo el tiempo.

—Algo hay que hacer, Adela, ni siquiera tenemos la seguridad de que esa muchachita despierte. Gael es muy joven para atar su vida de esa forma, son amores de juventud que van y vienen, y además...

—¿Amores de juventud, Rolando?! —recriminó ella de inmediato—. ¿Has prestado atención a cómo está tu hijo?! ¿Te parece que, para Gael, Romina es tan solo un simple amor de juventud?! —preguntó molesta, soltando su labor y tirándola en la cesta de costura—. Además, te recuerdo que por ese amor de juventud no te fuiste, según tú, hace más de veinte años... Por un amor igual a ese que hoy siente tu hijo y que desvalorizas con tus palabras, ¿es por él que preferiste quedarte a mi lado! ¿O acaso no fue así en realidad?! —terminó cuestionándolo con palabras duras, de reproche.

Rolando se quedó fijamente observándola, por un breve instante imaginó cómo hubiera sido su vida sin ella, y sintió un pinchazo en el corazón. No se aguantó y la abrazó fuerte para decirle:

—Siempre has sido mi cable a tierra, amor... Perdóname, tienes razón, buscaremos la forma de que nuestro Gael salga lo menos dañado de toda esta locura.

Ella suspiró y se quedaron abrazados en un consuelo mutuo, allí, bajo el

naranja del patio que los albergaba pacíficamente con sus ramas, intentando transmitirle la paz que difícilmente encontrarían por el momento.

Mientras, en el centro de San Vicente...

—Martín Belmonte... ¿Verdad?

El hombre que lo recibía no era ni remotamente parecido al que había imaginado cuando aquel chiquillo flacucho le llevó la nota, citándolo.

Estaban en la biblioteca provincial, lugar donde se le había comunicado que se daría aquel confidencial encuentro. Era un lugar bastante concurrido, pero con la tranquilidad y discreción necesaria para hablar algo de carácter reservado, como le habían aclarado en la nota.

Al final del salón de la hemeroteca, en una mesa amplia con capacidad para al menos unas catorce sillas, un hombre de aspecto señorial y mirada seria lo esperaba. Llevaba camisa a cuadros color azul, de mangas largas enrolladas hasta el codo. Sobre la mesa pulida, de madera oscura, tenía varias carpetas de color negro, junto a un portátil y un portafolio de cuero. Alrededor de todo el lugar predominaba el silencio, solo algún que otro sonido procedente de los teclados del club de informática de al lado producía el eco que se escuchaba.

—Sí, el mismo, mucho gusto. En su misiva me explicaba que lleva días intentando conversar conmigo, ¿eso es cierto? Humm... —Emitió un sonido de duda para que se terminara de presentar de una vez aquel individuo.

—Así es, llevo varios días esperando este encuentro, pero por respeto a su triste circunstancia familiar decidimos esperar. Me llamo Arturo... Arturo Sanfield —dijo poniéndose de pie, estrechándole la mano y con un gesto pidiéndole que se sentara, lo cual así hizo el patriarca Belmonte.

—Este asunto me ha dejado en ascuas —comenzó a decir Martín sin dejar de analizarlo—. La carta tenía escrito mi número de cédula del núcleo del partido, por eso me pareció que se trataba de un asunto importante, así que usted me dirá para qué soy bueno.

Arturo se acomodó sus espejuelos de armadura dorada, bajó la vista hasta la documentación que tenía en la mesa y antes de volver a observarlo, sonrió. Aquel hombre era como un potro desbocado, su soberbia ni siquiera lo dejaba intuir, gracias a su apellido, la relación de él con la familia de la chica que

hoy llevaba en su pecho el corazón de su nieta muerta. Pensó que esto era conveniente, de lo contrario, el genio de aquel hombre petulante podría llevarlo a negarle su colaboración.

—Martín, estamos trabajando en un operativo bastante serio y complicado en esta zona, sabemos por información del PCC (Partido Comunista de Cuba), que podemos confiar y apoyarnos en usted ante cualquier necesidad que precisemos con esto, y...

—¡Por supuesto que el partido puede contar conmigo para lo que sea! —interrumpió eufórico—. He demostrado mi lealtad a esta revolución siempre, defenderé su integridad hasta que tenga vida y yo...

—Belmonte... —Fue esta vez Arturo el que decidió frenarlo, dado que aún no le decía lo más importante—. Todo eso que usted me dice lo tenemos muy claro, sabemos de su fidelidad a Cuba y a nuestra causa revolucionaria, pero... —dio dos golpes de nudillos en el dossier que tenía delante antes de seguir— la ayuda de la que hablamos será bastante... delicada..., por así decirlo, específicamente para usted; me atrevo incluso a creer que será la mayor prueba que su espíritu revolucionario le pueda dar a su país. —Sus palabras se escucharon manipuladoras y falsas, y su mirada dejó entrever un ladino interés en todo lo que allí se hablaba—. Necesitamos saber si puede mantenerse objetivo y cooperar con nosotros.

Martín frunció la comisura de su boca al escucharlo, pero no le dio tiempo a decir lo que pensaba porque ya él le estaba poniendo delante una de las misteriosas carpetas negras que estaban entre ellos, sobre la mesa.

—Ábrala y mire toda la información que tenemos, luego que lo haga, conversaremos lo que sigue. Tómese su tiempo.

Martín lo analizó recelosamente, nunca había sido un hombre confiado, paseó los ojos desde el rostro de Arturo a la documentación que acababa de rodar este, acercándose. Se quitó su sombrero y lo colocó en la silla vacía a su derecha, y tras sacar sus espejuelos de leer, y cambiarse los que permanentemente usaba, abrió la carpeta ante la atenta mirada de su acompañante.

Los siguientes treinta minutos pasaron entre la incredulidad y los puños cerrados cada vez más fuertemente de Martín, pequeñas gotas de sudor comenzaron a aparecer en su frente, lo cual iba alegrando satisfactoriamente el semblante de Arturo al darse cuenta de que aquel hombre no podía creer lo que sus ojos leían.

Allí estaban un sinnúmero de fotos de su indeseable yerno, su hija y su nieto, junto a una serie de fechas y llamadas; también otras fotos de quienes, a pesar de llevar más de dos décadas sin verlos, supo perfectamente que se trataban del hermano y el padre de Rolando.

Se hablaba, y explicaba con detalle, acerca de una salida ilegal del país, de una lancha rápida que saldría desde el estrecho de Florida y que, según lo que se había logrado conocer, gracias a las pesquisas de la seguridad cubana, pasaría a recogerlos junto con dos personas más a bordo por la costa de Guanamar.

Cada minuto que leía, Martín Belmonte se estrujaba los ojos y se apretaba el mentón, el corazón le latía a una velocidad desenfrenada y sentía que su cara era como una llamarada infernal a punto de explotar. Trató de respirar y tranquilizarse, sabía que tenía que tomar cartas en el asunto, no sería ahora cuando su presión arterial le jugara una mala pasada; ese mal nacido de Rolando Alcázar no iba a enlodar su nombre, de eso se encargaría él, «*¡aunque tenga que matarte, desgraciado!*», se dijo con un odio que sentía carcomerle hasta las vísceras.

Después de terminar de leer varias de las fechas en que la operación Rescate, como aquellos desgraciados de la fundación cubanoamericana de Florida habían llamado al hecho de llevarse a su hija y a su nieto hacia el odiado país imperialista, habían sido canceladas, cerró con furia todo el bulto de documentos, se quitó sus viejos espejuelos y miró fijamente a su interlocutor para decirle casi con fiereza:

—¡Dígame lo que tengo que hacer! Sea lo que sea, ¡dígamelo ya!

Arturo esbozó una sonrisa cínica y le ofreció, a su ahora mejor colaborador, un apretón de manos levantándose de la silla. Todo aquel acoso mediático, más que una cuestión de trabajo o de seguridad nacional, para él era su mayor venganza, y se regocijaba por tener precisamente al padre de Adela totalmente de su lado. Su primer triunfo estaba logrado, y ahora sí... ¡Nadie lo detendría!

—Sabía que podíamos contar con usted, Martín... ¡Bienvenido a nuestro equipo! —aduló inteligente.

—Esto, Sanfield, no es solo un honor como militante del partido comunista y ferviente revolucionario, ¡sino también una gran satisfacción personal por tener la oportunidad de expulsar a una rata traicionera de mi familia! —dijo con el mayor de los desprecios ante la perfecta sonrisa y los ojos enardecidos

de maldad en el rostro de Arturo.

En otro lugar de Viñales...

—Dígame, ¿cómo puedo ayudarla, Esther?

Ivanna había regresado junto a Armando del hospital, luego de conocer los últimos partes médicos, que a pesar de ser alentadores y arrojar excelentes resultados en cuanto a la evolución de Romina tras someterse al trasplante, aún no podían precisar por qué continuaba en coma; incluso después de dos semanas prescindiendo del respirador artificial, y, ¡bendito Dios Padre!, a lo que su hija respondió muy bien, debido a que sus pulmones ya estaban del todo recuperados.

—No te preocupes, *mija*, ya todo está preparado; es más, si quieres, ayúdame a poner la mesa para cuando lleguen Rigo y Arturo.

Al escuchar el nombre de su cuñado, Ivanna levantó la vista muy extrañada hasta su suegra, tras terminar de lavarse las manos y secarlas con una de las toallas de cocina. Todos sabían que, desde la cirugía de Romina, el hermano de su esposo había permanecido en Pinar. Tenían entendido que era por asuntos de trabajo, pero no lo volvieron a ver desde aquel día en el hospital. Esther, en ocasiones, hablaba con él por teléfono; pero sin dar más detalles al respecto, y como Armando pidió una licencia de tres meses a sus superiores por la delicada condición de salud de su hija, no había tenido oportunidad de volver a coincidir con Arturo al no necesitar viajar con frecuencia a La Habana.

—Entonces... ¿Esta vez Arturo nos acompañará? —preguntó cautelosa Ivanna. La relación de ella y su cuñado había sido nula, nunca supo por qué no llegó a simpatizarle al hermano de su esposo, y realmente, como el sentimiento era recíproco, tampoco se preocupó por averiguarlo.

—Sí, *mija*, y no sabes cuánta ilusión me hace que lo haga, Arturito es... diferente —justificó como madre, al fin—. Armando siempre fue más cariñoso y expresivo, y aunque los últimos años lo vimos cambiar mucho su carácter, ahora Rigo y yo estamos felices porque, a pesar de la situación con nuestra niña, nuestro hijo trae en su rostro un semblante de paz y armonía que nos llena de tranquilidad el corazón; y sabemos, *mija*, que eres tú quien lo ha hecho posible. —Le acarició la mejilla con maternal ternura, viendo cómo su nuera

sonreía y se sonrojaba ante sus palabras.

—Gracias, Esther... Solo nos falta que Romi regrese para estar completamente felices —dijo con dolorosa nostalgia.

—Verás que eso sucederá pronto, *mija*, no me pierdan la fe. —La tranquilizó, al verle aguársele los ojos—. A ver... Vamos a terminar con todo aquí para cenar temprano. Seguro que mis hijos hoy disfrutarán de mi guiso.

—¡Eso ni lo dude, Esther! ¡Huele exquisito! —expresó dulcemente Ivanna, sin dejar de desear con sinceridad en su interior que su cuñado no le hiciera un desaire a su madre esta vez, como en muchas otras ocasiones. Ella no se lo merecía.

Por otro lado, en casa de los Alcázar...

La tensión se respiraba en el aire.

Adela terminaba de doblar la ropa que había lavado en la mañana y se disponía a llevarla a la habitación. Su marido había salido sin decirle claramente a dónde, y esto la ponía tensa. Cuando terminó de acomodar la última prenda en la cesta, sintió cerrarse la puerta de la entrada, e impaciente fue a ver si era su hijo que llegaba, estaba tan preocupada por él...

Gael parecía un alma en pena, y nada a su alrededor podía sacarlo del estado de tristeza en el que se iba lentamente sumergiéndose.

—Gael, ¿eres tú? —comenzó a preguntar desde el pasillo, que comunicaba con la parte trasera de la casa, antes de llegar a la sala.

—Sí, mamá, ya llegué —respondió él de espaldas a ella, mientras dejaba su llavero en la pequeña mesa del recibidor. Al virarse y verla detrás, se acercó y le dio un beso.

—¿Quieres cenar algo? —preguntó su madre anhelando una respuesta afirmativa.

—No, gracias, ya comí en la fonda de Luisa antes de llegar aquí... No te preocupes, mamá, voy a darme un baño y acostarme temprano, mañana quiero estar a primera hora en el hospital.

—Pero, *mijo*, yo creo que...

Gael levantó un dedo, con un semblante que gritaba sin voz el padecer de su profunda melancolía, y le dio a entender a su madre que no le reprochara nada al respecto, ya que no le permitiría a nadie que lo hiciera. Se acercó

nuevamente, y tras besarle la frente se dirigió a su cuarto deseándole buenas noches ante su mirada sufrida y angustiada.

Ella sentía que el corazón se le marchitaba al ver en aquel estado a su hijo, cuando una conocida voz la sacó de sus tristes pensamientos.

—¡Adela!

Escuchó, apremiante, a su esposo. Este llegaba a casa muy alterado y, después de dejar las llaves en el lugar de siempre, la llamaba exaltado.

—¿Qué sucede, Roly? ¿Por qué vienes así? —preguntó alarmada, llegando hasta él desde una de las habitaciones y asustándose al verlo con el rostro desencajado y bañado en sudor.

—¡Me están siguiendo! —dijo pasando una mano por su rostro.

—¿Cómo que siguiéndote?! Por favor, habla bajo —le pidió en un susurro nervioso—. Gael está en su cuarto y puede oírte.

Rolando asintió y expuso a media voz lo que le preocupaba hasta el punto de la histeria.

—Al principio llegué a creer que era predisposición mía. Ya sabes..., el estrés y la tensión de los últimos días, no ha sido nada fácil con lo que lidiar, pero... —respiró profundo y apretó sus sienes— hace un momento acabo de comprobar que, efectivamente, una pareja joven ha estado siguiéndome durante casi toda la tarde.

Los dos quedaron en silencio sin saber qué decir. Adela, consternada; y Rolando, con las manos apoyadas en el cabezal de uno de los muebles de la sala, comenzaba a sentirse abrumado al confirmar que la situación se iba volviendo cada vez más insostenible.

—¿Qué podemos hacer, Roly? —preguntó Adela con la voz casi inaudible por el nerviosismo que las palabras de su marido le habían provocado.

—No lo sé, mi cielo... —habló sin fuerzas, evidenciando el agotamiento emocional que comenzaba a vencerlo—. Intentaré mañana ser cauteloso y especialmente muy observador, por ahora solo nos queda conservar la calma... Eso sí... —La miró seriamente—. No creo que podamos esperar mucho más... —Y la vio bajar la mirada, que en cuestión de segundos dejó escapar las lágrimas.

En la casa Sanfield...

—¡Me alegra que estés aquí, *mijo*! —decía una Esther rebosante de alegría, por el largo tiempo que hacía que su hijo mayor no compartía tiempo con ellos.

Arturo, por su parte, permanecía callado e inmutable a cualquier manifestación de cariño o euforia de su anciana madre. Ella le insistió tanto las veces que hablaron por teléfono para que viniera a cenar con ellos que no le quedó más remedio que aceptar al quedarse sin excusas, ya que Esther había descubierto que continuaba en Pinar y no había regresado a la capital. «*A veces, las madres son detectives implacables y acosadoras de los hijos*», pensó.

—Bueno, mamá, ya sosiégate, lo que importa es que me tienes aquí... —intervino con sequedad—. Y bien, ¿acaso cenaremos solo tú y yo? ¿No se dignarán a hacer acto de presencia mi hermano y su distinguida mujercita? —preguntó cínicamente, dado que ya sabía que su padre estaba en camino desde el trabajo.

—*Mijo*, no te expreses así, por favor —pidió conciliadora su madre mientras terminaba de endulzar una jarra de cristal con jugo de naranjas para acompañar la comida—. Claro que tu hermano e Ivanna estarán aquí con nosotros, pero como pasaron todo el día en el hospital, seguro que están descansando un poco y preparándose para unírseles. —Al explicarle esto, se viró para buscar más servilletas en los cajones de la cocina, por lo que no pudo ser testigo del gesto desdeñoso de su hijo al referirse a su hermano y su esposa, y sin expresar o demostrar el más mínimo interés por la salud de su sobrina.

—En fin, madre, como parece ser que aún necesitaremos esperar por los demás y dado que, como siempre digo, mi tiempo es muy valioso... —alegó egocéntrico—, voy a utilizar tu teléfono para hacer algunas llamadas de trabajo.

—Por supuesto, *mijo*, pero no te me extiendas mucho, mira que enseguida sirvo la mesa y nos podremos sentar a disfrutar, solo esperamos por tu padre —dijo sonriente, recibiendo tan solo de su parte un movimiento de cabeza que estaba muy lejos de expresar cariño.

Arturo necesitaba salir de aquella cocina, llevaba días en los que su ansiedad compulsiva no le daba un minuto de sosiego. Despertaba y se iba a la cama cada noche con la misma desequilibrada obsesión de poder concretar su venganza de una vez, pero lo que en un principio pensó sería solo cuestión de

pocos días, se había convertido en varias semanas, y esto lo tenía a punto de perder los estribos. Se acomodó en el sillón mecedor, que su madre tenía al lado de la pequeña mesa donde se encontraba el teléfono, justo pegado al ventanal más amplio, por el cual se disfrutaba del cuidado jardín de Esther. Estiró los dedos de sus manos hasta escuchar el ruido de sus huesos, y levantó el auricular para marcar el número al que llamaría.

—Habla Sanfield, ¿qué noticias o movimientos tienen? —habló exigente y esperó la respuesta—. ¡Es imposible que todo siga igual! ¿¡Acaso ustedes están ahí para perder el tiempo?! —Se levantó del sillón descompuesto y con el puño de la otra mano apretándolo a su lado—. ¡Comunícame con Carmona ahora mismo! —Permaneció en la línea, esperando hasta que del otro lado escuchó el rutinario saludo militar en la voz de su segundo subalterno al mando.

»Carmona... —Se apretó el puente de la nariz—. Necesito que me pongas al tanto de la situación de las últimas horas —dijo demandante, y se quedó varios minutos escuchando mientras caminaba intranquilo en aquel pequeño recibidor, al lado del salón principal de la casa de su madre—. ¡Esto es inaudito! ¡El maldito bastardo de Rolando Alcázar tiene que salir de su asquerosa madriguera por las buenas o por las malas! —Volvió a callarse para escuchar lo que se le explicaba—. Deja eso en mis manos y tú encárgate de lo demás. Yo sé lo que tengo que hacer para que ese perro acabe de morder el hueso, ¡tengo en mis manos la solución perfecta! ¡Ah, Carmona! —habló agresivamente—. ¡Ni una mierda más o rodarán cabezas! —Y sin esperar respuesta colgó airado.

—Vaya, Arturo, veo con dolor que sigues siendo el mismo implacable de siempre. ¿Me puedes explicar qué sucede con Alcázar? No sé si lo sabes, pero es el padre del novio de mi hija...

Armando había escuchado toda la conversación telefónica de su hermano sin que este se percatara de su presencia, y estaba seguro de que el nombre que escuchó decirle con tanta ferocidad era el del padre de Gael. No habían tenido la oportunidad de confraternizar mucho, pero sí habían cruzado uno que otro saludo las veces que él y su esposa visitaron el hospital; además, Ivanna y Adela se habían hecho muy cercanas desde las últimas semanas.

Arturo se viró y lo miró sarcástico.

—Este trabajo es de mano dura, hermanito, y... en cuanto a lo que me preguntas, excúsame, pero sabes que no puedo darte ninguna información, solo

puedo decirte que... —se rascó la barbilla— tendrás que agradecerme que libre a tu hija de un futuro, digamos... ¡Vergonzoso! —contestó mordaz—. Y mira, analizándolo bien, pienso que tal vez por eso no has podido ascender en el gremio militar, después de tu desafortunado regreso de la antigua URSS, a otra cosa que no sea estar rodeado de papeles y teorías sin importancia. Definitivamente, nuestros superiores no han visto empuje o ¡temple en ti! —remató ofensivo, a lo que Armando respiró profundo, y metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros, respondió:

—Te recuerdo que llegué a ser un diplomático de este país, Arturo... No creo que eso haya sido gracias a mi falta de... ¿empuje, dices? —Y le dio la pelea sin dejarse humillar.

Arturo se carcajeó bajo y frotó su rostro sin dejar de reír, socarrón; puso sus manos a la altura del pecho y, observándolo con superioridad, rebatió.

—Cargo diplomático, querido hermano, que no solo abandonaste por un ataque de... ¿celos? Porque, la verdad, lo del supuesto discurso que te negaste a ofrecer aún no me lo creo. —Volvió a sonreír, viendo cómo Armando contraía la mandíbula—. Pero, además, enlodaste el nombre de la familia y nuestro apellido cuando fuiste la comidilla de todo el consejo militar. Lo siento; como puedes ver, tus desmanes con tu *mujercita rusa* no te...

—¡No te atrevas a mencionarla a ella! ¡Queda grande en tu boca que lo hagas! —interrumpió enrojecido de ira Armando, dando dos pasos adelante. Si se atrevía a ofender a su esposa, esta vez lo haría tragarse sus palabras.

—¡Vaya, vaya, vaya! Muy interesante... —Palmeó fuerte, burlándose—. ¡Así que te tienen todavía con el narigón en el hocico a pesar de los años! ¿Me perdí alguna escena de reconciliación donde vuelves a ser el perfecto cornudo?

—¡Cállate, Arturo, o te juro que...!

—Mi amor... —La llegada imprevista de Ivanna interrumpió las palabras de su marido; obviamente las había escuchado bien, y se acercó a él intuyendo que se estaba dando un encuentro serio entre ellos. Estando a su lado, se sujetó a su brazo dulcemente—. ¿Por qué no ayudamos a Esther y Rigo? Están en el patio entrando unos refrescos y hortalizas que trajo tu papá hace un momento; además, ya tu madre me pidió que le cooperara en servir la comida —dijo nerviosa, evitando la mirada de su cuñado.

—Por supuesto, mi vida, vamos. —Le tomó con ternura la mano y, tras besársela y viendo cómo su hermano seguía con ojos de soberbia

detenidamente su gesto, se dispuso a marcharse a la cocina; pero nada sería sencillo con el Caín de la familia estando allí.

—¡Qué lástima siento por ti, Armando Sanfield! Ni siquiera le has contado tu mayor debilidad, esa de la cual te avergüenzas. ¿Qué pensaría de ti la dulce Ivanna si le dijeras...? —Y sus palabras frenaron los pasos de su hermano, que de espaldas a él no hacía caso a las súplicas de su esposa, que le pedía calladamente que lo ignorara—. ¡No eres más que un mandilón! ¡Un pobre diablo amarrado y domesticado por las faldas y las artimañas de una zorra que...!

Como si fuera un lince rabioso, Armando, en dos zancadas, llegó hasta Arturo y no lo dejó terminar de escupir su veneno al agarrarlo con una fuerza aterradora por el cuello y estamparlo contra la pared. Los ruegos de Ivanna los escuchaba lejos, cegado por un odio que no lo dejaba pensar, solo quería que un milagro le recordara que aquel asco de persona no era su hermano de sangre para poder desahogar toda aquella furia que sentía por él.

—¡Eres una mierda de hombre! ¡Una piltrafa humana que no merece ni el respeto ni la consideración de nadie! —le gritaba pegado al oído, porque muy en el fondo deseaba que sus padres continuaran en el patio y no llegaran a ser testigos de aquel denigrante momento—. No sabes cómo maldigo el momento en el que te vi como un ejemplo a seguir, e incluso hasta llegar a esforzarme para estar a la altura de las expectativas del hermano mayor que la vida puso en mi camino. ¡Hoy me das vergüenza y náuseas! —soltó con dolor y rabia en sus palabras.

»Solo te advertiré esto una vez, Arturo... —Sus puños seguían encerrándolo contra la pared, a pesar de los esfuerzos de él por soltarse—. ¡Aléjate de mi familia! La próxima vez que oses faltarle el respeto a mi esposa, ¡juro que me olvidaré de que por desgracia del destino llevamos un lazo de parentesco! —Al decirle esto lo soltó y se corrió hacia atrás, viéndolo toser ahogado, con el rostro enrojecido y sus manos marcadas en el cuello. Mientras Armando trataba de calmarse, Ivanna, temblorosa y sin palabras, lo abrazaba por la espalda.

—Y yo... —sin rendirse, hablaba con esfuerzo un Arturo visiblemente ahogado— te juro... que... no me conoces bien..., hermanito... —amenazó sin dejar de toser y con la voz afectada—. No me temblará... la mano, Armando... Ese mismo destino que nos unió... nos dará la oportunidad de una revancha... Estaré esperando..., complacido por eso... —Lo miró fijamente,

emanando desprecio mientras intentaba alisar su maltratada vestimenta.

—Estaré esperándolo también, Arturo. Tampoco tú conoces de lo que soy capaz, más ahora que el amor regresó a mi vida; pero claro, es algo que no has conocido y que difícilmente conocerás.

Fueron como una puñalada sus palabras, y le hizo apretar los puños tan fuertes que sintió cómo los músculos de sus brazos se resintieron adoloridos.

Armando no quiso darle la oportunidad de continuar con aquel enfrentamiento en casa de sus padres, y salió del brazo de su esposa en busca de ellos, dejando que se carcomiese en su propia agonía de rencor.

—¡Tiempo al tiempo, hermanito! ¡Nada como un maldito día detrás del otro! —dijo en voz baja con dientes apretados, mientras recogía del suelo sus espejuelos, rotos por el forcejeo, y los encerraba con fuerza en su mano, mirando a los lejos por la ventana.

Movió a varios lados su cuello, ejercitándolo, y nuevamente levantó el teléfono, que milagrosamente permaneció en su lugar a pesar del altercado. Digitó los números y esperó respuesta, mientras que se frotaba con la mano izquierda la parte de atrás de su cabeza. «*¡Ese cabrón aprieta fuerte! ¡Pero juro que me vas a pagar esta altanería!*», pensó.

—Soy Sanfield —dijo finalmente al constatar a alguien en la línea—, necesito que le digas a Carmona que lo quiero en la villa de la casa del partido a las veinte horas, y que lleve con él los datos del departamento especial de cardiología, del hospital militar del consejo. —Y unos segundos después que escuchó la confirmación de que acatarían la orden que había dado, se acomodó el cuello de la camisa, y tras colgar la llamada, se dirigió a reunirse con sus padres.

«*Que comience la función, familia*», se dijo torciendo de lado el labio inferior.

Capítulo 20



—Bueno..., todo estuvo delicioso, como siempre, madre; pero ya tengo que irme... —dijo brusco Arturo, disponiéndose a levantarse de la mesa donde todos habían cenado bajo un sepulcral silencio, solo interrumpido en pocas ocasiones por algún que otro comentario de Esther, quien sospechó desde que Armando y su nuera llegaron al patio, con la excusa de ayudarlos a entrar los víveres a la casa, que algo había sucedido entre sus hijos; pero prefirió no indagar por temor a empeorar las cosas el día que, finalmente, Arturo estaba en la casa después de tanto tiempo.

—Pero, *mijo*, ¿no comerás postre? —insistió Esther—, mira que son buñuelos de anís, que son tus favoritos.

—Quizás otro día, madre —contestó inexpresivo y seco, estando ya de pie listo para marcharse. La verdad era que su familia siempre lo había asfixiado, pero en ese momento eran desesperados los deseos que tenía de alejarse de todos ellos, especialmente para dejar de ver a su hermano y sus tiernas miraditas con su mujer.

«*Un imbécil y una zorra... ¡La combinación perfecta!*», se dijo por dentro despectivamente, mientras sus ojos se clavaban en la mirada de Armando, que ni un minuto demostró flaqueza ante él, lo que le molestaba sobremanera.

—En fin... Padre, madre... —Se acercó a ellos y les dio un escueto

abrazo, uno que quizás podía incluso compararse con el simple saludo de alguien a quien por primera vez conoces y con el que no tienes ninguna afinidad.

—¡Ay, muchacho! A ver si no te nos pierdes de nuevo, por favor... —pidió su madre esperanzada.

—Ya... veremos, madre —respondió sin darle importancia a su deseo—. Armando, que tengas... suerte... —Se dirigió a su hermano, que no hizo ningún ademán o intento de despedirse, y esto terminó por confirmarle a Esther que algo serio se traían aquellos dos—. Y tú, cuñadita... —La recorrió lascivamente para provocar a su hermano, al que vio hacer el intento de levantarse, pero que fue detenido por ella—, que sigas tan... hermosa... como siempre. Es obvio, mirándote bien, por qué mi hermanito es tan... —Lo observó con burla, disfrutando verlo contener las ganas de golpearlo. Sabía que se aguantaría por sus padres, y por eso lo quiso llevar al límite, algo que sin dudas sabía que había logrado con tan solo contemplar su mandíbula contraída, los puños apretados bajo la mesa y los ojos ennegrecidos de ira a su hermano—. ¡Dócil! Esa es la palabra..., dócil... —finalizó con sorna.

Se hizo un obligado silencio al escucharlo hablar. Rigo encrudeció su seriedad; Ivanna se mantuvo inerte con las manos bajo la mesa, sujetando las de su marido, que parecían que en cualquier momento se le abriría la piel de tanto presionarlas, y Esther... Ella reflejaba un dolor de madre tan triste que no había palabras para describirlo. Con decepción infinita se daba cuenta de que su hijo mayor, sangre de su sangre, cada vez se hundía más en su amargura y en su rencor. Nunca se dejó ayudar, nunca la dejó acercarse, y ahora... duramente entendía que era demasiado tarde.

—Te acompaño a la puerta, *mijo* —dijo con voz tomada por la desdicha, y luego de que él hiciera un ademán de despedida, llevando a la frente sus dedos en gesto de saludo militar, siguió a su madre hasta la salida.

Después de algunos minutos en los que nadie sabía qué decir, Ivanna se levantó de la mesa para ayudar a recogerlo todo.

—No, *mija*... —Le interrumpió Rigo el quehacer—. Vayan ustedes a descansar, yo ayudo a mi Tere con todo esto, mañana no trabajo, y tú y Armando seguro se irán temprano al hospital —pidió con cariño, llamando a su esposa por el diminutivo que siempre usaba con ella.

—Pero yo puedo hacerlo, Rigo, mire...

—Hazme caso —insistió—. Además, así mi mujer y yo hablaremos de

algunos asuntos, los cuales me gustaría tratarlos solo con ella —diciéndolo observó a su hijo Armando, que permanecía serio y callado, en la misma posición desde que Arturo y su madre salieron del comedor.

Ivanna entendió que lo mejor era dejar, por la paz, su persistencia por ayudar, comprendió a qué se refería su suegro, y sabía que era mejor dejarlo solo junto a Esther. Como padres, imaginaba que tenían que desahogar algunas penas con respecto a su hijo mayor.

—Está bien, Rigo, comprendo... ¿Nos vamos a descansar, mi amor? —se dirigió a su marido, y sus palabras fueron lo único que sacó a Armando de su aislamiento y silencio. Aquel *mi amor* en los labios de su esposa, aún seguía siendo un bálsamo de consuelo ante cualquier vicisitud que estuviera atravesando.

—Por supuesto, mi vida... —Le sonrió, y después de darle las buenas noches a su padre, sin dejar de pedirle que si necesitaban algo no dudaran en llamarlos, la tomó de la mano y se retiraron a su cuarto, seguidos de la mirada complacida del amable Rigo.

Armando abrió para ella la puerta de la habitación y la siguió. Sabían que el enfrentamiento ocurrido con Arturo les había afectado a ambos, aunque agradecían infinitamente que ni Rigo ni Esther hubiesen sido testigos de un momento tan cruel y doloroso entre sus dos únicos hijos. Eran muchos los temas pendientes que anidaban en silencio el alma de la pareja, más allá de la hermosa reconciliación que ya tuvieron, habían pospuesto durante semanas ahondar en ciertas cosas. Ivanna se movía nerviosa sin dejar de ser observada por su marido, que, sentado a los pies de la cama, con los codos apoyados en sus rodillas y el torso inclinado hacia delante, seguía de cerca cada uno de sus movimientos.

—Mañana, si quieres, yo me voy temprano al hospital y tú puedes ir más tarde —comenzó a hablar precipitadamente, como si quisiera quitarle la oportunidad a él de hacerlo—, así resuelves la documentación de tu licencia y puedes también dar tiempo a que Samuel vuelva de La Habana para entrevistarnos con él; además, Gael quiere estar, y yo le dije que...

—Shsss... —Sin darse cuenta ya lo tenía detrás de ella, abrazándola, mientras que con una de sus manos la rodeó, y luego de posarle los dedos en la boca para callarla, dulcemente la fue girando hasta dejarla frente a él—. Sé lo difícil que es hablar acerca de esto..., sobre todo para ti. —Ella sintió cómo acariciaba su rostro, y sus ojos se perdían junto a los suyos—. Háblame,

prometimos no callarnos nada y exorcizar todos los fantasmas que nos han torturado todo este tiempo —pidió con humildad.

Ivanna sintió un vuelco en el corazón, y la profundidad de los ojos de su marido le llegaron al alma. Tenía miedo, mucho miedo de sacar un tema que terminara con aquel paraíso de dicha que acababan de alcanzar milagrosamente cuando ella ya no tenía esperanza de que fuera posible. Pero era muy cierto que su corazón dañado exigía respuestas, y las mil preguntas que este tenía subían desde lo más escondido de su ser, empujando decididas y con fuerza, y ahogándola en un dolor que no desaparecería hasta que ella se llenara de valor y les diera luz.

—¿Cuántas...? —preguntó casi sin voz, viendo bajar la cabeza a su esposo, cerrando los ojos.

—Ninguna... No hubo nadie más.

Lo escuchó decir sin mirarla, y el dolor dio paso al enojo y la decepción al oírlo insultar su inteligencia.

—¿Para recibir esta absurda y falsa respuesta me pides que me abra contigo?! —Se alejó de él extremadamente enojada—. Así nada de lo que intentemos podrá seguir adelante, Armando. ¡Sabes a qué me refiero!

—¡Lo sé, por supuesto que lo sé! —Volvió a ponerse junto a ella, esta vez por nada del mundo le permitiría alejarse de su lado—. ¡Estoy diciéndote la verdad! He sido un maldito, pero...

—¡Pero nada! ¡¿Tienes una mínima idea de las lágrimas que en silencio derramé cada vez que me dejabas?! ¡¿Una mísera idea de lo que sufrí a solas cuando por meses no supe de ti?! ¡Mentiste, maldita sea! Me enviaste a decir que estarías en una misión en Latinoamérica y ¡no era cierto! Averigüé todo, Armando, ¡todo! ¡Nunca saliste de Cuba!

Y el llanto salió tan agudo que hizo pedazos a su marido, pero no tanto como cuando al querer abrazarla ella no se lo permitió. El terror de perderla una vez más lo volvió a envolver, golpeándole el pecho. Quiso hablar, pero ella no se lo permitió.

—Por favor... Basta... ¡No más mentiras! —A pesar de tener el rostro bañado en lágrimas, sus palabras no fueron un ruego, sino una exigencia.

Armando sabía que no tenía opción, era contarle toda la verdad o volver a correr el riesgo de perderla, y esto último sería como un suicidio en vida para él.

—Por favor, mi amor... Ven...

Le tendió la mano, y rogó en silencio que ella no se la negara. Al ver que aceptó, expulsó el aire que tenía aguantado y la llevó hasta los pies de la cama para sentarla, y luego, una vez más, arrodillarse delante de ella... Así quería estar, a sus pies, hasta que aquella culpa mermara al menos un poco a través del tiempo.

—Ni en tres vidas podría encontrar las palabras o la manera de lograr ser merecedor de tu perdón. —Respiró profundo y le sujetó fuertes sus manos. Las lágrimas que ella continuaba derramando lo estaban haciendo añicos—. Es cierto que no salí del país... —Y al decirlo, la aferró más fuerte al ver que iba a levantarse—. Por favor, escúchame...

—No puedo... No quiero... ¡No soportaré escuchártelo decir...! —Su dolor era casi palpable, y Armando moría un poco más viéndola así.

—Mi amor... Mi vida... Por favor, mírame... —intentaba sostener su rostro buscando sus ojos, y con ellos su mirada que esquivaba constantemente.

—¡No puedo! ¡No puedo escucharte decir que te fuiste con otra y nos abandonaste! ¡Es demasiado para...!

—¡Estaba en una clínica de desintoxicación del ejército! —gritó Armando y se dejó caer al suelo, escondiendo entre las manos el rostro, dejando a Ivanna sin fuerzas y sintiendo que el aire desaparecía de todo su alrededor.

—Estabas en... —No le salieron las palabras y necesitó levantarse y caminar unos pasos para buscar aire; pero enseguida reparó en él, y sin pensarlo más... corrió y lo envolvió en sus brazos, dejándolo sollozar como un adolescente herido—. Por favor, mi amor, ¡dime de qué estás hablando!

—De mi penosa... verdad... —contestó sin aliento para hablar. Era como si una pared le hubiese caído encima de momento, y podía sentir el peso de la lápida sacándole el oxígeno.

—¿A esto se refería Arturo? Él lo sabía, ¿verdad? —preguntó, y Armando asintió.

—Cuando regresamos de Rusia... todo fue hermoso al principio, pensé que tendría el control de todo, hasta que las misiones empezaron a llegar una detrás de la otra, y con ellas la separación de ustedes. No podía negarme, era eso o caer en una prisión militar por mi supuesto desacato político. Sentía que me convertía en una especie de robot programado personalmente para no sentir, para enterrar bajo un millón de capas de cemento cualquier sentimiento que podía tener por ti, y cualquier esperanza que vislumbrara aparecer para nuestro matrimonio.

Una sonrisa fría y triste como el mismo Everest apareció en su rostro al recordar aquella época.

»Querían que sufriera... Al menos que pagara mi supuesta traición, y encontraron la mejor manera de hacerlo: alejándome de ustedes. Estúpidamente, el dejar que mis celos tomaran nuevamente el mando de mi vida fue lo peor. ¡Qué imbécil fui! Entre más intentaba repetirme que eran puras calumnias las fotos y los anónimos, más sufría yo, más desesperado estaba y más odio sentía por mí mismo, por mi entorno y por aquello en lo que se estaba convirtiendo mi vida...

Levantó la vista hacia ella al sentir una humedad en su frente, y le dio un dolor profundo en medio del pecho confirmar de dónde provenía al ver sus lágrimas correr por su rostro, despiadadas.

—Toqué fondo después de recibir la carta donde insinuaban que Romina... —se le cortó la voz de solo recordarlo—. Aquella discusión me destruyó, cuando me pediste que las dejara ir. Ese día empezó mi calvario y busqué en el alcohol la válvula de escape a mi suplicio personal... —Se frotó los ojos buscando fuerzas para seguir.

»El dolor me consumía lento e implacable. En el Consejo pedí, casi supliqué, una licencia de liberación; pero me fue negada y no podía poner en riesgo los beneficios médicos para de nuestra hija; era consciente de que en hospitales provinciales no tendría el mismo trato, y lo más importante, no tendría a su alcance los mismos recursos.

»No me quedaba otra opción que aguantar y seguirme hundiendo en mi propia desesperación. Lo peor de todo eran las misivas que seguían cruelmente haciéndome llegar. Esto me arañaba el alma y me hacía querer perderme en la bebida para olvidarme de existir. En mis agonías, hasta tu voz llamándome como embrujo de sirenas podía escucharla en mis delirios

Sonrió, y ella también lo hizo, a pesar de él no poder verlo. Se mantenía tranquila, callada, dándole el espacio que necesitaba para vaciar toda su carga.

—Fue entonces el alcohol, sin remedio, lo que me atrajo como un verdugo. Las noches las pasaba ahogándome en él, muchas veces sin saber si era de día o no, y siendo salvado, cuando venía de descanso a La Habana, por grandes amigos como Samuel, Alina y Lorenzo, que... ¡Mierda!, todavía no sé cómo esos cabrones se las ingeniaban para encontrarme siempre.

Hizo una mueca intentando sonreír, y luego estiró las piernas, ya que las

tenía acalambradas, mientras que Ivanna cambiaba de posición en el suelo para que él se acomodara mejor en su regazo.

—No recuerdo en qué momento terminé por perderme. Si ahora me preguntas, solo puedo decirte que los rumores de mi vicio fueron escalando pasillos dentro del ejército; así que con la ayuda de ellos y sus incansables insistencias, un día necesité decidir entrar al programa de desintoxicación; aunque... —Un silencio comenzó a hacerse largo y pesado.

—¿Aunque...? —exhortó a continuar Ivanna.

—Aunque... debo reconocer que me negué por semanas, hasta que Alina me dijo algo que hizo que tomara la decisión —confesó apenado.

—¿Qué te dijo? —Y lo sintió respirar hondo.

—Que mi progresivo alcoholismo... podía ser el arma que te permitiera ante un juez divorciarte de mí y alejarme de mi Romina.

Al soltar estas últimas palabras rompió en un llanto grave y doloroso aferrado a la cintura de Ivanna, que no pudo evitar el de ella.

—Por piedad... Perdóname... ¡Te juro que eres mi vida entera! —afirmaba desconsolado.

—No más, mi cielo... No más... —contestaba ella atesorando entre las manos su rostro y llenándolo de besos para hacer desaparecer su llanto—. Te amo, mi vida... ¡Te amo!

—¡Repítelo!

—¡Te amo!

—¡Necesito lo repitas muchas veces!, hasta que cada rincón de mi dañada existencia se lo crea y vuelva a respirar en paz. —Y sus palabras se escucharon como la confesión de un moribundo que pide perdón al cielo.

—Te amo, te amo, te amo... Y mi amor siempre ha estado aquí... —le llevó la mano a su corazón—, guardado bajo la corteza sagrada de mi alma, esperando quieto y callado a que tú lo reclamaras nuevamente como tuyo, porque así es, mi cielo, es solo tuyo.

Armando se quedó sin aliento. Era como si la grieta abierta de su pecho cerrara de una vez y para siempre. Abrazó a su esposa con fuerza, con deseo, con una veneración casi bendita, y de inmediato la cargó en sus brazos y la llevó a la cama. Necesitaba amarla como si el mundo se fuera a acabar al otro día; sentirla, aferrarse a ella igual que un cristiano a la santa cruz, como la tierra se aferra a la vida...

Ivanna no solo le devolvía, bondadosa, la felicidad que creyó no existiría

jamás para él, le regresaba además la fe, la seguridad e, incluso, el amor propio que alguna vez dejó abandonado en el lodo de sus errores.

—Eres mi tesoro... —dijo él.

—Y tú mi vida... —le aseguró ella.

Los besos hicieron volar para siempre los temores...

Las caricias agradecieron a la vida...

Y la desnudez espiritual y física de dos almas se unieron para, finalmente, entretejerse en la cándida túnica celestial que comenzaba a cubrir su futuro de gloria y esperanza.

Residencia del PCC en Pinar del Río...

—Acabo de llegar de la casa de mis padres. Te espero en media hora, y no olvides traer toda la información.

Terminando de cortar la llamada, desabotonó su camisa y se acercó a la pequeña nevera, de donde tomó una cerveza y con el abridor le quitó la chapilla.

Dio unos pasos hasta la ventana, desde donde se apreciaba caer lentamente la noche.

—Vamos a eliminar ese obstáculo que te tiene frenado, mi estimado Rolando Alcázar...

Y tras decirlo, dio un trago a su bebida, se relamió los labios y apareció en su rostro la misma expresión vengativa de los últimos años.

Capítulo 21



—Gael... Gael... Mi amor, despierta... Te encontré, estoy aquí...

El sonido de su voz lo acariciaba como si el plumaje de las aves volasen al viento a su alrededor. Era una sensación de plenitud, de paz, que lo hizo abrir los ojos despacio y percatarse de las frías lágrimas que bañaban sus mejillas al ver aquel rostro amado. No pudo contenerse, se incorporó de la cama y la abrazó como quien abraza su propia gloria. El sollozo mutuo les salió del alma y, esta vez, el silencio fue como el frenesí bendito de un sueño imposible.

Ella sonrió y lo miró a los ojos...

Él sintió que moría de dicha...

—Estoy soñando, ¿verdad?, pero no me importa... Tu sonrisa resucita mi alma y me llena de ti; es solo eso lo que necesito siempre. —Como dos pozos azules hermosos eran aquellos ojos en los que se reflejaba extasiado y que le devolvían las ansias de vivir.

—Puede ser, mi amor... Un sueño nuestro... Solo nuestro.

—¡Dios, puedes verme, mi niña! ¡Tus ojos tienen luz, mi libélula!

—Siempre, mi Gael... Siempre te veo, pase lo que pase... estaré siempre contigo... No lo olvides...

—Duele demasiado tu ausencia, ¡te necesito tanto!

—A mí también me duele mucho, ¡y te amo!

—No quiero despertar... —Hizo el abrazo más fuerte.

Era su aroma a violetas, su calor, su piel... Apretó fuerte sus párpados... ¡No! ¡No iba a despertar! El aire, desde algún lugar, entraba para envolverlo, y lo sentía fresco en su cara.

—Debes hacerlo, mi amor. —Fue lentamente soltándose de sus brazos—. Por ti... Por mí... Por nuestro amor... Mira... —Ella sostuvo su mano, y él sintió el calor de su pecho debajo de esta, y las vibraciones de aquellos latidos constantes y fuertes le erizaron la piel—. Late... ¡Siéntelo! Es el milagro que Lou nos regaló... Sé fuerte por ella, por todos... Sé fuerte por nosotros, mi amor... No es el momento... Aún no lo es... —Una lágrima celeste asomó en su mirada.

La vio retroceder, alejándose con su eterna sonrisa. Una capa azul del color de sus ojos la cubría, la suave brisa se convirtió en un viento que levantaba con fuerza todo a su lado. Él necesitó cubrirse el rostro con las manos porque la niebla densa lo confundía y lo atontaba, pero no dejaba de buscar desesperado a su libélula, que iba perdiéndose en la distancia, apartando las nubes a su paso.

—Romina... ¡¿Romina, adónde vas?! —Frío, neblinas y un camino espeso de pasto azulado apareció bajo sus pies, teniendo de fondo el sonido del mar—. ¿Romina...? —insistía esperanzado, hasta que sin darse cuenta llegó a la orilla y, revoloteando entre la espuma de aquellas olas, vio a una libélula azul emprendiendo segura su vuelo hacia el horizonte...

—¡Rominaaaaaa...!

Su propio grito lo hizo sentarse en la cama espantado, y su cuerpo bañado en sudor temblaba como si cada célula nerviosa quisiera huir al exterior. La camiseta se le pegaba a cada músculo, adherida por la humedad. Se pasaba las manos por el rostro buscando el control que la dura realidad no podía ofrecerle... Escuchó unos pasos apresurados cada vez más cerca, y de pronto, la puerta se abrió y su madre entró asustada a la habitación.

—Gael, mi vida, ¡¿qué sucede?! —preguntó preocupada Adela, sentándose a su lado en la cama y encerrándole el rostro pálido y sudoroso entre sus manos.

—Era... ella... Era... —hablaba sin resuello, pasando constantemente su mano por la frente. El sueño había sido tan real que creía poder incluso percibir su aroma todavía, y esto lo hizo dirigir su mirada hasta la ventana

abierta...

—Mi niño, fue un sueño. Estabas dormido, mi Gael, por favor, cálmate, mírame... Estabas soñando. —Con los ojos nublados al ver el estado de su hijo, Adela acariciaba su mejilla intentando tranquilizarlo.

De improviso, Gael se levantó de la cama agitado, buscó sus vaqueros y empezó a ponérselos nerviosamente.

—¡Gael! ¡Gael, *mijo*, reacciona! ¡¿Qué haces?! —preguntaba abrumada, intentando sujetarlo por los hombros sin lograr que se detuviera.

—¡Necesito ir al hospital! ¡Algo le sucedió a Romina! —afirmaba él desesperado.

—¡No! Romina está bien ¡Gael! ¡Hijo, mírame! —Y logró su atención virándolo hacia ella, agarrándolo fuerte por los brazos—. ¡Romina está bien! —Tomó aire para contrarrestar el nerviosismo que le provocaba verlo así—. Ella... sigue estable, *mijo*... Acabo de hablar con Esther y me dijo que Ivanna y su marido en un rato iban para el hospital, pero que muy temprano recibieron el parte médico de hoy y... no ha habido cambios; pero lo importante es que sigue estable... —terminó de decirle con un suspiro, viendo aún su mirada extraviada.

—Gael... ¿Me escuchaste, *mijo*? —Trabajosamente, debido a la altura de su muchacho, le pasaba con dulzura la mano por la cabeza, intentando que saliera del trance.

—Sí, mamá, es que... —Se volvió hasta la cama y se sentó en ella, apoyó los codos en sus rodillas y unió sus manos delante, dejando inclinado su rostro—. Fue tan real... Tan hermoso que...

—Todo estará bien, mi vida, pero... necesitas descansar, tomar un respiro después de...

—¡La necesito a ella, mamá! ¡A ella! —Su voz se escuchó herida—. Por favor..., déjame solo.

—Gael, hijo, yo creo...

—Por favor, madre. —Era una súplica más que un pedido, y Adela asintió.

—Está bien... Estaré en la terraza por si me necesitas. —Se acercó, lo besó en la frente y salió, cerrando tras de sí la puerta.

Gael se dejó caer de espaldas en la cama y cerró los ojos. El nudo que se había alojado en el pecho era como un puño cerrado que lo hacía sentirse agonizar, no sabía por qué era aquella intranquilidad, aquel miedo mucho más intenso que el que cargaba desde hacía semanas. Llevó su mano justo donde su

corazón parecía querer ganarle la carrera al tiempo, e intentó coger aire profundo.

«Regresa, por favor, mi libélula, regresa a mí. Permite que vuelva a sentir que vivo... Que existo...»; y tras besar el colgante que siempre lo acompañaba, se viró de lado, encogió las piernas y el llanto lo convirtió en una imagen dolorosa del amor.

Oficina provincial en Pinares del DINC (Departamento de Investigación Nacional Cubano)

Tras varios días con una vigilancia exhaustiva, no le quedaban dudas a Arturo de que mientras el chiquillo Alcázar siguiera encaprichado, y pegado a la cama de su sobrina, el odiado padre no tomaría la decisión de avisar a sus contactos y ejecutar sus planes. Así que ese era otro asunto en el que necesitaba pensar para buscarle una solución de inmediato. Entró en la oficina que le había asignado el DINC en Pinares, y después de dejar el maletín y los documentos sobre la mesa, se acercó al teléfono e hizo las llamadas que comenzarían a dar forma a su estrategia.

Acabada la comunicación, pensativo y furioso, se dejó caer en el sillón gris de aquella habitación frotándose las sienes, deseando que de una vez todo marchara según lo esperado, y justo en ese momento un pensamiento cruzó su mente, y un brillo vengativo iluminó su mirada. *«¡Entre rejas! Estarás donde mereces, Rolando Alcázar... Y tú... Tú, en el lugar al que perteneces, ¡a mi lado!, ¡como debió ser siempre!»*.

Rolando venía de lograr hablar con su hermano, que aún continuaba esperando por su decisión, desde Florida. Luego de mil explicaciones hechas discretamente en doble sentido, o en clave, pudo explicarle la situación por la que estaban pasando con su hijo, y finalmente la causa de que todo lo coordinado se hubiese retrasado. Los últimos días transcurrieron más que difíciles, varias veces lo habían detenido en la calle, revisado sus pertenencias e, incluso, utilizado más de una palabra grosera en el intento de provocarle perder los estribos. Necesitó mucho más que paciencia y autocontrol para no caer en la tentación que tan vilmente se le tendía a diario.

Se dirigía a su casa, y antes de llegar al umbral de esta, se percató de inmediato de los dos personajes que merodeaban al otro lado de la calle imitando muy mal su papel de directores de tráfico, e inevitablemente demostrando lo que en realidad estaban haciendo allí: vigilarlo a él. «¡Bastardos!», pensó con rabia.

No le había querido contar a su esposa todos los malos ratos vividos cada vez que salía a la calle, era consciente de lo mal que ella lo estaba pasando, especialmente por las condiciones de su hijo, que ya comenzaban a preocuparlos.

—¡Mi cielo, llegué! —habló alto para que ella lo oyera, cosa que dio resultado porque su esposa, proveniente de la cocina, enseguida apareció a su lado.

—Hola, mi amor, ¿cómo te fue? ¿Pudiste hablar con tu hermano? —preguntó ansiosa mientras tomaba una bolsa con algunos víveres que él le entregaba y la colocaba a un lado de ellos, en el suelo.

—Sí, al fin logré hablar con él, y explicarle lo mejor que me fue posible la situación.

—¿Y qué te dijo? ¿Lo comprendió? —Rolando la miró y llegó a sentir pena. Entre líneas, su esposa pedía desesperadamente una tregua de tiempo, lo triste de todo era que él sabía que cada día esta era más imposible obtenerla.

—Mi hermano entiende todo, mi cielo; pero...

—¿Pero...? —Se impacientó visiblemente.

—Pero me hizo énfasis en que no podrá seguir posponiendo las cosas por mucho más tiempo, o... tendrá que cancelar, y sabes que no podemos permitir eso.

Los dos se quedaron en silencio. Adela estrujando sus manos, y su esposo de pie, con las manos en la nuca, pensativo, y esta vez... ¿resignado?

—¿Dónde está Gael? —preguntó él.

—Descansando... En la mañana estuvo alterado, se despertó nervioso por lo que al parecer fue una pesadilla... —Recordó entristecida—. Después de un rato, marchó al hospital y regresó hace como media hora. Me dijo que habló por teléfono con Ivanna, y esta le dijo que ella y el papá de Romina irían en la tarde para allá, parece ser que le pidió a él que descansara hoy... —suspiró—, y no sabes cuánto se lo agradezco. Cualquiera que ve a nuestro hijo se da cuenta de que está... —bajó la vista al suelo— como alma en pena.

—También se lo agradezco —confesó su marido y respiró profundo—.

Yo... no sé qué hacer, Adela. Esta situación ya me está rebasando, y ya no sé si... darme por vencido...

—No sé tampoco qué vamos a hacer, Roly. —Y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es que nuestro hijo está...

—Gael es lo primero, mi amor. —Se adelantó a decir—. Así ha sido y así será siempre. —Y los ojos de aquel padre se aguaron de amor, pero también de miedo.

Rolando abrazó en la soledad de su sala a su esposa; aquella mujer por la que, más de dos décadas atrás, lo dejó todo y de lo que hoy no se arrepentía. Lo volvería a hacer si era necesario, y por esa razón entendía a su hijo; aunque el corazón le martilleara de ansiedad y temor, era consciente de lo que estaba pasando su muchacho. Optó entonces dejar todo en manos de aquel que guía destinos curvos sobre senderos rectos. Que Dios Padre decidiera el futuro de todos, y mientras Adela desahogaba su llanto en su pecho, él la llevó a su habitación para intentar restaurar la fe que sentían escapársele de entre las manos.

Oficina provincial en Pinares del DINC...

—¿Cómo está, Martín? —Estrechó su mano cuando este estuvo a su alcance—. Tome asiento. ¿Desea beber algo? Tenemos cerveza, agua mineral y...

—Lo que deseo es que de una vez me diga cuándo tomaremos acción en este predicamento que tenemos, y ¡que me urge a mí resolver! —interrumpió bruscamente ante la mirada de ceja levantada, pero evidentemente satisfecha de Arturo.

—De hecho, Martín, para eso lo he mandado a buscar —contestó altanero, girándose y destapando dos cervezas. A pesar de que su acompañante no le pidiera nada, le puso la bebida a su lado junto a un vaso de cristal, mientras él daba el primer trago directamente de la botella.

»Como le decía, las cosas van a ser agilizadas y su misión será... Digamos... el plan B en todo este asunto, pero quiero que sepa... —Se acercó a él inclinándose sobre la mesa— que independientemente a que dicho plan B funcione o no, la estrategia principal igualmente se ejecutará, será como que... su ayuda nos dará un.... —Buscó las palabras precisas—. ¡Un complemento

de remate final! —exclamó con cólera, dando un segundo trago.

Martín Belmonte se peinó con los dedos su bigote y luego los llevó a su barbilla, observándolo.

—Dígame de una vez, ¿qué tengo que hacer? —Su objetivo era deshacerse del crápula de su yerno de la manera que fuese, pero eso no quería decir que la egolatría y orgullo de aquel sujeto no le chocara en el hígado.

—Hoy mismo contactará con usted uno de nuestros agentes, su nombre es Serrano —comenzó a explicarle—. Él le entregará unos documentos, digamos... subversivos, en el mal sentido, por supuesto. —Sonrió—. Junto con ellos recibirá las indicaciones de lo que deberá hacer con estos paquetes de documentos que... —otro trago y una sonrisilla irónica— necesitamos que, dado su momento, sean encontrados en casa de su yerno y su hija... ¿Me comprende, Martín?

Martín inmediatamente tuvo una idea de a qué se refería con toda aquella explicación; no por gusto era un sabueso duro de aniquilar desde siempre, pero necesitó de inmediato preguntar y aclarar algo.

—Le advierto una cosa, Sanfield... —Y esta vez fue él quien se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en la mesa y las manos juntas cerradas—. Solo quiero perjudicado con todo esto a mi yerno, ¡mi hija es intocable!, y aunque mi nieto no es precisamente un orgullo para mí, es sangre Belmonte. ¡¿Lo tiene claro?! ¡¿Verdad?! —preguntó desafiante.

Arturo se reclinó hacia atrás en el sillón y se quedó mirándolo con un gesto entre sonriente y pensativo. Cuando Martín Belmonte hizo mención de su hija, no pudo evitar que el rostro de ella se pasara por su mente, y su sonrisa, su voz y hasta su aliento lo hicieran divagar de nuevo.

«¡Si supieras que ella es la razón y el mayor premio de todo esto, Martín Belmonte! ¿Qué dirías si llegaras a conocer nuestra historia?», pensó.

—Martín... —se dirigió finalmente a él—, su hija es... —Se le trancó con fuerza la voz al referirse a ella... ¡A su Adela!—. ¡Intocable! Y mientras yo viva le prometo que así será —dijo, y el corazón latió más fuerte en su pecho.

A Martín Belmonte las palabras le parecieron exageradas, pero no prestó atención; ya que Arturo, sin duda, era un hombre con una egolatría a prueba de todo. Lo que a él le importaba era que su hija no saliera manchada moralmente por aquel asunto, mucho menos su apellido, y si eso estaba garantizado, se daría por bien pagado.

—Entonces, espero instrucciones. —Se levantó Martín decidido y le

ofreció su saludo.

—Un honor trabajar con usted, Martín. —Estrechó su mano hipócritamente y, ante la seriedad del viejo Belmonte, su media sonrisa y aquel gesto iracundo parecían sacados de una pintura irreal.

En ese instante, el teléfono de la oficina sonó y Arturo de inmediato soltó su mano, y lo descolgó para atender la llamada.

—Sanfield... —habló cortante como siempre, y al escuchar lo que se le decía, el tan habitual mohín resentido apareció presuntuoso en su rostro—. Doy luz verde para proceder, y manténgame al tanto cuando la operación se realice. —Volvió a escuchar atento y miró la hora en su reloj de pulsera—. Muy bien, dejé las instrucciones precisas; antes de las dieciséis horas todo debe haber terminado, recuerde que no puede existir ningún fallo. —Terminó la llamada sin apenas despedirse, y dirigiendo su mirada a Martín, que atento siguió el hilo de la conversación.

—¡Nuestra misión está en marcha! —dijo con satisfacción.

En el camino Sujumi...

La tarde caía apacible, pero Manuela se sentía intranquila. Varias veces caminó hasta su altar y vio que los pétalos blancos que en la mañana le había regado a sus *orishas* se marchitaron con una rapidez inusual, y ella suponía a qué se debía eso. Llevaba días con sus pensamientos atormentados, en los que su ahijado y su familia no se le apartaban de ellos. No había coincidido con Gael en las últimas semanas, estaba al tanto de la situación gracias a Adela, a la que fue a visitar días antes, y alegrándose de no encontrarse con su muchacho. Estaba segura de que la golpearía con un bumerán implacable de preguntas, las cuales ella no estaba lista para contestar, porque... ni siquiera tenía claras las respuestas. Solo de una cosa sí estaba segura... Gael necesitaría mucha fuerza y apoyo, pues su vida daría un giro inesperado y muy necesario a la vez.

«Agbara, ife ati ireti... Awon itungbepapo ti ife nigbati meji ti o gbogbe ibi pada wa jo... Fuerza, fe y esperanza... El reencuentro del amor llegará cuando dos destinos heridos vuelvan a unirse», se repitió.

Luego de volver a decirse estas palabras en el dialecto yoruba, Manuela se arrodilló delante de su altar, tomó entre sus manos un puñado de aquellos

pétalos amarillentos y marchitos, las levantó y los fue dejando caer lentamente, contándolos uno a uno.

Y cayendo la tarde en la casa Sanfield...

Esther preparaba una ensalada de frutas en la cocina para cuando su esposo llegara, extenuado, de su trabajo en la finca de la cooperativa; pasó más de media hora recogiendo algunas de ellas en su patio, y otras fue a buscarlas hasta el mercado, junto a unas frescas mazorcas de maíz tierno, pensando en hacer una buena harina en cazuela, esa que tanto le gustaba a su hijo Armando. Extasiada en su labor no dejaba de pensar en su niña... ¡Cuánto la extrañaba y cómo le pedía a su Caridad del Cobre que se la despertara de ese sueño sana y salva! Hizo la promesa de ofrecer cada día un rosario y prender una vela, ¡ojalá que esta le hiciera el milagro!, y también por el alma de aquel dulce ángel que había partido de este mundo dejando una gran bendición en el pecho de su nieta. Ni un día había olvidado cumplir su ofrenda.

—¡Esther! ¡Armando!

La voz de su nuera la sacó de sus pensamientos, y de inmediato se lavó las manos y salió a su encuentro.

—Ivanna, ¿qué ocurre, hija? —El corazón enseguida se le quiso volver un animal desbocado en su pecho. Sabía que ella venía del hospital, y al verla tan descontrolada pensó lo peor y la piel se le erizó completamente.

—¡No está, se la llevaron, maldita sea! —Ivanna se dejó caer en el sillón y parecía que en cualquier momento dejaría de respirar, su cara enrojecida y sus ojos hinchados destacaban en su piel blanca y en su cabello rubio. Daba la impresión de que podría desmayarse en cualquier momento, apretaba su bolsa con tanta fuerza que se marcaban las venas en sus manos, y esto preocupó mucho a su suegra—. ¡¿Por qué me hace esto, Esther?! ¡Dígamelo! ¡Todo... está bien... entre nosotros ahora! —La voz se le iba entre gemidos y llanto.

—¡Cálmate, *mija*! No te entiendo nada. ¡Por Dios, explícate! —pedía sobresaltada y confundida.

—Él... Él se la llevó, no contó conmigo, no me dijo nada y... yo...

—¿Ivanna? Mi amor, pero ¡¿qué te sucede?! —Armando apareció en la sala aparentemente tras darse un baño, debido al cabello húmedo y su atuendo

de camiseta y pantalones cortos. Quedó espantado al ver el estado de su esposa, y se le enfrió la sangre aún más con la mirada que ella le dedicó al notar su presencia—. ¡Por Dios, mi cielo! ¡¿Es Romina?! ¡¿Ella está bien?! ¡Háblame, por favor! —imploraba en un verdadero estado de desesperación, sujetándola por los hombros ante los ojos de pánico de su madre, que rogaba en su interior no escuchar la respuesta que todos imaginaban.

Ivanna lo miró fijamente, intentando entrar en lo más profundo de sus ojos negros. No podía ser que él, después de todo lo vivido, la ignorara al tomar una decisión como aquella... Las lágrimas rodaban por su rostro y no aguantó más, se le unió cielo y tierra, sus emociones reprimidas, su terror, su ansiedad y todo lo vivido se desbordó como un tsunami de locura, y comenzó con puños cerrados a golpearle el pecho con fuerza a su marido.

—¡¿Por qué, por qué... Por qué?! ¡Maldita sea, Armando! ¡Dime por qué lo hiciste! ¡¿Cómo te has atrevido a alejarla de mí?! —Se negó a razonar. Su desesperación llegó al límite; solo acudían a su mente, como remolino de malos recuerdos, las crisis que su hija había sufrido en el pasado estando él lejos de ellas y la sensación de sentirse sola y desamparada que en aquellos momentos sufrió.

Armando no lograba entender qué pasaba, Ivanna dejó lentamente de golpearlo, y rodó sin fuerzas pegada a su cuerpo, terminando los dos en el suelo. Con el miedo dominándolo, la ayudó a incorporarse y la llevó hasta el sillón más cercano.

Su llanto no aminoraba, la fuerza de este los tenía a él y a Esther, que atónita contemplaba sin palabras la escena, con el corazón latiendo sin control.

—Mi vida, mi amor, ¡no sé de qué me hablas! —dijo con el rostro de ella pegado en su pecho, mientras los sollozos se hacían cada vez más fuertes, y él estaba desfalleciendo de preocupación y angustia.

—¡Te... la llevaste! Te... llevaste... a mi niña, acaban... de... decírmelo —dijo finalmente desconsolada.

—Mi cielo, ¿qué dices, por Dios? ¡No entiendo!

—¡No está, Armando! ¡Romina... no está! Me dijeron... que..., por orden y decisión tuya, ¡fue... trasladada a otro hospital de la capital! —explicaba sin fuerzas.

Como una herida mortal de dolor y angustia, se le contrajo el pecho a Armando; sus ojos se volvieron desorbitados e incrédulos, y no supo hacer

otra cosa que preguntar con un grito, apretando sin darse cuenta los brazos de su esposa.

—¿Qué estás diciendo?! —La fiereza de su voz estremeció a su madre e hizo cerrar los ojos de su esposa, que parecía por fin asimilar y entender que él no podía ser el causante de aquel engaño; pero entonces, ¿qué sucedió con su hija? Armando reaccionó y entendió rápido que no podía perder el control, por muy descabellada que fuese la situación—. Por favor... Cálmate... —Se intentó sosegar—. Necesito de inmediato hacer unas llamadas. —Abrió entre sus manos su rostro, temiendo que su estado no le permitiera entender lo que le decía—. Mamá, ayúdame con Ivanna, busca un calmante o un té, no sé... ¡Lo que sea! —le pidió a Esther, que de inmediato se puso al lado de su nuera, le acarició los hombros con las manos y luego se fue a la cocina a por algo que ayudara a tranquilizarla, pero aterrada y sin entender aún qué estaba sucediendo.

—Mi vida, por favor, explícame mejor, ¿qué fue lo que pasó cuando te dejé en la puerta del hospital esta tarde? —La miró ansioso, le dolía verla en ese estado, pero él también estaba al borde de la exasperación total.

Ivanna sacó fuerzas tras respirar fuerte e intentó explicarse, mientras que Armando se alejaba un poco y, sin dejar de prestarle atención, con premura buscaba en la agenda que desde hacía días tenía disponible al lado del teléfono los números que necesitaba.

—Yo... solo llegué a la sala... Llamé a la puerta y... —continuaba con la respiración agitada—. La primera enfermera no supo qué decirme, y yo... —ahogó un segundo la voz al recordar lo que pensó en ese instante— me quise morir cuando... me dijo que buscaría a la intensivista. Ella fue quien me informó de... que nuestra hija hacía dos horas había sido trasladada a otro hospital por petición de su padre y... recomendación médica... —Al terminar se colocó la mano en el pecho, y Armando, al verla, se acercó de inmediato y la rodeó con uno de sus brazos, mientras que en la otra mano sostenía el auricular y esperaba que le atendieran.

—Todo estará bien, amor, todo te... ¿Cardiología del CIMEQ? —interrumpió sus palabras, pues justo en ese momento alguien le contestó al teléfono—. Por favor, esta es una llamada urgente para el doctor Samuel Burke, dígame que es Sanfield, y como acabo de decirle... ¡es urgente! —recalcó sin poder evitar un tono severo en la voz, y esperó respuesta—. Entiendo, pero escuche, necesito saber si la paciente Romina Sanfield ha sido

trasladada a esa institución, quien le habla es Armando Sanfield, el padre de ella. —Nuevamente escuchó y esperó a que buscaran la información que pedía—. ¡Dios! —Se llevó una mano a la frente ante los ojos asustados e interrogantes de Ivanna—. Gracias, nos pondremos en camino hacia allá de inmediato, gracias. —Terminó la llamada.

—Por favor, dime, ¿qué te dijeron? —indagó nerviosa Ivanna.

—No tengo aún explicación a esto que ha sucedido, mi amor... Solo puedo decirte que nuestra hija sí fue trasladada al CIMEQ, acaban de confirmármelo. Están esperando que llegue la ambulancia —explicó todavía confundido—. Debemos ponernos en camino cuanto antes, supongo que Samuel decidió esto, pero... no me convence el hecho de que no contara con nosotros, ya nos explicará él cuando llegemos a La Habana. —Sujetó sus manos y las besó, seguían frías y temblaban—. Por favor, ¡yo te amo! Te adoro, ¡y jamás sería capaz de hacer algo que pudiera dañarte! —dijo herido, necesitaba que lo creyera de una vez—. Te lo suplico... Créeme... —Su última frase fue un ruego.

Ivanna leyó el dolor en sus ojos cristalinos por las lágrimas que pedían permiso para correr. Como un juramento divino veía en ellos la promesa a la lealtad, la seguridad y, especialmente, al infinito amor que su esposo sentía por ella. Se dejó bañar por la luz de su mirada, acarició su mejilla y sin decir palabras asintió, escuchándolo emitir un hondo suspiro.

—Vamos a por nuestra niña, mi amor —contestó él, besándole su frente, y con cada poro de su piel respirando emociones.

A partir de ese momento todo fue vertiginoso, al explicarle a Esther lo que sucedía, y luego de asegurarle que, a pesar de aquel extraño proceder médico, lo importante era que Romina estaba bien y a punto de ingresar al hospital CIMEQ, en la capital, ella decidió acompañarlos y, seguido a su decisión, su esposo también. Rigo había llegado a la casa en medio de aquel estado de ansiedad de todos, y al ser informado de los últimos acontecimientos, de ninguna manera iba a dejar de comprobar que su nieta continuaba estable y, principalmente, que sería bien atendida.

—Buenas tardes, ¿es la casa de los abuelos de Gael Alcázar? —Afuera, todos esperaban por ella. En tiempo récord habían recogido lo necesario, y el auto que Armando solicitara al ministerio, dada la emergencia que tenían, estaba listo para que su chófer los llevara de regreso a casa; pero Ivanna no podía irse sin dar aviso a Gael de lo que había sucedido.

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Ivanna, la madre de Romina. Por favor, disculpe que llame... —Se sintió intimidada al estar hablando con la casa de la familia de la chica que había donado el corazón a su hija. Sabía que aún esa herida estaba abierta, y lo menos que ella quería era incomodar—. Solo quería que..., por favor, le pasara un mensaje a Gael. He estado llamando al Centro Agente Telefónico, al lado de su casa, pero nadie responde y... ¿Hola...? ¿Continúa en línea? —preguntó dado el silencio que se hizo, y creyendo se había cortado la llamada.

—Sí, señora... Aquí sigo.

—Perdón..., pensé que se había perdido la comunicación —se excusó nerviosa, notaba desdén en la voz de la persona que la atendía—. En fin..., para no abusar más de su tiempo, por favor, dígame a Gael que Romina fue trasladada a La Habana, al hospital CIMEQ. ¿Tiene dónde anotar un número?

—Por supuesto, díctelo.

Ivanna le dijo el número de teléfono de su apartamento, y aunque le confirmaron que le darían a Gael toda aquella información, no sabía por qué algo muy hondo en ella le generaba desconfianza.

—Bueno..., muchas gracias por todo. Tenga buen día... ¿Me dijo que usted era...?

—Buenas tardes, señora, y buen viaje... —La otra persona cortó bruscamente la llamada, ignorando la pregunta.

Ivanna se quedó con el auricular en la mano. La sensación de que no había dejado a buen recaudo aquel mensaje para Gael no la abandonaba.

—Mi cielo... —Entró al salón su marido—. Debemos irnos, mi padre y yo cerramos toda la casa y ya hemos llevado las aves de mi madre con la vecina. ¿Lograste hablar con Gael, o con sus padres?

—Sí, mi amor... Le dejé el mensaje y, bueno..., de ser necesario, llegando a La Habana vuelvo a llamar —contestó dudosa.

—Seguro él se comunica, ahora vámonos, por favor, que estoy ansioso por estar allá.

Alargó la mano para que ella la tomara, y tras coger su bolsa del asiento y mirar a todos lados, asegurándose de que nada se quedara, finalmente los dos salieron hasta el auto, donde Esther y Rigo estaban igualmente impacientes por irse.

En el hogar Belmonte...

—¿Quién llamó, Martín? —Su esposa se acercó y lo observó mientras él le daba vueltas entre sus dedos a un trozo de papel.

—Nadie, mujer... Uno que se ha equivocado con el número..., como casi siempre. —Y rompiendo el pequeño pedazo de hoja lo echó en un cesto cercano, alejándose de la sala ante la mirada intrigada de ella.

El viaje hasta la capital estuvo cargado de ansiedad y mucha incertidumbre. Dentro de aquel automóvil, las palabras parecían hacer un voto de silencio a medida que la tarde caía, y junto a los primeros tonos oscuros de la noche, se adentraron en la ciudad de La Habana. Eran muchos los interrogantes que Ivanna, Armando y los abuelos de Romina tenían acerca de aquel traslado de hospital tan inesperado, y solo pedían al cielo que este se debiera a cualquier cosa menos a que la salud de su niña querida se hubiera visto afectada, o su recuperación hubiese retrocedido.

Entraron en el centro médico los cuatro, intentando mantener una calma que no poseían. La institución, sin duda, denotaba cuidado y excelencia desde el momento que se pasaban sus puertas; un amplio salón de recepción, semejante más al *lobby* de un hotel de cinco estrellas que a un centro hospitalario, te daba la bienvenida. Todo estaba decorado con un estilo casi minimalista en colores neutros, predominando la vegetación tanto en los alrededores de la zona exterior como en pequeños lugares abiertos dentro de la edificación, haciendo impecable contraste con la exquisita pulcritud del lugar.

Esta vez, Armando no sintió ningún remordimiento cuando utilizó su credencial de líder militar y político para que se le permitiera entrar a deshoras y, especialmente, llegar hasta las salas del centro de investigaciones médico-quirúrgicas, donde le dijeron que podía encontrar al doctor Samuel Burke.

—Por favor, ustedes esperen aquí. —Se giró a sus padres y a su esposa al llegar cerca de la oficina médica—. Es un área restringida y no quisiera incomodar si entramos todos, recuerden que no es solo Samuel el único doctor que trabaja aquí.

—Entendemos, mi cielo; pero no demores mucho, estamos desesperados

por tener detalles, principalmente saber cómo está nuestra hija —pidió Ivanna encarecidamente.

—No te preocupes, no dilataré mucho la plática, solo necesito que Samuel me explique lo que ocasionó este traslado tan repentino y después nos lleve hasta donde está Romina —diciendo esto le besó la frente a su esposa, y asintió con un ademán a sus padres, para adelantarse y llamar en la entrada, tras la cual esperaba recibir las respuestas a todas sus dudas

Mientras, en Pinares...

Cerró con tanta fuerza la puerta de la oficina tras de sí que los cuadros que colgaban de la pared se estremecieron y amenazaron con caer al suelo. Tiró sobre el escritorio los documentos que traía y las lentes que, furioso, se retiró del rostro, para luego tironear de los botones de su camisa hasta el punto de que uno de ellos quedó suelto en su mano.

Sentía querer acabar con el mundo si pudiera, hacer añicos cada centímetro de aquel espacio que ocupaba, y necesitó calmarse; no podía levantar más sospechas acerca de hasta qué punto aquel caso lo afectaba personalmente. Las caras extrañadas de sus subalternos en la tarde, cuando vieron su reacción ante aquella imagen que seguía torturándolo aún, lo hicieron tomar una bocanada de aire e intentar relajarse.

Decidió arriesgarse, unas horas antes, e ir personalmente hasta donde estaba el punto de vigilancia que le tenía montado a Alcázar, delante de su vivienda. Se aseguró de tomar todas las medidas necesarias para que nadie lo viera, y entró en el lugar; una vieja bodega, donde los dos oficiales de seguridad llevaban días apostados, siguiendo cada uno de los pasos que daban Rolando y su familia. Se mantuvo un buen rato allí, haciendo preguntas y reforzando instrucciones, pero... las cosas se complicaron al ver desde aquella ventana la escena que se daba entre ese cabrón y... su Adela.

En los años que llevaba siguiéndoles la vida a distancia, siempre los vio a cada uno por separado, nunca se dio la oportunidad de tener delante de sus ojos aquellas manifestaciones de cariño entre ellos; esas que ¡casi lo hacen ir a su encuentro y golpear al desgraciado hasta matarlo con sus propias manos! Los observó salir al portal de la casa, abrazados, para despedir al tal Narciso, ese al que también después tendrían que hacerle rendir cuentas, el amiguito de

Rolando Alcázar, mientras este último no perdía segundo para tocar y acariciar la cintura de Adela.

Besos en su cabello, su mano libidinosa perfilando uno de sus hombros, y, finalmente, aquel beso dado a la luz pública tras marcharse aquel sujeto, alzándole sensualmente la barbilla... Fue mucho más de lo que Arturo era capaz de soportar ante su vista. Perdió sin remedio los estribos y, olvidando que no estaba solo, dio un puñetazo tan violento en la pared de cemento que sus nudillos terminaron ensangrentados. Ni siquiera se detuvo a dar explicación alguna ante la mirada de impresión de los dos hombres presentes; solo masculló entre dientes la orden de seguir vigilando día y noche, y salió como animal herido del lugar.

En la soledad de aquella habitación estilo oficina, en la residencia del PCC, rumiaba su odio, su rencor y su despecho, haciendo de este un verdadero trono a la venganza que, según él, merecía ejecutar con premura. El alcohol se hizo necesario para apaciguar el veneno que carcomía sus entrañas, y dándole vueltas dentro del vaso al trago de ron que se sirvió, miraba el líquido ambarino y dejaba libres sus pensamientos de represalia.

«¡Vas a caer, desgraciado! ¡Caerás y te cobraré con creces cada beso, cada caricia, cada vez que la tocaste! Pagarás por ese hijo que debió ser nuestro; pero... ¡Más pagarás cuando sepas que está de regreso en mis brazos! ¡Maldito!».

Apretó con garra el vaso después de dejarlo vacío y en un impulso lo lanzó con fuerza contra la pared, viendo caer los pedazos de cristal al suelo.

Capítulo 22



La Habana, Centro de Investigación Quirúrgica, hospital CIMEQ

—Sigo sin entender lo que quieres decirme, Samuel.

Con un codo apoyado en la mesa, donde su amigo le había abierto la documentación médica de su hija, Armando continuaba confundido por las explicaciones que este le daba.

—Armando... —Intentó explicarse nuevamente el doctor Burke, comprendiendo el estado de ansiedad sufrido por la familia ante aquella inusitada situación—, ya te he demostrado que, aunque Romina continúa en coma, su estado general sigue estable. —Lo miró fijamente, con sus lentes en la punta de la nariz y las manos cruzadas al frente—. El viaje hasta aquí no causó ningún contratiempo clínico, por supuesto cabe notar que la ambulancia en la que fue trasladada tenía todas las condiciones, es la mejor con la que contamos; además, la persona que pidió el traslado, que, por lo visto, y según lo que me dices, no has sido tú, se aseguró de todo lo que ella...

—¡Claro que no he sido yo! —interrumpió y se levantó del asiento, frotándose la frente—. Y ahora que tú me confirmas que, como médico, tampoco solicitaste este cambio, entonces ¿quién lo hizo?! Entiende, Samuel... —Se le acercó y volvió a sentarse frente a él—, estoy aliviado y en

paz porque mi hija está bien y no le ha afectado en nada todo esto, pero... pudo ser diferente y... —No quería ni pensarlo—. Tengo derecho a saber cómo es posible que sin avisarnos, siendo los padres de ella, se tomara una decisión así; más aún si tú, que eres su médico personal, me dices que te enteraste cuando ya estaban en camino hacia aquí.

—Tienes razón en eso. La verdad, yo estaba muy ocupado con dos cirugías muy complicadas, y cuando recibí el aviso solo me detuve a preparar las condiciones para recibirla. Creí que fue decisión tuya regresar y...

—¿Tienes algún alta médica o documento de transferencia del hospital de Pinares? —Ansioso, frenó nuevamente las palabras de su amigo.

—Supongo que debe estar en la historia clínica de ingreso... Espera. —Ante la mirada atenta de Armando, su amigo oprimió uno de los botones del intercomunicador y habló con la recepcionista de la sala—. Por favor, Ana, podrías traerme la historia de ingreso de Romina Sanfield, sí... Ella misma, mi paciente de trasplante... Bien, gracias, aquí la espero —contestó.

A pesar de que tan solo pasaron muy pocos minutos, Armando sintió que transcurrió una eternidad hasta que, finalmente, los toques en la puerta anunciaron que ya se les entregaría toda la información necesaria.

—Adelante, Ana —dijo amable Samuel, seguro de que era su recepcionista quien llamaba.

—Permiso, doctor, aquí está lo que me pidió. —La joven entró y, tras saludar a Armando, se acercó a su superior.

—Gracias, Ana —le sonrió, y luego de recibir la carpeta que esta le entregaba, la chica se despidió y salió cerrando tras ella.

—Pues bien... Veamos. —Se dispuso el médico a hojear los documentos, buscando aquel que precisamente era el que interesaba, ante el silencio y la atención de Armando—. ¡Pues aquí está! —dijo sin levantar la vista de uno de los pliegos que atentamente leía—. Esta es el alta médica de Pinares con la solicitud de traslado hasta este centro —diciéndolo lo miró y le extendió el documento.

Armando lo cogió en sus manos y comenzó a revisarlo minuciosamente. Eran dos hojas unidas con presillas, pero al llegar a la segunda de ellas supo quién había ordenado todo aquello, apareciendo en su mente otra pregunta mucho más difícil de responderse... «¿Por qué él?».

—Fue... Arturo... Mi hermano... —habló sin levantar los ojos de los papeles.

—¿Tu hermano? —Frunció el ceño Samuel.

—Sí, esta letra es de él... Y aunque puso que era su padre y agregó mis datos, la firma es la suya —aseveró, mostrando con el dedo aquel encabezado y acercándole la hoja nuevamente, donde al final de esta, y a pesar de estar su nombre completo, definitivamente fue su hermano quien la había firmado.

—No lo entiendo —expresó el doctor.

—Yo tampoco —concordó Armando—, pero sí puedo asegurarte algo... —Se recostó hacia atrás en la silla, y con su mano medio cerrada apoyada en el labio, y quedándose pensativo unos segundos, terminó diciéndole—: esto solo demuestra que... Arturo, por alguna razón, nos quería fuera de Pinares. La pregunta ahora es, ¿cuál es esa razón?... ¡Y por supuesto que voy a averiguarlo! —Su mirada pasó del rostro de su amigo a la firma en aquel documento.

Viñales, amanecer del jueves 25 de noviembre del 2004...

Realmente había descansado y sus energías de esa mañana se lo confirmaban, además tenía que reconocer que lo necesitaba tanto física como emocionalmente. Como cada día de las últimas largas semanas, Gael se levantaba con la esperanza de que ese día la felicidad regresaría a él con, al menos, una mínima buena noticia de recuperación en su Romina.

Finalizando de ayudar a su madre en algunas cosas básicas de la casa, salió ansioso en busca del autobús que lo llevaría hasta el hospital. Durante el camino iba viendo pasar a través de la ventanilla las calles de su ciudad, la gente en su quehacer cotidiano, los pregones desde el mercado, la brisa cargando eternamente los mil y un olores que la zona cafetalera regalaba, y junto a todas esas imágenes los recuerdos, que llegaban apacibles y viajaban en su mente hasta el más cercano recuerdo de su niñez. «*Me siento tan solo sin ti...*», pensó entonces.

Su familia se había dividido a raíz de todo lo sucedido; sus primos lo miraban indiferentes, y no podía dejar de dolerle ver sus ojos cargados de reproche y desaprobación por lo que ellos consideraban una traición al recuerdo de Lourdes. Que él siguiera pendiente de quien ahora era dueña del corazón de su hermana, ganaba el sufrimiento y la ignorancia, y lo veían como un golpe bajo y una absoluta desconsideración a su dolor, ese mismo dolor que

tenía a su tía sumida en una profunda depresión, y de lo cual él y sus padres ya tenían conocimiento. Sabía que sería difícil, pero era optimista pensando que algún día, cuando el tiempo sanara los corazones y cicatrizara cada herida, todos se pondrían en su lugar y entenderían que Romina no tenía la culpa de nada, y que él jamás podría renunciar a su amor por ella.

El autobús se detuvo en la parada más cercana al centro hospitalario, caminó unas dos manzanas y enseguida la institución, con su acostumbrada vorágine humana, estuvo delante de él. Cruzó la avenida y atravesó la acera, esquivando un poco a las personas hasta llegar al área de la recepción, y dirigirse de ahí a los elevadores; donde luego de enseñar al personal de seguridad el pase permanente de visitante que le diera hacía días Ivanna, se encaminó al piso de cuidados intensivos.

Al abrirse las puertas y aparecer el gran salón principal del área de cardiología, Gael se quedó extrañado al no encontrar cerca de allí a la familia de su novia. Como había sido rutina de los últimos días, pasó antes por casa de la abuela Esther a recogerla para irse juntos, pero la casa estaba totalmente cerrada, ni siquiera se hallaba la jaula de los pájaros en el cobertizo. Creyó que quizás se le adelantaron al hospital, ya que ese día harían otro examen de reflejos a su libélula, y todos querían estar presentes.

Con el paso apresurado cruzó el vestíbulo y los corredores anteriores a la segunda sala de espera. Alguno que otro ir y venir de pacientes y familiares era siempre normal allí, unido al trabajo incansable del personal de la salud que constantemente iban de un lado a otro, algo que inevitablemente provocaba que a media mañana los ascensores se demoraran por tantas personas haciendo uso de ellos; por eso prefirió llegar bien temprano, pero al ver que los Sanfield no estaban donde acostumbraban siempre, decidió acercarse directamente al pasillo de las salas intensivas, esta vez usando las escaleras. Atravesó por fin el primer pasillo, que era el de Urología, y dobló a la izquierda hasta llegar a otro pequeño salón, que también le era ya muy familiar, pero... tampoco los vio ahí.

Una intranquilidad se le alojó entre pecho y espalda cuando no se encontró con ninguno de ellos, ni siquiera Esther o Rigo, que a esa hora nunca habían dejado de estar a la espera del primer parte médico del día. Miró a todos lados y no encontró un rostro conocido, solo el de aquella anciana que en las últimas dos semanas les había hecho compañía; su esposo había sufrido una aneurisma, y también estaba luchando por su vida. La saludó a lo lejos con un

ademán de manos y decidió acercarse.

—¿Cómo se encuentra hoy, María? ¿Alguna mejoría en su esposo? —indagó amable, intentando no transmitirle su impaciencia y desasosiego.

—Más o menos, *mijo*, mi viejo sigue igual, en las manos de nuestro Señor —contestó, frotándose los dedos engarrotados por los evidentes signos de artritis.

—Por cierto, María... ¿Ha visto a alguien de la familia de mi novia por aquí? Me preocupa que no hayan llegado, o quizás llamó el cardiólogo y fui yo quien llegó tarde.

—Pues, *mijo* —empezó dubitativa—, yo llegué antes de la siete, y no... La verdad, no he visto a ninguno. —Aquella afirmación le provocó un escalofrío a Gael.

—Está bien, gracias, María, entraré al pasillo de la sala a ver si los encuentro; ojalá tenga noticias alentadoras hoy de su esposo, no pierda la fe —deseó atento, y se acercó y dio un beso en la mejilla marchita de la anciana.

Gael caminó con el alma en la mano hacia el corredor donde estaba aquel cristal que, durante dos meses, lo había separado del amor de su vida. Al llegar se lo encontró con las inquietantes cortinas verdes del otro lado totalmente cerradas. Era la hora en que generalmente daban aseo personal a los pacientes, debía tener calma, ya sabía la rutina de cada día y sus horarios; así que se viró dando la espalda a la pared y metió debajo del cuello de su camisa la mano para tomar en ella su colgante de libélula, lo besó con devoción y se dispuso a esperar, suponiendo que los padres y los abuelos de Romina estaban con los doctores.

Ya le dirían cómo iba todo, pero él no podía perder la oportunidad de verla cuando descubrieran la ventana, era esa visión de ella dormida lo que sostenía sus esperanzas. Respiró profundo, y dando rienda suelta a sus pensamientos, miró su reloj digital y vio la fecha que le marcaba: 25 de noviembre del 2004. «*Un día menos, mi niña... Es un día menos sin ti*».

—¡Adela! ¡Adelita, *mija*! ¡¿Dónde andas?!

Manuela venía sudorosa, había caminado casi una hora desde su casa hasta la de su ahijado y sus padres. Estaba pálida y con una expresión aterrada en su mirada.

No le había gustado lo que sus caracoles le revelaron cuando los consultó

al alba y apareció la respuesta para aquella angustia que cada noche se prendaba de ella. ¡Al fin encontraba un motivo!, y no iba a permitir que a su querido niño se le dañara más el alma, era suficiente lo que ya le correspondería sufrir... Así que no lo pensó dos veces y llegó hasta la casa de quienes para ella eran su hija y su nieto.

—¡Pero, mi vieja! ¡¿Qué estás haciendo aquí?! —Salió Adela a su encuentro con un delantal rojo desde la parte de atrás de la vivienda.

—Dame... agua... Dame agua, por favor —repetía desfallecida por la caminata.

La mujer corrió a la cocina y le trajo un vaso de limonada recién hecha, y la sentó en un balancín de la sala junto a la ventana, para que se refrescara.

—¡¿Qué pasa, Manuela?! —habló preocupada—. Me estás asustando con tu actitud. ¿Qué tienes? ¡Dime!

Ella la miró fijamente, y después de recuperar el resuello al fin le pidió:

—¡Váyanse de una buena vez, mi muchacha! ¡El cerco se está cerrando! Si no se apuran, será demasiado tarde.

Adela quedó muda; nadie, excepto ellos, sabía de sus planes. Los dedos le empezaron a temblar y sintió una oleada fría en sus mejillas, junto a los latidos acelerados de su corazón; cuando fue a comentarle algo a Manuela, esta pausadamente la interrumpió.

—No tienes que decirme ni explicarme nada, Adelita, lo sé... Solo quiero la felicidad de ustedes y la de mi muchacho, aunque... sepa que no los volveré a ver... —Aparecieron dos gotas perfectas abriéndose paso en el rostro de ambas mientras se miraban con una complicidad y un amor infinito.

Manuela se levantó y, tomándola de las manos, hizo que ella se le acercara y se dejara secar la cara, para luego valientemente decirle:

—¡No lo retengas más! ¡Saca a tus dos hombres de aquí! Hay una energía muy perversa rondándote, la mueve... el despecho, la obsesión y un profundo rencor. —Inspiró fuerte—. Deben irse, o solo conocerán la desgracia y el sufrimiento.

Adela sabía que Manuela era sabia, siempre había tenido sus grandes dones; no podía poner eso en duda, y la mayor prueba era lo que le estaba revelando ahora.

—¡Ay, mi vieja! Es que Gael... —sollozó—. Él no sabe y...

Manuela le encerró el rostro con las dos manos, como una madre que dará un consejo muy importante y definitivo a su hija.

—Mírame bien, Adelita, escúchame —pidió—. Dios y los santos acomodarán las cosas, el destino de Gael y Romina no está escrito en esta tierra, *mija*... Habrá muchos obstáculos en el futuro por vencer, pero el amor de esos dos está escrito con tinta eterna; confía en mi Obátala, haz lo que tengas que hacer, pero ¡llévatelos de aquí ya! —habló con seguridad—. Y, por favor, dale un beso y un abrazo bien fuerte de mi parte a mi muñeco si llegado el momento no puedo hacerlo yo...

Las dos se abrazaron y dejaron libre el llanto que las ahogaba. No necesitaron decir más, pero sabían que aquella podía ser una de las últimas veces que se vieran o... la última.

Su especial muestra de cariño fue interrumpida por la entrada de Rolando, que las miró intrigado, y luego de verlo y las dos mirarse con nostálgica complicidad, le pidieron que se sentara, ya que... sería una larga conversación llena de fuertes y definitivas decisiones.

Porque... el mundo cambia en un instante y nacemos en un día...
(Gabriela Mistral)

Llevaba más de media hora con la cabeza apoyada hacia atrás en el cristal, los ojos semicerrados y las manos en los bolsillos. Lo alertó la vibración de las argollas corriendo las cortinas del interior de la sala intensiva, y se viró de inmediato en busca de la imagen tranquila que llevaba días venerando y...

¡Esa bola pesada en el estómago le cayó maciza e implacable...! El pecho se le encogió y la respiración comenzó a padecer aleteos de supervivencia. Apretó con fuerza sus párpados y un golpe frío de emociones paralizó su cuerpo que, en estado de pánico total, se negaba a reaccionar. «¡Aire, necesito aire!» Pegó su rostro a la frialdad transparente de aquel pedazo de pared como si eso le fuera a demostrar que aquella cama no estaba vacía y ¡no aguantó más! Fue hasta la puerta y comenzó a golpearla con fuerza.

—¡Por favor, abran! ¡Abran, maldita sea! —gritaba desesperado con las lágrimas acumulándose en sus ojos y un grito enmudecido en su interior, repitiéndole que era imposible lo que pensaba...

Varios ojos cercanos se volvieron a mirarlo, cuando en cuestión de segundos una enfermera con tapabocas verde salió al exterior, azorada ante el impacto de sus gritos y golpes.

—¡Muchacho, por Dios! ¡¿No te das cuenta de que esto es una sala de pacientes graves?! —reclamó enojada, descubriéndose la mitad de su cara.

—¡¿Dónde está?! ¡Dígame dónde está la chica del trasplante! ¡La de la cama diecinueve! ¡Hable, por un demonio! ¡¿Está en otra sala?! ¡¿Acaso despertó del coma? —Por un momento su voz pasó de la angustia a un esperanzado tono de felicidad, pero el rostro compungido de la enfermera y su mirada baja, lo tensó y le enfrió las entrañas.

En el justo momento en que ella intentaba responder, dos hombres con batas médicas, y a los que nunca había visto en todo el tiempo que llevaba trabajando allí, se le acercaron como salidos de un escondite, desde donde esperaban que la escena llegara a su mayor límite de tensión.

—Muchacho... Debes mantener la calma —dijo uno de ellos, y Gael se giró para mirarlo con el rostro desencajado y la mirada desesperada.

—Solo quiero saber, doctor...

—Serrano... Soy el doctor Serrano —contestó inmutable y miró a la enfermera seriamente, que no dejaba de observarlos a ambos.

—Le decía... —intentó explicarse— que necesito saber de mi novia, y... ¡esta enfermera...! —Apuntó a la mujer, que extrañada seguía cada movimiento del supuesto nuevo doctor, intentando recordarlo de algún sitio—. Ella no me da una explicación de *a dónde* —enfaticizó— se llevaron a Romina Sanfield, la chica que estaba en esa cama. —Volvió a señalar el lugar dentro de la sala a través del cristal.

El hombre miró a su compañero, a su lado; y este, con un gesto aparentemente muy ensayado, bajó la vista al suelo, parecía más que otro galeno de la salud un robot entrenado. Seguidamente, el patético doctor Serrano cruzó los brazos a la altura del pecho y soltó un muy expresivo suspiro que no parecía de pesar, sino de cansancio o... ¿tedio?

—Mira, *mijo*... —comenzó diciendo sin la menor consideración—, espero que seas fuerte y aguantes como hombrecito. —Gael se tensó aún más—. La chica Sanfield, pues... La chica Sanfield falleció esta madrugada y su familia ya se llevó el cuerpo a la capital —manifestó insensible, como si hablara del clima.

«Falleció esta madrugada... Su familia... Se llevaron el cuerpo a la capital... Se llevaron el cuerpo a la capital... Falleció esta madrugada... Falleció esta madrugada... Se llevaron el cuerpo a la capital...».

Esa repetitiva y oculta voz retumbaba de nuevo en su cabeza una y otra vez,

como un cántico de dolor y desesperación. Cada una de sus palabras eran hojas de navajas afiladas abriéndole una herida que, a partir de ahora, se perpetuaría en su alma... El piso se movió bajo sus pies, por instinto se agarró el lado de su corazón, irónicamente igual a como lo hizo el mismo día en que la vio a lo lejos en las gradas, solo que esta vez no lo sujetaba una emoción feliz, sino una desastrosa pesadilla que terminaba por hacerse realidad. Miró a todos lados buscando un milagro, ¡un puñetero milagro que le dijera que aquello era una cruel mentira! Un lienzo blanquecino de vértigo apareció ante sus ojos y lo hizo marearse. Sintió la mano de alguien sujetándole el brazo al verlo tambalearse, y preguntarle si estaba bien, al mismo tiempo que le daba las condolencias y le repetía que debía ser fuerte. Ni siquiera contestó.

«¡¿Fuerza?! ¡¿Cuál fuerza, maldición, si la luz de mis días y la razón de mi vida ya no existe?! ¡¿Cómo puedo seguir viviendo en un mundo donde tú no estás, mi libélula?! ¡¿Dime, Dios, cómo?!... ¡¿Cómo, maldita sea!?»

Se gritaba en su interior, hiriéndose en lo más hondo porque las palabras simplemente se quedaron paralizadas en su garganta.

Solo quería que le dijeran que no era cierto, que la iba a encontrar esperándolo en el sillón color mostaza de la señora Esther, que las horas se le irían como agua de manantial disfrutando junto a ella viéndola tocar el piano, o al deslizar sus finos dedos por el libro braille de poesías. Que su risa sería lo primero y lo último que escucharía cada día, que tendrían tiempo, mucho tiempo más para amarse.

«¡¿Dime por qué, mi Dios?! ¡Dime!... ¿Por qué tanto dolor y muerte en vano?», seguía repitiéndose consternado, luchando con su voz, que definitivamente se la arrebató el silencio y el dolor, y no daban permiso a que salieran sus pensamientos convertidos en frases de absoluta desesperación.

Se pasó las manos heladas por la frente y los ojos, levantó estos hasta los tres rostros cercanos que seguían observándolo. La enfermera se quedó en *shock*, y su semblante trasmitía comprensión y consuelo, mientras que los otros dos individuos parecían haber dado una receta de cocina, y no la noticia de una muerte. Gael sintió que su cuerpo pesaba una tonelada, pero continuar allí lo estaba rebasando emocionalmente y, sin poder tolerarlo por más tiempo, salió corriendo...

En su prisa enloquecida, se golpeaba con algunas personas en el camino. ¡No le importaba! ¡Necesitaba aire o se ahogaría en aquel lugar! La gente le cedía el paso en el pasillo de ese último piso del edificio mientras él,

desesperado, buscaba las escaleras. Muchas miradas siguieron su atormentada carrera, parecía que todos entendían que iba rumbo a un precipicio desgarrador sin retorno ni límites, como si el oxígeno que necesitaba estuviera esperándolo justo en la salida... ¡Nunca esta le había parecido tan lejana!

¡Y al fin salió! Levantó la cara al sol de la mañana, dejó que le diera en la piel hasta que le picara para demostrarse que no había muerto, no al menos por fuera, porque su alma, su corazón y todo su ser agonizaban tomados de la mano en su interior y se iban deshaciendo entre pedazos al viento con el vuelo y el recuerdo eterno de su libélula. En medio de aquella acera, con las manos en la nuca y el rostro iluminado por la tibia luz, todo le daba vueltas lentamente, como quien está viviendo la más cruel de las realidades y busca enloquecido cómo escapar de ella.

Cruzó la calle sin mirar, y el claxon de un auto lo hizo detenerse, el chófer soltó más de un improperio por el susto, pero ¿eso qué más le daba a él queriendo morir como quería? Caminó varias cuadras, los murmullos de las voces de las personas a su alrededor iban volviéndose zumbidos lejanos, como esos que, en medio de una llanura campestre, te van sumergiendo en una especie de silencioso letargo.

No supo cuánto tiempo anduvo sin rumbo, los golpes con algún hombro de los transeúntes que pasaba por su lado lo traían a la realidad por breves segundos. Escuchó comentarios distantes llamándolo ebrio e incluso vicioso, evidentemente era lo que parecía quizás ante los ojos de otros; pero en aquel momento, incluso oír aquellas ofensas era un alivio para su alma, esa que juraba sentir sangrándole lacerante por dentro.

Las piernas comenzaron a flaquearle, notó cómo el clima, cómplice de su desdicha, comenzó a volver plomiza la tarde con uno que otro rayo relampagueando en el cielo, y se dejó caer debajo de una mata de ceiba que había junto a un jardín de niños. A pesar del fresco arremolinando sus cabellos, necesitó desabotonar la parte superior de su camisa; aquella piedra en su pecho seguía cortándole la respiración, y el llanto empujaba duro por salir sin saber cómo vencerlo y por qué no podía liberarse. Echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos, la aspereza del ancho tronco lesionó un poco su cuello, y el ardor causado en este fue como un antídoto inyectado oportunamente para darle escape a sus emociones al sentir, finalmente, humedecerse los ojos y que se le escapaban lentamente los gemidos.

Abrió los ojos y fijó su mirada en el pequeño carrusel cercano a él, donde

varios niños se negaban a irse con su maestra, que les pedía entrar ante la inminente lluvia que se avecinaba. Jugaban, reían, saltaban y... Una pequeña niña de rizos castaños corrió hasta la cerca de malla que los separaba y levantó su manita para decirle adiós; Gael hizo lo mismo y, antes de que la pequeña fuera tomada de la mano por su maestra, como río desbordado sus lágrimas comenzaron posesivas a adueñarse de su rostro, haciéndolo romper en un llanto hondo que dejaba hueco su pecho, estremeciéndole todo el cuerpo.

Se mordió los nudillos para aguantar los gritos que lo asfixiaban, en cada quejido de dolor perdía las fuerzas, las esperanzas y... parte de su vida. Apretó más fuerte sus dientes a las coyunturas de sus manos, sintiendo que los marcaba en su piel para que no irrumpieran sus fuertes sollozos en todo aquel lugar. Lloró por largo rato, como nunca, dejando morir un pedazo de él en cada lágrima, hasta que la lluvia apareció, y gota a gota y comenzó a mojarlo. Dejó que la pureza de la tierra lo empapara en el lodo que a su lado se fue formando, enterró las manos y apretó fuerte un puñado de este.

Su imagen, allí, parecía la de un mendigo del dolor, un desahuciado de la vida o un olvidado de la misericordia de Dios... Y así se sentía. Se dejó caer a un lado cuando el torrencial aguacero se hizo más fuerte, y dobló las piernas hasta casi pegar las rodillas a su pecho. Parecía un bebe en posición fetal, abandonado por el ser que le dio la vida. Así estaba, solo y desamparado, porque de alguna forma Romina le bendijo su existencia al aparecer en ella, esa que hoy se iba con el recuerdo de su mirada y la añoranza eterna de sus besos. Seguiría ahí, no le importaba, dejándose arrastrar por el sufrimiento y el vacío de su doloroso presente, ido del mundo, sin motivo ni esperanza para seguir... ¡sin ella!

«Dormir... Dormir... Dormir y despertar en tus brazos... No importa dónde, no importa hasta cuándo..., pero en tus brazos».

—¿Gael?! ¿Gael?! ¡Mi niño, por favor, reacciona, estoy aquí! Te hemos buscado por horas todo el día. Vámonos a casa. Lo siento, mi amor, ya nos dijeron en el hospital lo sucedido... ¡Lo siento tanto, mi vida! Sé que te duele... ¡Gael, mi niño, dime algo! —imploraba Adela mientras la lluvia arreciaba fuerte contra ella y su hijo, tendido aún en el barro. A su lado, su marido, Manuela y Narciso intentaban levantar a su hijo, los dos con sus rostros desencajados debido al sufrimiento del muchacho.

Abrió los ojos y vio el rostro de su madre anegado en llanto, mezclándose con la lluvia, como una visión angelical, cubriéndolo con una manta... Sonrió levemente. Otras personas estaban a su lado, identificó los fuertes brazos de su padre levantándolo del suelo, y las manos protectoras de su nana Manuela secándole con algún paño la cara. «¿Por qué no me avisaste, nanita? ¿Por qué tus santos nos abandonaron? ¡¿Por qué la arrancaron de mis brazos?!», quiso preguntarle tantas cosas, y... entonces los recuerdos, la sonrisa, el olor de su piel, la melodía de su música y el calor de su mano lo hicieron caer en un lecho de paz y consuelo, para finalmente dejarse llevar entre memorias felices y las estrofas de una inolvidable poesía de Mistral...

«Duerme, duerme, dueña mía.
Sin zozobra, sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descansa yo.
Duerme, duerme y en la noche
seas tú menos rumor
que la hoja de la hierba,
que la seda del vellón.
Duerma en ti la carne mía,
mi zozobra, mi temblor.
En ti ciérrense mis ojos:
¡Duerma en ti mi corazón!»

«Te amo, mi libélula. Te amaré siempre».

Capítulo 23



Cuando la libertad tiene el precio que el destino decide...

Su visión le reclamaba con escozor la mala noche que pasó revisando aquella información que había podido recaudar gracias a sus contactos del DNIC. Eran varios años de investigaciones, y todos liderados por su hermano, Arturo. Conocía muy bien la perseverancia y lo implacable que era, ejemplos que lo demostraban tenía varios para contar; pero aquello que había descubierto le daba a entender que detrás de todo aquel proceso había mucho más que un supuesto caso de seguridad nacional o de persecución a disidentes políticos. Después de dejar a su esposa en el hospital, instalada con mejores condiciones para poder acompañar a su hija, y tras terminar aquella conversación con Samuel, necesitó inmediatamente encontrar respuestas a la actitud tomada por su hermano.

Decidió ir al edificio del Consejo para lograr entrar en su oficina. Estaba seguro de que allí encontraría gran parte de la información que buscaba, y no se equivocó. La secretaria de Arturo no puso objeción cuando le dijo que necesitaba una documentación de su familia que, por precaución, este había guardado; lo dejó pasar sin pedir explicación alguna y se mostró muy cordial

con él. Al salir, la secretaria lo despidió y no hizo preguntas, algo que en silencio agradeció, y él consideró que lo mejor era revisar todo en la seguridad de su casa y no en aquel lugar.

Le fue un poco complicado descodificar algunos de sus archivos cerrados digitalmente, pero cuando conoces ciertas vulnerabilidades de las personas, encontrar claves de acceso se te hace más sencillo, así que... ¡Bingo! Ahí estaba ante sus ojos el historial completo del padre de Gael y su antecedente de exiliados en Miami, siendo su abuelo paterno miembro del Partido de Liberación Martiana. Institución anticomunista cubana creada en la década de los ochenta por la llamada *comunidad cubanoamericana* del estrecho de Florida.

Prefirió acogerse al beneficio de la duda y no emitir un criterio apresurado de la familia del novio de su hija. Leyó por horas todos los documentos; Rolando Alcázar tenía un historial limpio, era ingeniero en Ciencias de la Informática, y a pesar de que había tenido que abandonar varios de sus empleos, generalmente por desacuerdos administrativos, y por los cuales lo habían marcado como un posible opositor político, no tenía ningún pasado delictivo. Siguió revisando todo detenidamente, algo no le cuadraba en aquel rompecabezas.

Se impresionó de ver cómo su hermano pasó meses intentando involucrar en más de un conflicto al padre de Gael, y era evidente la saña con la que lo había vigilado durante mucho tiempo.

«¿*Qué rayos te traes detrás de todo esto, Arturo?*», se preguntaba mientras continuaba sacando carpetas repletas de papeles de aquella caja que trajo de su oficina.

Le había llamado la atención lo guardada que la tenía, justo debajo de varias mucho más grandes y pesadas, dando la impresión de que quería que esta pasara desapercibida. Estaba sellada con una cinta adhesiva, y en ella se leía claramente: Operación Rescate (Revanca, RA). Esta última frase, definitivamente, fue la que llamó la atención de Armando. Más de una decena de carpetas había dentro, estaba agotado, toda la tensión con su hija y ahora esta incertidumbre le estaban comenzando a pasar factura; pero tenía que llegar al fondo de aquel dilema que terminó por involucrar indirectamente a Romina.

Intentó sacar todo el contenido, y al vaciarlo sobre la mesa vio que ya no eran solo papeles lo que esta contenía. Varias fotografías se regaron al salirse

de un sobre que, por su estado, parecía tener mucho tiempo guardado; podría asegurar que eran casi un centenar, y luego de recogerlas una a una, a simple vista se percató de que no eran fotos de su familia.

Muchas eran de la juventud de Arturo, las cuales nunca había visto, de la época de cuando estaba en la Academia Militar Camilo Cienfuegos, de La Habana. En algunas estaba con amigos, y en la gran mayoría con una joven. Armando observó detenidamente a la chica que en las fotos lo acompañaba. Impresionado, notó que su hermano se veía feliz, radiante a su lado, diría que no parecía el mismo Arturo amargado y frío al que todos estaban acostumbrados y al que ya no recordaban sonreír con plenitud. Eran imágenes en blanco y negro, aparentemente con más de veinte años de haber sido tomadas, y la chica le parecía cada vez más familiar según pasaba cada una. Minutos más tarde llegaron aquellas que no eran de épocas pasadas, sino de una muy reciente, y por fin estas le permitieron atar todos los cabos sueltos.

La mujer saliendo de un mercado, entrando en casa de sus padres, haciendo compras o simplemente sentada en el portal de su casa, no era otra que Adela, la madre de Gael. Esta revelación le provocó a Armando un cúmulo de confusiones en su mente que poco a poco se fueron aclarando según comparaba las fotografías antiguas con las actuales, y la verdad de la relación pasada entre su hermano y la esposa de Rolando Alcázar era la punta del iceberg que descubría, por fin, los hilos que movían los oscuros fines de Arturo.

Se levantó del asiento con las manos en la cabeza, sentía que le palpitaban fuerte las sienes; de golpe, descubrió las ideas de su hermano, las intenciones de Rolando y su familia de abandonar Cuba, y lo peor... ¿qué tan enterado de todo estaba Gael? Fue cuando la imagen del rostro de Romina se adueñó de su mente, y como una secuencia de momentos vividos empezaron a aparecer en ella las posibles consecuencias a futuro que podría traerle a su hija el hecho de que él no hiciera algo para impedir la injusta venganza que aparentemente su hermano ejecutaría contra la familia Alcázar.

«*¡No, Arturo! A mi Romina no la harás una víctima de tu maldad, como hiciste con su madre y conmigo*», pensó, y de inmediato ejecutó la llamada que sabía podía cambiarlo todo. Tal vez no estaba haciendo lo correcto como oficial y representante político del país, pero por encima de su familia se juró que jamás existiría nada ni nadie más.

—Soy Armando —habló en cuanto le contestaron al teléfono—. Necesito

dos grandes favores de tu parte en nombre de la amistad que nos ha unido —dijo confiado en que sería correspondido con lo que pedía—. El primero es que investigues todo lo relacionado con un operativo contra supuestos opositores que se está llevando a cabo en Pinar del Río, específicamente en la zona de Viñales; y el siguiente... —pensó por unos segundos— es que necesito con urgencia que hagas llegar un mensaje absolutamente secreto y confidencial a una persona civil de allí. —Esperó respuesta en silencio—. Esto es de carácter personal; como siempre, confío en ti como en nadie, y en tu absoluta discreción. —Al otro lado de la línea las palabras escuchadas lo hicieron asentir—. Gracias, te debo una más de muchas... Nos vemos en una hora.

Tras colgar la llamada, salió al balcón de su apartamento, agradecía que Ivanna continuara en el hospital y que sus padres decidieran ir a visitar a sus parientes en la ciudad, luego de saber que todo con Romina marchaba estable. La verdad era que no sabía cómo manejar aquella información, mucho menos si estaba en el fondo haciendo lo correcto o no, solo tenía clara una cosa... Si sus deducciones eran viables, conociendo a Arturo, estaba seguro de que no se detendría hasta llevarse por delante no solo a Rolando Alcázar, sino también al joven que su hija amaba, y ante ese dilema, prefería que cuando ella despertara supiera a su amor lejos pero libre..., a tenerlo cerca pero sufriendo por él viéndolo entre rejas.

«Si de mí depende, hija mía, no derramarás una sola lágrima. Se lo prometí al padre del ángel que te devolvió la vida, y te lo prometo a ti... Gael Alcázar no solo es el hombre que amas, sino también una persona muy querida para Lourdes; desde algún lugar, sé que ella descansará en paz sabiéndolo a salvo. La suerte está echada... Que la vida decida, mis niñas», y finalizando sus pensamientos con la mirada en el horizonte, una brisa agradecida, milagrosa y con inusual olor a campo, dado que estaban en plena urbe capitalina, batió apacible y entró por las puertas abiertas de cristal, desordenando las hojas de papel que, por horas, había revisado y que ahora quedaban esparcidas por todo el suelo, acelerando los latidos del corazón de Armando.

En Viñales...

En una burbuja... Imaginó que así se sentía ella con la oscuridad de sus ojos al mundo, y así también quería estar él, no escuchar, no ver, no hablar... En silencio... Dejando pasar las horas y, con ellas, que el dolor de la pérdida se disolviera con el tiempo hasta convertirse en un recuerdo eterno del cual aferrarse para... ¿vivir?... «¡Qué gran mentira!», pensó escuchando salir silenciosamente a su madre de su habitación, después de pedirle que tapara cada rendija de luz que pudiera entrar por la ventana.

—¿Comió algo? —preguntó angustiada Rolando, al ver que su esposa salía del cuarto de Gael con la cena intacta.

—Solo tomó el vaso de jugo, no quiso más, le insistí, pero... —No aguantó el llanto y se refugió en los brazos de su marido, dejando antes la bandeja con todos los alimentos intactos en la mesa de centro—. ¿Qué podemos hacer, Roly?! ¡Lleva casi seis días así! ¿No has logrado dar con los Sanfield en La Habana? La casa de ellos aquí continúa cerrada, entiendo el dolor por el que estarán pasando, quizás en su desesperación pasaron por alto el avisarnos del fallecimiento de Romina, y los entiendo; pero sufro, mi amor. Nuestro hijo parece como si quisiera morir con esa depresión, a penas prueba bocado... ¡No dice nada, no responde a nada! ¡No lo soporto, Rolando! ¡No puedo verlo en esas condiciones!

Las lágrimas de su querida Adela con gusto las compartiría. También estaba muy preocupado por su hijo y... Sabía que estaba equivocándose, pero había decisiones que tomar inmediatamente, no podían seguir retrasándolo todo, menos con lo último que había acontecido y de lo que aún no le dijo a ella.

Rolando la separó un poco y la tomó por los brazos, guiándola hasta el sillón más cercano para sentarse él también a su lado.

—Adela, mi amor, debemos tener calma y, sobre todo, pensar con la mente fría —habló apesadumbrado—. No podemos regresarle a Romina a nuestro Gael. —Al decirlo tragó en seco y pidió perdón en silencio por su egoísmo de padre al abordar en aquel momento el tema—. Ojalá pudiera hacerlo, te juro que aunque la vida me fuera en ello, por no verlo así haría lo que fuese —expresó conmovido—. Quiero que estés tranquila, pero... todo está listo, mi amor. —Su esposa levantó el rostro para mirarlo, y no pudo ocultar los nervios.

—¿Qué quieres decir?!

—Que mi hermano y mi padre vienen en camino, tenemos que estar esta

madrugada en el manglar, debemos irnos sin levantar sospechas... —dijo, y se detuvo estrujándose la cara en señal de ansiedad.

A pesar de aquella incertidumbre, y la decisión tan difícil que debían tomar, la noticia no le produjo la ansiedad esperada, algo lograba hacerla sentir profundamente en calma; en el fondo, la intuición de madre le gritaba que ya no pertenecían allí y que, por el futuro de su hijo, lo que iban a hacer era lo correcto.

Se lo repetía cada minuto desde que sufrió aquella desilusión tan grande, al descubrir que su padre, tras su visita inesperada y su aparente intento de comprensión y acercamiento, solo guardaba el nefasto acto de vigilarlos como delincuentes, al punto de llegar a descubrirlo registrando su habitación, sabía Dios con qué propósito, mientras ella le preparaba el café en la cocina. El corazón se le licuó de dolor al solo imaginar que podía estar buscando la manera de involucrar a Rolando en algún delito, incluso aliándose con Arturo o con los de seguridad del Gobierno.

Su esposo había aguantado estoicamente muchas humillaciones, él pensaba que ella no lo sabía, pero era la comidilla del barrio. En varias ocasiones, lo pararon en la calle, le revisaron las bolsas de las compras hechas con moneda extranjera, alegando que tenían una supuesta denuncia de que él estaba haciendo contrabando de mercancías. Fueron capaces incluso de irrumpir en su vivienda para registrarla el mismo día en que encontraron a su hijo devastado por la pérdida de su novia, esta vez con el objetivo, según ellos, de comprobar que no tenían una radio clandestina, o la instalación de emisoras divisionista y censuradas por las leyes cubanas. Agradeció como nunca que Gael se hubiese quedado esa noche con Manuela para que esta, con sus oraciones y sabiduría, ayudara a dar un poco de paz y consuelo a su hijo.

Cada día estaba más segura de que todo era una estrategia para llevar a su marido al límite de su autocontrol; así tendrían la razón, por desacato o violación de la ley, para enviarlo a la cárcel con un expediente fabricado como opositor político. Detrás de todo aquello veía la mano de Arturo Sanfield; se sentían vigilados y acosados todo el tiempo, sabía que estaban llegando al punto final, y los últimos días habían sido un constante estado de temor y desasosiego.

Acudió a su madre pidiendo apoyo, alegando solo sospechas, cuando en realidad estaba segura de que era cierto; su padre estaba trabajando con quienes querían hacerles tanto daño, pero fue en vano, ella idealizaba tanto a

su esposo que no había manera de esperar ningún tipo de solidaridad de su parte, y desistió perdiendo la esperanza de encontrar comprensión en el ser que la alumbró.

—Mi vida... Sé que el círculo se nos está cerrando, pero... —dudó en decirle a Rolando palabras injustas dado todo lo que pasaba— no creo que sea el momento, por las condiciones de nuestro hijo, quizás si dejamos pasar una semana más él pueda...

—¡Mira, Adela...! —El tono con el que le cortó las palabras le hizo renacer la ansiedad que había mantenido a raya, al verlo extenderle lo que aparentaba ser un documento que sacó del bolsillo de su camisa.

—¿Qué es?

—Léelo por ti misma —pidió serio.

Adela lo miró extrañada y luego desdobló el papel que le entregara Rolando, y que desde el principio la hizo llevarse una mano al medio del pecho.

Alcázar:

No es de su interés conocer quién le hace esta nota de advertencia. Solo tenga en cuenta dos cosas: La primera es que, aunque quizás dude de la veracidad de ella, y lógicamente llegue a pensar que se trata de una trampa, espero que su sentido común lo saque de su error y la tome en serio. Y la segunda, y más importante, es que las decisiones que deba tomar, ¡tómelas de una vez! Usted y su familia están bajo la mirilla de una muy peligrosa situación que no solo acarreará consecuencias difíciles para usted, sino para su joven hijo...

No es necesario que le diga que, antes de escribirle esta carta, investigué todo el proceso y estoy al tanto de lo que hablo... Tome mi gesto como uno de gratitud ante una deuda muy grande que no me alcanzará la vida a pagar, y en la cual, de alguna manera, su familia está involucrada.

No pierda tiempo, Alcázar. En estos momentos, ese tiempo es la tabla de salvación para su familia. Les deseo lo mejor...

Suerte...

Las manos temblorosas de Adela estremecían aquel anónimo entre sus dedos, y pasaba sus ojos de releer aquellas líneas a los ojos impenetrables, pero profundamente consternados, de su marido.

—¿Y si es una trampa, Roly?

—No lo creo... —contestó él, presionándose el puente de la nariz—, quizás sea una locura decirlo. Si mi padre estuviera aquí, creo que sería lo primero que me diría, que estoy loco en creer en lo que ahí dicen... —Apuntó la carta que aún sostenía Adela abierta en sus manos—, pero algo en esas palabras me transmiten sinceridad, e incluso solidaridad.

Adela escuchó atenta sus palabras y volvió a repasar cada línea de la nota. Sabía lo que era vivir reprimida, pero no siempre los que están a favor del Gobierno cubano son los únicos que tienen aliados. La familia de Rolando había dejado muchos amigos atrás, tal vez gente que le debían mucho, y con los cuales fueron muy solidarios; eran de esos revolucionarios escondidos detrás de una pose para no perder su estatus y su tranquilidad, pero eso no quitaba que reconocieran y odiaran las injusticias. Era probable que de alguno de ellos viniera aquel aviso, pensó esperanzada, desechando la hipótesis de que fuera un vil engaño.

—¿Cómo haremos con Gael? —preguntó finalmente, angustiada—. Ni siquiera hemos hablado con él acerca de esto, hemos perdido mucho tiempo y no sabemos cómo lo tomará.

—No es momento de decirle nada, no está en condiciones de comprender o decidir, esto último tendremos que hacerlo por él —dijo Rolando, intentando esquivar la mirada cada vez más incrédula de su esposa—. Será mejor que se entere cuando todo este hecho y...

—¡No te entiendo! ¡¿Qué pretendes que hagamos?! ¡No podemos engañar a Gael! —Se horrorizó—. Está en un estado de apatía total, la depresión lo consume, es el peor momento de su vida. ¡¿Acaso no lo ves?! —Su voz era histérica y estaba a punto de estallar, ya no podía sobrellevar tanta tensión y terror a la vez.

—Adela... —Intentó hablar lo más sosegadamente posible—, estamos en el punto de mira de toda esta gente. Si nuestro hijo no ha sido testigo de todo lo que hemos pasado estos últimos días, sabes que fue gracias a la decisión de llevarlo a casa de su madrina Manuela cuando lo encontramos esa tarde bajo la lluvia, hecho un despojo humano de sufrimiento. —Solo de recordar ese momento y las condiciones en las que hallaron a su muchacho, se le arrugaba el corazón—. Él no está en condiciones de decidir lo que está bien o mal en este momento. ¡Entiéndelo!

—¿Y qué pretendes que hagamos entonces, Rolando?

—¡Llévamoslo! —gritó sin querer hacerlo, y al darse cuenta, inspiró fuerte buscando sosegar—. Sabes que... nada lo ata aquí ahora. Antes era esa chica, pero ella, por desdicha, ya no está... —Los dos quedaron en silencio, e instintivamente miraron al pasillo que conducía a la habitación donde su hijo intentaba sobrellevar su duelo.

—Pero ¿cómo nos lo vamos a llevar sin decirle, Rolando? ¿No ves que parece muerto en vida? ¿Cómo explicarle?, si ni siquiera tiene idea de nada de esto.

—Dale dos de estos sedantes, cada seis horas —Buscó en los bolsillos de su pantalón y le extendió un frasco con unos medicamentos en forma de cápsulas—. ¡No me mires así...! —pidió al verle el rostro asustado—. Solo son somníferos, la esposa de Narciso me los dio, no causan efectos secundarios peligrosos. Si le das dos, solo estará dormido por más tiempo de lo normal y, bueno..., digamos que un poco inconsciente...

—¿Me estás pidiendo que drogue a nuestro hijo?! ¿Qué diablos te pasa, Rolando?! —gritó alarmada ante aquella propuesta que le parecía descabellada, mientras se soltaba bruscamente de sus brazos, haciéndolo perder la paciencia también a él.

—¿Qué diablos me pasa?! ¿Quieres saber lo que malditamente me pasa?! ¡Ven! —La agarró por el codo, la obligó a caminar hasta la ventana y levantó la cortina tan solo un poco en la esquina—. ¡Mira hacia el otro lado de la calle! ¿Ves a ese hombre de la gorra azul que está ahí? ¿Qué carajo crees que está haciendo desde hace días?! ¿Tomando el maldito sol para dorarse?! —dijo desesperado.

Adela rompió a llorar con las manos en el estómago, sin dejar de mirar por la pequeña apertura de la ventana el sitio que le señalaba Rolando. Los nervios se le alojaron nuevamente en el vientre, efectivamente, un individuo estaba allí aunque aparentemente no parecía sospechoso, si su esposo lo decía era porque ya había comprobado que los vigilaban. Un suspiro hondo le salió sin preverlo y se abrazó a él.

—Tienes razón, mi vida, tenemos que salir de todo esto de una vez... ¡Ya no puedo más! ¡Necesito paz! —Y las lágrimas empañaron la camisa de su esposo, que no dejaba de acariciar sus cabellos—. ¡Hagámoslo! No voy a dejar que le desgracien la vida a nuestro hijo. —Terminando de decirlo, hundió el rostro nuevamente en el pecho de él y lloró sin consuelo.

Los días habían pasado y se estaba desesperando, nada había salido con la prontitud que creyó, y parecía pantera encerrada entre aquellas cuatro paredes. Hizo todo para que las cosas avanzaran, y ahora estaba en el mismo lugar, ni las estrategias para provocar al tal Alcázar habían arrojado ningún resultado, y ¡la ineptitud del viejo imbécil de Martín Belmonte había terminado en un fiasco! Comenzaba a impacientarse, quería tener en sus manos al miserable de Rolando, sabía que era la única salida para que Adela llegara hasta él. No le importaba abusar de su posición para obtener de ella todo aquello que le negó en la vida.

En el Estado Mayor del DINC, le pedían resultados de la operación en la que tan duramente habían trabajado durante meses, pero tanto los contactos infiltrados en Florida como los que tenían vigilada la casa de Rolando y Adela aquí, no daban noticias que le alertaran de nada. O eran muy inteligentes, o definitivamente habían cancelado sus planes. «*¡Maldita sea!*», apretó un lápiz que tenía en la mano al punto de partirlo en dos mitades, y se acercó hasta la botella de ron que tenía en la mesa, se sirvió un vaso excesivamente lleno y comenzó a bebérselo con el ceño fruncido.

—Todo listo, amigo. Narciso estará aquí alrededor de las seis, y traerá todo lo que le pediste para despistar.

El joven moreno que le hablaba había atravesado todos los patios colindantes de la casa Alcázar para poder llevarle la noticia, y le informaba casi sin aire por causa de la carrera que dio, mientras saboreaba el vaso de agua helada que le había dado Rolando.

—Gracias, Guille. No tengo cómo agradecerles a ti y a Narciso todo lo que están haciendo por mí y por mi familia, no olvidaré nunca esto —reconoció, poniéndole la mano y palmeando su hombro.

—Para eso estamos los amigos, ponte las pilas y hagamos las cosas bien, que ya tu gente viene en camino a por ustedes —contestó sonriendo, y complacido al ver las emociones reflejadas en el rostro de Rolando al hacer mención de su tan añorada familia.

—Sí, mi amigo, ¡tiene que salir bien! Más de veinte años sin ver a mis viejos, a mi hermano... ¡La Virgen nos tiene que ayudar! —al decirlo, se chocaron los nudillos y asintieron juntos con la fe como escudo.

La tarde caía; el Chevrolet 1964 de Narciso llevaba aparcado más de una hora frente a la casa, despistando a los ojos que sabían los vigilaban, intentando aparentar que jugaban al dominó en el portal; no ignoraban que aquella gente, en algún momento, debía moverse de allí, ya fuera por hambre o mera necesidad humana, y solo necesitaban de ese lapso de tiempo.

Adela solo había preparado una pequeña mochila con un cambio de ropa para cada uno, lo demás eran documentos importantes y las tan adoradas fotos de su matrimonio y la infancia de su hijo. También guardó varias de su familia, en su corazón y en sus recuerdos estarían siempre todos, especialmente... su picosita. Levantó la imagen y no pudo evitar que se le aguaran los ojos al ver aquella fotografía con rostro feliz y sonrisa sana. «*¡Cuánto dolor sentirán mi hermano y Sofía!*». Empaquetó las cosas antes de terminar echándose a llorar. Sus suegros habían mandado a decir que de todo tipo de víveres y necesidades básicas se encargaban ellos, que la lancha venía equipada, así que Rolando le pidió que intentara hacer manejable y liviano el equipaje.

Le había dado las tabletas a Gael hacía una hora, y la soñolencia comenzaba a aparecer. «*Ojalá cuando todo pase me perdones*», pensaba. No podía dejar de recriminarse el hecho de llevarse engañado a su hijo, debatiéndose entre sentimientos encontrados, donde por un lado, la culpa hacía mella en ella, y, por el otro, las razones y la necesidad de protegerlo aparecían a rescatarla de su acusadora conciencia.

—Mi amor, ¡es hora! El tipo ese, al parecer, fue a por comida o algo. ¡No hay tiempo que perder!

—¿Qué hora es? —preguntó sin saber ni por qué lo hacía, los nervios definitivamente la traicionaban.

—Faltan quince minutos para las diez, debemos estar a la medianoche en el manglar, apenas tenemos un par de horas.

Asintió de inmediato, sin poder responder con palabras porque el corazón se le quería salir por la boca. Cogió entre sus manos la medallita de la virgencita de la Caridad, que siempre llevaba con ella, y le pidió en silencio que los acompañara y protegiera.

—Voy a por Gael —dijo su marido—. Narciso me ayudará a montarlo en el auto, encárgate de lo demás.

Salieron acompañados por la oscuridad bajo un cielo empedrado y los

reflejos de la luna intentando abrirse paso entre las amontonadas nubes grisáceas. El auto corría todo lo más rápido que las muchas décadas, y mala vida como taxi particular, le permitían.

Mientras, adelante, Narciso y su esposo mantenían una conversación demasiado natural dadas las circunstancias, Adela acariciaba los mechones de pelo de su hijo, que dormía plácidamente con la cabeza en su regazo en la parte trasera. Entreabría a veces los ojos, evidentemente los dos sedantes eran fuertes y habían hecho efecto. Se reprochaba haber tenido que acudir a esa decisión, pero cuando recordaba todo lo desagradable que dejaban atrás, sentía que había hecho lo correcto. En su mente iba despidiéndose de todos, de sus padres, sus hermanos, la querida Manuela... El nudo en su garganta, frenando los gritos y el llanto, se hacía cada vez más poderoso, y la nostalgia amenazaba con vencerla; pero entonces miraba a su hijo y era mucho más valioso ese tesoro que descansaba a su lado. «*¡Por Gael hasta la vida misma!*», se repitió dándose fuerzas.

Kilómetros atrás...

—¿Cómo que no están!? —gritó indignado levantándose del sillón, sintiéndose mareado. Definitivamente había abusado del alcohol las últimas horas—. De inmediato envía aviso a todo el equipo, sabemos dónde será la fuga, ¡y hay que frenarlos a toda costa! —ordenó con rabia y desproporcionada prepotencia.

Arturo colgó con tanta fuerza que casi destroza aquel teléfono, se puso las manos en la cabeza y, apretándolas, mantuvo el cabello hacia atrás y los ojos cerrados por varios segundos; luego volvió a hacer otra llamada.

—¿Luisa? —llamó a la oficial de guardia, que, por el tono de voz, obviamente estaba adormilada—. Quiero mi jeep listo en cinco minutos, ¡es un operativo de emergencia! Y dile a mi chófer que iré solo, no lo despiertes. —No esperó respuesta y colgó.

Capítulo 24



La noche les sirvió de cómplice protectora según se acercaban al lugar.

Narciso condujo el auto lo más que pudo a la parte de los manglares con las luces semi apagadas. Cuando ya era imposible seguir más adelante, él y Rolando bajaron, y de la cajuela sacaron las únicas dos mochilas que los Alcázar llevaban con sus pertenencias. Buscaron en ellas dos linternas y, después de probarlas, se miraron.

—Dios y la Caridad del Cobre los acompañe, hermano, y que muy pronto tengamos noticias de ustedes —dijo con fidelidad aquel hombre, que también arriesgaba su tranquilidad y su libertad ayudándolos, mientras le ponía la mano en el hombro, y se cortaba su voz por la emoción.

—Gracias por todo, mi hermano, que la vida me dé la oportunidad de retribuir todo esto que has hecho.

—Con tu amistad, Roly, estoy más que agradecido. Tú solo cuídate y cuida a tu familia; pero sobre todo... ¡lleguen a salvo, carajo!

Un fuerte abrazo con palmadas en cada espalda emocionó a los dos amigos hasta dejar rodar por sus masculinas mejillas curtidas por el sol un torrente de lágrimas. Se dieron cuenta de que el tiempo era un sinónimo de seguridad en aquel momento, y de inmediato se acercaron para ayudar a Adela con Gael, a quien necesitaron despertar un poco.

—Mamá... Papá... —Logró decir con voz pesada y evidentemente desorientado—. ¿Adónde... vamos?

—Tranquilo, hijo, todo está bien. Iremos a ver a tu madrina, apóyate en mí.

Rolando lo recargó en sus hombros, y con ayuda de su esposa se prepararon para llegar hasta el lugar donde estarían ya los suyos esperando. Pedía a Dios en silencio porque así fuera. Se viró y dijo por último a su amigo, que los observaba con la mirada brillante de sentimiento por aquella dura despedida.

—Tienes la llave, vete a la casa y ¡llévatelo todo! ¡No les dejes a esos cabrones ni un alfiler de mis esfuerzos de años! —diciéndole esto, recibió como respuesta el gesto que le hizo aquel hombre con el puño cerrado, golpeándose el lado del corazón.

—¡Rolando, casi lo olvido! —Se acercó de nuevo a él, repentinamente—. Aquí tienes esto —dijo Narciso, mientras sacaba de su bolsillo trasero del pantalón un sobre doblado, y se lo entregaba—. Te lo envió el doctor Daniel, me dijo que te lo diera en privado, y que era acerca de lo que le pediste que averiguara.

Rolando lo tomó y lo abrió de inmediato, sacando de este una hoja un poco arrugada, y al leer lo que en ella decía su semblante cambió, luego de apretarse los labios y respirar profundo, dijo:

—Gracias, amigo, me voy debiéndoles mucho. No sé si leíste lo que dice este sobre; pero, por favor, te pido discreción total al respecto y que no me juzgues.

—No lo leí, Roly; aunque sí tengo una idea de qué se trata, y te comprendo, cuenta con mi total discreción, y ¡cuídense, mi hermano! —Después de un cordial y muy sentido segundo abrazo, ambos se despidieron.

El camino era áspero y bastante dificultoso, enseguida escuchó el ruido del auto de Narciso alejándose, incluso cómo patinaron los neumáticos para salir del lodazal característico de la zona. No llevaban más que algunas pertenencias, era cierto, pero cargar entre los dos a su hijo, como quien lleva a una persona completamente ebria, era una tarea titánica, y se daba fuerzas repitiéndose que había que lograrlo como fuese.

Se adentraron por todo aquel trillo angosto y húmedo. El salitre ya era un olor fuerte, y sabía que estaban cerca de la playa. Agradecía el hecho de que se hubieran puesto botas de goma los tres, ya que percibía cómo sus pies se hundían en el resbaladizo terreno. Cuando llevaban buen tramo avanzado,

sintieron detrás de ellos, en aquel silencio impenetrable, el sonido de autos y murmullos de personas, lo que los alarmó.

—¡Dios, Roly, son ellos! —afirmó espantada Adela, tomando más fuerte por la cintura a su hijo, que se le tambaleaba y apoyaba la cabeza adormilada en su hombro, sintiendo a la vez cómo se acalabraban sus manos por la fuerza de aguantarlo.

—Tranquila, sé que estamos cerca, movámonos lo más sigilosamente que podamos.

Emprendieron el paso lo más rápido que pudieron, dadas las nuevas circunstancias de saberse perseguidos. La ansiedad los abrumaba, no podían ahora dejarse vencer, no cuando estaban a un paso de esa libertad soñada.

—¡Intenten peinar la zona!

Escuchar aquella orden en la distancia, pero muy precisa, les heló la sangre. Las voces se hacían más claras a medida que pasaban los minutos, un grito ahogado se le escapó a Adela cuando el pánico a ser descubiertos le invadió el pecho. Tenían que seguir adelante, no sería ahora que iban a rendirse. «*¡No ahora!*», se repetían cada uno en silencio.

Se detuvieron para orientarse, apenas un minuto, de un lado les llegaba tenue el sonido del océano; y del otro, aunque más confuso, lograban escuchar a los lejos los avances de aquella persecución que los tenía en vilo.

Rolando bajó la intensidad de la luz de su linterna al mínimo, sabía que sería más difícil avanzar con poca iluminación, pero no podía arriesgarse a que los descubrieran fácilmente; con lograr encontrar en aquella oscuridad profunda los estrechos caminos entre las raíces de los manglares, y no enredarse en ellas, era suficiente para llegar hasta el lugar acordado.

La noche tendía su capa, cada vez más negra; sin embargo, agradecían que la claridad de la luna los guiara como una cómplice callada. Por momentos, se sintieron desfallecer y perder las fuerzas, llevar a su hijo casi a rastras por aquel lugar tan difícil de transitar, solo era posible gracias a un corazón encorajinado por la gran necesidad de ponerlo a salvo. Cada segundo que se acercaban más a su objetivo, y que sentían el aire cargado de salitre acariciándole el rostro, era como un soplo de esperanza regalándole un templado calor a sus almas.

Continuaban escuchando a lo lejos cómo, al parecer, rompían parte de la vegetación salvaje, más el rugir de los troncos cortados para abrirle paso a quienes los pretendían alcanzar, algo que los llevaba al límite de sus miedos.

—¡Cubran la mayor cantidad de área posible! ¡El otro comando ya viene en camino!

—Pero, coronel, nosotros cinco no podremos abarcar todo el terreno, es imposible avanzar por aquí sin las condiciones necesarias, y...

—¡Haga su trabajo, soldado, y deje de quejarse! ¡Esto es el ejército y se trata de salvaguardar nuestras costas! ¡Utilice hasta sus dientes si es necesario! ¡¿Lo tiene claro?! —contestó rudamente, mirando su reloj

Arturo estaba enardecido de ira, no le importaba gritar a pesar de que era contraproducente en un caso de persecución clandestina. Al contrario, lo hacía con absoluto propósito, y la idea no era otra que regodearse pensando en que Rolando lo escuchara como perro sabueso detrás de ellos, y pisándole los talones.

Las cosas se habían salido de control, y cuando le avisaron de la huida no se tomó el tiempo de ir en busca del equipo de apoyo a la unidad. Marchó enloquecido con tan solo cinco jóvenes cadetes que hacían guardia en la residencia del partido, y a quienes les ordenó acompañarlo después de solicitar por la radio que otro grupo se pusiera en marcha cuanto antes, pero no se explicaba por qué no habían llegado aún.

Sintió detrás de él que un auto con las luces parecidas a las de un vehículo del ejército se acercaba, y su sonrisa se amplió, dando por hecho que se trataba del otro grupo asignado para el operativo. El carro se detuvo a pocos metros de donde estaba, pero se bajó un solo hombre, que poco a poco se le fue acercando hasta el rincón del manglar donde estaba, y finalmente, al levantar la luz de su linterna, pudo ver de quién se trataba.

—¡¿Pero qué mierda haces tú aquí?! —

Su mirada sorprendida se quedó fija en el rostro de quien tenía delante, y al que aún le pegaba la luz en la cara como si de un interrogatorio se tratara.

—¡Evitar que tu alma podrida siga dañando a más personas! ¡Detengan esta búsqueda! —gritó Armando su orden a los pocos jóvenes, que metros delante de ellos intentaban abrirse paso. Bajando antes, de un fuerte manotazo, la linterna con la que su hermano seguía alumbrándole la cara, para dejarse solo iluminar por los focos del jeep, que previamente había dejado encendidos detrás de él.

Esta vez, Armando se encontraba a la misma altura, vestía el uniforme

militar de campaña y portaba su arma. Estando en la capital temió que Rolando no hiciera caso a su carta, y regresó a Pinares para seguir los pasos de Arturo y terminar de hacer las cosas como debía. Esta vez no iba a dejarlas al destino sin tomar cartas en el asunto. Durante muchos años sufrió los reproches de su amada Ivanna reclamándole que no hiciera nada por su felicidad; no soportaría recibir un día las mismas palabras acusatorias de parte de su hija.

—¡Esto que estás haciendo es por una venganza personal, no por tu lealtad a la revolución! ¡No te dejaré desgraciar la vida de nadie más en nombre de ideales en los que, a veces, dudo si en realidad crees! —amenazó.

Arturo lo miró con tanto odio que se le podía ver claramente un ligero temblor en la mandíbula. La mirada de su hermano le decía que sabía más de lo que él suponía, y eso lo hizo por unos segundos perder los estribos.

—¡Eso a ti no te importa! ¡Lárgate de aquí!

—¡Sí! ¡Me importa esta vez mucho más de lo que crees! —afirmó Armando—. Será mejor que te resignes y les digas a esos cinco infelices del servicio militar, que trajiste como un loco hasta aquí, que abortas el operativo.

Arturo soltó una carcajada burlándose de sus palabras.

—¡Estás delirando! ¡Primero muerto antes que dar marcha atrás! ¡Esos desgraciados opositores pagarán con cárcel su traición!

—¡¿Adela también pagará, Arturo?! —preguntó retándolo, viéndolo a pesar de la penumbra fruncir el ceño y apretar la boca con fuerza.

—¡Cállate, Armando!

—¡No lo haré! ¡Da marcha atrás a todo esto o juro que te vas a arrepentir! —amenazó desafiante—. Te aviso, además, de que el refuerzo que esperas no vendrá. —Al oírlo, Arturo bufó y arrugó la frente—. Tuve esta tarde una larga conversación con el general Castillo. —Lo vio morderse fuerte el labio al escuchar el nombre de su superior—. Finalmente se convenció de que los Alcázar en ningún momento han tenido intención de emigrar ilegalmente, y que todo ha sido una... desafortunada equivocación por parte de tus investigadores... —ironizó.

»Le hice ver a Castillo que no le interesa a la nación tener a medios internacionales metidos en esto, en caso de no salir bien las cosas, más teniendo en cuenta que estas personas tienen contactos muy directos con el exilio en Miami... Digamos que lo convencí por ahora, ya sabes, ¿cómo fue que dijiste días atrás? ¿Que no tenía temple? —habló con un tono de burla—.

Pues esta vez me salió el temple de diplomático —lo provocó.

Arturo no perdió una sola sílaba de todo lo dicho, y según lo intentaba asimilar, su ira alcanzaba niveles peligrosos. Respiraba con una alteración casi irreal, y los latidos de su corazón se volvieron incontrolables. Era consciente de que Armando, a pesar de él haber querido rebajarlo y minimizarle su capacidad y estima dentro del gremio, tenía gran peso político dentro del ministerio aún. De algo le sirvió siempre el hecho de haber formado parte de la diplomacia cubana y de los buenos resultados obtenidos gracias a él en aquella época en la que todo colapsó; así que no dudaba de que hubiese convencido a más de uno de que tirara por tierra el caso.

—¡Eres un maldito! —vociferó—. ¡Y esto que has hecho se considera traición al partido y a la revolución! ¡Lo sabes! ¡Acabas de cavar tu propia desgracia! ¡La verdad se sabrá!

—No creo que pueda haber más desgracia que la que sufrí durante años, alejado de quienes más amo. Estoy preparado para lo que sea, hermano, ¡y afrontaré lo que venga! Además, ¡¿cómo pretendes proteger a tu adorada Adela de todo esto?! ¡Ella también será juzgada!

—¡Eso jamás lo permitiría!

—No veo cómo podrías evitarlo. ¡Es una opositora huyendo!

Aquella realidad azotó a Arturo de golpe, había previsto muchas cosas para evitar que Adela se viera involucrada, obviamente en todas las opciones debía ocultar información.

—El tiempo pasa, Arturo... Termina con esta locura... El único que puede encontrar paz eres tú mismo y...

—¡Nunca! Has deshecho meses, años de trabajo y planes, ¡pero no podrás evitar que mate al desgraciado que acabó con mi vida! ¡No se la va a llevar con él! —Terminando de decirlo, se giró con la intención de salir a perseguirlos, pero el sonido que hizo el seguro del arma al quitarse lo detuvo en seco—. ¿Serás capaz de matarme, hermanito? —cuestionó con sorna, manteniéndose de espaldas, con la certeza de que Armando lo apuntaba con su arma.

—No llegaría nunca a ser el monstruo que asesina a su único hermano, porque eso eres para mi desgracia: ¡mi hermano! —dijo con voz grave—. Pero si no te detienes, ¡dispararé en el lugar preciso que te obligue a hacerlo!

Arturo comenzó a voltearse lentamente. Cuando volvieron a estar frente a frente, dio varios pasos hacia él y sus miradas se mezclaron con las sombras

de aquel paraje solitario, y los ecos inmutables de la noche.

Armando lo miró con dolor, veía en su rostro a su madre y a su padre, junto a los recuerdos familiares que llegaban como un manto tierno intentando resarcir los quebrados sentimientos fraternales.

Arturo, en cambio, cegaba sus ojos al perdón; sus entrañas reclamaban el derecho a recuperar todo aquello que le arrebataron, y el mayor impedimento para lograrlo estaba justo frente a él.

El tiempo se detuvo solo por breves segundos hasta que el puño cerrado, igual que Caín, alimentado de ira y rencor, golpeó fuerte el estómago de su hermano. Cayeron al suelo, amordazados con fuerza y sin ninguno dar tregua a dejar de golpearse. Hilos de sangre aparecían en cejas y pómulos mientras las ofensas de uno y los reproches del otro, en aquel pecaminoso enfrentamiento, enlodaban la vida de ambos tanto como el fango y la suciedad en la que se revolcaban ensuciaba sus cuerpos. Arturo, arrastrándose, intentó llegar hasta el arma, que cayó a poca distancia de ellos; de inmediato, Armando se agarró con fuerza a su brazo, justo en el momento que logró hacerse con ella. Las cuatro manos se unieron en el peligroso objeto, sin que ninguno de ellos quisiera soltarlo.

—Pagarás... por esto... ¡Juro que pagarás! —repetía esforzadamente Arturo, intentando vencer al brazo de su hermano moviéndolo hacia los lados.

—¡Suéltala!... ¡Basta ya! ¡Esto no tiene sentido! ¡Detente, Arturo! —Forcejeaba Armando, intentando parar aquella absurda lucha y quitarle la pistola.

—¡Eres un cabrón! ¡Te odio, Armando!

Y aquellas palabras sonaron mudas y vacías ante el disparo que retumbó en la oscuridad, y que hizo revolotear lejos, aleteando despavoridas sus alas, a todas las aves dormidas del lugar.

—¡Dios, Roly, eso fue un...! —exclamó aterrada Adela.

—Un disparo, sí..., cálmate... —No la dejó terminar de hablar, temiendo que gritara—. Se ha escuchado suficientemente lejos, tal vez mataron a algún animal jíbaro; además, no se han oído más movimientos detrás de nosotros.

Habían avanzado bastante, a pesar de necesitar detenerse por Gael, que comenzó a tener náuseas y algunos episodios de lucidez, donde preguntó qué era lo que pasaba y a dónde se dirigían; pero enseguida fue vencido

nuevamente por el letargo de la medicación administrada.

Unos minutos sentados bajo algunos árboles de uvas caletas, tras dejar el escabroso terreno del manglar, les había concedido el alivio que necesitaban al darse cuenta de que estaban llegando al lugar exacto, el Cayo Julián, por donde finalmente se había acordado la salida.

—Vamos, mi amor, un último esfuerzo —pidió Rolando, sintiendo en el alma ver el agotamiento de su esposa; pero estaban ya tan cerca que con todo el ánimo del que fue capaz levantó a su hijo y lo recargó de nuevo en su hombro, escuchándolo balbucear algunas preguntas y palabras sin sentido.

Esta vez, el sendero se mostraba mucho más transitable. Ya era la arena limpia y seca lo que se sentía bajo sus pies, y la claridad de la luna solidariamente les hacía el trayecto fácil. Anduvieron algunos metros, Adela había humedecido una pequeña toalla y, en intervalos de tiempo, la pasaba por el rostro de su hijo. No dejaba de sentirse culpable al verlo así, y constantemente oraba para que el cielo y toda la misericordia en la que tanto creía la perdonaran y entendieran las razones de su alma de madre.

—Mi amor... Espera... —Rolando se detuvo, y sujetando fuerte a su hijo por la cintura, ya que las fuerzas en sus brazos comenzaban a fallarle, se quedó atento mirando a lo lejos, pero precavidamente sin subir la intensidad de su linterna, que aún mantenía iluminando hacia sus pies.

¡Una luz! Una bendita luz se divisaba a través de los arbustos que veía al frente, sabían que la orilla tenía que estar del otro lado de las piedras que empezaban a divisar, no podían estar equivocados, comenzaron mentalmente a orar a su Caridad del Cobre, hasta que...

—¡Ahí están, ahí están! ¡Hijo! ¡Hijo mío!

Salió una persona de en medio de aquella oscuridad y se escuchó tan ahogada, temblorosa y emocionada su voz que no pudo arrancarle a un llanto reprimido por dos décadas su derecho a manifestarse fuerte, haciendo temblar hasta a los mismos arrecifes de aquel océano.

—¡Por Dios, padre...! ¡Es mi padre, mi amor! ¡Mi padre! —diciéndolo acomodó a su hijo en la arena al lado de su esposa, que desfallecida y emocionada se dejó caer en ella, y Rolando echó a correr aquel pequeño tramo que lo separaba de su progenitor como un niño huérfano al que por fin la vida le devuelve su hogar feliz.

Todo fue indescriptible, los brazos que los recibieron se fundieron a su cuerpo, y entonces, toda aquella eternidad de separación abrió la herida de

añoranza de aquel soñado reencuentro. Rolando no sacaba la cabeza de debajo del cuello de su padre, lo olía como un osezno que después de pasar décadas perdido, finalmente, encuentra su manada. Su hermano, a su lado, se bebía las lágrimas y ahogaba los sollozos, esperando su tan deseado abrazo.

—¡Por amor de Dios, Octavio! —Sin soltarse de uno de los brazos de su padre, Rolando de inmediato reparó en la presencia de su querido hermano mayor, y luego de que con una de sus manos en su mejilla tratara de reconocer al joven que veinte años atrás dejara de ver, se colgó de su cuello y lloró desconsolado junto a él.

—Gracias... Gracias por... no olvidarlo... —dijo entre sollozos.

—¡Jamás, mi enano! ¡Jamás! —contestó Octavio, y mirándose los dos con los ojos anegados les llegó el recuerdo de aquella emotiva despedida...

Mayo de 1980...

—*Cúdate, enano... —Limpió su nariz en la manga de la vieja camisa de cuadros. Delante de ellos, aquel barco en el puerto de La Habana esperaba para cambiarles la vida.*

—*Cuida tú a los viejos... No se preocupen, estaré bien.*

—*Vendré a por ti, enano... ¡Juro que vendré algún día a por ti! —Y las intrusas lágrimas cedieron.*

—*Sé que lo harás. ¡Vete ya, anda! —Y al empujarlo lo vio alejarse hasta donde sus padres, con el corazón partido, los observaban de lejos bañados en lágrimas, orando para que a última hora su hijo menor decidiera acompañarlos. Hubiese sido más sencilla aquella despedida si no fuera por aquel grito de Octavio que lo acompañó siempre.*

—*¡Vendré a por ti, enano! ¡¡Por mi vida que regresaré a por ti!!*

Volvieron los dos al presente y, como si adivinaran lo que cada uno trajo a sus recuerdos, sonrieron a la vez.

—Juntos de nuevo —dijo un emocionado Rolando.

—¡Para siempre! —Le palmeó el hombro Octavio.

—Solo una cosa..., por favor... —pidió Rolando, y su hermano levantó una ceja—. ¡Ni un *enano* más, por nuestra madre! ¡Mira que ya tengo canas, carajo!

Y las carcajadas, aunque necesariamente bajas, contagiaron incluso a su padre, que los abrazó a los dos.

Los tres se acercaron a donde estaba Adela, igualmente rebasada por la emoción de la escena. Su suegro y su cuñado la abrazaron, y apareció nuevamente ese llanto que no había manera de contener.

—¡Al fin, mis hijos! ¡Dios, gracias! —repetía Román Alcázar, un hombre muy parecido a Rolando; corpulento, con el pelo gris y de hermosos ojos claros. Vestía una cazadora impermeable negra; de hecho, todos vestían de ese color, incluso los otros dos hombres que los acompañaban, manteniéndose a corta distancia de ellos y que, al parecer, eran los encargados de maniobrar la embarcación.

—¡No tengo palabras, yo...! ¡Dios, mi nieto! —El llanto de aquel abuelo traspasaba cualquier fortaleza humana, observando a un Gael entre dormido y despierto, al que la confusión solo le permitía escuchar palabras lejanas e incoherentes.

—¿Gael...? Soy tu abuelo Román —habló con cariño el patriarca Alcázar, pasándole la mano por su cabello, creyendo que estaba tan solo mareado y exhausto—. Pero ¿qué le sucede a mi nieto, Adela?! —exclamó entonces, alarmado al ver que el joven parecía drogado e intentaba dejarse caer en la arena a los pies de ella, ajeno a todo y balbuceando alguna que otra palabra sin sentido...

—Una larga historia que ya te contaremos, padre; no te preocupes, él estará bien —intervino Rolando—. Lo importante ahora es salir de aquí, nos vienen pisando los talones. Por favor, ayúdenos a llevar a Gael hasta la lancha. —Era notoria la ansiedad con que hablaba, el temor pasajero pasó a ser uno de pánico absoluto ante la mínima posibilidad de que pudieran atraparlos.

Todos dejaron de lado las preguntas, entendieron que el tiempo del reencuentro debía ser pospuesto, y reaccionaron cuando se tocó el tema de que eran perseguidos, aterrándoles la posibilidad de que saliera mal algo. Para la familia de Rolando, lo que estaban haciendo era considerado tráfico humano, y ninguno se salvaría de sufrir consecuencias muy serias si eran sorprendidos por las autoridades de cualquiera de los dos países.

Al primero que atendieron fue a Gael. Lo levantaron entre todos y lo acomodaron en la popa de la lancha, a estribor. La embarcación había quedado escondida, a oscuras, a pocos metros de ellos; era muy moderna, se podría decir que de última generación en su tipo, cómoda y segura a pesar de ser pequeña, porque necesitaban la rapidez de esta para sacarlos hasta el

límite con las aguas internacionales. Pasando la señal que las delimitaba, serían verdaderamente libres.

Cuando estaban todos a bordo, el mayor de los Alcázar les dio los chalecos salvavidas y les pidió silencio. La embarcación comenzó con lentitud a rodear toda la costa, completamente a oscuras y sin encender los motores que le otorgarían la velocidad que iban a precisar. Necesitaban salir a mar abierto lo más discretamente posible, o podrían alertar a la guardia costera.

Por casi media hora, realizaron aquella maniobra iluminándose solamente con las tenues luces de unos relojes de pulsera que, generalmente, se usaban para bucear, y que tanto Román y Octavio, como los otros dos hombres que los acompañaban, llevaban consigo.

Según se alejaban, vieron algunas luces acercándose a la costa y ecos de voces, pero ya estas eran ininteligibles por la lejanía. La negrura de la noche, y esta vez las nubes escondiendo cómplices a la luna, siguió poniéndose de su lado, y cuando estaban a la distancia necesaria, soltó un rugido aquella potente máquina para lanzarse a volar sobre las olas.

Adela abrazaba a su hijo, abrigándolo con varias colchas que le había dado su suegro. Miró hacia atrás, y a pesar de no ver nada, por la oscuridad, se encogió su alma de tristeza y las lágrimas corrieron por su rostro sin pedir permiso. La salada espuma del mar se levantó a su espalda, igual que el enigma de un camino interminable y lejano que se pierde entre los recuerdos de una vida que comenzaba a pertenecer al pasado.

Un sollozo subió hasta su garganta y se aferró con fuerza a ella, jurándole que de allí no se movería hasta que no lo dejara salir. Como la secuencia de un largometraje comenzó en su memoria a pasar toda su vida: su niñez, el columpio de la casa de campo, los rostros de sus padres y de sus hermanos, las risas de sus sobrinos, los regaños de los abuelos... Llegó como una amarga ráfaga la visión de su primer y equivocado amor, el primer beso en el malecón habanero... La primera amiga de la secundaria... El primer baile en el batey de Viñales, esa plazoleta hermosa donde conoció a su Rolando... El nacimiento de su hijo y sus primeros pasos descalzo en el pasto...

Cerró los ojos e intentó recordar el olor a café, a campo, a frutas y al agua fresca de las cascadas de los ríos...

Y entonces le rogó al cielo no olvidar...

Pidió que, al igual que un diario deshojado al viento, no volaran sus recuerdos en el tiempo... Que a pesar de saber que, a partir de ese momento,

cada una de sus memorias traería una lágrima que se bebería en silencio, las quería todas siempre junto a ella.

«*Mi Gael...*», pensó, y se encogió de nuevo su pecho abrazándolo; entonces, una última mirada atrás marcó la dura realidad, con el rostro pecoso y hermoso de su inolvidable Lourdes apareciendo como un holograma frente a sí.

Allá se quedaba el árbol seco, marchitándose lentamente porque... la raíz se la llevaba con ella, y juraba a sus antepasados sembrarla fuerte en su corazón para que, de alguna forma, su alma siempre supiera a dónde pertenecía. Miró en la penumbra a su esposo, iba al lado de su hermano y apenas le podía ver el semblante; pero estaba segura de que transmitía una profunda paz y, al fin, una sonrisa se adueñaba de su rostro... Eso lo compensaba todo...

Cada vez iban más rápido, aquella embarcación rompía el agua profunda hacia un horizonte desconocido.

Todos levantaron los brazos al pasar aquella marca en el gigantesco océano, un grito de júbilo los contagió, los abrazos y palmadas se hicieron eco en la negra inmensidad, y ella recibió los mil y un besos en la frente que le daba su marido, escuchando de fondo los gritos de libertad...

Mientras que, refugiada en aquella esquina y amparando a su tesoro máspreciado, pedía entre sollozos que esa libertad fuese lo suficientemente valiosa como para compensar el dolor eterno que cargaría al vivir en un doloroso exilio.

Gael...



... Abro los ojos y es como volar entre sueños...

Durante mucho tiempo he oído voces... ¿conocidas? ¿Sí? ¿No?... No lo sé o... ¡No importa! Percibía que me arrastraban sin voluntad propia, y... tampoco importó... Es que ya nada existe, nada espero, nada añoro... Solo dormir y no sentir...

Este olor me confunde, a salitre, a lluvia..., a océano. Juraría que incluso me salpica la cara... Me estremezco.

Miro al cielo y veo todas esas estrellas veloces... Parece un cristal negro lleno de diamantes en movimiento, y ahí, ¡justo ahí!, hay una que es la más preciosa... Y pienso en ella... En mi *libélula*... En su risa... Su voz... Su olor y sus besos... ¡No lo soporto...!

Y mi vista se apaga... para que ya no duela.

Continuará...

Nota de la autora



Toda ideología impuesta se convierte en los grilletes y las cadenas de los hombres, ya que siempre es usada como excusa para insultar su inteligencia, cercenar sus sentimientos y callar sus voces...

Genne L Paris

Agradecimientos

Hay personas que toman un día tu mano y jamás la sueltan, haciendo de tu sueño el suyo propio. Mi eterna gratitud es para Marisa Maverick (Vikinga). Detrás de ella no solo está la talentosa autora y sus inagotables consejos, sino también la amiga incondicional y, lo mejor, mi cable a tierra en este proyecto, mi empuje y una gran inspiración. Unas *gracias* se vuelven vacías al decirlas, así que, un *por siempre* debe acompañarlas, porque *Libélula* también va por ti. ¡Gracias!

A mi querida Martina Bennet, mi lagartija, a quien extraño y espero le llegue mi voz en algún momento; hasta las amigas «raras» son indispensables, quiero que lo sepas. A Beatriz Betegón, gracias, queridísima, por tu tiempo y tu invaluable amistad. También a mi querida loquilla, Lidia S Balado; tu ilustración no es solo un hermoso arte y un símbolo para la biología, encierra más que eso, y creo que las dos ya lo sabemos, me considero bendecida por tu amistad, eso no lo dudes.

A mis lectoras cero, Daida y Luce, chicas es increíble saber que cuento con ustedes siempre, mis libelulitas.

Para mi familia no tengo palabras ni forma de compensar su infinita paciencia y cariño. Como continuamente les digo: Gracias, mis amores, por ceder un espacio que es solo vuestro, y por sus palabras de apoyo cuando el agotamiento y el miedo amenazan... ¡Los amo hasta lo infinito!

Por último, gracias a los lectores, que en realidad son los verdaderos protagonistas de cada historia. A todos esos que nos motivan a creer y continuar.

Gracias de todo corazón, y deseo que, si llegaron hasta aquí, hayan terminado amando el comienzo de la historia de esta *Libélula*...

¡GRACIAS!

Ciega traición



Sinopsis

Armando Sanfield es un hombre de personalidad fuerte, con una trayectoria política intachable y una gran carga emocional en su alma... Dedicarse a su carrera diplomática era su prioridad, por lo que dejó de lado cualquier relación personal que lo desviara de ese propósito. Distante, callado e intransigente es como lo describen quienes se relacionan con él.

Sin embargo, en la vida se tejen senderos que son imposibles de evadir..., porque escapar nunca fue una opción. Así, lejos de su tierra natal, una esclava de ojos azulados y piel perlada le robará el corazón, convirtiéndose en su bendición y... ¿en su condena?

Pero ¿acaso puede sobrevivir un gran amor a la sospecha de haber sido traicionado? ¿Qué se es capaz de hacer por despecho? ¿Conseguirá un alma atormentada y herida encarcelar el dolor con tal de no perder lo que más ama? Odiar y amar a la vez, ¿es eso posible?... ¿Dónde está la frontera entre la razón y la locura?

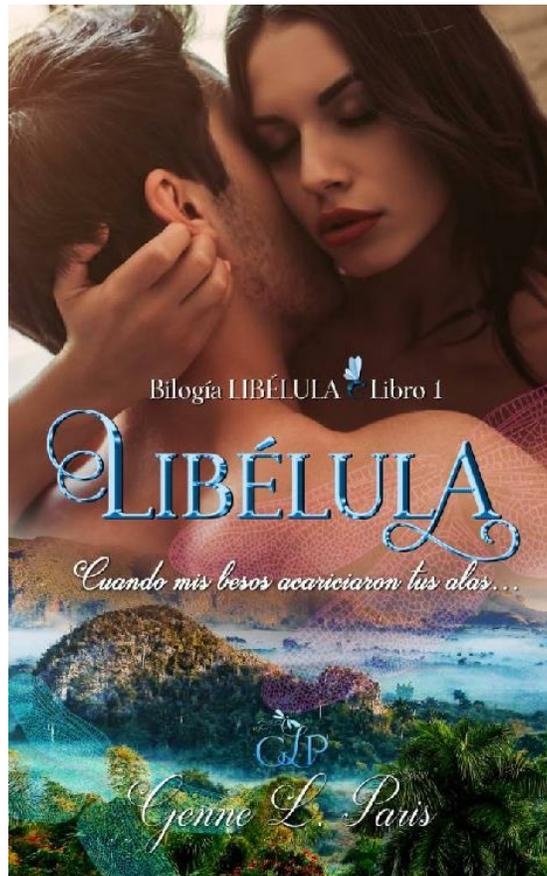
El destino, imprevisible, lanza sus redes al viento como hojas marchitas de otoño que se tejen entre sí, enlazándonos a nosotros y, a veces, marcando el futuro de aquellos a los que tanto amamos...

Descubre los detalles de un pasado que pueden resquebrajar la historia de Armando e Ivanna... Un gran amor, una ardiente pasión. Dos culturas diferentes y una dolorosa duda que te llevará con ellos a descubrir...

Donde nace el vuelo de una libélula...

Bilogía *Libélula*
Libro 1

Cuando mis besos acariciaron tus alas...



Sinopsis

Ante los ojos del mundo puede creerse que lo tenemos todo: inteligencia, belleza sin igual, una vida confortable y buena posición social; pero... ¿qué hay detrás de esos difíciles retos con los que nos golpea la vida sin diferencias ni compasión alguna? ¿Damos paso a la amargura, o nos mantenemos fuertes a pesar de todo?

Romina Sanfield es capaz de robarle el aliento a cualquier mortal; no solo por su aspecto angelical, sino por su maravillosa personalidad, aunque lleve sobre sus hombros lo que muchos considerarían un doloroso castigo. Risueña, dulce, tierna y con una valentía sin par, así la describen quienes la conocen. Nacida y criada entre dos culturas, rodeada de un cariño sin límites y resignada a que su corazón no conozca ese amor que le haga desplegar las alas y volar.

Hay seres que vienen al mundo con una triste misión y que viven ajenos a secretos desgarradores. En ese espinoso camino, el rencor y la maldad serán las afiladas lanzas que apuntarán al más noble de los sentimientos, provocando actos *¿imprevisibles?* y decisiones *¿erróneas?* en nombre de la libertad.

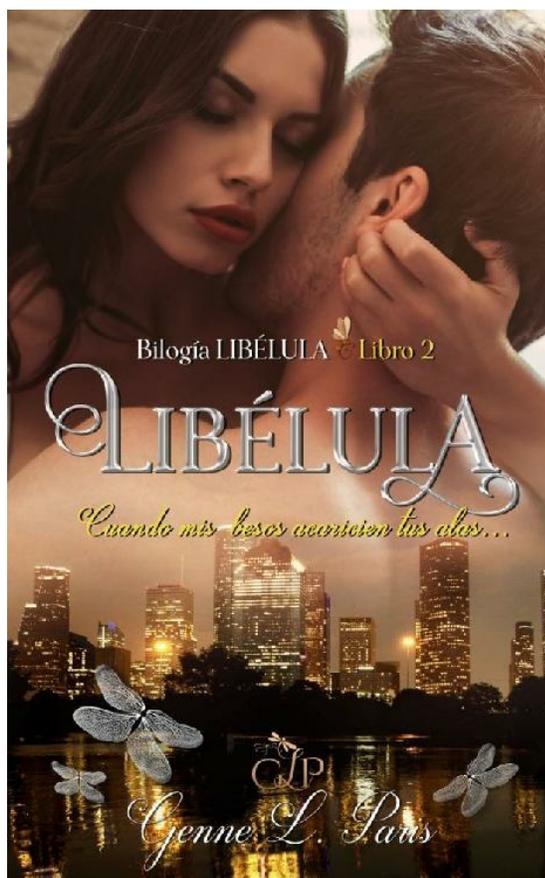
Sin embargo, nuestro destino lo escriben las estrellas, y para Romina serán las de un mágico valle y sus redondeadas montañas las que marcarán su existencia.

Mientras, una frase quedará suspendida en el viento, retando al tiempo y a la vida misma para hacer nacer con ella la más sublime y eterna historia de amor...

«Cuando mis besos acariciaron tus alas...»

Bilología *Libélula*
Libro 2

Cuando mis besos acaricien tus alas...



Sinopsis

¿Es posible existir cuando todo se destruye a tu alrededor? ¿Cómo sentirse vivo si la fe desaparece y la esperanza se vuelve un ideal efímero?

Gael Alcázar dejó de creer, de sentir y de esperar. Solo le había pedido al futuro cumplir sus sueños de juventud al lado de su amada *libélula*, pero todo se volvió en su contra y... ¡Jamás perdonaría a la vida por ello!

El paso de los años no ha sido benévolo con su corazón herido, consumiéndolo para convertirlo en un ser distante y vacío. La apatía, la amargura y su intransigente carácter a prueba de toda sensibilidad humana lo llevan a buscar en brazos extraños esa paz que necesita su alma. ¿Será una gran equivocación intentarlo? La indiferencia se convierte en su escudo protector hasta que... las verdades comienzan a revelarse y la maldad vuelve a rondar decidida.

¿Se alzarán el amor en un grito? ¿Será quien luche y lo haga resistir? Gael tendrá que aprender a confiar para que esa bendición que creía perdida pueda salvarlo y su recuerdo más doloroso, encerrado en una frase jamás olvidada, termine por ser su mayor dicha, y no su más desesperante tortura...

«Porque solo seré completamente feliz en esta vida... cuando mis besos acaricien tus alas».

Genne L. Paris es el seudónimo que utiliza la autora para darse a conocer en el mundo de las letras.

Apasionada de ellas desde la infancia, activamente participó en diversos talleres literarios, así como en publicaciones juveniles en su añorada Cuba natal. Licenciada en Pedagogía, profesión que ama y a la que se dedica, emigró a Estados Unidos. En la actualidad reside en el estado de Kentucky; su mayor tesoro es la familia que forma con sus tres hijos y su esposo, el gran amor de su vida.

Además de leer género romántico, sus otras pasiones son el baile, la música, tener muchos amigos y reír a carcajadas siempre que puede; opina que la risa, sin duda, purifica y sana el alma.

Ciega Traición ha sido su primera incursión en solitario; se trata de un «spin off» de la bilogía *Libélula*, dos manuscritos que han estado durante años guardados en un cajón acumulando ilusiones. La primera entrega ya está publicada; la segunda, en breve.

Escribir no solo se ha convertido en una motivación diaria maravillosa y en un sueño cumplido, sino en la causa de un profundo agradecimiento hacia las personas que, gracias a ello, han llegado a su vida. Su ferviente deseo es poder tocar más corazones a través de su inquieta pluma, pues como dijo uno de los grandes: «Queda prohibido no sonreír a los problemas, no luchar por lo que quieres, abandonarlo todo por miedo, no convertir en realidad tus sueños». (Pablo Neruda)

